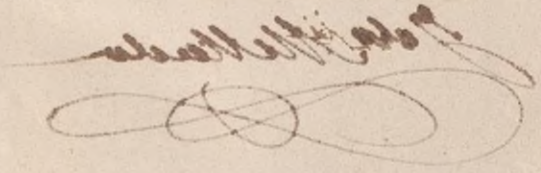
34-6.

ADELA Y TEODORO,

ó

CARTAS SOBRE LA EDUCACION.

POR EL BANCO INDL Y MERCANTIL
EL SECRETARIO GRAL.



Ley 1847-10.380
447-3734

ADELA
Y
TEODORO,

Ó CARTAS SOBRE LA EDUCACION,

POR

MADAMA DE GENLIS.

NUEVA EDICION,

ILUSTRADA CON 8 LAMINAS APARTE DEL TESTO.

TOMO II.

MADRID: 1864.

IMPRENTA DEL BANCO INDUSTRIAL,
A CARGO DE D. J. BERNAT.
Costanilla de Santa Teresa, núm. 3.

ADELA Y TEODORO,

ó

CARTAS SOBRE LA EDUCACION.

CARTA PRIMERA.

La baronesa á madama Ostalis.

Confio, hija mia, en que leerás esta carta con gusto, pues te noticiará, que tu madre tendrá el gusto de abrazarte dentro de pocos dias. El viérnes inmediato saldré; y, por mas amor que me tengas, sufre que te diga, que no es posible puedas formar juicio del estremo gozo, que esperimentaré en verte. No, hija mia, no: ningun sentimiento humano puede compararse al sentimiento de una madre amorosa. Si la naturaleza no te hizo mi hija, ¿acaso no eres la hija de mi eleccion? ¿Crees, por ventura, que pueda yo amar mas á los que me dió la Providencia? Finalmente, voy á recibir el premio del valor y prudencia

con que por tanto tiempo he resistido á las instancias, que me renovabas cada tres meses sobre permitirte venir á Languedoc. Como era tan necesario á los intereses de tu marido, y á tu felicidad para lo restante de tu vida, que permanecieses en París, era puesto en razon que yo sofocase el vehemente deseo que tenia de verte: así es como debe amarse, hija mia. En fin, puedo decirte ahora, que particularmente de un año á esta parte, ansiaba volverme á París, y he necesitado de mucho vigor para conformarme agradablemente á estar aquí seis meses mas de los cuatro años convenidos. Pero mi marido pensó, y con mucho juicio, que no convenia dejar el campo hasta el mes de agosto, tiempo de vendimias, y de mucha diversion para mis hijos, á fin de darles un motivo mas de echar menos la vida sencilla y campestre, y la morada donde deben criarse. Adios, hija mia querida: ve aquí, desde que estamos separadas, el primer adios, que te digo sin pena: me encontrarás, como dice la vizcondesa, *muy vieja y muy quemada* de nuestro bello sol, que tanto aborrece. En cuanto á tí, hija mia, bien segura estoy de que los cuatro años y medio habrán aumentado las gracias de esa persona tan noble y apreciable, que tanto amo. Adios, estimada hija, que el corazon me palpita solo de pensar, que, dentro de quince dias, estaré en tus brazos.

CARTA II.

La baronesa á Mad. Valmont. De París.

Llegué, señora, ayer á medio dia. Encontré en el camino real, á veinte y cinco leguas de Paris, á Mad. Ostalis y á Mad. Limours. Con que no tendreis violencia en creer, que, no obstante mi cansancio y aversion al coche, me parecieron cortísimas las veinte y cinco leguas que me quedaban que andar. Luego que llegué á París y entré en mi casa, me llevó Mad. Ostalis á un gabinetito, de que yo particularmente gustaba; y ví, con admiracion, que estaba adornado de un modo muy diferente. He querido mostraros, me dijo Mad. Ostalis, que no he estado ociosa en la ausencia vuestra. Todo esto es obra mia. Yo he bordado estos muebles, he dibujado aquellos paises y he pintado esas flores, esas frutas, esos pájaros y esas miniaturas. Esta atencion tan apreciable tiene tanto mas precio, cuanto madama Ostalis cultiva además otras habilidades, se ocupa mucho con sus hijos y cumple, con la exactitud mas escrupulosa, todas las obligaciones de su estado. Pero no se sabe lo que puede hacerse, cuando se gusta de la ocupacion y no se pierde un instante. Aparte de esto, es hermosa como un sol y tiene un ánimo pacífico y pu-

ro. No trasnocha, no enreda, no toma thé ni café; y así conservará por mucho tiempo su robusta salud, su frescura y belleza.

Adela y Teodoro han echado ya menos el Languedoc. Han ido hoy á pasearse al Palacio Real, y se han quejado mucho del polvo y de la gente. Me creen infeliz, porque no tengo en París sino un jardinillo á quien se da vuelta en dos minutos. Brígida por su parte los mantendrá firmes en su disgusto; porque el pesar de comer sola en su cuarto, le hace muy desagradable la residencia en París.

Mi marido acaba de recibir una carta de Aymeri, en que le dice que cuenta permanecer en*** hasta el mes de noviembre: que despues irá á Rusia y volverá á París el mes de junio. Estará como unos tres meses y luego acompañará á Cárlos á su guarnicion. Adios, señora, dadme noticias relativas á vuestra persona; pues debeis pensar, vista la prisa que me doy en escribiros, que me será infinitamente apreciable vuestra exactitud.

CARTA III.

La baronesa á Mad. Valmont.

¿Deseabais saber, señora, la impresion que haria sobre Adela un baile público? Puedo ahora satisfacer vuestra curiosidad. La llevé ayer al

baile con su hermano por la primera vez. Ya sabeis, que la tomé un maestro de baile cuando llegué aquí; y seis meses de leccion la han puesto capaz de presentarse en el baile y de bailar con todas las muchachas de su edad, tanto mas fácilmente cuanto tiene sobre ellas la ventaja de correr y saltar ligeramente. Imbuida Adela de la comedia de *La Paloma* (1), tenia muy poca gana de ir al baile, pareciéndole un ajuar incomodísimo para bailar la escofieta, el peinado alto, la *circunspeccion* y el vestido guarnecido de flores. Luego que estuvo ataviada, la llevé á la sala, donde encontramos á Mad. Ostalis y á otras personas, que habian comido con nosotros. Todos alabaron su vestido, pero sin decir ni una palabra de su persona. Mad. Ostalis tomó luego la palabra y dijo:

—Adela está lo que se llama *muy bien puesta*; pero, señores, ¿no reparais que la levitica blanca que lleva diariamente la sienta mil veces mejor que todos esos adornos.

Todos fueron de aquel mismo dictámen, y convinieron en que una airosa sencillez es lo que siempre tiene mas gracia. La tal disertacion descontentó mas á Adela de su vestido. Dijo tambien que los alambres de sus guirnaldas de flores la arañaban los brazos, que no podia moverse

(1) Piececita del Teatro de Educacion.

con su tontillo y que el peinado la daba dolor de cabeza. En medio de todos estos lamentos dieron las cinco y partimos. Al atravesar la antecámara nos detuvo Brunel unos instantes, porque se acercó á ver á Adela tan compuesta; pero apenas puso en ella los ojos, cuando volvió la cara á otro lado dando una carcajada. Algo cortada Adela preguntó el motivo de aquella descortesía. Perdonadme, señorita, respondió Brunel: me rio de que ese arrebol y blanquete y todo ese equipaje, os prestan una figura muy rara..... A estas palabras redoblaron las carcajadas de Brunel. Entonces continuamos nuestro camino, bastante entristecidos por la impertinente alegría de Brunel y tomamos el coche en malísima disposicion para ir á un baile. Luego que entramos en la sala y apenas Adela se sentó, me pidió que le quitase una hormiga, que le corria por el carrillo. Es preciso que lo sufras, la dije riéndome, porque sino te se caerá el afeite y quedarás feísima. Adela murmuró mucho contra la compostura del rostro; y un instante despues, no pudiendo resistir mas la especie de comezon que le causaba el movimiento de la hormiga, se pasó dos ó tres veces la mano por la cara, se hizo varios surcos en las mejillas y se llenó de blanquete y arrebol los ojos y las narices. La mandé que se volviese hácia un espejo, se miró en él y no quedó muy complacida. Con todo, acomodándo-

se á su situacion con bastante gracia me dijo:

—Creo que no daré aquí mucho golpe, y que no habrá uno que quiera encargarse de bailar con semejante figura.

—Pues bien, la repliqué, si no bailas podremos hablar. Por ejemplo, dime: ¿qué piensas de aquella muchacha que baila allí con Teodoro?

—Mucho tiempo hace, me respondió, que estoy reparando en ella.

—Y ¿qué te parece?

—Mamá que tiene aire de loca: reparad, mamá mia, cuando descansa, como se agita y con que modo tan familiar habla á todos aquellos jóvenes. ¡Qué gestos hace!.... Vaya que su cabeza parece una devanadera..... Ahora, mamá, ahora baila..... ¡Ay, Dios mio! ¡Cómo salta! ¡cómo se mueve! vaya que es cosa graciosa, pero muy fea, ¿no es así, mamá?

—Sí: pretende ser sumamente dispuesta; pero sin duda ignorará que una señorita jóven debe tener ante todo, un aire noble y modesto. Fuera de que puede bailarse ligerísimamente y con mucha mas gracia sin hacer tales contorsiones ni dar tan ridículos saltos.

—Pero, mamá, reparo que ese género de danza es muy de moda: tened, mamá: mirad aquellas dos jóvenes, la una vestida de color de rosa, la otra de blanco..... Casi es lo mismo.

—Sí: en efecto, hija, ese es el gusto dominan-

te y no es de estrañar: todo lo bueno siempre es raro: el número de las gentes juiciosas y de buen gusto es limitadísimo; y esto es causa tambien de que las personas de dicha reducida clase sean tan admiradas: porque si la virtud, el entendimiento, las habilidades y las gracias, fuesen ventajas muy comunes, una persona honrada y amable encontraria de seguro en la sociedad mucha mas complacencia y felicidades; pero, confundida entre la turba, no podria distinguirse y tendria poquísimos medios de adquirir gloria y ganarse la admiracion.

—Sí, señora, lo entiendo: *todo lo bueno siempre es raro*; y ved ahí porque abundan tanto las mujeres desenvueltas, las ociosas, las perezosas, las ignorantes y las atolondradas muchachuelas, que se presentan con tanto descaro dando saltos y cabriolas para aparentar que tienen un aire muy suelto y agraciado. Necesario es ser muy bestia para meterse en aquella turba, en lugar de elegir la reducida clase, que es tan preciosa, y en la que se consigue ser distinguidas y admiradas..... Aquí llegaba Adela en su discurso, cuando, en fin, llegó un jóven á sacarla á bailar.

Por una parte, dejaba una conversacion que la entretenia: por otra, sabia, que su compostura la afeaba: y por otra, se hallaba atadísima con su peinado y vestido; de manera que bailó mal, y conoció que la criticaban, y que de ningun mo-

De tiempo en tiempo, pasaban por delante de nosotras unas cestas grandes llenas de dulces.

do habia parecido bonita. Por todo lo cual, volvió á su asiento con propósito firme de no bailar mas. De tiempo en tiempo, pasaban por delante de nosotras unas cestas grandes llenas de dulces y tortitas, que tentaban mucho á Adela, acostumbrada á no merendar sino pan y frutas. No se atrevia á tocar á nada, pero noté, que las cestas la arrancaban algunos suspiros, y la ponian pensativa. Adela, la dije entonces: ya empiezas á no ser niña, porque tienes once años; con que así, come, si tienes hambre, de cuanto quisieres, con tal que sea sin esceso. Lo dejo á tu discrecion, porque ni aun te miraré. Aprovechóse Adela con mucho gusto del permiso; y yo, cuantas veces veía llegar las cestas, volvia la cabeza á otro lado, y me ponia á hablar con mis vecinos; y Adela, creyendo que yo no la observaba, comia de cuantas tortas la presentaban. Ya me iba á casa, cuando Teodoro, muy agitado, se llegó á mí, y me dijo en voz baja: Acaba de sucederme una desgracia: estaba yo solo jugando en un gabinetito, y he roto un espejo: os suplico, mamá mia, que se lo digais al dueño de la casa, para que no culpe á otro que esté inocente.

Ya comprendereis, señora, la satisfaccion que me causaria tal candor y pundonor. Abracé á Teodoro, y despues de habérselo noticiado al amo de la casa nos fuimos. Adela iba silenciosa

y melancólica. Preguntéla la causa, y me respondió, que tenia dolor de cabeza.

—Lo que tienes es una indigestion, repliqué yo.

—¡Yo, mamá!

—Sí: te has comido diez tortitas, seis merengues, y además dos tacillas de crema; con que no es de maravillar que estés mala.

—No creí, mamá, haber comido tanto.

—Ni tampoco que yo te hubiese observado. Esto debe enseñarte dos cosas. Primeramente, que la sobriedad es una virtud útil y estimable; y en segundo lugar, que ninguna cosa puede distraerme de tí, y que, cuando parece que no te miro, entonces te veo mas. Además de esto, Adela mia, cuando se tiene generosidad, nunca se abusa de la confianza que se hace de nosotros.

—¡Ay, mamá! conozco mi culpa, y la repararé.

—Así lo espero; mas ¿es posible, hija mia, que necesites siempre de una desagradable esperiencia para persuadirte de lo que pudieras saber tan á poca costa, si prestases fé á mis discursos?

—Mamá mia, yo creo todo cuanto me decís.

—¿Por qué, pues, no me la manifiestas en la ocasion? Por ejemplo (sin hablar de las tortas) te aconsejé, que prefirieras á tu vestido de baile otro mas sencillo. La comedia mia de la Paloma parece como que te habia infundido repugnancia á los adornos afectados; y, con todo, cuando vistes en casa de madamisela Hubert, un vestido

con guarniciones de flores, apetecistes otro semejante. Ya ves el fruto que te ha producido, como tambien la desmedida cantidad de arrebol que te pusistes.

—A buen seguro, mamá mia, que vuelva yo á ponerme vestido guarnecido de flores, ni tampoco afeites en la cara.

—No seas estremada en cosa alguna: es menester seguir las modas, pero siempre con moderacion. Lo que deseo únicamente es, que tengas buen gusto, para preferir en general, una simplicidad noble, modesta, cómoda y airosa, á la vana afectacion de una compostura brillante y sobrecargada de adornos.

Acababa yo estas palabras, cuando paró el coche. La pobre Adela, que ya no podia mas, bajó con mucho trabajo. Luego que llegó á su cuarto, vomitó abundantemente, y no tuvo el consuelo de que la compadeciese ninguno de los que la rodeaban: al contrario, oia como todos murmuraban de su poca sobriedad, haciendo ascos de la especie de mal que la aquejaba, y pronunciando con sumo desprecio la palabra *indigestion*, escepto yo, que callaba y cuidaba á Adela con el mayor cariño y compasion. Por tanto, ella me mostraba tal agradecimiento, tal arrepentimiento y tal ternura, que al mismo tiempo que me movian, me aseguraban que no volveria á padecer otra indigestion por culpa suya.

Todo lo referido me llevó á hacer una reflexion, que prueba muy bien la bondad de nuestro plan de educacion, y es, que el niño de mejor natural nunca aguantará una prueba absolutamente nueva. Por ejemplo, habeis visto á Adela en un cuarto lleno de dulces y confites, y, creyéndose sola, no tener tentacion ni aun de tocarlos, porque habia dado su palabra de honor de no tocar á ellos. Tambien habeis visto cuantos castigos y pruebas han sido necesarias para llevarla á tal punto de probidad: por fin ha llegado; pero como hasta aquí solo habia sido sóbria por obediencia, y por un impulso de honradez, luego que quedó á su discrecion sobre este punto, olvidó cuantos elogios ha oido hacer de la templanza, y comió con esceso. Pero si fácilmente se olvidan los discursos, se conservan para siempre los hechos en la memoria, y especialmente, cuando los han acompañado circunstancias dolorosas. Es, pues, necesario; es, pues, indispensable, instruir á los niños sobre todas las materias, no con razonamientos, sino con la esperiencia misma. No quiero decir, que escluyo totalmente el razonamiento, sino que conviene, que la esperiencia demuestre siempre su solidez. Volviendo á Adela, todavía le continuaba esta mañana el dolor de cabeza, y estaba fatigadísima. Mad. Ostalis la ha sermoneado muchísimo. En fin, añadió esta misma, tú ves que tengo bellos dientes,

y que me mantengo fresca: sé que Mad. Germeuil no te parece bien, porque carece de estas prendas naturales; y, sin embargo, tiene dos años menos que yo.

—Pero, interrumpió Adela, nunca ha tenido ella vuestros dientes ni vuestra tez.

—Perdóname, hija mia: cuando se casó, estaba fresca y linda; pero como es golosa, y come muchas *tortas*, padece á menudo indigestiones, y tiene, como sabes, toda la cara llena de *barros*.

Hizo mucha fuerza á Adela esta conversacion; y dos dias enteros de rigurosa dieta darán todavía mas peso á las reflexiones que hiciere sobre el mismo punto. Adios, señora: bien veis con cuanta puntualidad os obedezco; y á la verdad, que es necesario contar mucho sobre vuestra bondad, y aun sobre vuestra particular inclinacion á Adela, para entregarme tan del todo, y con tanta confianza al placer de hablaros de ella.

CARTA IV.

La baronesa á madama Ostalis.

Comprendo, hija mia, que te habrá causado algun enfado la precision de estar dos dias mas en Versalles, únicamente por negocios fastidiosos; pero como tu marido está ausente, debes

trabajar por él: acuérdate del siguiente consejo de Mad. *Lambert* (1).

«Mientras fueres jóven, forma tu reputacion, aumenta tu crédito, ordena tus negocios, porque en edad mas avanzada te costará mucho trabajo; todo te ayuda en la juventud, todo te convida: los jóvenes dominan sin pensarlo. En la mayor edad, de nadie serás socorrida: ya no tendrás en tu persona aquel atractivo seductor que se estiende sobre todo: solo tendrás en tu socorro la razon y la verdad, que regularmente no gobiernan al mundo.»

Ayer pasé un dia delicioso en casa de madama Limours. El embajador de ***, á quien yo no conocia, entró de visita, y aun no se habia sentado, cuando preguntó, si habias vuelto de Versalles: entonces fuiste el asunto de la conversacion general: todos elogiaron con encomios tu conducta, tus habilidades, tu persona, tu dulzura y esa alegría franca y natural, que te sienta tan bien, y te hace tan amable. ¡Con qué gusto oye los elogios aquella á quien la elogiada debe sus virtudes, sus gracias y su reputacion! No hay precision de disimular esta especie de orgullo. Al contrario, se puede confesar, y aun gloriarse abiertamente de tenerlo. De cuantos elogios te hicieron, ningunos me satisfacieron mas

(1) Consejos de una madre á su hija.

que los del embajador de ***, porque no me conocia. y así no pudo sospechar lo mucho que yo interesaba en aquella conversacion.

Sí, hija mia: veo llegar con mucho gusto el instante de volver al Languedoc. ¿Qué podria yo echar menos de París, llevándote esta vez conmigo?..... Creo, que no iremos directamente á B..... Nuestro proyecto es ir primero á pasar un mes en Bretaña: yo te diré por qué: es un cuento muy largo. que seguramente te agradará. Adios, querida hija mia: cuento contigo para el sábado.

CARTA V.

La baronesa á madama Valmont.

Es verdad, señora, que estamos determinados á ir á Bretaña, antes de volver al Languedoc. Nos mueve á ello el deseo de conocer dos personas apreciables y estraordinarias, que son el caballero Lagaraye y su esposa. Ved aquí su historia.

El marqués de Lagaraye (1) pasaba por el hombre mas dichoso de Bretaña. Era amado de una mujer amable, respetado en su provincia por su mérito personal, por su nacimiento y bienes.

(1) Esta historia es verdadera: y el autor supo sus circunstancias de una persona, que tuvo la felicidad de conocer particularmente á los dos esposos, que murieron el año 1752.

Juntaba en su casa la mejor sociedad de los contornos, se representaban comedias, daba bailes, y cada dia se señalaba con una nueva funcion. Madama Lagaraye tenia igual gusto que su marido, y ambos creian haber fijado su felicidad, cuando súbitamente, en lo mejor de una fiesta, la muerte repentina y estraordinaria de la hija única de Lagaraye, produjo en el corazon del triste padre una revolucion tan singular como no prevista. El disgusto del mundo, y el desasimiento de sus bienes frívolos, lo condujeron antes de mucho, á la devocion mas sublime, y al mismo tiempo, le inspiraron un designio, que por ventura nunca habrá tenido ejemplo. Comunicó Lagaraye á su mujer sus ideas y proyectos, y no hubo cosa que retardase su ejecucion. Partieron para Montpellier, y allí estuvieron dos años, únicamente ocupados en instruirse de cuanto puede tener relacion con la cirujía. Hicieron muchos cursos de anatomía y de chimia: aprendieron á sangrar y á vendar heridas, y reuniendo para aquel género de estudio toda la aplicacion que pueden infundir unos motivos grandes, y un entusiasmo verdadero, hicieron ambos maravillosos progresos. Durante aquel tiempo, trabajaron de órden suya, en la casa de Lagaraye, la cual trasformaron en un vasto hospital, que contiene dos cuerpos, uno para hombres y otro para mujeres; y aquella habita-

cion, donde antes reinaban los placeres, el fausto y la afeminacion, se convirtió en templo augusto de religion y humanidad. Ambos esposos partieron de Montpellier, y llegaron á su casa. Lagaraye, entonces de edad de cuarenta y cinco años, se puso á la cabeza del hospital de los hombres, y consagró su vida y hacienda al servicio de los pobres. Madama Lagaraye, con diez años menos que su marido, se impuso las mismas obligaciones en el hospital de las mujeres. Aunque hermosa, y jóven todavía, dejó gozosa los ricos adornos de la vanidad, para tomar el modesto traje de una enfermera humilde. Aquel establecimiento, aquel modelo de las virtudes todas, superior por ventura á cuanto se ha visto digno de ser admirado, ha ya diez años que dura. Ved aquí, señora, lo que deseamos visitar. Adela y Teodoro han de comulgar por primera vez, de aquí á seis meses, y no puedo hacerles mejor preparacion que la del viaje á Lagaraye. ¡Qué cosa tan dulce es admirar á la virtud de cerca! El vasallaje que se le tributa, es el paso primero que se da hácia ella.

Madama Ostalis marcha con nosotros á Bretaña, y aun irá al Languedoc á pasar tres meses. De modo, que no me queda mas sentimiento que dejar en París á Mad. Limours.

Me pedís algunas noticias sobre la amable niña que algun dia, será mi nuera, (si su cora-

zon no lo estorbare): es efectivamente preciosa por su persona y carácter. A Teodoro le parece *muy agradable y muy linda*, y Adela la ama entrañablemente. No tendrá Constanza tantas habilidades como Adela, pero es juiciosa, sensible, igual y agasajadora. Madama Limours la educa bien, y la ha dado principios escelentes. Pero sin embargo, dicha niña es tan en estremo sensible, y tiene tal disposicion á la melancolía, que si en lo sucesivo no se tiene cuidado, podria causar su desgracia. Adios, señora: mañana saldremos para Lagaraye: allí estaremos tres semanas: despues volveremos á pasar unos dias en París; y así, dentro de seis semanas, á corta diferencia, tendré el gusto de veros. Me lisonjeo de que no dudareis de la impaciencia con que aguardo el instante que ha de reunirnos.

CARTA VI.

El conde de Roseville al baron.

No podreis imaginaros, amigo baron, el gusto que me ha causado vuestra carta. Lo que os dice Aymeri, perteneciente á mi príncipe, no puedo negar que me lisonjea, porque los elogios indirectos son los únicos que pueden hacer alguna impresion. Aymeri se maravilla particularmente de la facilidad con que se esplica y de la apli-

cacion que pone en cuanto hace. Ya visteis como he sabido enseñarle á hablar bien: ha contraido esta costumbre jugando y divirtiéndose. En cuanto á su actividad, la debe principalmente á una atencioncilla de parte mia. Cuando llegué aquí tenia siete años y medio. Lo hallé indolente, perezoso é incapáz de divertirse con nada; pero notando en él, por otra parte, viveza natural y entendimiento, comprendí que aquellos defectos venian de algun vicio particular de educacion, lo que descubrí muy presto. El cuarto del príncipe estaba rebosando de juguetes; y el niño, en medio de aquellos tesoros, sin saber sobre qué objeto fijar su atencion, queria gozar de todo, no gozaba de nada y se acostumbraba á la inconstancia, que siempre fatiga y nunca satisface. Fuera de esto, circundaban al príncipe cinco ó seis personas subalternas, sin mas ocupacion que la de inventarle ocupaciones y ahorrarle el trabajo de ir á buscar el juguete que queria ó bien cogerle el volante, las bolas, etc. Tan acostumbrado estaba el príncipe á estos serviles cuidados, que, si se le caia de la mano alguna cosa, no hacia el mas ligero movimiento para recogerla, asegurado de que seis personas iban á tirarse juntas en el suelo para servirlo. Desterré de su cuarto aquellos esclavos, á quienes sustituí un muchacho de su misma edad. Al mismo tiempo limpié la habitacion de juguetes, dejando solo lo

realmente necesario para su entretenimiento. Por lo pronto le pareció muy rigurosa aquella reforma; pero en poco tiempo perdió su pereza é indolencia y tomó toda la actividad, que era muy capaz de tener.

Antes de ayer representamos entre los dos una escena muy séria. Entré en su cuarto á las ocho de la mañana. Despedí á sus criados. Entonces me acerqué á su persona y le dije abrazándole:

—Hoy cumple V. A. trece años: no está acabada vuestra educacion: vuestro carácter y entendimiento todavía no están formados; pero con todo, ya no es V. A. niño: en la gerarquía en que estais, todas vuestras acciones son importantísimas..... Tomad, señor, continué; ved aquí ocho volúmenes de letra mia, que contienen el diario de vuestra infancia. Ahí encontrará V. A. algunas reflexiones, que no os serán inútiles, aun en este momento Recibid, señor, un presente, que os dará testimonio de cuanto me he ocupado de vuestra alteza.

—¡Ah! esclamó el príncipe: por cierto que lo aprecio: lo leeré muchas veces y lo conservaré toda mi vida. Pero, continuó, ¿no hareis mas diario?....

—Perdóneme V. A., le respondí, lo escribiré con mucha mayor atencion y cuidado, porque este ha de servir para la posteridad.

—¿Cómo? interrumpió el príncipe.

—Señor, repito á V. A. que ya no es niño, y por tanto, el diario de vuestra vida se convertirá en una historia. El *historiador* será puntual y fiel; conque así, mirad por vos y pensad en que labrareis mi felicidad, cuantas veces me proporcioneis la ocasion de alabaros.

—¿Y ese diario, preguntó el príncipe, se imprimirá algun dia?

—Lo será ciertamente, respondí, porque se sabe que lo escribo, y muerto yo, el manuscrito se publicará; no lo dudeis.

—Y si yo, volvió á preguntar, tuviese la desgracia de hacer alguna cosa reprensible, ¿la escribiríais?

—No, señor, respondí, pero allí finalizaria el diario y yo dejaria á V. A.

—Pues yo os prometo, replicó el príncipe, que lo continuareis, porque os creeré siempre, y así nunca cometeré faltas graves.

A estas palabras ambos nos enternecimos: quiso el príncipe que yo le prometiese que nunca me separaria de él, y en efecto, conozco que, si corresponde á mis esperanzas, tendrá derecho para disponer de mi suerte y podrá ocupar el lugar de todo cuanto le sacrifico, no obstante el apego tan tierno que conservo á mi familia, amigos y patria. Toco ya, baron mio, á un instante muy crítico é importante, que es el en que las

pasiones de mi discípulo van á desarrollarse, y por cierto que las tendrá vivísimas. Está deseoso de distinguirse: es activo, aplicado, sensible, y agradecido: nunca juzga en mal ligeramente, y necesita evidentes pruebas para condenar; pero facilísimamente se preocupa en bien: es un defecto peligrosísimo en un príncipe; mas con todo, pretendo corregir al mio con muchas precauciones, receloso de alterar la bondad de su corazon. Todo lo que le parece amable, le parece tambien perfecto: juzga á las personas que le son indiferentes con un discernimiento estraordinario para su edad, pero se ciega con las que le agradan, de tal manera, que una vez tocado su corazon, ya nada examina, ó por mejor decir, pierde una parte de su penetracion natural. Como tiene gusto y delicadeza, es mas sensible que otro á las gracias; y así, unas maneras nobles y agradables, una conversacion fina y espiritual lo seducen fácilmente. El abate Duguet dice con razon:

«Regularmente tienen los príncipes un gusto esquisito y unas maneras finas; y por tanto, están mas espuestos que los otros á engañarse sobre lo sustancial. Lo conocen todo, pero no lo ven todo. Los convidan ó los ofenden cosas que lo merecen; pero que de ordinario, no son lo mas esencial. Juzgan prontamente de lo que está visible y suele ser segurísimo su juicio; pero lo vi-

sible rara vez es decisivo; y cuando se tienen ciertas cualidades insinuantes, fácilmente se queda dispensado con los príncipes de pruebas mas severas.»

El príncipe se ha criado con el jóven *Sulvack*, hijo de su teniente de ayo: este jóven, á la edad de diez y seis años, promete ya todas las virtudes de su padre (que es uno de los hombres mas honrados que conozco); pero el príncipe mas le estima que le quiere, porque el mozo carece de gracias y de lucimiento, aunque tiene mucho entendimiento y juicio. Al contrario, está el príncipe inclinadísimo al conde de *Stralzi*, heredero único de la mayor casa de este país, que tiene diez y siete años, bellísima persona, entendimiento superficial, pero mucha astucia, flexibilidad y gracias: su nacimiento y la clase de su padre, le dan derecho de asistir frecuentemente á la córte del príncipe, de quien es mejor acogido que yo quisiera, porque juzgo peligrosísimo su trato: con todo, me guardo bien de manifestarlo, porque mis objeciones no reducirian al príncipe, y me harian con él sospechoso de una preocupacion infundada, cosa que me quitaria la posibilidad de realizar ciertos designios que medito, para abrirle poco á poco los ojos.

La llegada del caballero Valmont ha producido una diversion grandísima en la inclinacion con que el príncipe mira al conde de Stralzi: le

aventaja en gracias Valmont; y bastarian, para ganarse todos los corazones, su entendimiento, instruccion y modestia. Como él se fijara aquí, bien seguro estoy de que, sin pretenderlo ni pensarlo, suplantaria fácilmente al jóven favorecido; pero, por desgracia, parte de aquí á un mes.

No he olvidado, baron mio, la promesa que os hice de enviaros una descripcion del jardin de *Murville*: todavía no he llevado á él al caballero Valmont, porque la enfermedad de Murville ha sido larguísima, y porque, durante su convalescencia, estaban en Rusia Aymeri y su nieto. Pero, en fin, iremos de hoy en quince dias, y os escribiré de vuelta de este paseo. Entonces os suplicaré, que comuniqueis la carta á mi hermana, porque no ignorais cuanta es su curiosidad de saber todas las circunstancias relativas á Murville: me ha escrito sobre este asunto seis páginas enteras de preguntas; y quisiera que yo la contase todo cuanto Murville ha hecho y pensado desde el instante que se vió forzado á renunciar á Cecilia y á su patria. Si todavía os hallais en París, decidla, que ha dejado el nombre de *Anglure*, y ha vuelto á tomar el de Murville: que tiene cuarenta años: que no tiene *canas*: que todavía es *hermoso*, que tiene aire *melancólico*, que su salud es *malísima*, y que nunca *ha amado otra cosa que á Cecilia*. Entre mil preguntas que me hace mi hermana, estas son las principales: aña-

de, que no descansará hasta que reciba mi respuesta; y que, si fuese satisfactoria, no tendrá ya mas deseo que el de conseguir un retrato parecidísimo de este hombre raro, *héroe y mártir del amor y de la fidelidad*. Adios, baron querido: acordaos, cuando estuviéreis en Lagaraye, de que me habeis prometido una copia de la relacion que enviareis á mi cuñado.

CARTA VII.

La baronesa á la vizcondesa.

Sí, amada amiga mia: llegamos á Lagaraye antes de ayer por la tarde: el caballero Almane, Dainville y mi hijo, han hecho la mayor parte del camino á caballo; por lo que el pobre Teodoro se ha sentido muy cansado á nuestra llegada. Te admirarás de saber que aun no hemos visto al caballero Lagaraye; pero cuanto hemos sabido de él ha aumentado el deseo que ya teníamos, de conocer este hombre incomparable. Luego que llegamos el sábado, nos acomodamos en una buena posada, y al cabo de media hora, vimos entrar en nuestro cuarto un venerable anciano, de noble figura, que nos rogó con instancia fuésemos á comer á su casa al dia siguiente. Aceptamos su proposicion; y continuando el anciano: Ustedes vienen á ver dos ángeles, nos dijo: si:

dos ángeles, que el cielo nos ha dado para la felicidad de todo este país: no solamente cuidan los enfermos, sino que mantienen á estos y á los viejos: hacen trabajar á los jóvenes, y todos son aquí felices. Si ustedes me lo permiten, continuó, serviré á ustedes mañana de guia; y estoy cierto de que cuanto ustedes verán les hará reverenciar mil veces mas á un hombre, á quien ni aun la fama puede pintar con perfeccion. Solo acercándose, escuchándole, y viendo lo que hace, se puede conocer el grado de admiracion que merece. Miéntras este discurso, consideraba yo, con tanto cuidado como admiracion, al que nos hablaba, y me parecia su modo de esplicarse muy estraordinario para una persona, cuyo esterior manifiesta ser un hombre grosero. No pude dejar de espresarle la admiracion que me causaba. Sonrióse, y me respondió: mi historia es, en efecto, muy singular; y si puede escitar la curiosidad de ustedes, la contaré mañana con tanto mas gusto, cuanto será para mis bienhechores un testimonio de reconocimiento. Yo vivo, y soy feliz, por sus beneficios... Acabadas estas palabras, se le arrasaron los ojos de lágrimas, nos miramos unos á otros; y movidos de aquellos sentimientos, derramámos tambien las nuestras. Pregunté al anciano si podríamos ver por la mañana al caballero Lagaraye; nos respondió, que habia ido á consolar y socorrer á los habitantes de

una casa quemada á seis leguas de Lagaraye; pero que le veríamos luego que se restituyese.

Por la mañana, nos levantamos y vestimos al apuntar el dia: nuestro buen viejo vino á desayunarse con nosotros: luego nos dijo: si ustedes quieren seguirme, acompañaré á ustedes á las manufacturas: ustedes no han oido hablar mas que de hospitales y ahora van ustedes á ver que el caballero Lagaraye ha formado establecimientos de todos géneros. Le seguimos, y nos condujo á la calle mayor del lugar: allí, deteniéndose, vean ustedes, nos dijo, aquellas casas simples y campestres que están llenas de un pueblo inmenso; la mayor parte de aquellas cabañas son nuevas: los estranjeros, y los infelices, atraidos y acogidos por el caballero Lagaraye, de diez años á esta parte, vienen en tropas á habitar esta morada de paz y de felicidad: todo ente desgraciado encuentra aquí una patria bienhechora, que le ofrece el honroso recurso del trabajo, y los medios de subsistir, ó poder establecerse en otra parte. Se hallan en Lagaraye gentes de todos los paises: es el refugio seguro de los miserables laboriosos; y al hombre ocioso ó vicioso, se le trata como á un estraño. El cielo, que bendice esta tierra, concede á sus dichosos habitadores la salud, la fuerza y la industria, y en ningun lugar del mundo es la poblacion mas estraordinaria que aquí. En efecto, la vista de esta

calle ofrece la mas agradable perspectiva: á cada paso se encuentran una multitud de niños: todas las casas abiertas descubren un interior aseado: se ve cantidad de mujeres de todas edades, que hilan cantando, la una al lado de su marido carpintero, cerrajero, etc., y la otra al lado de su padre, ocupado tambien en su oficio. Todo, en fin, respira alegría, y todo pinta á la abundancia y al contento. Saliendo de esta calle, entramos en otra algo menor: vimos en ella muchas mujeres y nos causó novedad no ver ni un hombre: pregunté la razon á nuestro guía, quien me respondió: la calle de que acabamos de salir, es la de los artesanos: una parte de sus habitantes, como llevo dicho, consiste en estranjeros, y en artífices infelices, sin pan y sin socorro, que han venido aquí á establecerse: los otros habitantes son los aprendices adelantados de las manufacturas, que, en lugar de llevar sus habilidades á otra parte, han preferido quedarse aquí: esta calle, compuesta de artesanos, es la única que encierra una clase de hombres sedentarios: esta en que estamos, y las demás, están ocupadas por obreros, que trabajan en edificios, caminos reales, ó en cultivar la tierra: á la tarde, cuando han finalizado sus trabajos, se vuelven regularmente todos juntos: han trabajado para asegurar la subsistencia de sus mujeres é hijos: vienen contentos, y no parece que están cansados.

En esto divisamos un edificio muy grande de figura prolongada é irregular, que eran las manufacturas: entramos, nos llevaron á una sala baja, donde vimos treinta mujeres mozas tejiendo, y cuatro mujeres de mas edad que presidian aquellas obras. Vea vd., me dijo el anciano, aquellas cuatro muchachas, que están al cabo de la mesa, son hijas mias: tengo allá arriba tres muchachos, que son el encanto y apoyo de mi ancianidad: todos siete gozan de una existencia feliz, por la generosa compasion del caballero Lagaraye. Despues de este discurso, que produjo otros mas importantes, el anciano nos llevó á una pequeña galería, donde encontramos doce hilanderas: subimos una escalera que nos condujo á las salas de los hombres. Bien imaginarás que empezamos por la en que estaban empleados sus hijos: allí vimos treinta tejedores; y pasamos á la última sala, donde se encuentra una manufactura de paños, en la cual trabajan cuarenta hombres, sin contar las personas que gobiernan la manufactura. Ahora, nos dijo el anciano, si no están vds. fatigados, los llevaré hácia los plantíos. Nos conformamos: hízonos atravesar el lugar; y cuando estuvimos en el campo, deteniéndose nuestro guía, vean ustedes, nos dijo, enfrente de aquella larga y hermosa calle de árboles, esos campos fértiles, esos prados y esas ricas mieses; pues esa tierra, en otro

tiempo inculta y abandonada, no ofrecia á la vista sino vastos pantanos, cuyos vapores malignos causaban en las cercanías enfermedades y muertes.

Admiren vds, esta feliz trasformacion, y reconozcan siempre á su autor el caballero Lagaraye: no se puede dar aquí un paso que no manifieste y pruebe su beneficencia: se lo debemos todo, hasta el aire puro y sano que respiramos. Para tales trabajos conciban vds. cuántos brazos habrán sido necesarios: ha formado agricultores, pagándoles bien, ejercitándoles contínuamente; y la tierra cultivada, aumentando sus riquezas, le da posibilidad para entretener, y continuar tan inmensas obras. Mientras nos hablaba el buen anciano, contemplaba yo con ternura aquella tierra feliz y viviente, y decia: ¡la voluntad de un hombre solo puede producir tantos bienes, y tantas cosas útiles! ¡Es posible que un modelo semejante sea tan raro! ¡Ah! si la vista del mal es horrorosa, y sus ejemplos son contagiosos, ¡qué persuasivos y amables son los de la virtud! Por mas que el vicio tome para manifestarse, una forma seductora, siempre tiene algo que la descubre, y repugna al mismo á quien arrastra; pero los atractivos de la virtud son puros, y sin mezcla, como ella. Volvamos al caballero Lagaraye. Despues de habernos paseado hasta medio dia, entramos en el lugar y comimos en ca-

sa del viejo, quien, cumpliendo con su promesa, nos contó sus aventuras; y su historia me pareció tan singular, que fuí inmediatamente á la posada, para escribirla antes de que se moderase la profunda impresion que me habia hecho. Dejé á Adela con Mad. Ostalis y Brígida, y pasé lo que quedaba del dia escribiendo el enorme pliego que te envio. Esta mañana nos han asegurado, que aun no podemos ver hoy al caballero Lagaraye, porque llegará muy tarde; por lo tanto, no lograremos hasta mañana el gusto tan vivamente deseado; y mi marido es quien se ha encargado de escribir al vizconde el pormenor de lo que veamos, pues nosotros tenemos la cabeza mareada de cuanto hemos admirado. Adela y Teodoro han derramado lágrimas, oyendo la narracion del honrado anciano: ambos no hablan de otra cosa que del caballero Lagaraye, y no piensan mas que en él: tienen verdadero deseo de verle; en fin, noto con delicia, que sus tiernos corazones son capaces de amar la virtud; y que de consiguiente sacarán de este viaje todo el fruto que podiamos esperar. Adios, amiga: no pierdas la historia de nuestro viejo: Adela es quien te presta este pequeño manuscrito, bajo la condicion que me le has de volver para ella, cuando lleguemos á París.

El padre de nuestro buen viejo, se llamaba Vilmore: hombre de baja estraccion, pero que hizo una fortuna singular y rápida, de que tú debes acordarte haber oido hablar mucho en nuestra juventud á tu abuelo, que nació en la misma provincia. Vilmore tuvo muchos hijos, y nuestro anciano, llamado Andrés, fué el último de todos. Vilmore, queriendo casar sus hijas en la córte, para ilustrarse con grandes alianzas, y deseando procurar á su primogénito una suerte brillante, sacrificó al jóven Andrés á sus proyectos ambiciosos. Le dió á criar lejos de él, en un lugar despreciable, donde descuidaron enteramente su educacion; pero sus disposiciones y talentos naturales, frustraron las ideas de su mal padre. Iba á cumplir diez y seis años, cuando le intimaron que habia de tomar el partido de ser eclesiástico. Como su imaginacion era viva, sus pasiones violentas, y sus padres ricos, no le acomodaba semejante estado: procuró ver á su padre y hablarle, con la esperanza de que mudaria de designio. Vilmore, ignorando su proyecto, quiso concederle esta gracia; con la cual, este hijo, desterrado desde la edad de cinco años, volvió á ver á su padre y familia, á los diez y seis, por primera vez. Llegó á la casa paterna al mis-

mo tiempo en que se casaba su hermana con el marqués de C..... vió á su hermano y hermanas en el seno del fausto y de la opulencia, notó que le trataban como á un estraño, y que su mismo padre le manifestaba indiferencia y desden: conoció entonces las desgracias que le preparaba tal acogida: sin embargo, habló, y lo hizo con firmeza y respeto. Que la miseria, dijo, sea mi herencia, no me descontenta; pero no se me fuerce á tomar un estado á que no tengo inclinacion. El padre, enfurecido de oirle, le trató con la mayor dureza.

Tu obstinacion, le dijo, te perderá: no obstante, por compasion, quiero dejarte tiempo para reflexionar: voy á enviarte á Flandes en casa de tus tias: allí estarás seis meses: si, al cabo de este tiempo, no te hubieres resignado á mi voluntad, emplearé los medios mas violentos para darte á entender tu obligacion. El desgraciado Andrés marchó á Lille desesperado; pero firme en las resoluciones tomadas. Su buena persona, genio amable y modales, le suavizaron los rigores de la ausencia, porque fué buscado y favorecido de todos: como era dócil y no tenia esperiencia, se dejó llevar de cuantos le acogieron. Estaba entonces en Lille el regimiento de..... se jugaba mucho: se sabia que Vilmore era muy rico, empeñaron á su hijo en partidas de juego peligrosas: empezó (como sucede casi siempre) por ga-

nar; y, lo que es mas inevitable, acabó perdiendo: la esperanza de recobrar su dinero le llevó mas adelante; en fin, perdió sobre su palabra ochocientos doblones. Desesperado escribió á su padre, en los términos mas sumisos, la confesion de su falta: la respuesta fué prenderle y encerrarle en el castillo de Saumur. Sometióse á este castigo con una resignacion, que no debia esperarse de su genio naturalmente altivo. Sabiendo que sus deudas se habian pagado, el reconocimiento le hizo sufrir con paciencia un trato, que creyó desde luego no duraria mucho: sin embargo, contra su esperanza, le tuvieron preso dos años cumplidos. Esta bárbara severidad le agrió, le encolerizó y le hizo perder la moderacion que habia tenido hasta entonces; en fin, abriéronse las puertas de su prision, y ve aquí la sentencia que le intimaron: *Es necesario que dés palabra de ser eclesiástico, ó si no, disponte á pasar á Indias en calidad de voluntario.* Hecha está mi eleccion, respondió Andrés: ¡dichoso yo que abandonaré una patria ingrata, en la que no tengo padre, parientes ni amigos! Esta respuesta decidió su suerte: fué enviado á Brest, y, dos dias despues, se embarcó. Así apartaba un padre de sí á un hijo de diez y ocho años, de las mejores esperanzas, sin auxilios, dinero ni empleo, y quizá con la maligna espectativa de que, rodeado de peligros y debilitado de mi-

seria y dolor, acabase su vida desdichada.

Pero su juventud le hizo llevaderas fatigas escesivas, y su valor le puso superior á la fortuna. Se distinguió, llegó á empleos menos subalternos, y en breve salió de la miseria y del olvido. Estos primeros sucesos trajeron otros mas ventajosos. Habiéndose adquirido reputacion y amigos, le asociaron á empresas de comercio, que en un país (fértil entonces en recursos) le aseguraron, en menos de cinco años, una suerte independiente y feliz. Contento con una fortuna mediana, pero bien adquirida, condecorado con un grado honroso, empezó á volver los ojos hácia su patria. Como era jóven, no pudo resistirse al vano deseo de ostentar á los ojos de su familia el rápido fruto de sus trabajos, prometiéndose, no obstante, volver á Indias; pero volver, llevado por la ambicion de gloria y no por la necesidad. Noticioso su padre de todo, se dignó al fin de reconocerle por hijo y le escribió diciendo, que tenia ya borradas aquellas primeras impresiones. Andrés se determinó: embarcóse con toda su hacienda, que consistia en papeles. Una tregua, concluida por un año, le prometia en su viaje una seguridad que no le permitia diferirle: esta imprudencia fué la causa de todos sus infortunios. Apenas estuvo navegando, cuando se rompió la tregua: atacaron los ingleses su navío, le tomaron y le llevaron á Lanceston, pro-

vincia meridional de Inglaterra. Perdió de una vez la libertad y hacienda, y todos sus proyectos se frustraron. Escribió á su padre; y, para complemento de sus males, recibió una carta llena de reprensiones. Al cabo de seis meses le dieron libertad. Tocó, en fin, las costas de Francia, vió fatales orillas, llegó á Brest, casi en el mismo estado en que habia salido seis años antes. Sin recursos, sin dinero, destituido de todo, se acordó de un hombre llamado Beltran, cirujano, en cuya casa se habia alojado otras veces, y de quien habia recibido muchas señales de estimacion. Fué á buscar á este hombre, quien le ofreció su casa, su bolsa, y cuantos servicios pendiesen de él. No se corrió Andrés de aceptar los beneficios de la amistad. Escribió á su padre, que, no habiendo nunca tocado su legítima, y habiéndola olvidado en tiempos mas dichosos, se veia entonces precisado á pedirla. Vilmore le respondió, que solo le daria dinero, con la condicion de embarcarse y volverse á Indias, sin dilacion, en un navio pronto á hacerse á la vela dentro de pocos dias. Esta dureza increible acabó de exasperar á un corazon, resentido ya tanto tiempo habia: las pesadumbres abatieron su valor: cayó peligrosamente enfermo, y en breve se vió reducido al último peligro. Beltran no le abandonó: pasaba las noches enteras á su lado, y le asistia con todo el generoso cuidado de una verdadera

amistad. Tenia Beltran una hija de diez y ocho años. Esta jóven, pensando seguir el simple movimiento de una justa compasion, sentada á la cabecera de la cama del pobre Andrés, partia con su padre el empleo de enfermera: Beltran le contaba las aventuras del desgraciado enfermo, y sus sucesos en la India, de que tenia muchos testigos en Brest: elogiaba su constancia, su valor, sus gracias, y ambos lloraban la funesta suerte que no merecia. Andrés, desde el principio de su enfermedad, agitado de un delirio furioso, no podia gozar de estos afectuosos cuidados: antes de caer malo, melancolizado con sus pesares, encerrado siempre en su cuarto, apenas habia reparado en Blanca: así se llamaba la hija de Beltran. Esta jóven era distinguida y célebre en Brest, á pesar de su oscuro estado, por una educacion superior á su nacimiento, por sus buenos modales y modestia, y mas que todo, por su linda persona. Una noche, que tenian poca esperanza de la vida de Andrés, Blanca, afligida y sentada á la cabecera de su cama, consideraba, con mayor ternura que otras veces, aquel desgraciado objeto de tantas inquietudes y penas. La palidéz de la muerte desfiguraba sus facciones: conocíase no obstante, su juventud, y le hacia mas digno de lástima: parecia que sus ojos se habian cerrado para siempre: tenia una de las manos tendida sobre la cama..... Blanca, arrebatada por un mo-

vimiento sobrenatural, puso sobre aquella mano una de las suyas; y encontrándola inmóvil y helada, le creyó muerto. ¡Oh cielo, esclamó, ya no hay remedio! ¡Desgraciado jóven!.... El espanto y la compasion ó quizá un sentimiento mas vivo, la impidieron el habla y cayó á los pies de la cama sin sentido. Al mismo tiempo volvió Andrés de su letargo, abrió los ojos, y el primer objeto que se le presentó, fué Blanca desmayada cerca de él; ó bien la juventud y hermosura, rodeadas con las sombras de la muerte.... Dió un grito, acudieron á socorrer á Blanca: esplicóse esta singular escena, y Andrés recobró la vida para albergar en su alma el mas crecido reconocimiento. De esta manera, en medio de los horrores de la agonía, y á los umbrales del sepulcro, unió el amor para siempre dos corazones infelices: de esta manera supo grabarse, bajo una forma terrible, y dejar una impresion durable.

Andrés, convalecido, conoció la peligrosa impresion que por la primera vez esperimentaba: obtuvo fácilmente la confesion necesaria á su dicha: Blanca se habia declarado antes de ser amada, y el amor feliz y tranquilo confirmó con escesiva alegría, lo que su despecho habia ya manifestado. El mismo Beltran, seducido, arrastrado por la compasion, despues de una débil resistencia, accedió á las instancias reunidas de Andrés y su hija. Aprobó el proyecto de una union

secreta; y Andrés, á los seis meses de pasada su enfermedad, á la edad de veinte y cinco años, casó con Blanca y vió cumplidos sus deseos. No queriendo, ni aguardando nada de su padre, resolvió ocultar su casamiento y se determinó á aprovecharse de la primera ocasion favorable para pasar á las Indias, acompañado de su suegro y mujer..... Hizo diligencias, y con la ayuda de su reputacion y amigos, entrevió la posibilidad de ser empleado de un modo ventajoso. En este tiempo se hizo Blanca embarazada; él avivó sus diligencias y pretensiones con la esperanza de partir antes que su mujer pariese; pero, dilatándose sus negocios, conoció, en fin, que no podia evitar las resultas que iban á publicar su secreto. Ya no se ignoraba en la ciudad, y Andrés tomó el partido de anunciárselo á su padre. Ve aquí la carta que le escribió.

Señor:

«¿Se acordará vd. del nombre y de la existencia de un infeliz, olvidado tanto tiempo hace? Debo creer que ha renunciado vd. para siempre al derecho que la naturaleza le daba sobre mi suerte: sé cuáles fueron mis primeros errores: si mi juventud no pudo entonces hacerlos disimulables á los ojos de vd., me he lisonjeado despues, que seis años de destierro, pasados en tra-

bajos útiles, y si me atrevo á decirlo gloriosos, podrian haber borrado su memoria; sin embargo, cruelmente abandonado en mis últimas desgracias, solo encontré en un estraño la compasion, socorros y ternura de un padre. Sin renunciar al que me arrojaba de sí, me pareció que podia adoptar al que hacian digno de tan sagrado título su beneficencia y virtud. Oscuro, pobre, sin empleo ni consideracion, pero hombre honrado y sensible, es el padre que he elegido. Aceptados sus beneficios, he entrado en su familia casando con su hija; y la felicidad que me ha procurado, supera, si es posible, todos los males que he sufrido. Respeto las distinciones establecidas en la sociedad. Si hubiese deshonrado mi sangre semejante alianza, hubiera tenido valor de sacrificar mi pasion y felicidad á la gloria de mi familia. Pero, gracias al cielo, no existe este obstáculo: el nacimiento de mi mujer es igual al mio: nuestros deberes son, á poco mas ó menos, los mismos. Su padre es pobre..... esa es la única tacha que puede ponérsele; por lo que, ninguna razon ha podido ni debido detenerme. Ligado con un lazo que el amor y honor constituyen igualmente sagrado, digo á vd. que serán inútiles todas las diligencias y tentativas dirigidas á desatarle. Voy á Indias á volver á empezar nueva carrera: ruego á vd. que no impida con publicidades mi resolucion: nada mas pido que la paz y

el profundo olvido de una patria que abandono para siempre: esta es la única gracia que me atrevo á implorar: debo esperarla y la aguardo de su justicia de vd.

»Quedo humildemente etc.»

Esta carta produjo en Vilmore los mas terribles efectos: ofendia demasiado su vanidad, para dejar de inflamar su cólera. La comparacion de la familia de Beltran con la suya, le pareció el mayor ultraje: recurrió á la justicia: apartaron con violencia á Andrés de los brazos de su infeliz esposa: le metieron en un calabozo, cargado de prisiones; y Blanca, á pesar de su estado y juventud, padeció la misma suerte. En la prision dió á luz el desgraciado fruto de su deplorable amor: quisiéronselo quitar de sus brazos; pero su resistencia, gemidos y lágrimas, movieron á unos corazones sensibles á la piedad por la primera vez: dejáronle su hijo; y Blanca, por conservarle la vida, se determinó á cuidar de la suya. Andrés, desesperado, delirante y furioso, clamaba por venganza: pedia á Blanca ó la muerte: pasó tres meses en esta situacion espantosa; al fin, vinieron á decirle que un hombre queria hablarle de parte de su padre.

—¡Mi padre! esclamó, no lo tengo.

En el mismo instante vió comparecer un hombre que era mayordomo de su padre.

—¡Ah! le dijo Andrés, ¿oirá mis ruegos el bárbaro que te envia? ¿Vienes á traerme la muerte? Ese es el único beneficio que puedo aguardar de él.....

—Tranquilícese vd., señor, replicó el mayordomo, tranquilícese vd., vengo á noticiarle una dicha, que no podia vd. nunca imaginársela: mientras vd. acusa á la fortuna, la fortuna trabaja para vd. Su hermano mayor de vd. ha muerto, y vd. es ya heredero natural de un padre, que abre los brazos para recibir á su hijo.

—¿Qué dices? respondió Andres, ¿mi hermano ha muerto! El cielo es justo, y ha quitado á mi perseguidor el ídolo que su orgullo le pintaba tan amable; y yo; víctima sacrificada á su cruel ambicion, no he llamado en vano á la venganza.

—Escúcheme vd., dijo el mayordomo, y procure vd. merecer con el arrepentimiento la gracia que se le ofrece. Su padre de vd., dueño de sus muchos bienes libres, puede disponer de ellos á su arbitrio: tiene dos hijas, á quienes su cariño puede enriquecer á espensas de vd., pero como no tiene hijo, y como se lastima tanto de los errores é infortunios de vd., le llama á ocupar el mismo lugar que acaba de quitar la muerte á su hermano de vd. Su casa y haberes le están á vd. aguardando..... Bien penetra vd. con qué ciega sumision es necesario comprar tales beneficios.

—A bien, replicó sosegado Andrés, que un

padre que quiere reconocerme y busca mi mano para enjugar su llanto, no será capáz de imponerme condiciones impropias. Supuesto esto, habla, ya te escucho sin temerle. Es preciso, dijo el mayordomo, abjurar para siempre una union tan indecorosa como ilegítima: Blanca podrá contentarse con la moderada pension que se la destinare; y para disolver tan vergonzosos lazos se aguarda solo el consentimiento de vd.: las demás medidas están tomadas, y solamente á este precio podrá vd. pretender.....

Basta, interrumpió Andrés: he previsto, desde el principio de tu discurso, la odiosa proposicion: he tenido la paciencia de oirte: oye ahora mi respuesta. Pueden perseguirme, oprimirme, quitarme á mi esposa, á mi hijo, y aun la vida: todas estas crueldades son posibles á la tiranía armada del poder; pero la honra es un bien que no pueden quitarme: la conservaré pura y sin mancha, satisfecho de sufrirlo todo por los objetos que amo. Ve ahí mi última é irrevocable resolucion: los tormentos, la violencia, la vista de los instrumentos de la muerte, ninguna cosa en el universo podrá mudarla. Quiso responder el mayordomo, pero rehusando Andrés escucharle mas, salió con el pesar y la humillacion, de haber procurado vanamente seducir á un hombre incorruptible. Blanca, en su prision, esperimentaba otra persecucion mas odiosa é in-

justa. La violentaron á que renunciase á su derecho, al título de esposa de Andrés: la propusieron, con esta condicion, suerte ventajosa para ella y su hijo: emplearon alternativamente los ruegos y las amenazas. Blanca respondió constantemente, que esperaba de Andrés el ejemplo que debia seguir, y que no dudaba fuese el del valor y fidelidad, y últimamente, que estaba determinada á modelar su conducta por la de su esposo. Desesperanzado Vilmore de vencer una resistencia tan firme y declarada, ejercitó todos los furores que puede inspirar el orgullo y resentimiento al alma mas dura é implacable: arrancaron de los brazos de una madre llorosa al hijo querido, al solo apoyo y único consuelo de su vida: estrecharon mas las prisiones del matrimonio desgraciado: hicieron su cautividad mas horrorosa y cruel; y para colmo de barbarie, les aseguraron, que esperimentarian aquel mismo tratamiento toda la vida. Pasaron cuatro años en tan horrible situacion; pero Andrés sostenido por el amor, se impuso la obligacion de vivir sufriendo por él..... A fuerza de persuasiones, de manejos ocultos, y de perseverancia, llegó á seducir á uno de sus carceleros. No pudiendo obtener la libertad, le obligó, á lo menos, á que le proveyese de plumas, papel y tinta. Entonces compuso una memoria circunstanciada de la historia interesante de su vida: la acabó pidiendo,

por única gracia, su libertad y la de su mujer é hijo, no aspirando á los bienes de su padre, ni aun á su legítima. A la memoria la puso esta inscripcion: *A mi patria*. Empezaba así: «He derramado mi sangre por ella: soy un ciudadano oscuro; pero inocente y perseguido: mi causa es la de todos los corazones sensibles y virtuosos: cargado de hierros, moribundo y desesperado, en un infame calabozo, padre infeliz, esposo perseguido, é hijo desventurado, me arrojo en los brazos del primer compatriota que lea esta memoria, y le ruego encarecidamente, que tenga la generosa compasion de proteger y defender á un infeliz encadenado, cerca de cinco años ha, por la violencia y la tiranía. ¡Ojalá, que una mano benéfica ponga este escrito al pié del tribunal augusto, protector de la inocencia! ¡Ojalá, que pueda yo algun dia, abrazando á mi mujer á hijo, olvidar para siempre en sus brazos todos los tormentos que he sufrido!.....» El carcelero, ganado por Andrés, hizo imprimir secretamente la memoria, y distribuyó al público muchos ejemplares. Un abogado, célebre por su talento y virtud, movido de tal lectura, quiso tener la gloria de defender una causa tan singular.

A pesar del crédito y oposiciones del caballero Vilmore, hizo resonar todos los tribunales con los gritos del desgraciado Andrés. Informóse de la situacion de Beltran: supo que las pesa-

dumbres le habian quitado la vida: logró que le entregasen al hijo de Andrés; y en fin, obtuvo su libertad y la de su mujer. Entonces fué á la prision de Blanca: ella ignoraba todo lo sucedido; y casi despechada, aguardaba la muerte para término de las crueles penas que destrozaban su corazon. El abogado generoso, impelido por la humanidad, entró hasta la morada tenebrosa, donde la juventud, la hermosura y la virtud afligida ofrecieron á sus ojos el espectáculo mas compasivo: llevaba en brazos al hijo de Andrés: entró alumbrado por los reflejos de una lámpara lúgubre: vió en el mas horrendo calabozo, á Blanca recostada sobre la paja, esparcidos sus cabellos, cubierta de asquerosos girones, inundado de lágrimas el rostro, y levantadas al cielo sus manos cargadas de cadenas. Detúvose, y contempló con lástima, mezclada de admiracion sus gracias, su juventud, y los horrores que la rodeaban. Blanca, creyendo fuese su carcelero, levantó la cansada cabeza y preguntó, con moribunda voz lo que queria.

Vengo, gritó el abogado, á rendir vasallaje á la virtud desgraciada, y finalizar sus penas. Dicho esto, arrodillóse á los pies de Blanca, y la presentó su hijo. Blanca le reconoció, y abrió sus brazos esclamando: ¡Ah, si me le vuelven, ya podré sobrellevar la vida!... Quiso abrazarle, pero la alegría le embargó de tal modo, que,

acabando de agotar sus fuerzas, cayó desmayada en los brazos de su libertador. ¿Quién podrá espresar la sorpresa, la alegría, el enagenamiento de aquella alma sensible y apasionada, cuando al recobrar el uso de los sentidos, supo que iba á ver á su esposo; y que, recobrando ambos la libertad, la beneficencia de un desconocido, de un estraño, les juntaba para siempre? Venga usted, la dijo el abogado, dejemos este lugar horrible, que ha escuchado tanto tiempo los gemidos de la inocencia: venga vd. para que yo deposite entre los brazos de un padre y de un esposo, dos objetos tan estimados y tiernos. Pero, continuó, vd no puede salir en tan indigno estado: todo lo he previsto: vd. encontrará en este paquete cuanto le sea necesario: vístase usted mientras yo voy á manifestar mi órden, y de aquí á un cuarto de hora volveré á buscarla. Salió sin aguardar respuesta. Blanca desató el paquete, encontró camisa y vestido completo: regó con lágrimas aquellos preciosos gages de una bondad tan atenta y delicada; y anegada su alma de contento, se embriagó con las delicias del reconocimiento que sentia.

Volvió el abogado, tan feliz, tan conmovido como Blanca, la ofreció la mano; y ayudándola á llevar á su hijo, la sacó con gozo de aquel lugar de amargura: les esperaba un coche, y en poco tiempo llegaron á la prision de Andrés.

Entraron: Blanca abrazada con su hijo, corrió y se precipitó en los brazos de su esposo: ambos esperimentaron en aquel momento cuantos gustos pueden inspirar el amor y el gozo á dos corazones, que pasan súbitamente del esceso de la desesperacion al colmo de la felicidad..... El abogado, en pié delante de ellos, miraba como fuera de sí un espectáculo tan tierno: se decia á sí mismo: esto es obra mia; y sin duda, no era él el menos feliz de los tres.

De improviso se retiró Blanca de los brazos de Andrés y fué á arrojarse á los piés de su generoso libertador. Ve aquí, dijo, al ángel tutelar, al dios benéfico, que te vuelve á tu mujer, á tu hijo y á la libertad..... No pudo continuar: los sollozos la cortaron las palabras. Andrés apresurado se arrodilló al lado de Blanca: ¡Ah! esclamó, mi corazon, envenenado por el ódio cinco años hace, abjura ahora mismo la cólera y venganza: la gratitud y el amor van, desde ahora, á ocuparle todo entero. Sí, sí, olvido mis infortunios y perseguidores: renuncio al tormento de aborrecer y consagro para siempre todos los movimientos del alma á los amados objetos que recobro y al mas geueroso de todos los hombres.

Desde esta singularísima escena, el resto de la vida de Andrés no ofrece mas que una larga cadena de desgracias, de que no contaré sino los pasajes mas notables. El abogado, su bienhechor,

le llevó á su casa: le estableció con su mujer en una casa de campo: allí vivió Andrés pacífico dos años, ocupado en la agricultura: su cuidado é industria doblaron la renta de la tierra, y le produjeron la satisfaccion de poder ser útil á su amigo generoso. Hizo muchas tentativas para volver á entrar en el servicio militar; pero perseguido siempre del ódio activo y constante de su padre, no pudo conseguirlo. Tuvo la desgracia de perder á su hijo; y poco tiempo despues, á su bienhechor y único apoyo. Abismado en el dolor, se alejó de París con su mujer, y llevó su miseria y pesares á una provincia distante, resuelto á vivir en ella desconocido con el trabajo de sus manos: fijó su destino feliz en Auvergne. Su mucho conocimiento en la agricultura, su constancia y la de su mujer, les suministraron medios de subsistir. Pusiéronse ambos á servir á un labrador rico. Andrés cultivaba la tierra, mientras Blanca, empleada en el trabajo interior de la casa, vencia su repugnancia á aquel manejo grosero. Seis años pasaron de esta suerte. Andrés tuvo muchos hijos: los dió una educacion conforme á su estado, y se acostumbró él mismo á aquel género de vida laboriosa, pero tranquila: en fin, llegó á ser poseedor de un pedazo de tierra; que podia bastar, cultivándolo, para la subsistencia de su familia. Retiróse allí, y disfrutó durante diez años, todas las delicias de la paz

y felicidad. Contento con su fortuna, olvidó en los brazos de su mujer é hijos, el destino tan diferente para que habia nacido.

Pero un suceso inesperado vino á destruir la obra del tiempo y la razon y á sumergirle en un abismo de penas é infelicidades.

El caballero Vilmore, acometido de una enfermedad lenta, pero mortal, empezó á sentir remordimientos sobre lo ejecutado con su hijo: cercano al sepulcro, su conciencia conturbada, le presentó con horror el formidable momento de su próxima destruccion: la religion, tan consoladora cuando se ha vivido bien, le aumentaba, al contrario, el secreto terror que le angustiaba. En vano buscaba medios de libertarse del remordimiento devorador que le perseguia: llegaba á tocar aquel término en que el hombre mas perverso no tiene la perniciosa facultad de engañarse á sí mismo: la verdad, tan terrible á los delincuentes, vino, á pesar suyo, á confundirle..... En fin, se determinó á tomar informaciones del paradero de su hijo: habló de ello á su mayordomo; y este hombre, lleno de probidad y afecto hácia el infeliz Andrés, despues de muchas averiguaciones inútiles, llegó á saber donde moraba y le escribió esta carta:

«Su padre de vd. se muere: desea ver á su hijo; y su corazon oprimido es capaz aun de ternura: no vacile vd., y corra sin detencion á los

brazos de un padre, que está arrepentido de haber causado á su hijo tantos desastres. Venga usted: todavía es tiempo: aprovéchese de los momentos en que los vanos deseos del orgullo y de la ambicion se anonadan.. .. Quiere ver á vd. su padre: pero le falta valor para solicitarlo: está rodeado de enemigos que devoran con anticipacion lo que va á dejar. Noticio á vd. sus secretas disposiciones: comparezca vd. trayendo á su desgraciada familia y recobrará todos sus derechos; pero dése vd. priesa: todo depende de su actividad y diligencia.»

No vaciló Andrés: pudo mas con él el interés de sus hijos, que sus presentimientos y consideraciones. Vendió á vil precio su corta heredad, y marchó con toda su familia. Al dejar aquel lugar amado, un movimiento interior le hizo derramar algunas lágrimas: sintió abandonar á su pobre casa, y no pudo separarse de ella sin una cierta muestra de turbacion y dolor. Para llegar mas pronto, se vió obligado á tomar un carruaje, y correr la posta, de modo, que los gastos del viaje consumieron casi enteramente el fruto de diez y seis años de trabajo. Finalmente, divisó las murallas de París y seguidamente la casa suntuosa de su padre. Al verla Blanca, le echó los brazos al cuello:

—Mira, le dijo, el paraje donde hubieras vivido sin mí: ¡y es posible que á su vista, eches menos la que dejamos!

Andrés lloró, la abrazó, y aquel momento que ponia á la vista de su mujer, que sabia tan bien conocer el precio, los sacrificios nunca nombrados por él; aquel instante tan tierno y lisonjero, quizá fué para él uno de los mas deliciosos de su vida. Pero ¡ah! ¡qué novedad tan cruel les aguardaba!..... El oficioso mayordomo de Vilmore les salió al encuentro y les participó, que el dia antes habia enterado al amo de su próxima llegada; pero que esta noticia no habia podido finalizar sus incertidumbres: que habia pasado una noche terrible: que, conociéndose muy agravado por la mañana, habia enviado á llamar á su confesor, y que, despues de dos largas conferencias, se habia determinado á hacer nuevo testamento.

—Todo hasta aquí era favorable á vd., continuó el mayordomo. El digno cura, de quien ha hecho confianza, le ha hablado con tanta fuerza sobre los procedimientos que ha tenido con vd., que su padre de vd., sobrecogido de temor y espanto, envió sin dilacion á llamar á su notario; pero, un instante despues, habiendo llegado su carta de vd., y anunciándonos que vd. compareceria dentro de dos horas, se apoderó de mi amo un accidente que hizo en él la mas funesta revolucion: perdió el habla: estado tanto mas horrible para él, cuanto conservó sana la cabeza y todo su conocimiento; en fin, prosiguió el mayordomo, sabe ya que están vds. aquí y manifiesta el

mayor deseo de verles: dice el médico que su presencia de vd. puede causarle nueva revolucion y volverle la facultad de hablar: venga vd., señor, no perdamos mas tiempo.

Andrés, acompañado de su familia, corrió al cuarto de su padre. Este, viéndole entrar, levantó los ojos al cielo y le echó los brazos. Andrés se arrodilló ante la cama: le miró su padre con melancólica atencion; y á impulsos de un esfuerzo, pronunció el nombre de su hijo: acudió el confesor: «haga vd. mas esfuerzos, le dijo: aquí está el notario: una palabra, tan sola una, podria asegurar la buena suerte á un desgraciado, á quien su silencio de vd. va á condenar para siempre á la mayor miseria: pida vd. á Dios la gracia de poder reparar en estos últimos momentos, que á vd. quedan, las penas que ha padecido la inocencia.... Dios oirá tan justos ruegos.» A estas terribles palabras, junta Vilmore las manos, las levantó al cielo, abrió la boca, quiso hablar; pero, no pudo articular sino algunas sílabas confusas; el dolor, el susto, los remordimientos se dejáron ver impresos en su rostro: estiráronsele los brazos, empezó á cubrirle la amarillez de la muerte: el confesor quiso darle un Crucifijo: el infeliz moribundo, fuera de sí con la rabia y la desesperacion, arrojó una espantosa mirada sobre su hijo; y, considerando con desprecio y ferocidad al Crucifijo que le pre-

sentaron, volvió á otro lado la cara, y terminó su vida en aquel momento con una violenta convulsion. ¡Muerte terrible, espantosa, cuya imágen hace temblar de horror! ¡Leccion útil y memorable para los padres capaces de aborrecer y abandonar á sus hijos! Murió sin haber hecho ninguna disposicion á favor de Andrés: no se encontró mas que el anterior testamento dictado por su odio; por lo que, sus irresoluciones y remordimientos tardíos, hiciéron su fin mas doloroso y funesto, y no pudieron cambiar la suerte de su desgraciado hijo.

Andrés, mas digno de lástima que nunca, conoció, temeroso, toda la estension de los crueles males á que este último golpe le esponia: quedábale aun algun dinero, alquiló un cuarto en un arrabal distante, y se fué á vivir á él con su familia para meditar, mientras la noche, que partido podria tomar. Fatigados sus hijos del camino, y muy niños aun para sentir los tormentos de la inquietud, se durmieron al instante, disfrutando pacíficamente el mas profundo reposo. Una triste lámpara iluminaba aquel oscuro recinto. Andrés, mudo, inmóvil, vaga la vista, incierto en sus determinaciones, se paseaba con largos pasos, y todos sus movimientos descubrian la violenta agitacion del espíritu. Blanca, hasta entonces absorvida en su dolor, le miró, tembló y corrió á echarse á sus pies: ¡Ah, des-

graciado, le dijo, en que situacion te he puesto! Sin mí, sin este fatal amor, que causa hoy tu ruina, serias dichoso, y tu vida deplorable fuera tan afortunada, como ahora es horrible y funesta.....

Pero, si me amas, no te flaqueará el valor: anímese á la voz de tu mujer, á la vista de tus hijos. ¡Mis hijos! replicó Andrés, ¡mis hijos!..... He podido sobrellevar tu miseria y la mia; pero estos desgraciados ¿tienen acaso tu razon y tu ánimo. ..? ¡Verles gemir y quejarse! no: no: mejor es.... Entonces se detuvo y se arrojo sobre una silla en el estremo opuesto del cuarto. ¡Oh cielo! esclamó Blanca sobresaltada, ¡qué es lo que veo, y que horroroso designio!.... No pudo decir mas: hízola callar el llanto: acercóse á ella Andrés; y con modo triste y feroz, créeme, Blanca, la dijo: enjuga tus lágrimas: bastante hemos sobrellevado la vida: nuestra desgracia ha llegado á lo sumo: un momento puede sustraernos á tantos horrores, y mi valor te dará el ejemplo. A tan terribles palabras, Blanca se animó y reunió todas sus fuerzas, diciéndole con resolucion: ¡cómo! ¡yo habia de ultrajar así al cielo y á la naturaleza! ¡Yo abandonaria así á mis hijos, siendo á un mismo tiempo bárbara é impía! Es verdad que soy desgraciada; pero me queda la inocencia, y podré sobrellevarlo todo.... Si: si me condenas al horror de que te sobreviva, tendré valor

para procurar, á lo menos, prolongar una existencia tan deplorable.... Viviré para tus hijos.... Para esos hijos infelices, que quieres entregar á los males, que tú mismo no tienes la constancia de sufrir. Enternecióse Andrés, y, aprovechándose su mujer de aquel instante favorable, consiguió que volviese sobre sí. Reconoció Andrés su delirio, le detestó y abjuró: convino, en fin, en que la religion, el honor y la naturaleza juntos, le mandaban que viviese; pero, resintiéndose su cuerpo de tantas agitaciones, le sobrevino una calentura violenta, que le puso en breve tiempo á las puertas de la muerte. Entonces se vió Blanca reducida á los mayores trabajos: por un lado, su esposo moribundo: por el otro, sus hijos desgraciados, sufriendo las incomodidades del frio y del hambre. En aquel estado invocó al cielo, pidiéndole, que acabase con la existencia dolorosa de tantas víctimas inocentes. Una mañana, arrimada á la cama de su esposo, consideraba su semblante, desfigurado con las sombras de la muerte, y se acordada de aquel tiempo de su juventud, en que, en una situacion semejante, habia sentido las primeras impresiones de una pasion tan fatal para ambos. Esta memoria escitó su ternura mas que nunca; tomó una de las manos de su esposo: púsose de rodillas y le dijo: ¿me podrás perdonar los tormentos con que mi funesto amor ha envenenado tu vida?... ¡Ah! res-

pondió Andrés: son muy horribles los últimos instantes de ella: te dejo con mis hijos en el colmo de la miseria; pero, si se me prolongase una vida tan triste y penosa, haria por tí cuantos sacrificios..... Llegaba aquí Andrés, cuando de repente, se abrió la puerta del cuarto, y fijó la atencion de los dos míseros esposos un espectáculo inesperado. Entró una jóven de veinte y cuatro á veinte y cinco años, de graciosa figura que traia de la mano á una niña de seis á siete: arrimóse enternecida á la cama de Andrés: despidió á los que la acompañaban y mandó cerrar la puerta: dirigióse á Blanca con agrado y la preguntó su nombre. Blanca, sobrecogida y confusa, dudó, y se turbó: Andrés, á pesar de su debilidad hizo un esfuerzo, se sentó sobre la cama, y esplicó en pocas palabras su situacion. Veo, dijo la dama, que no me he engañado. El cielo haga que no haya sido tarde mi venida. Y tú, hija mia, dijo, volviéndose hácia su hija, que lloraba, mira bien este cuarto, y los dolorosos objetos que le ocupan; y no salga jamás de tu memoria semejante espectáculo: toma, continuó, y ves á poner esta bolsa á los pies de aquella cama: acércate á ella con respeto, porque se le debe á los desgraciados: jamás lo olvides: y procura hacerte algun dia digna del sagrado empleo con que te honro.

Sin duda deseas saber, quién era aquella ge-

nerosa desconocida; pues sabe, que era la mujer del caballero Lagaraye, y la niña era aquella misma, que perdió poco despues: aquella misma niña, que murió á los quince años de edad y que con tales ejemplos, debió ser las delicias de una madre tan virtuosa. Volviendo á Andrés, el caballero Lagaraye, luego que supo su historia, se conmovió tanto de sus desdichas, que le ofreció un asilo en sus tierras. Verificado todo, le puso á la cabeza de sus nuevos establecimientos, que dirigió Andrés el tiempo de seis años. El caballero Lagaraye tomó á cargo suyo la suerte de los hijos de Andrés, y coronó tantos beneficios con el donativo de una hermosa casa, rodeada de una espaciosa huerta. En este agradable retiro pasa Andrés su vida en dulce reposo: allí es donde á todas horas resuenan las alabanzas de sus bienhechores, y sus nombres respetables, esculpidos en las paredes, son celebrados cada instante con las voces del agradecimiento.

CARTA VIII.

El baron al vizconde Limours.

He gozado, finalmente, esta mañana la felicidad de admirar muy de cerca el objeto mas sério y mas amable, que quizás habrá sobre la tierra. Hace tres dias que estoy con Lagaraye,

y he tenido tiempo de instruirme de cuanto ha hecho. Deseaba, antes de verle, conocerle con perfeccion por sus operaciones. Queria, sobre todo, que mi hijo, antes de este caso, que deseaba infinito llegase, supiese por menor cuan digno de su admiracion era el caballero Lagaraye, para examinar despues, á la primera vista, que impresion hacia en Teodoro la presencia de un hombre tan estraordinario. No era para mí bastante que viese con ternura al caballero. Deseaba yo que no se acercarse á él sin una especie de enagenamiento, y me decia á mí mismo:

«Si Teodoro no sale fuera de sí, cuando vea al bienhechor de Andrés, y al autor de cuantos establecimientos hemos visto, vivo engañado; mi plan de educacion no es bueno, y por consiguiente, nada he trabajado de que pueda vanagloriarme.»

La impaciencia de mi hijo le despertó esta mañana antes del dia; y estando ya todos vestidos y juntos á las seis, guiados por Andrés, tomamos el camino hácia el lugar, que aun se llama aquí, por costumbre, el castillo: está como á un cuarto de legua de este pueblo, y todo el camino lleno de hermosos olmos. Adela y Teodoto, que son escesivamente traviesos, venian junto á nosotros en profundo silencio, en lugar de correr y hablar sin interrupcion, como lo hacen siempre, cuando tienen esperanza de ver algu-

na cosa particular. Esto lo causaba la especie de admiracion que los poseía. Un sentimiento ordinario se espresa con movimientos vivos y turbulentos; pero una impresion profunda produce siempre una especie de compresion y recogimiento, que se manifiesta por la seriedad y la atencion.

Ibamos todos á pié, y al cabo de medio cuarto de hora que caminábamos, divisamos á lo lejos una casa de campo, cuya arquitectura majestuosa y noble anunciaba desde luego su espaciosidad y magnificencia. Hízonos Andrés detener un momento, y nos dijo: Este suntuoso edificio fué obra del padre del caballero Lagaraye: los primeros cimientos fueron puestos por la vanidad, sin poder preveer para qué uso serviria algun dia. Como su alojamiento era inmenso, el caballero Lagaraye no ha hecho mas que trocar la distribucion, segun sus designios: allí es donde reside, y aquel es el hospital de los hombres: vuelvan vds. la vista hácia la derecha, y vean aquel otro grande edificio nuevo, sencillo y desnudo de adornos, que es el hospital de las mujeres, y fué edificado por el caballero. Al acabar Andrés estas palabras, apresuramos el paso, y en breve tiempo llegamos á las puertas del edificio. Eran las siete de la mañana. Un portero, vestido de paño ceniciento, nos pidió los nombres, y luego nos franqueó la entrada. Atrave-

samos dos patios espaciosos, y llegamos á las salas. Dijéronnos que el caballero Lagaraye estaba en la capilla oyendo misa, y nos acompañaron allá. Nos previno Andrés, que no nos presentaria al caballero hasta que saliese de la capilla. Entremos, y nos colocaron cerca de la puerta, en un banco desocupado. Discurra vd., amigo, con que ansia pasearia yo mi vista para encontrar y conocer á Lagaraye. Dijóme Andrés en voz baja: Ningun lugar preeminente, ni distincion alguna se le dará á vd. á conocer; y así veamos si vd. lo adivina. En aquel instante puse los ojos en mi hijo, y lo confieso, fijó toda mi atencion.

Estaba en pié, empinándose con esfuerzo, alargando el cuello, la boca entreabierta, respirando con dificultad y precipitacion; y en esta actitud, sus ojos, lo encendido de su rostro, los movimientos de su cabeza, todo manifestaba su curiosidad, y la viva conmocion que sentia. Habia en la capilla, sin entrar nosotros en el número, hasta cincuenta personas: unos eran enfermos convalecientes y otros criados y trabajadores; pero todos vestidos uniformemente de un paño ceniciento grosero, aunque aseado. Era muy difícil conocer al caballero Lagaraye, estando vestido como los demás y colocado casualmente como cualquiera. Repentinamente se vino Teodoro á mí, y asiéndome del brazo, me

dijo: Veále vd. allí, padre mio, aquel es seguramente..... Me señaló un hombre de noble aspecto, cuya edad no parecia muy avanzada; pero, no obstante, las canas daban á su rostro un aire venerable, que infundia respeto: su recogimiento y piedad le distinguian, y todos tenian en él fijos los ojos..... Sí, él es: me repetia mi hijo: repare vd. como le miran todos... En efecto, no se engañaba Teodoro en las notorias señales que le distinguian. Acabada la misa, levantáronse todos, hicieron lugar al caballero Lagaraye, y le salieron acompañando y bendiciendo.

Entonces se acercó á él Andrés, le instruyó del motivo de nuestro viaje, y nos presentó. Nos recibió con una cortesanía llena de dulzura y gracia: dióme un abrazo y otro á Dainville; y se disponia para hacer lo mismo con mi hijo; pero Teodoro, agitado de un impulso, que me penetró de gozo, puso una rodilla en tierra, le besó la mano, y la regó con lágrimas, que quizá fueron las mas sinceras que derramará en su vida... El caballero Lagaraye, sorprendido y conmovido, le levantó, le tomó en sus brazos, y le preguntó el motivo de una accion, que su modestia y sinceridad le hacian incomprensible. Mi mujer tomó la palabra, y le satisfizo: la escuchó con serenidad y complacencia, abrazó á mi hijo, y le dijo:

—No merezco ciertamente ser admirado: el género de vida que he escogido, me hace feliz, y solo se vé en mí un hombre dichoso.

Volvióse despues á nosotros, y nos propuso que fuéramos á ver su casa. El mismo nos guió, llevándonos primeramente á la enfermería. Esta pieza es tan espaciosa, que contiene sesenta y dos camas. El órden, el aseo y el cuidado, es mayor de lo que puede la imaginacion pintar. Fué para nosotros el espectáculo mas tierno ver al caballero Lagaraye hablar á todos los enfermos con modo afectuoso y consolador, y oir á ellos bendecirle y darle gracias, con espresiones vivísimas del mas tierno reconocimiento. Al sonido de su voz, vimos descorrerse todas las cortinas y levantar los enfermos las cabezas en toda la estension de la sala para anticiparse el gusto de verle. Parecióme entonces una divinidad que se dignaba descender al templo, donde le imploraban, para derramar en él las gracias y los beneficios. Hay en esta sala cuatro ventanas con sus cristales, dos puertas grandes y dos chimeneas. Como yo admiraba su grandeza y regularidad, el caballero Lagaraye me dijo: Esta no es obra mia, la he empezado á usar del propio modo que la encontré. Manifestéle alguna sorpresa, estrañando que no hubiese sido hecha para aquel efecto. Respondióme con sencillez: *Esta era una sala de comedias*: yo la elegí para mis enfermos, como

lugar mas espacioso, menos húmedo y mas sano. Las palabras, vizconde mio, *esta era una sala de comedias*, ¡qué tropel de reflexiones no me produjeron! Una sala de comedias trocada en hospital, ¡qué maravillosa metamórfosis!..... Aquel hombre que me hablaba, vestido con un saco de paño grosero, rodeado de objetos melancólicos y desabridos, se me representaba en la imaginacion del modo que, otros tiempos, estaria en aquel mismo lugar disfrutando los placeres mas dulces y deliciosos, en medio de una sociedad brillante y numerosa, y me decia á mí mismo: Verosimilmente será el entusiasmo de una imaginacion ardiente, ó bien el deseo desmedido de adquirir un nombre famoso, lo que le habrá podido determinar á tantos sacrificios; pero su sencillez, su aire sereno, modesto, pacífico, no indican fanatismo ni orgullo. Solo veo en él, un hombre dichoso y bienhechor. ¡Seria posible que tan pacíficas virtudes hubiesen producido tan vastos designios y una conducta tan estraordinaria!

Ocupábanme estas ideas profundamente, y deseaba con ánsia, que una conversacion particular pudiera enterarme de su sistema é íntimos secretos. Salimos de la enfermería: nos condujo el caballero á la casa del boticario y nos le presentó como á un hombre distinguido por su mérito é instruccion. Encontramos una farmacia comple-

ta y dispuesta, como todo lo demás, con órden y simetría. Desde allí nos llevó el caballero al estremo opuesto de la casa: entramos en una gran pieza, que en otro tiempo fué un salon soberbio: aun se ven en él algunas molduras doradas y pedazos de preciosísima escultura: toda la sala está llena de mesas pequeñas y banquillos, contiguos los unos de los otros, alrededor de una especie de cátedra bastante elevada y situada en medio de la pieza. Esta es mi sala de escuelas, nos dijo el caballero Lagaraye: aquí se enseña á leer y á escribir á todos los muchachos de la poblacion, desde las diez de la mañana hasta medio dia; y á la tarde, desde las tres hasta las cuatro. Además de esto, vengo tambien todas las tardes á las siete, á leer á los jóvenes una instruccion moral que he compuesto é impreso para ellos. Esta obra contiene dos partes: la primera, para la niñez: la segunda, para la juventud: y mi mujer, por su parte, ha formado un establecimiento enteramente semejante para las muchachas del pueblo. Acabada esta esplicacion interesante, nos propuso el caballero, que fuésemos á ver su cuarto, que consiste en un dormitorio bastante reducido, un precioso gabinete, una biblioteca y un laboratorio. Ya ven vds., nos dijo, cuáles son mis ocupaciones: la lectura, la chimia, la medicina y la botánica, son mis entretenimientos: protestando á vds. que, de doce

años á esta parte, no he esperimentado un solo momento de tédio ó disgusto. Acercóse á mí Andrés y preguntóme en voz baja:

—¿Se habia vd. formado una idea de cuanto ve?

—No, ciertamente, le respondí: para juzgar bien; es necesario verle y oirle: habla de lo que ha hecho con una sencillez, que parece que disminuye lo maravilloso: al escucharle, como que parece ser fácil y suave su imitacion : no veo en él mas que un verdadero filósofo; pero debo confesar que no puedo conciliar los sacrificios inauditos que ha hecho, con una imaginacion tan poco exaltada.

—Ya habia yo previsto la admiracion de vd., me replieó Andrés: he querido proporcionarle á vd. el placer de que sepa de su misma boca el encadenamiento de los sucesos que le han conducido á tal punto de perfeccion, á que seria imposible llegar sin una piedad verdaderamente sublime; y cuando esté vd. instruido de esta parte interesante de su historia, no dudo que la admiracion de vd. se aumentará.

Hablando así, dirigióse hácia nosotros el caballero Lagaraye.

—Son las nueve, me dijo, esta es la hora en que nos juntamos para tomar el desayuno, ¿quiéren vds. acompañarnos?

En aquel punto entró en el cuarto y nos salu-

dó una mujer vestida con el uniforme de la casa. El caballero Lagaraye se adelantó á recibirla. Ya conocerá vd., amigo, que era su esposa: presentónos á ella, nos recibió con la cortesía y naturalidad que caracteriza á ambos. Prevenida ya esta señora por la mujer de Andrés, manifestó desde aquel mismo instante un cariño singular á las señoras: conserva aun su buen parecer, y sobre todo, una frescura estraordinaria á la edad de cuarenta y cinco años: su fisonomía es igualmente atractiva que risueña: se nota en su persona una cierta nobleza, que no puede encubrir el tosco vestido que usa: es viva, franca, servicial: habla bien y acompaña cuanto habla con ciertas acciones que fijan la atencion y dan, á su modo de esplicarse, una singular energía, que, en cualquiera otra, pareceria afectacion y en ella es tan natural, que hace su conversacion agradable, persuasiva y animada: admira á su marido, y le ama con tanta pasion, que ya toca en entusiasmo, y oye con ansia y enagenamiento cuantos elogios se le dan. Al cabo de una media hora, juzgué por todo lo visto, y comprendí fácilmente, que amando tanto á su marido, y teniendo una imaginacion vivísima, se habia dejado llevar sin violencia á cuanto su marido habia querido proponerla. Pero el caballero Lagaraye era todavía un enigma para mí, creciendo cada momento mi curiosidad. Vinieron á avisar que esta-

ba ya servido el desayuno. El cuarto del caballero está al mismo nivel del piso bajo: nos hizo pasar á un bosquecillo, donde encontramos una mesa preparada con varias frutas y leche: á muy corto rato de estar allí, llegó toda la sociedad, compuesta de sus dos cirujanos, del cura del lugar, de Blanca, mujer de Andrés, y del chimio, que ya habiamos visto.

—Vean vds. aquí, nos dijo Lagaraye, los compañeros de mi soledad. Su talento é instruccion, y mas que todo, su amistad, son el encanto y deleite de nuestra vida mas de diez años ha.

Pusímonos á la mesa y fué la conversacion agradable, jocosa y general. Concluido el desayuno, se dispuso un paseo por los jardines, que son todos de verduras comestibles, á excepcion de algunos pedazos. La esposa de Layaraye nos iba haciendo observar la hermosura de los árboles y frutos.

—Cuanto vds. ven, nos decia, es obra de mi marido: esos cuadros de árboles frutales, eran en otro tiempo bosquecillos de rosas, mirtos y jazmines: esos vastos pedazos sembrados de legumbres, formaban dibujos de infinitas flores: aquí habia un laberinto: allí habia una porcion de álamos altísimos. En todas partes no presentaba la naturaleza otra cosa, que vanos é inútiles esfuerzos del arte. Una mano sábia y benéfica destruyó todos aquellos monumentos de lujo, he-

chos por la molicie y ociosidad. Desapareciéronse los jardines de Armida, dejando su lugar para que lo ocupase la paz, el órden, la abundancia y la felicidad, digna morada del dueño que la habita. Mientras hablaba la mujer de Lagaraye, estaba yo admirando el fuego de sus ojos, y los movimientos varios y espresivos de toda su fisonomía. Es menester confesar, querido vizconde, que las mujeres, cuando son verdaderamente sensibles, nos superan en una delicadeza de que no somos capaces: tienen cierta finura para contar hasta las mas pequeñas circunstancias, que nosotros no advertimos: sus órganos mas flexibles, las hacen esperimentar á la vista de los objetos, que no hacen impresion en nosotros, movimientos afectuosos que no podemos comprender: tienen un modo de amar, que las es propio y particular; de modo, que aquella que rogaba á su amante, pronto á ausentarse, que mirase todas las noches á la luna á una misma hora, sin duda se propuso una idea deliciosa; y estoy persuadido, que esta hora feliz la hacia llevaderos todos los afanes y penas del dia. Los talismanes, las cifras de pelo y otras invenciones delicadas son suyas, mientras nosotros, capaces de sacrificarlas nuestra existencia y aun nuestra gloria, no hacemos alto en estas bagatelas, que tanto estiman. Quizá tienen nuestras pasiones mas profundidad y energía; pero su sensibilidad, que

es mas fácil de escitarse, mas indagadora y mas contínua, les proporciona, sin duda, complacencias, que no conocemos, y felicidades preferibles á las que podemos disfrutar.

No le hago á vd. ninguna apología, estimado vizconde, por esta pequeña digresion: usted me la perdonará, siquiera por recaer sobre el sexo que vd. aprecia tanto. Ahora volvamos á Lagaraye. Paseándose Andrés al lado caballero le dió noticia de mi admiracion, y de la dificultad que encontraba en formar de él un concepto seguro. Acercóse á mí Lagaraye y me dijo: Si tiene usted tiempo para oirme unos instantes, podré quizá, satisfacer la curiosidad de vd. Mezclóse su mujer en nuestra conversacion, y le pidió que nos contase circunstanciadamente, no la historia de su vida, sino la de su corazon.

Convino en ello, le rodeamos: sentóse en un banco entrelazado de céspedes, á quien unos árboles daban sombra, y mi mujer y yo nos pusimos á sus lados. Todos los demás formaron un círculo delante de él: nuestros hijos se pusieron enfrente para mirarle cara á cara: guardamos un profundo silencio; y el caballero Logaraye, cuyas palabras han quedado para siempre grabadas en mi memoria, nos dirigió este discurso.

He pasado la mayor parte de mi vida entre el tumulto y la disipacion. A los veinte y cinco años, dueño de mi libertad, de un mayorazgo

considerable, habiendo tenido una educacion muy descuidada y no sabiendo ocuparme en nada, para estar contento conmigo mismo, busqué la felicidad en los entretenimientos vanos y frívolos. Enfrióse mi corazon, ó por decirlo mejor, quedó su natural sensibilidad sofocada entre el género de vida á que me entregué: pero enardecióse mi cabeza; y me estravié mas, buscando el modo de ser feliz. Como no tenia ideas de una dicha pura y tranquila, la única cosa durable y sólida, desconocí las ventajas que poseía, y busqué otras quiméricas. En fin, empecé á abrir los ojos. Cansado, fatigado de todo, no habiendo gustado de cosa alguna, conociendo la saciedad y sin haber esperimentado aquellos tumultuosos desórdenes, que ordinariamente la preceden, no me quedó de tantas ilusiones sino una memoria importuna y una incertidumbre cruel. Entré en mí mismo: pregunté á mi corazon: me respondió sensible; y conocí finalmente, que para ser feliz, era preciso consultar únicamente con él. Parecióme que habitaba otro nuevo muudo; pues, habiendo sido hasta entonces desgraciado, pasé rápidamente de una estremidad á otra: amar y vivir solo para los objetos amados, fué el plan de la nueva felicidad que me prometia..... Era entonces ya padre: me entregué totalmente al dulce y natural amor paterno..... Amé á mi hija con estremo: empecé á co-

nocer la felicidad, pero al mismo tiempo, esperimenté unas agitaciones y angustias, que hasta entonces no habia sentido..... En los propios instantes en que mi hija, por sus virtudes y ternura, llenaba mi alma de las mayores satisfacciones, un horroroso pensamiento (aunque vago y confuso) acibaraba todo mi contento..... La idea de que una felicidad tan pura podia acabarse: la de que un acaso, una enfermedad, un momento, en fin, podia destruir mis dichas presentes y esperanzas futuras..... Estas tiranas reflexiones me despedazaban el corazon, y se apoderaban de mí siempre en aquellos mismos ratos en que me juzgaba mas dichoso. Detúvose aquí el caballero, sin duda porque reparó que mi mujer, fijos los ojos en Adela, no podia contener las lágrimas. Pasado un corto tiempo, continuó diciendo: Fuéronse poco á poco desenvolviendo, y creciendo mis ideas: deseé el bienestar de cuantos me rodeaban: conocí la beneficencia: hallé en estos deseos muchos atractivos; pero luego la imposibilidad de satisfacerlos segun mi voluntad, y me produjo amargas reflexiones sobre el lujo y la vanidad, que quitan á la humanidad necesitada los socorros implorados en vano. En esta situacion me hallaba, cuando el suceso mas espantoso é imprevisto, me robó una gran parte de mi felicidad, y apresuró la revolucion total de mis ideas. Mi hija, tan digna por sus cualida-

des, talento y gracias, de toda la ternura de sus padres: aquella hija amada, objeto de nuestros cuidados y esperanzas, repentinamente, en medio de una magnífica funcion, ordenada para ella misma, cayó en nuestros brazos, como herida de un rayo, sin sentido..... ¡Imagínense ustedes, si es posible, el horror, el espanto y la consternacion que produciria tal catástrofe en esta casa!..... Rodeamos inmediatamente á la inocente víctima, cuando estábamos aun oyendo los cantos y voces alegres de la multitud distante que celebraba la fiesta..... ¡Contraste espantoso, que contribuyendo á hacer mas estraordinario el suceso, nos le pintó mas horrible y singular!

Vuelto ya de aquella primera estupidez que causa un dolor violento, me entregué á nuevas reflexiones. ¡Cómo! decia yo, ¡á esto me ha traido una sensibilidad de que tanto me felicitaba! ¿Un solo instante pudo destruir toda la felicidad que habia formado?... Pero sin la sensibilidad, no es la vida mas que una enojosa vejetacion: no hay mas bienes verdaderos en la tierra, que los que siente el corazon; bien que, unirse con pasion á un objeto y hacer que dependa de él toda la felicidad, es esponerse á sufrir dolores y tormentos, cuya sola idea causa espanto. . Es necesario amar; es necesario hacer bien; pero ¿por qué causa se ha de reunir toda la sensibilidad en uno ú dos entes frágiles y perecederos? El amor

á la humanidad es el sentimiento virtuoso de un sábio; pues, conservando y fortificando en su corazon esta pasion sublime, se va preparando consuelos que le hagan llevaderos los trabajos que esperimente en sus particulares afectos: llorará la pérdida de sus amigos, pero no se entregará á la desesperacion, y no se encontrará solo y aislado sobre la tierra, mientras haya en ella desgraciados y mientras pueda socorrerlos.

¿Cómo puede serme la vida un peso insoportable, teniendo yo facultades para favorecer al huérfano abandonado, alentar el desfallecimiento de la virtud oprimida, sacar de la miseria, del vicio y de la muerte á los desventurados sin apoyo ni recursos, y para cambiar finalmente en dias puros y serenos, los tristísimos dias de los desdichados? ¡Pudiendo hacer útil su carrera, he de consumir mi corazon con vanos pesares, y he de acibarar con tristezas y desalientos los restos de mi sensibilidad!.... ¡Oh, hija mia! ¡ya no existes!..... ¡Ya no oiré mas tu delicada voz llamarme con el tierno nombre de padre!.... ¡No volverán á gozar mis ojos las delicias de mirarte!... ¡No te estrecharé ya contra mi pecho!.... ¡Contra este pecho despedazado, que recibió tus últimos suspiros!..... ¡Te me han llevado para siempre!..... Pero me queda el corazon: puedo ser feliz por él..... Oiré á muchos desgraciados llenarme de bendiciones: enjugará sus lágrimas mi

mano: agotará el manantial de ellas; y disfrutaré con complacencia de su gratitud y alegría.

De esta manera iba saliendo mi alma de su bajo entorpecimiento, y recobrando su primera energía. Fué naciendo en mí un entusiasmo combinado con la razon: inflamóse mi imaginacion, y formé finalmennte el proyecto de dedicarme todo á las sagradas obligaciones, que despues han ocupado mi vida. Para ejecutar el plan que meditaba, no era bastante renunciar al mundo, al lujo y á la vanidad: era menester tambien olvidarse á sí mismo, y contar por nada la abundancia de bienes, para poder verificar todos mis deseos. Queria consagrar mis cuidados, estudios y vigilias á la humanidad perseguida; y queria ser legislador de una república dichosa, formada con mis beneficios. Lleno de orgullo con un proyecto tan nuevo, no pude ser insensible á la gloria que me proporcionaba: juzgué que hacia grandes sacrificios, y contribuyó á afirmarme en mis resoluciones alguna especie de vanidad, que se mezcló con mi entusiasmo. Bien asegurado del modo de pensar de mi esposa, y conociendo su virtud y su pasion por todos los actos que produce, la comuniqué mis ideas, y asintió á ellas con vigor y alegría su alma fuerte. Acordes ambos, marchamos á Montpeller, despues de haber escrito á nuestra familia y amigos, para noticiarles nuestra irrevocable resolucion. Ustedes

conocen todo lo demás, continuó el caballero Lagaraye: no tengo ya que hacer á ustedes presente otra cosa sino la situacion actual de mi espíritu y de mi corazon. Los proyectos que he ejecutado, me ofrecian en la especulacion sacrificios horribles y penosos, y creo que aquel orgullo, que he referido á ustedes, no me fué del todo inútil para resistir la rigorosa idea de lo que intentaba: no negaré que entonces me prometia mas gloria que dicha. Hay en el bien un manantial inagotable y puro de felicidades, que dificilmente puede representar la imaginacion: lo he esperimentado así. Sériamente ocupado con los cuidados relativos á la agricultura, con mis manufacturas, con mis habitantes y con mis enfermos, he llenado mi corazon de todas estas cosas, que me son apreciables sobremanera: he olvidado al mundo, y á la frívola ambicion de ser admirado de él: he levantado mis ojos hácia aquel Juez supremo, que únicamente sabe justipreciar las acciones de los hombres: me he atrevido á creer, que alguna parte de las mias le habrán sipo aceptas y agradables. Esta creencia suscitó en mí alguna vanidad, y conocí que la religion únicamente podia darme fuerza para perseverar con alegría en la empresa que habia proyectado. ¡Cómo podré pintar la continuada felicidad que disfruto diez años ha! Nunca daré á ustedes sino una idea muy imperfecta. Júzguenla ustedes si

es posible, por la enumeracion que haré de cuanto he verificado. Quiero comenzar por las manufacturas. Tres años bastan para aprender este oficio: he visto casi cuatro veces renovarse los obreros de mis manufacturas: y tengo empleados en ellas hasta ciento. Las obras de las manufacturas, ó se emplean en el servicio de mis hospitales, ó se venden por mi cuenta, agregándolo á la masa de mis mayorazgos: he empleado ya en la agricultura de las tierras, que me han producido infinito, ó ya en edificios, cerca de doscientos ochenta obreros. Junten ustedes este número á los antecedentes, y sumarán cerca de seiscientos. Añadan ustedes tambien á esta suma cerca de sesenta personas estranjeras, admitidas y establecidas en Lagaraye en estos once años: los mayordomos, guardas y domésticos de mis hospitales, ascienden á sesenta personas: tengo cuenta puntual de los enfermos que se han curado hasta hoy, y creo pasan de nueve mil, contando tambien los de un hospital para la inoculacion, de que no he hablado á ustedes, y está como á un cuarto de legua de aquí. Reunidos estos números forman la suma de nueve mil setecientos diez. En los principios de mis establecimientos tuve que hacer gastos escesivos; pero la venta total de todos nuestros muebles, plata, diamantes, joyas y ropas, nos ha suministrado el dinero necesario para todo; y he aumentado en

diez años mis mayorazgos mas de un tercio. Tengo cincuenta y siete años: puedo vivir aun otros diez y doblar el cálculo mencionado, que está muy lejos de la ponderacion. Si vivo hasta la edad de sesenta y siete años, podré triplicarlo. ¡Qué amable y preciosa me hace la vida semejante idea! He multiplicado los lazos que me atan á ella: miro con compasion el fatal momento en que tantos hombres perderán en mí su único apoyo. Debo dar cuenta á mis herederos de la hacienda que recibí de mis padres. Solamente puedo disponer del aumento que he hecho en ella, y no es bastante considerable para mantener, despues de mi fallecimiento, los establecimientos que he formado: fuera de que poner hospitales entre las manos de gentes interesadas, es mas bien trabajar para los administradores que para los pobres. Mando sencillamente en mi testamento, que todos los enfermos existentes en los hospitales el dia de mi muerte, sean cuidados hasta su total curacion, y que luego se les reparta una cierta cantidad de dinero: mando, que á los obreros de las manufacturas los dejen finalizar su aprendizaje: aseguro el bienestar de algunos, que me han servido bien, y dejo todo lo demás á la Divina Providencia. Nada mas me queda, sino hablar á ustedes de los habitantes de mi pueblo: exijo de ellos el amor al trabajo, al órden y á la paz, procurándoles por mi parte la

subsistencia y felicidad: apaciguo las rencillas, que necesariamente sobrevienen en toda sociedad numerosa, y siempre han sido respetadas y observadas mis decisiones. Reprendo con severidad toda especie de desórden y jamás tolero la ociosidad: quiero que hasta las diversiones sean activas y laboriosas. Hay en Lagaraye comerciantes de vino, y algunas casas para venderlo; pero no hay tabernas abiertas á la intemperancia y al ocio: se reciben en ellas los estranjeros; pero están rigorosamente prohibidas las juntas de muchas personas á beber, siendo pena impuesta al contraventor de esta ley, el destierro absoluto del pueblo. Los domingos y fiestas se entretiene en varios juegos la juventud, tales como el mallo, la pelota, la honda etc., pero bajo la condicion espresa de no jugar dinero: yo me encargo de repartirles algun poco de vino; y muchas veces, sentado en medio de los ancianos del lugar, soy testigo de sus juegos, y me divierto con ellos: he introducido tambien, y puesto en uso, el tirar del arco, y cada año doy un premio al mas diestro. Hay en el pueblo dos plazas públicas destinadas para estos ejercicios: tienen bancos resguardados del sol con árboles, y puestos en anfiteatro por toda la circunferencia, para los espectadores: los viejos ocupan la primera línea, quedando detrás las mujeres y los niños.

He proscrito las danzas y las gaitas; y esta

severidad, que parece violenta, ha contribuido mucho á purificar las costumbres, que yo queria sobre todo perfeccionar. Los hombres viven separados de las mujeres mozas, no sirviendo de escusa los entretenimientos para que se mezclen, de modo que no puede haber entre ambos sexos una familiaridad indecente. Algunas veces las jóvenes bailan formando rueda al son de sus mismas voces, cantan romances y están presentes á los juegos públicos. Estas son sus diversiones, y como no conocen otras, no llegan á imaginarse que las hay. Me ha costado muchos trabajos haber reducido las cosas á este punto de inocencia y simplicidad: fué menester reformar las costumbres de unos hombres groseros, embrutecidos por la pereza, la miseria y el libertinaje. A fuerza de paciencia, firmeza, exhortaciones y beneficios, llegué insensiblemente á mi fin. Mi mujer imaginó un medio mas pronto y eficaz: fué el de la emulacion, que no es otra cosa que el deseo de distinguirse: sentimiento que se encuentra en todos los corazones, en todas las condiciones, y que puede guiar á la virtud. Persuadida con razon, á que siempre serán puras las costumbres, cuando reinare la union en las familias, me propuso, hace seis ó siete años, establecer un premio para las *buenas madres y los buenos padres de familias*. Una mujer mereció el primer premio, que consiste en una medalla de

plata, y mil doscientos reales por una vez: el año siguiente le ganó un hombre, y así alternativamente. Esta ceremonia se hace con mucha pompa y aparato; y no pueden ustedes figurarse, continuó el caballero, qué revolucion tan repentina y milagrosa ha producido en las costumbres este establecimiento. Desde aquel tiempo no se echaron ya menos las tabernas, los matrimonios se aplicaron al cuidado interior de sus casas y familias, educaron sus hijos y les amaron con ternura, procuraron darles buenos ejemplos, y se reformaron enteramente para instruirles, haciéndose amar y respetar: formaron una generacion virtuosa, cumpliendo las mas sagradas obligaciones, y encontraron finalmente en su misma casa la felicidad. De esta manera, querido vizconde mio, nos descubria el caballero Lagaraye su corazon embriagado con el amor al bien. Yo tenia todavía que hacerle algunas preguntas. Sin duda, le dije, la sensibilidad y beneficencia de usted le forman una felicidad muy digna de envidiarse; pero, no obstante, cada estado tiene sus amarguras: por ejemplo, en la obligacion que vd. mas particularmente se ha impuesto de cuidar los enfermos, es preciso que le cause mucho dolor el espectáculo de sus males, ó de su muerte. En efecto, replicó el caballero, esas son las únicas aflicciones de mi vida, aunque no son tan vivas, como vd. se lo imagina; pues la esperan-

za de curarles ó aliviarles me consuela: una piedad contemplativa atormenta al alma; pero cuando activa, es al contrario, una consideracion que aumenta las fuerzas y el ánimo: procuro cuanto me es posible suavizar los horrores de la muerte: tengo proscrito todo el lúgubre aparato, que ordinariamente la precede: nunca les intima mi boca la fatal sentencia: antes que estén de mucho peligro les hago cumplir con todas las obligaciones de la religion; pero no tengo la bárbara constancia de introducir el espanto, la consternacion y la amargura en unos corazones débiles: les hablo de Dios, de su bondad y poder: les dispongo á amarle aun mas que á temerle: les presento con la idea de su gran misericordia, imágenes agradables y consolatorias, que les conducen á la eternidad con la paz que inspira la confianza del perdon. El espectáculo de la muerte es aquí menos terrible que en cualquiera otra parte; y por consiguiente debe hacerme menos impresion, y causarme menos pena que lo que vd. juzga. Por otra parte, mi sensibilidad hácia todos estos entes desgraciados y pacientes, es vaga y universal, porque comprende la masa entera: ninguna eleccion ó preferencia me inclina al uno mas que al otro: les amo, y les cuido porque padecen; y esta misma razon me consuela en su muerte: cuando logro la dicha de salvar alguno, volviéndole á una salud completa me causa, es-

te suceso mil veces mas satisfaccion, que no dolor la pérdida de otros. Finalizada la respuesta del caballero, no tuve mas que desear, pues quedaron satisfechas mis dudas: me penetré de su modo de pensar y situacion, y el resultado de este conocimiento, fué juzgarle el hombre mas singular, mas digno de ser admirado y mas dichoso de todo el mundo. ¿Por qué causa un hombre semejante, nacido en una condicion ordinaria, no ha de poder dar sino en pequeño la idea de todas las cualidades morales y legislativas? ¿No hubiera sido bueno que un Alejandro, despues de haber arrasado y destruido al mundo, lo hubiera entregado en manos tan dignas? ¡Qué dias de paz y felicidad nos hubiera trasmitido la historia! Nos presentaria á lo menos un modelo perfecto, y el cuadro de la felicidad verdadera. Pero quizá otro estado diverso hubiera hecho otro hombre al caballero Lagaraye: necesitó para elevarse á tal punto de perfeccion los sucesos que produjeron en él este tropel de ideas encadenadas unas con otras, que nos ha referido. Aunque su alma es tan capaz de impresiones fuertes, parece que nunca ha conocido al amor: sus estravíos y la demasiada disipacion, le impidieron que se entregase á él en la edad en que tienen sus halagos tantos atractivos. Pasado aquel tiempo, ocuparon su corazon otros cuidados; pero supongamos que hubiera amado con pasion á su

mujer, que ninguna desgracia hubiese perturbado esta union, y que aun viviese su hija. Hubiera sido un esposo amante y fiel, un padre virtuoso, cuidadoso de su familia, de su hacienda, de su adelantamiento, amigo de sus amigos, y de la sociedad; y finalmente un hombre estimable y querido; pero no hubiera sido el mismo caballero Lagaraye. Segun estas reflexiones ¿debe causar admiracion que los hombres grandes sean tan raros? El ingenio, las miras justas y profundas, un talento claro cultivado, y la feliz concordancia de todas las virtudes reunidas, no llegan á producir nada verdaderamente útil, sino el concurso de las circunstancias, y la dichosa casualidad de un nacimiento distinguido. Vea vd. ahí, amigo vizconde, la relacion individual que la habia prometido: me persuado que quedará bien grabada en la memoria de vd.: jamás se apartará, ni borrará de la mia cuanto he visto en Lagaraye. Mañana veremos al caballero y á su mujer, instruyendo en la escuela á los muchachos del pueblo. Aun escribiré á vd. el viernes desde aquí: el sábado saldremos para Brest: allí pasaremos algunos dias, pero me hallaré seguramente en París á fin de mes; y como he de estar tan poco tiempo, espero, querido vizconde, que encontraré á vd. allí con toda la familia, y que no dará vd. principio á sus viajes hasta despues que haya yo salido para Languedoc.

CARTA IX.

Del mismo al mismo.

Ayer y antes de ayer, he visto al dichoso matrimonio ocupado en una obligacion, que no es la menos interesante y útil de cuantas cumple: he visto finalmente al caballero Lagaraye en medio de una porcion de niños, leyéndoles instrucciones morales sobre las obligaciones del hombre en general, y sobre las de su estado en particular. Este curso de moral, que forma un pequeño libro, está escrito con precision, claridad y sencillez y dividido en capítulos: el caballero Lagaraye lee lo mas uno en cada junta, porque se detiene muy á menudo para hacer preguntas, ó para esplicar aquello que juzga no estar de modo que lo comprendan los que lo escuchan. Es un espectáculo verdaderamente tierno ver la bondad con que les responde y les pregunta, y cómo sabe ponerse á su nivel, sirviéndose de espresiones y comparaciones familiares, para darse mejor á entender. Por esta razon le escuchan todos los muchachos con tal atencion, que nada es capaz de distraerles. El caballero y su mujer me han dado cada uno un ejemplar de su obrita: he pasado toda una noche leyéndola: se encuentran en ella una verdad y unas espresio-

nes tan sentenciosas que conmueven; y estas obras, que en su escesiva sencillez, me parecen tan interesantes como útiles, son tanto mas apreciables, cuanto están hechas para una clase oscura, olvidada y desdeñada hasta ahora de todos los escritores. No admiten los niños en la escuela, sino desde la edad de once años hasta la de quince; y antes de este tiempo, les enseña el cura el catecismo: de este modo se renueva la escuela cada tres años, y los discípulos de once reemplazan á los de quince. El caballero Lagaraye les lee su instruccion, durante los seis primeros meses: á esta lectura sigue la del Evangelio, que dura diez y ocho: despues se vuelve á emprender la obra del caballero, y su mujer, por su parte, sigue exactamente la misma distribucion con las muchachas. He tenido curiosidad de saber si en este número de niños, no habia encontrado el caballero Lagaraye, en doce años, alguno de mas distinguido talento que los otros. He tenido muchos, me respondió conociendo mi curiosidad, que manifestaban gran talento é inteligencia, pero determinado á dejarlos en su estado, á menos de tener una notable superioridad, no he hallado mas que dos que estuviesen en este caso. Así como hay muchos hombres á quienes la simplicidad de mi escuela convendria infinitamente mas que no lo sublime de otras, en donde enseñan á conocer las bellezas de Homero y de Vir-

gilio, así tambien los dos jóvenes de quienes hablo, estaban verdaderamente fuera de su lugar entre sus compañeros, y por eso les procuré una educacion mas distinguida. El uno, nacido con un genio singular para las matemáticas, llegó á ser un gran geómetra y se estableció en los paises estranjeros. El otro, llamado Porfiro, hijo de un labrador de estas cercanías, fué uno de mis primeros discípulos: la dulzura y sensibilidad de este jóven me inclinaron á él, y le descubrí inmediatamente una memoria prodigiosa y una superior comprension: le atendí con particularidad, y aprovechó tan bien de todo, que me determiné á enviarle á París para que estudiase: tiene ahora veinte y dos años: le quiero como si fuera hijo mio, y lo merece por su sábia conducta, virtudes y reconocimiento: su instruccion iguala á su gran talento: ama á la poesía y en general á todas las letras: estoy seguro de que algun dia ha de cultivarlas, ganándose la estimacion y el aprecio.

Ya vd. sospecha, amigo vizconde, que no dejaria de preguntar el apellido y señas de este jóven, que va todos los inviernos á París, le veré ciertamente cuando vuelva de Languedoc, porque quiero conocer al discípulo educado y querido del caballero Lagaraye. De aquí á una hora marcharemos é iremos á dormir á***: nuestros hijos están sentidísimos de dejar á Lagaraye.

Manifestándome mi hijo esta mañana su pesar por esta ausencia: «Conserva, le dije, esa admiracion que te honra: no olvides nunca un hombre tan grande, y cuando te acuerdes de su virtud sublime, piensa tambien que solamente la religion y piedad pueden producir ese perfecto olvido de sí mismo: un orgullo noble y el amor á la gloria, producirán muchas veces grandes cosas: la beneficencia y la piedad harán practicar buenas acciones; pero jamás las pasiones ni los motivos humanos elevarán á este grado de heroismo y perfeccion. Está en la naturaleza esponer la vida por salvar la de su semejante; pero es muy superior á la humanidad el dedicarse para siempre al cumplimiento de las obligaciones que se ha impuesto el caballero Lagaraye. El hombre es inconsecuente, porque no es mas que un ser imperfecto y limitado, de manera, que la religion solo puede inspirarle amor constante á la virtud y la perseverancia en el bien. En fin, hijo mio, si alguna vez oyeres hablar con ligereza de esta santa religion, acuérdate del caballero Lagaraye y de cuanto aquí has visto.»

Hemos comido todos en casa del caballero y al despedirse de él, no han podido contener sus lágrimas Adela y Teodoro: por mi parte puedo asegurar á vd., me separo de él con un verdadero pesar: me alejo con disgusto de esta morada dichosa, donde el genio bienhechor de un hom-

bre solo ha vuelto á renovar la edad de oro, y donde á cada paso se encuentra el sello de la bondad y de la virtud, y la imágen de la inocencia y de la paz. No podré esplicar á vd. cuánta fué mi conmocion, cuando al abrazar al caballero Lagaraye, pensé que verosímilmente no volveria á verle mas: la admiracion que causa su conducta, tiene no sé qué de tierno; será, sin duda, porque es bueno, indulgente, sensible, humilde, nada preocupado, y finalmente, porque su virtud es sólida, y sin apariencia. Adios, vizconde mio: me están aguardando los compañeros de viaje para marchar. Adios.

CARTA X.

La baronesa á la vizcondesa.

No es dudable, amada amiga mia, que estoy gustosa en Languedoc: me he complacido mucho de volver á ver á mi amiga Mad. Valmont: tengo un verdadero placer de *pasearme en mi jardin, entre Adela y Mad. Ostalis*; pero, sin embargo, mi corazon no está *plenamente satisfecho*: no soy *enteramente feliz*, y lo seria mucho menos, si creyera que podias estar persuadida, ni un instante, de lo que me dices en tu carta. Confieso que no vivo sujeta al humor melancólico; pero tambien confieso que tu carta me ha entristecido;

por lo cual no te daré por esta vez ninguna de las noticias que me pides; y solo sabrás que todos tenemos salud: que Adela ha llorado de alegría al divisar la torre de la casa; que dijo *que la verdadera felicidad estaba aquí ó en Lagaraye*: que Mad. Ostalis se ha levantado al apuntar el dia para dibujar el país que descubre desde su ventana: que Teodoro, impaciente de volver á ver sus antiguos paseos, ha andado esta mañana con Dainville cerca de tres leguas: que Brígida ha dejado el *Splin* en París; y que finalmente, estoy muy enojada contigo. Adios, amiga mia: si quieres mas noticias, escríbeme una carta, capaz de hacerme olvidar la que acabo de recibir.

CARTA XI.

Respuesta de la vizcondesa.

No, no conoces todos los derechos de la amistad: tiene tambien el de ser injusta algunas veces, y entonces es cuando mejor prueba sus quilates: si fuera contínuamente equitativa, ¿seria una pasion?.... Muy fria es, cuando no ocurre algun motivo de alterarse..... Dícesme, que mi carta te ha *entristecido*. Creo que te engañas, amiga: desde que te quiero, que hace años, no he podido consegir escitar en tí un movimiento de

enfado ó melancolía. No tomes esto por elogio, pues es una reprension séria, y muy fundada. Cuando se tiene verdadera sensibilidad, no puede conservarse en todos los instantes de la vida esa igualdad y esa superioridad de razon, que sin duda debe admirarse en tí; pero de la cual, tiene muchas veces derecho de resentirse la amistad. Si tengo caprichos, tambien tengo la desgracia de merecer tu indulgencia: tú te alejas de mí; ¿qué me queda, pues, cuando te pierdo?.... Tú sabes los pesares que me está causando mi hija, y los que me causa el vizconde: no te tengo á mi lado para que me consueles, y esto los hace mayores. Me queda Constancita; pero ¡es aun tan niña!.... Ahora que hablo de ella, tengo que preguntarte muchas cosas: te ruego me digas, cuáles son los libros de devocion que das á Adela, y el nombre del confesor que tenia en París: no estoy contenta con el que tiene Constanza, y quiero mudar. Dime tambien de qué modo preparas á Adela para su primera comunion. Me has hecho conocer de cuanta importancia es inspirar á los niños una verdadera devocion; y por eso es este el cuidado que mas me ocupa actualmente. Envio á Constanza á Misa todos los dias, y se confiesa con frecuencia. Adios, querida amiga mia: voy á pasar un par de dias en el campo en casa de una mujer muy repulida, muy ria, muy cumplimentera y muy desdeñosa, pues

juzga que no se puede tener juicio ni finura, sin lograr la ventaja de ser admitida en su particular sociedad; en fin, una mujer fastidiosa, seca, vana y denigrante. Creo que es inútil nombrártela, pues la conocerás por las señas. Antes de acabar esta carta, es menester que te diga alguna cosa de Porfiro: te doy gracias de que me le hayas dado á conocer: es realmente amable, y digno á todas luces de la ternura del caballero Lagaraye. Pasa su vida en casa de*** que tiene talento y trato con gentes literatas. Porfiro me ha hecho un elogio tan lisonjero del tal sugeto, que me ha dado deseos de ir á su casa. Adios, amiga, mi corazon será siempre el mismo para tí.

CARTA XII.

Respuesta de la baronesa.

¿Con qué me juzgas poco sensible, porque tengo *igualdad y razon*, y nunca *mal humor*, ni enfado? ¿por qué cuento enteramente contigo? ¿y por que esta confianza me da una seguridad absoluta? Y tú, querida amiga, porque te quejas sin motivo, y riñes sin razon, ¿tú sola sabes amar? ¡Bella definicion de la amistad! Pero una vez que es en tí el capricho prueba de voluntad, no debo lisonjearme de ser tu única amiga, pues seguramente has dado esta prueba á otras muchas...

Así solemos atribuir á la fuerza de nuestros sentimientos y pasiones, defectos que dimanan únicamente de nuestro carácter: no he visto ningun amante poseido de injustos celos, que no fuese naturalmente desconfiado y suspicaz en la sociedad. La amistad no engendra caprichos, y tú me pruebas que tampoco los cura. Dejemos estas disputas, creeme: amémonos como somos, y perdamos la esperanza de reformarnos recíprocamente; hemos nacido para no parecernos nunca, y convenirnos siempre.

Hablemos ahora de Constanza: ¡ah! no hay duda en lo que dices: inspirándola la verdadera piedad, aseguras su felicidad y la tuya; pero me parece que los medios que empleas para este grande objeto, son absolutamente contrarios al fin que te has propuesto. En la educacion se ha de examinar primero á que género de vida está destinado el niño que se educa. Tu hija ha nacido para vivir en el bullicio del mundo, en París y en la córte: ¿crees que, cuando tenga diez y ocho años, podrás combinar con esta vida la Misa diaria, la confesion frecuente, y el retiro en tiempo de Cuaresma? No lo imagines. Acostumbrada desde la niñez á mirar todas estas prácticas como obligaciones esenciales, el modo de renunciar á ellas será perder toda su devocion. Acaso, ¿has notado que las jóvenes educadas de esta manera en los conventos, conservan mas religion que las

otras?.... Siempre volveremos á nuestro mas útil principio, que es el de nunca dar al que se educa una idea falsa: no toleremos, pues, que pueda confundir la *perfeccion* con la obligacion simple. Fuera de esto, ¿hallas puesto en razon el exigir de una niña de nueve años el punto de perfeccion en ninguna cosa? ¿Piensas que Constanza, obligada á pasar horas enteras en la iglesia, estará siempre en ella con recogimiento y sin distraccion?

No tengo duda de que mas de una vez ha envidiado la suerte de su madre, que durante aquel tiempo, está en la cama ó haciendo visitas. Era menester que tú misma dieses á tu hija el ejemplo de lo que la haces practicar, y que al propio tiempo no pretendieses de ella mas que las obligaciones verdaderamente esenciales de la religion. Comprendo bien que este modo de obrar no es muy cómodo, y que es mucho mas fácil enviar á Constanza á Misa cada dia, que no ir tú misma, principalmente cuando nunca te acuestas hasta las dos de la madrugada. No te aconsejo sino lo mismo que he practicado constantemente con Adela. Sabe muy bien que no puede cercenar nada de lo que practica, sin faltar á su obligacion, y sin dar mala opinion de sí misma: finalmente, la disipacion y entretenimientos del mundo, no la impedirán el cumplimiento de las obligaciones verdaderamente indis-

pensables, que por el tiempo que ocupan, no pueden ser incompatibles con ningun género de vida. Tienes mil razones en pensar seriamente en la eleccion de un confesor para Constanza. Este es un punto regularmente no bien meditado, pero de mucha importancia, pues un confesor sin talento y luces, puede muy bien echar á perder la obra del instituidor. Te envio las señas del mio, pero te aconsejo tengas con él algunas conversaciones, antes de poner á Constanza entre sus manos, enterándole del carácter y defectillos de tu hija. Por lo tocante á los libros de devocion sobre que me consultas, no puedo satisfacerte; y ahora sí que te veo con aquella especie de enfado que me muestras á cada obra de educacion de que me confieso autora; pero no obstante, quiero responderte diciendo, que despues de haber leido todos los libros de este género, he visto con admiracion, que ninguno de ellos podia servir *para uso de los niños*. No me negarás, por ejemplo, que hay muchos libros de horas, que no solamente no los darias á tu hija, pero que sentirias los conociese, particularmente aquellos en quienes *los exámenes de conciencia* están circunstanciados. Ya te he hablado de algunas oraciones que compuse para la niñez de Adela, pero además he hecho un libro de horas para su juventud: contiene la Misa, los salmos, y las oraciones prescriptas por la Iglesia, con

mas las de la mañana y noche, confesion, comunion, exámen de conciencia, etc. Si deseas leer mi obra, te enviaré una copia de ella, y creo has de encontrar lo que tantas veces te he visto apetecer, esto es, oraciones para todas las situaciones importantes de la vida; y estoy segura de que no leerás sin enternecerte las de una madre que implora la gracia de Dios para sus hijos. No podrás tener, antes de mi vuelta á París, mas que la mitad del volúmen que contiene las oraciones: la otra mitad encierra sentencias y máximas sueltas sacadas de los escritos de los Padres de la Iglesia. Dos años ha que Adela posee esta obra, y la he dado al mismo tiempo el Evangelio, y la Imitacion de Jesucristo, que serán los únicos libros que leerá hasta los quince años. Me preguntas de qué modo la preparo para su primera comunion: tú sabes que la primera preparacion fué llevarla á Lagaraye, de donde vino tan profundamente admirada del caballero y de su mujer, y tan sinceramente devota, que me pareció no encontraria otro momento mas favorable para grabarla en su imaginacion cuanto tenia que decirla. A la mañana siguiente de nuestra llegada á Brest, pasé sola con ella mas de dos horas. Despues de haber hablado mucho de Lagaraye, me preguntó ¿cuándo haria su primera comunion? y yo la respondí, que el dia que cumpliese doce años, esto es, de allí á seis me-

ses, si se conducia de modo que no pareciese niña; pues en habiendo comulgado la primera vez, haria ya su papel en la sociedad y la empezaria á mirar realmente como una amiga, sin tener para ella nada oculto; pero la añadí que ya sabia mi delicado modo de pensar, y que para obtener semejante honor era necesario merecerle mucho.

—¡Oh, madre mia! me dijo, ¡yo procuraré hacerme digna de él! así lo espero, pues lo deseo tanto.

—Te prevengo, añadí, que no lo lograrás fácilmente; y que para que recibas el mas santo y augusto Sacramento de todos, tengo de estar bien convencida de que no me darás motivo para que vuelva á tratarte como niña. Si mientras pasaren los seis meses, cometieres una sola falta, que me fuerce á castigarte, ó imponerte alguna penitencia, conoceré que no penetras la importancia de la recompensa que tienes prometida, y te la retardaré un año mas.

—¡Un año! ¡Oh cielo!.... ¡y por una falta sola, madre mia!

—Sí, por una falta grave

—Eso es justo, pero yo obraré de tal modo, que no cometeré ni aun el mas leve descuido.

En efecto, desde esta conversacion, noto en ella una mudanza visible hácia el bien; y estoy persuadida á que no hay instante en el dia en

que no ocupe su pensamiento el temor de cometer una *falta grave*. Surte un gran efecto prometer á los niños recompensas que puedan empeñarles á contenerse y obrar con atencion: es darles á un mismo tiempo imperio sobre ellos mismos y perseverancia, que son los dos verdaderos medios para ejecutar despues grandes cosas; pero no se puede obtener de una criatura seis meses de conducta arreglada, sin haberla corregido antes todos sus defectos. Verdad es que debe ponerse cuidado en las recompensas que se ofrecen: no las propongas jamás sin que sean interesantes, nobles ó útiles, como una señal de confianza, tu retrato, un libro instructivo, un maestro nuevo, etc. Finalmente, no hagas desear al que educas, sino lo que debe amar, ó lo que merece estimacion. Adios, amiga mia.

CARTA XIII.

El baron al vizconde.

Ayer, vizconde amigo, corrí un gran riesgo: ha sido una aventura cuya narracion no ha de desagradar á vd., y le hará ver al propio tiempo, si el fin habrá sido para mí satisfactorio. Vd. ya sabe que el rio Aude forma un canal delante de mi casa, he hecho una gran tienda y vamos allí á bañarnos de cuando en cuando; mi hijo apren-

de á nadar, es uno de sus mayores gustos y se habilita mucho en ello.

Ayer, que el calor era escesivo, fuimos al rio, mi hijo, Dainville y yo, acompañados de mi perro, aquel perro tan fiel que vd. conoce. Nadé como acostumbro, y pasado algun tiempo, dije á mi hijo y á Dainville que se fuesen á la tienda á vestirse que yo les seguiria inmediatamente. Se fueron en efecto, y yo quedé entreteniéndome con el perro: repentinamente se me subió la sangre á la cabeza y conocí que iba á perder el sentido.

Quise irme apresuradamente á la tienda; pero perdí las fuerzas; y solo tuve tiempo para gritar: ¡*acá, marqués*! cayendo al instante desmayado. Cuando volví en mi acuerdo, me hallé ya en la orilla y en los brazos de mi hijo que estaba á medio vestir, todo cubierto de agua, y el rostro como espantado, desfigurado y pálido. En el momento que abrí los ojos, me asió las dos manos con un movimiento que es imposible pintar; y arrimándolas á su pecho, lloró, grito, me abrazó y me hizo mil preguntas á un tiempo. Estaba tan enagenado, tan trémulo, que llegué á temer los efectos de semejante conmocion; y este temor no me permitió gozar completamente en aquellos primeros instantes, la alegría que debia causarme la sensibilidad de mi hijo. Finalmente, nos enjugamos, nos vestimos, y tomamos el co-

che. Entonces quise saber por menor lo que me habia pasado. «Apenas, me dijo Dainville, habia »vd. dado el tremendo grito de ¡*acá, marqués*! »cuando Teodoro, que se estaba vistiendo, esca»pó de las manos de Brunel, y corrió á arrojarse »en el rio, gritando: ¡*Y porque no dice: acá, hijo mio*! »Esas fueron sus mismas palabras. Yo me arrojé »tambien al rio, siguiendo á Teodoro: le sujeté »en mis brazos, á pesar de sus voces y violencia; »y al mismo tiempo fué un paisano corriendo, »por órden mia, á socorrer á vd., á quien veíamos »sobre el agua, sostenido de los cabellos por el »perro, que hacia esfuerzos para arrastrar á vd. »hácia nosotros. El paisano llegó entretanto, li»bertó á vd., y todo pasó en poco mas de un mi»nuto.....» Reparad, dice interrumpiendo la narracion, como el valor y la generosidad son virtudes naturales, ó, por decirlo así, de instinto. Juzgad por la intrepidez que habeis visto en mi perro, si se ha hecho bien en poner la infamia y el deshonor inseparables de la cobardía; y si el que teme esponer su vida por salvar la de su semejante, no es mil veces mas inferior que mi perro. Y tú, Teodoro mio, continué, has ejecutado una accion, que siempre contaré con placer.....—La del perro, me respondió, merece ser admirada, pues yo nada hice sino mi deber. Conocí que esta idea le mortificaba bastante, pero fingí que no lo comprendia; y volviendo á conti-

Cuando volví en mi acuerdo, me hallé ya en la orilla y en los brazos de mi hijo.

nuar: si estuvieras en la fuerza de la edad, le dije, y si supieras nadar tanto como el perro, fuera justa tu reflexion; pero teniendo solos trece años, y no habiendo mas que seis semanas que aprendes á nadar, debo estar verdaderamente reconocido y admirado de lo que has hecho.

Ayer me sangré, y hoy me hallo enteramente bueno, esta mañana he vuelto á bañarme, y á nadar con mi hijo, quien por esta vez, no ha querido separarse de mí un instante, temiendo que aun no estuviese recobrado. ¡Qué dulce es verse amado así de un hijo, de quien se espera toda la felicidad de la vida! Y con todo, no hay padre que no pueda disfrutar semejante complacencia, si quiere cumplir todas las sagradas obligaciones que le ha impuesto la naturaleza.

Sí, ciertamente, vizconde amigo: mi hijo estudia ya las matemáticas: á los doce años dió principio por el primer volúmen de Bezout, que trata de la aritmética; de aquí á unos meses pasaremos al segundo: á los quince años estudiará el tercero; y á los diez y siete el cuarto, que trata de la mecánica. Como quiero que emplee seis años en el estudio de las matemáticas, basta dedicar á ellas tres horas por semana. Siguiendo este método hay seguridad de no fatigar á los niños; y por limitado que sea su talento, es casi imposible que no aprendan en las matemáticas, aquello que algun dia puede serles necesario en

cualquiera carrera á que se destinen. Pienso tambien enseñar á mi hijo lo que es indispensable saber de la geometría, para ponerse en estado de levantar un plano, y dibujar con regularidad un país, copiándole de la misma naturaleza, y de modo que esté bien tomada la perspectiva. Por lo que mira al latin, empezará mi hijo á aprenderle este otoño: me serviré del *Curso de latinidad de Vaniere*, que me parece una linda obra para el caso, porque tiene el mérito que falta á todos los rudimentos, que es el de ser siempre comprensible; y estoy seguro de que mi hijo á los diez y siete años entenderá el latin mucho mejor que la mayor parte de los que pasan por haber hecho buenos estudios. Hallo tambien en mi método una ventaja muy grande, á mi modo de entender, y es la de no fastidiar á mi hijo con obras verdaderamente dignas de ser admiradas. Si un niño, que aprende la lengua latina, desde la edad de seis años no está á los doce en estado de leer á Virgilio, ha perdido el tiempo. Si lee á Virgilio á los doce años, es imposible que pueda conocer y sentir sus hermosuras. Supongamos que lo aprende de memoria: conocerá á los diez y ocho años que la Eneida es una obra maestra, pero no penetrará íntimamente todo su mérito, ni esperimentará en sí todo el efecto y conmocion que debe causar. He hecho la singular observacion de que todos los que en la opinion comun han

tenido mejor educacion, son en general los que tienen menos gusto á la lectura; y debe ser así, porque estas personas tan bien educadas han leido á los catorce años todas las obras superiores de nuestra lengua; y como no estaban en estado de conocer su mérito, no pudieron conservar de ellas sino una memoria fastidiosa; siguiéndose á esto naturalmente que despues no aman la lectura y renuncian á ella, ó si continúan leyendo, piensan conocer los buenos libros porque en su niñez los supieron de memoria, y no leen ya mas que obras medianas, solo porque tienen el sainetillo picante de la novedad. Me acuerdo de haber visto en mis viajes á un príncipe de ocho á diez años, que me habló mas de una hora de Telémaco. Su ayo me aseguró que S. A. amaba con pasion la tal obra, y que la habia leido repetidas veces. ¡Ah! dije entre mí mismo: ¡como si nunca la hubiera leido! Teodoro á la verdad, no ha hecho mas que empezar las matemáticas, y aun no ha tomado la primera leccion de latin, pero sabe los principios generales de su lengua, sin haberse cansado en estudiarlos por la gramática, sino aprendiéndolos de mí verbalmente, al propio tiempo que le enmendaba su ortografía; habla y lee perfectamente el inglés y el italiano: entiende un poco de aleman: tiene una idea general de la geografía, y sabe de la cronología cuanto le basta. Además, las linternas mágicas y

otros muchos juegos de su primera infancia, con los resúmenes trabajados por su madre, han grabado en su imaginacion una cantidad prodigiosa de hechos históricos; y lo que vale mas que todo esto, su modo de pensar es tan justo, como puro su corazon: tiene ideas limpias y exáctas sobre todos los puntos de la moral: sabe por esperiencia propia que el partido honrado y virtuoso es siempre el mas prudente: que nuestras inclinaciones nos estravían, que solamente la razon debe guiarnos y que ninguno puede ser amado, estimado y dichoso, sino por ella.

El que se contentare con solo relatar todas estas verdades, no hará mas que repetir lugares comunes, que ninguna impresion producirán. Practíquense tan bellas máximas y se conseguirá el gran fin de la educacion, grabando en el corazon principios indelebles.

En cuanto á las habilidades de puro entretenimiento, no proporcionaré á Teodoro mas que la del dibujo, para la cual tiene disposicion: empieza á dibujar bonitamente, copiando del natural y le imita en ello su hermana. Mad. Ostalis hace mas brillante nuestra academia en la actualidad: es muy puntual en asistir á ella, y Dainville, como vd. puede imaginarse, la ha cedido el honor de que presida. Adios, vizconde mio, dígame vd. si el caballero Aymeri ha llegado por fin á París: notará vd. que está muy melancólico;

pero es hombre de grandísimo mérito á quien celebrará vd. mucho conocer. Dígame vd. tambien algo del caballero Valmont: ha mas de dos años que no le he visto y es tiempo suficiente para que se haya mudado mucho en su edad: estimo particularmente á sus parientes, y por lo tanto le miro con inclinacion.

CARTA XIV.

El conde de Roseville al baron.

Finalmente, señor baron mi amigo, llegó el caso de hacerle á vd. una descripcion del jardin del caballero Murville. Han sido tantas mis ocupaciones de tres meses á esta parte, que no he podido cumplir mas pronto mi palabra; pero no ha de perder vd. ni aun la menor circunstancia, pues todas las tengo muy presentes. Tres semanas antes que se ausentase el caballero Aymeri, llevé al príncipe á casa de Murville: vino tambien con nosotros el caballero Valmont, y esto basta para que vd. conozca que Murville no miró sin conmocion al sobrino de Cecilia. Primeramente recorrimos toda la casa, y luego nos condujo á los jardines, donde ha formado una representacion exácta de cuanto ha visto en sus viajes. Al salir de su casa se entra en una gran plaza irregular, que está toda llena de estátuas y mo-

numentos antiguos fielmente copiados (pero de menores proporciones) de las mas hermosas ruinas de Italia. Se ven, entre otros, los soberbios templos de Serapis, de Minerva Médica, la columna de Trajano, etc., y muchos árboles estraños de varias formas y distintos verdes, que están dispersos con arte entre ruinas. El sauce y el ciprés dan sombra á los sepulcros, los pinos majestuosos y las palmas circundan á los templos, el laurel crece á los pies de Apolo de Belvedere, y los mirtos y rosas rodean á la Vénus de Médicis. A la derecha de esta especie de museo, se encuentra la gruta de Pausilipo, que es una larga galería fabricada de ladrillos; pero cubierta de piedras y verdura, que parece cortada en la roca como la bóveda que representa. Se descubre en el fondo de esta gruta una linda perspectiva que guia al lago de *Agnano*, uno de los mas hermosos paises que tiene Nápoles en sus cercanías, y que es muy fácil imitar en un jardin, porque está enteramente rodeado de árboles que ocultan la vista de los contornos: al otro lado del parque puede decirse que se viaja por España. Despues de haber visto todas las ruinas góticas, de que aquella parte está adornada, llegamos á un prado dividido por un torrente que le cruza y sobre el cual se ha fabricado un puente de arquitectura sencilla pero majestuosa. Aquí nos hizo detener el caballero Murville:

consideremos bien este puente, nos dijo, pues me parece que no hay en este jardin otro monumento que merezca mas atencion, ó cuando menos que merezca mas tener lugar en la memoria. Se llama *el Puente de la Viuda*. Una mujer, á quien se le habia ahogado un hijo en las aguas del torrente, hizo edificar este puente sobre el torrente mismo tan funesto para ella, á fin que ninguna otra madre en lo futuro tuviese que llorar semejante desgracia. Con este modo de sentir, verdaderamente grande, halló consuelo en aquello mismo que hubiera acrecentado el dolor de otra. Muchas acciones hay que parecen mas brillantes que esta, pero ninguna se encontrará mas generosa. En fin, señor, continuó el caballero Murville, cuando V. A. haya leido esta máxima: *En la adversidad de nuestros mayores amigos, solemos hallar algo que no nos desagrada*: cuando V. A. vea calumniar así á la naturaleza humana, acuérdese V. A. *del Puente de la Viuda*. Concluido este discurso, el caballero Murville nos condujo al fin del jardin, ocupado por un lugarcillo edificado á imitacion del de Broek. Usted ya conoce que no puede tener la estension del verdadero, pues no es mas que una pequeña calle con catorce casas: en las dos primeras se encuentran una ermitilla y una cabaña, los jardineros ocupan otras cuatro, y las demás albergan á los criados antiguos y á algunas pobres

familias que el caballero Murville ha librado de la miseria, dándolas un asilo en este agradable retiro. El príncipe y el caballero Valmont dejaron con disgusto esta morada deliciosa, donde ha reunido el gusto tantos objetos interesantes é instructivos. Murville se enterneció al despedirse de Cárlos, pidió al príncipe el permiso de abrazarle, y al estrecharle entre sus brazos con inexplicable ternura: ¡Oh Cárlos! esclamó: ¡sé feliz, ama siempre á la virtud, y si es posible, preserva tu corazon de aquella pasion peligrosa, que puede costarte nada menos que toda la tranquilidad de la vida!

Era ya puesto el sol cuando dejamos al caballero Murville, y como estábamos muy cerca de de la casa de Alejo Stecen (aquel desgraciado padre de familia, que acomodamos y establecimos en las orillas del Lago***), me pidió con instancia el príncipe fuésemos allá, á fin, dijo, de ver por sí mismo, si aquellas honradas gentes se mantenian siempre tan dichosas. Desde aquella tiernísima escena, que circunstancié á vd., amigo mio, esto es, tres años ha, no me han permitido las ocupaciones ir, ni una sola vez, á casas de Alejo Stecen: la curiosidad del príncipe me pareció muy natural, y consentí en darle aquel gusto. Llegamos á la casa de Alejo, entrada ya la noche y encontramos á la familia junta en una sala baja: todos estaban sentados á la re-

donda y aun no habian encendido luz, cantando coplillas y romances. Antes de entrar, nos detuvimos un momento suspendidos por una voz suavísima que estaba finalizando una copla: al fin, abrimos la puerta y la oscuridad nos impidió distinguir los objetos. Dió parte de nuestra llegada una mujer, y al oir nombrar al príncipe, todos se levantaron agitados. Alejo pidió luz, fueron á buscarla sus hijos y mujer, y un instante despues, se nos presentó un objeto que concilió toda nuestra atencion. Era una jóven de trece años, que entró precipitada con una luz en la mano y la puso sobre una mesa. Imagínese vd. todas las gracias ingénuas de la niñez reunidas á todos los atractivos, frescura y lozanía de la juventud, un talle noble y gracioso, un semblante regular y delicado, una fisonomía grata y espresiva y una sonrisa llena de candor é inocencia. Represéntese vd. todo este agregado de prendas seductoras y diga vd. despues, que es una idea imperfecta de esta hermosa criatura. Acercóse á ella Alejo, la tomó de la mano y la presentó al príncipe diciendo que era su hija mayor Stolina, aquella misma á quien S. A. dió su capote para que se cubriera..... A estas palabras se inmutaron igualmente el príncipe y la muchacha..... Pero, tomando el príncipe la palabra, preguntó si era de Stolina aquella voz que habiamos oido al entrar. En efecto era. El caballe-

ro Valmont la rogó que volviese á cantar; y Stolina, con un temblor y turbacion que aumentaban mas sus gracias, cantó dos coplillas, que parecieron cortas al príncipe y á Valmont. Creo que si mi educando tuviera dos ó tres años mas, no hubiera dejado de serle perjudicial esta visita: de cualquier modo que ello sea, yo salí de la casa de Alejo Stecen con firme propósito de no traer mas á ella á mi príncipe, quien en toda la noche no habló mas que de Stolina, y la mañana siguiente estuvo estraordinariamente distraido y melancólico, para un niño de trece años y medio; pero me consuela que en esta edad ninguna impresion puede ser profunda ni durable. Adios, amigo mio, apruebo enteramente el juicioso proyecto de querer que sus hijos de vd. viajen, y la preferencia que da vd., por ahora, á la Italia sobre los demás paises; pero confio en que algun dia he de tener la complacencia de ver á vd. por este, que cuando por sí mismo no avive la curiosidad de conocerle, á lo menos encontrará vd. en él un gran soberano que reina gloriosamente sobre una virtuosa nacion. Creo que este espectáculo es mas apetecible que el de la vista de los templos y ruinas de Roma.

CARTA XV.

La vizcondesa á la baronesa.

Amiga mia, ya le he visto: ¡qué criatura tan preciosa! ¡qué linda figura! ¡qué modales tan amables! Apuesto que adivinas de quien hablo. Pues sí: es el caballero Valmont: ¿me negarás ahora que le miras como á un digno yerno tuyo? Lo conocí claramente desde la primera visita. Le he hecho mil preguntas sobre su viaje y todas sus respuestas han sido cortas, sencillas y modestas; y aunque se le encendia á veces el color, era con gracia..... mas sin cortarse ni descomponerse por ello. ¡Cuánto se parece á nuestra amable Cecilia!.... Pero dejemos esto, porque saldré de mis casillas: no obstante, añadiré, que por mas que digas, nunca he de querer al caballero Aymeri, pues tengo siempre fija en la memoria á la pobre Cecilia. Por mas que él la llore no dejará de haber sido causa de su muerte: su continua tristeza me conmueve algo, pero no llega á interesarme de modo que me compadezca por inclinacion. Con todo, le he rogado que mire mi casa como propia, y creo ha quedado satisfecho de mi trato. De aquí á un mes sale para acompañar á su nieto al regimiento, y regresarán para fines de diciembre, con lo cual los verás

aquí este invierno. Quiero hallarme presente á la primera vista de Adela y de Valmont, esperanzada de que la *simpatía* se declarará al instante: me parece que ambos han nacido para vivir unidos y amarse mucho: acuérdate de esta profecía.

Sabe, querida amiga, que he hecho conocimiento con Mad. de***. He estado tres veces en su casa y puedo por lo tanto satisfacer tu curiosidad. Tú gustas de las cosas circunstanciadas con órden y sencillez. Escucha, pues: ve aquí la narracion de la primera visita. Llegué á su casa á las ocho y media de la noche: entré en un salon triste y muy mal iluminado, donde encontré una sociedad grave: púsome á su lado el ama de la casa, miré con atencion á toda la concurrencia y solo descubrí dos mujeres entre diez ó doce hombres, sin conocer á unas ni á otros, escepto á Porfiro, á quien llamé para que me informase. Díjome en voz baja los nombres de las personas principales, y entre otros, los de tres ó cuatro igualmente conocidos, que dignos de serlo, por sus trabajos literarios. Entonces miré á aquellos célebres personajes con una admiracion, que me inspiró movimientos de amor propio tan estraordinarios, que me dejaron suspensa: pues en lugar de escuchar la conversacion, solo dí oidos al vehemente deseo de hacerme escuchar, y de conciliar la atencion de los que hubieran debido fijar la mia. Veme aquí únicamente ocupada

en buscar ocasiones de decir alguna cosa sábia y las busqué bastante tiempo. Finalmente, me atreví á proferir una frase altisonante y despues otra mas encrespada todavía. Tomé aliento, me acaloré y caí de golpe en una disertacion: me alargué demasiado, conocí repentinamente que se me habia ido la cabeza y me hallé completamente ridícula.

Corrida de verme así, no encontré otro partido mejor que irme, y salí con el pesar de haber dicho mil absurdos, y con el de no haber entendido ni una palabra de cuanto se habia hablado. Reflexioné sobre este incidente, y saqué la conclusion de que pretender pasar por mujer de talento y querer lucir, me desacreditaria muchísimo. Me impuse la ley de ser en lo venidero natural y sencilla, y volví á casa de Madama*** con esta intencion. Nada menos que cumplirlo. Apenas tomé asiento, cuando el ánsia de manifestar instruccion y talento se apoderó de mí con mayor fuerza. Al principio resistí valerosamente á la tentacion, pero al fin me venció y quedé con tanto lucimiento como la primera vez. Salí de aquella casa sumamente enfadada conmigo misma, y formando la firmísima resolucion de guardar en ella el mas profundo silencio cuando volviese, supuesto que me era imposible hablar como lo acostumbro en otras partes. Vamos á la tercera visita. Esta vez supe callar, observé, oí

con suma atencion lo que sábiamente hablaban: noté muchas espresiones que merecian retenerse y citarse; y sin embargo, me pareció que en general, era la conversacion pesada y lánguida, degenerando, á mi modo de entender, en disputa cuando se animaba mas por la discusion. Finalmente me admiraba, pero no me agradaba y decia: Todas estas gentes tienen mas talento que yo, mas no son tan amables: ¿cuál es, pues, la causa que les priva de las ventajas que debieran tener sobre mí?.... Despues de haber considerado esta particularidad, descubrí con admiracion que ellos tenian la propia manía, que me habian pegado durante dos dias, que no sabian escuchar y que estaban devorados del deseo de captar la admiracion, y no del de agradar. Además, reparé que se les podian echar en cara algunas faltillas de atencion y política, producidas del amor propio mal entendido, ó por defecto de uso de mundo, que es el que únicamente enseña á prestar atencion á los otros, á no indisponerse jamás, y á sostener su opinion sin acrimonia ni pedantería. De estas observaciones saco que los literatos deberian tratar mas en el mundo: van solo á tres ó cuatro casas donde tienen sus juntas particulares; pero la suavidad, la complacencia, los respetos finos, y en fin, todas las gracias no se adquieren donde se domina; y ve ahí por qué se dice de los literatos que son chocantes en el tono

con que se esplican, y en la suficiencia que afectan. Si fuesen mas sociales, perderian estos defectillos. Entonces se les trataria con gusto, y se les buscaria con ansia: lejos de ser incómodos en las concurrencias y causar en ellas sujecion, serian su delicia. Conociendo verdaderamente el mundo, podrian retratarle, haciéndonos imágenes fieles de sus estravíos, y tendriamos finalmente obras en quienes se encontrarian vertidas las estravagancias mundanas con sabiduría y gracia. No quiero cargar mas la mano sobre estas consideraciones. Porfiro ha recibido una carta del caballero Lagaraye, donde este particular será tratado mejor y mas estensamente. Me han dado licencia para que te envie una copia, y creo que la leerás con gusto. Adios, querida mia, da un abrazo en mi nombre á Mad. Ostalis: dila que ya no tengo celos de ella, sino de Mad. Valmont..... Sí: y sobre todo despues que he visto á su hijo..... ¡Cómo amarás á la suegra de Adela!..... A lo menos confiésame la verdad; pues conozco que en este asunto no me tratas con lisura. ¡Ay, amiga! no tienes en mí la confianza que yo en tí: no sé por que te amo tanto, cuando solo mereces que te estime..... En medio de la franqueza, sinceridad y dulzura que manifiestas, eres disimuladamente orgullosa..... Sí, orgullosa..... ¡y cómo que lo eres! y aun haces vanidad de serlo: ¡tú llamarás á eso prudencia y discrecion!....

Ultimamente, si no me confiesas que allá en lo interior de tu corazon, tienes destinada á Adela para el caballero Valmont, quedaré persuadida á que nunca me has amado, y á que me miras solo con aquella especie de cariño que solemos tener á un niño que nos entretiene.

CARTA XVI.

Copia de la carta del caballero Lagaraye á Porfiro.

¿Con qué vas, amado Porfiro, á hacerte hombre literato? No me opongo de modo alguno á este proyecto. Solo podrian condenarlo la falsa devocion é hipocresía. Tienes talento, sensibilidad, y has leido mucho. Ahora, pues, has de dejar los libros y el gabinete para estudiar á los hombres. Si no adquieres un profundo conocimiento del corazon humano, cuanto hicieres será mediocre ó imperfecto. Mira á los hombres de todos estados: examínalos en las diferentes clases de la sociedad, desde el simple labrador hasta el cortesano: conócelos todos por menor, y ni aun desdeñes la amable infancia. Haz, como pintor, uso de las imágenes espresivas y sencillas que te ofrezca: observa como filósofo el gérmen naciente de las virtudes y pasiones de los hombres; procura sobre todo, descubrir entre la inmensa multitud de desbarros y vicios que nos inspira la

educacion, cuales son verdaderamente las inclinaciones y defectos que participamos de la naturaleza. Un sábio debe vivir en su gabinete, pero un hombre de letras debe vivir en el mundo; consagre á la sociedad cuatro horas al dia, y le quedará bastante tiempo para trabajar y meditar sobre lo que hubiere visto. Pero aun todo esto no basta, querido Porfiro: es menester tambien que conserves tus principios y sensibilidad. Si se corrompiere tu corazon, jamás harás una obra grande. Entonces el alma no produce mas que cosillas de mero pasatiempo, obras momentáneas trabajadas para el alucinamiento, y no para la duracion, recibidas por el pronto con ansia, decantadas y citadas solo tres ó cuatro meses, y despues olvidadas para siempre. No fué á su talento á quien Pedro Cornelio debió tanta gloria, sino á su grande alma, que le supo adquirir un renombre, y la admiracion de su siglo y de la posteridad. ¡Oh Porfiro! sé honrado, indulgente, bienhechor, y tus escritos inspirarán el amor á la virtud: no se encontrará en ellos exageraciones ni inconsecuencias, porque aquel que tan solo va guiado por el deseo del bien y de la verdad, nunca puede contradecirse: si quieres dar útiles lecciones de moral, da principio por tu misma reforma: combate tus pasiones: cierra tu corazon al ódio y al encono, y aprende á perdonar. Entonces alabarás con elocuencia la grandeza de alma y la

generosidad. ¡Qué hermoso campo se te presenta, y á que profesion tan noble te llaman el gusto y el genio, si llegas á conocer toda su dignidad! ¡Mas ah! si te estravias, si por debilidad dejas de resistir al deseo vano de alcanzar una celebridad pasajera, si renuncias á la verdad y á los buenos principios, y si te dejas llevar por el espíritu de partido, en tal caso, perdistes el tiempo: ese talento que posees te fué dado por el cielo, y ha sido cultivado por mí, no para lisonjear el vicio, divertir á gentes de malas costumbres, y seducir espíritus superficiales, sino para obtener el sufragio del hombre de gusto y del ciudadano virtuoso. En fin, Porfiro mio, piensa que hay en la vida un tiempo único para escribir y trabajar, y que este tiempo pasa con escesiva rapidez: una vez ya pasado, ¡qué placer esperimentarás si pudieres decir: *Nada he escrito que no sea conforme á la razon y á la verdad, inspirado por la humanidad y por el amor al órden y á la virtud*! ¡*Jamás he buscado sino una gloria pura*! *y cuando estuviere para bajar al sepulcro, en aquel formidable instante en que la memoria de una buena accion es mil veces mas satisfactoria que la de un suceso próspero y magnífico, me producirá consuelos el pensar que mis obras jamás podrán infundir peligrosas ideas, que los jóvenes entregados al mundo no las leerán sin sacar algun fruto, y que la madre vigilante y amorosa, las pondrá con ansia y contento en las manos de su hija.* Ve

ahí, Porfiro amado, cual debe ser tu ambicion si quieres justificar mis esperanzas y afecto. Adios, te aguardo para fines del mes.

CARTA XVII.

La baronesa á la vizcondesa.

Te doy mil gracias, querida amiga, de las noticias circunstanciadas que me das de nuestra Constancita: siento que no sea cuidadosa y aseada: es un defecto que se mira con indiferencia en la niñez, y que acarrea pérdida de tiempo y aun mas perjuicio á los intereses que la prodigalidad. He corregido á Adela de este defecto natural á todos los niños, imponiéndola algunas penitencias cuando era preciso reemplazar lo que habia perdido; pero si era un juguete se lo hacia desear mucho tiempo ántes de darla otro; y al fin la dí un gran armario en que pudiese guardar y poner en órden cuanto era suyo. Lee la *Educacion de niñas* de Mr. Fenelon, y encontrarás en ella cuantos consejos puedes apetecer sobre este punto (1).

(1). «Hágase observar (á las niñas) que nada contribuye mas »á la economía y aseo, que tener cada cosa en su lugar. Esta regla »parece nada; pero valdria mucho si se observase puntualmente. »Si se necesita la cosa, no se pierde un momento en buscarla: »no hay turbacion, disputa ni embarazos: se le pone la mano en»cima cuando se desea..... Agréguese á esta ventaja, la de qui-

He llevado hoy á mis hijos á que viesen un triste espectáculo, y voy á decirte las razones que me han determinado á esto. Murió la noche pasada la hija de mi jardinero: tenia veinte años, y era muy linda: al despertar me contó Victoria esta novedad, añadiendo que venia *de echar agua bendita á la difunta*, que la habia visto descubierta, y que casi no estaba desfigurada. Habiéndoseme confirmado esta particularidad por muchas personas, formé el proyecto de llevar allá á mis hijos. Cuando estábamos ya juntos para el desayuno, se habló de la hija del jardinero, y Brígida dijo, que nunca habia visto una persona muerta: Adela y Teodoro repitieron lo mismo: entonces les dije que yo les llevaria al jardin; y en efecto, fuimos despues del desayuno. Al entrar en el cuarto de la jardinera, noté alguna alteracion en la fisonomía de Adela: pusímonos de rodillas, y habiendo acabado nuestra oracion, me acerqué á la mesa, levanté el paño, y descubrí enteramente la cara de la muerta. No pude mirarla sin sentir interiormente una congoja indecible, al imaginar que era única, y que sus padres la sobrevivian..... Tomando á Adela de la mano, mira, hija mia, la dije, que objeto tan

»tar á los criados con esta costumbre, la pereza y confusion: ade»más, se quitan á sí mismas la tentacion de impacientarse á me»nudo por la tardanza que ocasionan las cosas desordenadas y »difíciles de hallar.» *Educacion de niñas por Mr. Fenelon*

compasivo que no puede inspirar otra cosa que mucha ternura. En efecto, respondió Adela, nada tiene de horrible: yo me habia figurado otra cosa; pero ahora veo que una simple enfermedad suele desfigurar mas que la muerte. Despues de varias consideraciones sobre este asunto, nos volvimos á casa, donde prohibí que se volviese á hablar de la muerta á mis hijos, y he procurado entretenerles todo el dia con la mayor alegría. Acuérdome que en mi niñez habiendo oido contar muchos cuentos de aparecidos, tenia la cabeza vuelta, y estaba intimidada con esta especie de asombro, el mas absurdo de todos, pero el que tiene mas poder sobre la imaginacion. A los catorce años, me determiné por la primera vez, á ver un muerto: por desgracia fué un viejo horriblemente desfigurado. Este objeto repugnante me hizo tal impresion, que en mas de un mes no pude olvidarle un momento: la edad y la razon me han curado enteramente de estos ridículos espantos, que han influido no poco sobre mi salud, y me han causado enfermedades de nervios, que aun padezco. Adela, gracias á mi cuidado, no ha tenido jamás idea de estos vanos terrores; pero como nunca habia visto una persona muerta, y yo temia que su imaginacion le representase este objeto mucho mas horroroso que suele serlo, me determiné á que viese á la hija del jardinero; y tanto mas me alegro de haberlo hecho cuanto

efectivamente Adela, ántes de mirarla, estaba conmovida y trémula; y despues que la miró con atencion, la encontró mucho menos espantosa que se la habia imaginado. Nos paseamos muy á menudo Adela y yo por los alrededores de la casa y comunmente, cuando volvemos entrada ya la noche, atravesamos un cementerio, y algunas veces descansamos en él, y allí hablamos (á lo menos Adela) con tanta tranquilidad, como si estuviésemos en un hermoso prado. Es menester mucha maña, y al mismo tiempo sencillez aparente para acostumbrar á los niños á todas estas cosas, pues al instante que conozcan haberse formado proyecto de animarles, concebirán inmediatamente miedo: y así procura obrar con estrema precaucion, de modo, que cuanto hagas parezca estar enteramente hecho por casualidad. Adios, estimada amiga mia: Adela comulgará por la primera vez, dentro de quince dias. Madama Ostalis marchará al fin del mes, y yo la seguiré luego, pues pienso estar de seguro en París á primeros de noviembre, á mas tardar.

CARTA XVIII.

Madama Ostalis á madama Limours.

No hay duda, señora, en que aquí tengo igual instruccion que complacencia: aprendo de una

de las mejores madres á amar las obligaciones que ella misma cumple con gozo y satisfaccion. Viviendo con ella, y observándola en medio de su familia, se nota cuan dichosa es, y no causan admiracion los sacrificios que hace para conseguir semejante felicidad, Tal es el poder de la verdadera virtud: desde lejos solo se ven sus brillos, y no escitan mas que á la admiracion; pero desde cerca es tan hermosa, tan afable y persuasiva, que cuanto prescribe no parece ya difícil ni penoso. Entonces no solo alumbra con sus resplandores, sino que tambien penetra, atrae y encanta.

Adela y Teodoro han verificado hoy su primera comunion. Cuando volvieron de la iglesia, mi tia se encerró en su gabinete con Adela y conmigo, y haciéndonos sentar á su lado, tomó una de las manos de Adela que puso en las mias. Ahora, dijo, encarándose conmigo, me lisonjeo de que mirarás á Adela como á una amiga: ella no tiene tus esperiencias ni tu razon; pero bien ves que no hubiera comulgado, á no estar yo muy segura de que ya no es una niña; y así desde hoy podemos hablar sin reserva delante de ella, y admitirla á nuestras mas secretas conversaciones. Adela, enternecida, se apoyó suavemente sobre el hombro de su madre, apretándome al mismo tiempo la mano tiernamente; y continuando mi tia su discurso: en fin, dijo, voy

ahora, Adela mia, á empezar á recoger el fruto de los cuidados que te he consagrado: ya no me veré precisada á imponerte penitencias, ni castigos vergonzosos: serás para mí la mejor compañera, y la mas tierna amiga..... Al pronunciar estas palabras, no pudo mi tia contener sus lágrimas; Adela se arrojó á sus pies y dijo á su dichosa madre con espresion natural y sensible, cuanto puede inspirar la gratitud mas bien fundada. Aunque vd. dice, señora, que envidia el destino de Adela, no han de impedirme esta especie de celos el confesar que no hay criatura de su edad, que pueda comparársela; y sobre todo, de seis meses á esta parte, ha hecho en varias materias progresos maravillosos, lo que debe particularmente atribuirse al deseo estremado que tenia de comulgar la primera vez. Lo que no puedo dejar de admirar son los medios con que mi tia ha sabido granjearse su voluntad, sin disimularla nada, castigándola con severidad, y reprendiéndola delante de todos; y no obstante, este aparente rigor, está tiernamente amada de su hija, y posee toda su confianza. Adela no se juzga dichosa sino junto á su madre, y la veo muy á menudo preferir el gusto de estar con ella, á todos los entretenimientos propios de su edad. Esta sí que es la mayor obra de la educacion, y la que no se hará contemplando á un niño y satisfaciendo todos sus caprichos. Como Adela está ya ahora ad-

mitida *en la sociedad de las personas de juicio*, se ha determinado que ha de ayudar á mi tia á llevar las cuentas de la casa, y que el mayordomo y cocinero la han de presentar cada mañana los libros del gasto, cuya práctica la acostumbrará á no desdeñar tan útiles cuidados, en cualquiera situacion de fortuna que llegue á encontrarse: cuidado que tantas mujeres desprecian por pereza é incapacidad. Es comunmente la ignorancia envidiosa y denigradora: quisiera que fuese posible envilecer cuantas cosas la hacen conocer su inferioridad: desea ocultar su vergüenza bajo la apariencia del desprecio. De ahí es que vemos tantas gentes instruidas y juiciosas burladas y silbadas por los necios. Esto es causa de que Madama G..... (que nunca ha sabido formar una letra), se mofe desapiadadamente de las mujeres tan *desocupadas*, que se emplean en tomar las cuentas de sus criados. Adios, señora, marcho de aquí á ocho dias, y creo que no encontraré á vd. en París; pero me lisonjeo de que vd. cree que será mi primer cuidado ir á buscarla, para informarme por mí misma de su salud y darla á vd. noticias de mi tia.

CARTA XIX.

La baronesa á la vizcondesa.

No, mi estimada amiga, todavía no lee Adela las obras que me has citado, sin embargo de no faltarla talento, y de tener toda aquella razon que puede permitir su edad. Está aun muy lejos de conocer el mérito de los autores célebres. Hasta ahora no ha leido mas que lo que yo he compuesto para ella; pero de aquí en adelante irá leyendo cosas mas instructivas; y luego leerá algunas novelas inglesas. Todos los autores agradables, pero de segundo órden, serán su lectura, hasta que tenga edad para leer con admiracion é inteligencia, las obras de escelentes ingenios. Esta tarde hemos acabado de leer la tragedia de Andrónico; y á pesar de sus comentarios y de mi crítica, lloraba Adela sin consuelo. ¿Es posible, me decia ella, que pueda haber una pieza mas interesante y tierna que esta?

—Sin duda que la hay, la respondí, y lo esperimentarás un dia cuando leas aquellos autores inmortales, que solo conoces por el nombre, Corneille, Racine, Voltaire, Crebillon, etc.

—Pues, madre mia, si una pieza mediana me hace tanta impresion, ¿por qué me priva vd. del gusto que me causaria una tragedia de Corneille?

—La misma razon de enagenarte tanto la tragedia de Andrónico, me persuade que no eres aun digna de leer á Cinna. Si conocieras los defectos de Andrónico, apenas te enterneceria lo que te ha hecho derramar tantas lágrimas, como ni tampoco Cinna te conmoveria, porque no llegarias á conocer sus sublimes bellezas.

—Pero madre, me parece que comprendo muy bien la de los Horacios.

—¿Cómo?

—La víspera de nuestra salida de París, madama*** vino á ver á vd. con su hija, que cabalmente es de mi edad.

—¿Y bien?

—Esta señorita, me hizo una visita en mi cuarto, y me dijo que venia de la Comedia, que habian representado los Horacios, y que la habian gustado mucho.

—Tanto peor para ella, pues con eso dió á entender que su afectacion era igual á su ignorancia.

—¿A qué edad podré leer á Corneille y Racine?

—Cuando estés en estado de poder notar por tí misma los defectos de las piezas que ahora leemos.

—Comprendo muy bien los de Andrónico.

—Sí, porque te lo he dicho.

—¡Oh, madre mia! ¡qué ganas tengo de leer todas esas obras sublimes, de que oigo hablar

con tanta admiracion! Pero vd. me ha ofrecido llevarme este invierno algunas veces á la Comedia Francesa, y allí veré representadas las obras de Racine y Voltaire.

—De ningun modo: esos dias no iré.

—¿Con que vd. elegirá aquellos dias en que se representen piezas medianas?

—Sí: todas aquellas que están en tu catálogo actual.

—¡Cuánto lo siento! ¿Con que no iremos á ver ninguna pieza nueva?

—Sosiégate, que yo te llevaré alguna vez.

Ya ves, amiga, por la conversacion anterior, cuantos deseos manifiesta Adela de conocer todas las obras que yo deseo lea algun dia con atencion. Considera si, despues de haberlas deseado tanto tiempo, las leerá con ánsia, y si disfrutaré entonces la complacencia de ver cuánto deleite la proporcionarán.

Lo que me dices sobre la sensibilidad de Constanza, no me admira, pues yo misma he visto cuan capaz es de amistad: pero permíteme vuelva á repetirte, amiga mia, que lejos de poner todo tu cuidado en aumentar su sensibilidad, deberias en cierto modo reprimirla. Has pasado dos dias sin ver á Constanza, porque estuviste con calentura, y Constanza ha estado inconsolable llorando, sin querer comer, hasta que fué necesario llevártela: ha estado mala de la

pesadumbre, y has tenido la crueldad de alabarte de haber inspirado un cariño ciego, que puede con el tiempo acarrearla fatales consecuencias á esa pobre niña..... ¿Qué seria, pues, de ella, si te acometiese una peligrosa enfermedad? ¿Y cómo sobrellevaria tu ausencia, si te vieses en la precision de separarte de ella por algunos meses? Esa ternura puede llegar á ser el tormento de su vida. ¿Omitirás el corregirla, porque semejante locura lisonjea tu amor propio? ¿Debe amar así una madre?..... No, amiga: yo fundo mi felicidad en solo las virtudes de Adela. Los sentimientos maternos deben ser muy desinteresados, pues no podemos esperar igual correspondencia. Por esta razon son mas vivos que los de la amistad, y mas imperiosos que los del amor: finalmente, ellos conceden y sacrifican todo con la certidumbre de no hallar la debida gratitud. Hermanos, amigos y amantes, pueden amarse recíprocamente, pero una hija ¿amará nunca á su madre tanto como es amada de ella? ¡Qué diferencia tan prodigiosa debe producir entre estos dos sentimientos la desproporcion de la edad, y la idea que una hija debe necesariamente tener de sobrevivir muchos años á su madre!.... No exijamos, pues, de nuestros hijos un cariño como el que les tenemos. Yo soy el objeto de los primeros afectos de Adela; pero algun dia ¿no tendrá marido é hijos?..... ¡Cuánta seria mi lo-

cura, si pretendiese entonces dominar en su corazon!..... Desde ahora quiero que sea para mí lo que puedo razonablemente desear que sea siempre: que me deje con pena, pero sin derramar lágrimas: que pueda verme enferma, sin ponerse ella mala de sentimiento; y en fin, que su cariño para mí, fundado en el reconocimiento, sea profundo é inalterable; pero que la razon regle todos sus movimientos. Si autorizas á tu hija para que te ame sin límites, la vas preparando á que algun dia se entregue ciegamente á las peligrosas pasiones de que debes preservarla. Tú la das buena crianza; pero ¿de qué la servirá, si al mismo tiempo no logra un imperio absoluto sobre ella misma? ¿No estamos ya convenidas en que una mujer que se apasiona fácilmente, no puede ser dichosa? Las pasiones violentas la estraviarán, ó la formarán un tormento para toda su vida, siendo esclava y víctima de ellas. Enseña á tu hija, no solo á que resista sus pasiones, sino á que las venza. Quieres asegurarme que las que tendrá serán legítimas; y ¿quién te asegura esa felicidad?..... No obstante, así lo espero: amará mucho á su marido; pero ¿quién te responde de que su marido la amará? Aun cuando la amare, ¿no padecerá los temores y tormentos de unos celos, que, tarde ó temprano, podrá justificar con una mudanza, que la acarree una desesperacion? Acuérdate de cuánto hemos ha-

blado sobre este asunto. Vuelvo á repetírtelo con toda verdad: amo muchísimo á Constanza, su genio es tan agradable como su persona; pero si no moderas su demasiada sensibilidad, dependerán siempre sus virtudes de circunstancias casuales, y nunca disfrutará tranquilidad permanente.

CARTA XX.

Madama Ostalis á la baronesa.

Tengo dicho á vd., amada tia mia, que he visto al caballero Valmont, y que me ha parecido muy bien; pero ahora puedo hablar mas circunstanciadamente, porque ayer comí con él en casa de Mad. Limours. Estaba tambien la mujer de Valcé, á la que nunca he visto mas petimetra, alegre y decidora. No lo hizo sin designio, y aun quizá sin efecto..... Valmont es muy jóven, y tiene pocas esperiencias..... No obstante, me parece que su semblante manifestaba hallarse mas admirado que seducido..... ¡Ah! ¡si él pudiera adivinar lo futuro, y preveer la felicidad que le espera sabiendo merecerla!..... Estoy cierta de que se libertaria de los lazos que van á armarle para que caiga..... Despues de comer se acercó á mí, y me preguntó por vd. en un tono tan afectuoso, que me dió mucho gusto. Tam-

bien me hizo algunas preguntas sobre Adela; y habiéndole respondido, que habia crecido mucho en cuerpo, y granjeado un buen parecer, pudiera afirmar que se le encendió el color; pero lo que no dudo es que suspiró. Mad. Valcé vino á interrumpirnos, dándole un naipe para jugar, y entonces se separó de mí. No he podido penetrar si Mad. Limours ha conocido el proyecto de su hija: tiene penetracion natural; pero no ve con claridad sino cuando está indiferente, bastando el menor grado de interés para alucinarla. En algunos instantes aun quiere persuadirse á que las faltas de su hija no son sino imprudencias, y á que su existencia en el mundo es la mas aplaudida. La que tiene nacimiento, juventud, y un marido que de nada se resiente, ¿cómo no ha de estar bien admitida en la sociedad? Madama Valcé es bonita, se prende bien, baila primorosamente, adorna cualquiera funcion, y la ruegan para que vaya á todos los bailes y comidas; bien que esto durará hasta el punto en que se vea precisada á dejar las plumas, las flores y el baile, pues á eso se reduce toda su consideracion actual. Por otra parte, está contínuamente sufriendo las precisas humillaciones que acarrea la mala conducta. No hay mujer, recientemente casada, que quiera comparecer en público con ella: las mismas señoras que van á visitarla, evitan con el mayor cuidado entablar amistad

íntima: finalmente, todas las madres, que temen que sus hijas contraigan estrechez con ella, la tratan con tanto desden, que ya casi toca en impolítica. Es muy frecuente verla adelantarse á hacer ciertas demostraciones, que son recibidas con frialdad, ó rechazadas abiertamente: no se atreve á quejarse de estos disgustos; pero se venga despedazando la opinion de cuantas mujeres la gozan buena. Acaba de perder, á lo menos por algun tiempo, á su amiga madama Germeuil. El marido de esta última, menos indolente que Valcé, ha vuelto en sí; y, despues de muchos pasajes ruidosos, se ha llevado á su mujer á sesenta leguas de París. Dicen que volverá para fines del invierno; pero que dejará á su mujer dos años en aquel destierro.

Adios, tia mia: he empezado ya los retratos de mis dos hijas, y sin duda alguna, los encontrará vd. á su vuelta colocados en el gabinete. He hallado á Serafina un poco echada á perder por las contemplaciones de mi suegra, que se ha divertido demasiado con sus bachillerías, y las ha aumentado; pero Diana continua con su amabilidad natural. Yo misma las enseño la música y el dibujo. Como las dos son de igual edad, y aprenden juntas, tienen mucha emulacion; la que procuraré mantener cuanto me sea posible, porque puede ser infinitamente útil, sabiendo aprovecharla con discrecion.

CARTA XXI.

Respuesta de la baronesa.

De aquí á tres semanas, á mas tardar, estaré en París, hija mia, y en este mismo correo escribo á la vizondesa para noticiarla mi proyecto de viajar por Italia la primavera próxima. Te ruego vayas á verla, y la hagas comprender las razones que me asisten, porque es imposible que una carta pueda esplicarlas todas.

Hablemos ahora de tus hijas: pon todo cuidado en corregir á Serafina de sus altaneras bachillerías, que podrán con facilidad degenerar en malignidad verdadera. Montaña dijo: «Y hay pa»dres tan necios, que pronostican muy bien de »sus hijos, cuando los ven pegar á algun labra»dor ó lacayo que no se defienden. Son al con»trario, estas acciones las verdaderas semillas de »la tiranía, de la crueldad y de la traicion (1).»

(1) Cierto filósofo dijo lo mismo: «Si un niño se atreviese á »pegar seriamente á alguno, aunque fuese su lacayo, aunque fue»se el verdugo, vuélvansele siempre los golpes con usura..... He »visto ayos imprudentes que animaban la rabia del niño, esci»tándolo á pegar, dejándose pegar ellos mismos, y riyéndose des»pues de sus golpecillos, sin pensar que eran otras tantas muertes »cometidas en la intencion de aquel furiosillo, y sin dar en que el »que quiere pegar, siendo niño, querrá matar siendo grande.» *Tomo I. de la obra.*

Castígala cuando incurra la primera vez, y de ningun modo te rias de sus gracias ni las cuentes á nadie como tales; porque el amor propio es mas poderoso que el temor de los castigos; y el placer de entretener á los otros, y verse celebrada, la haria arrostrar cuantas penitencias la impusieras. Es importantísimo convencer á los niños de que todo lo que es malo es aborrecible, y produce el menosprecio; pero si les castigas riéndote, inferirán que hay vicios seductores capaces de hacerles mas amables. Esta idea perniciosa ha perjudicado á muchos. Tú conoces á madama Claurence: todos los defectos de esta señora, provienen de haber querido siempre parecer graciosa y viva, porque cree que una persona moderada y suave es en todos casos insípida. Solo un loco puede persuadirse á que los atractivos de la dulzura y complacencia, perjudican á los demás adornos y gracias; y á que la grosería, los caprichos y porfiadas disputas, pueden añadir mérito, y pasar por efectos de un talento despejado.

Tambien te encargo que emplees con grandísimas precauciones el peligroso medio de la emulacion. Cuidado no hagas á tus hijas recíprocamente envidiosas; porque si llegan á ser poseidas de tan maligno afecto, se corromperán sin remedio sus corazones. Para preservarlas, sé tu misma invariablemente justa. Un elogio merecido no escita la envidia ni el odio, sino en los

que están enteramente pervertidos, esceptuando lo que toca directamente al corazon: por ejemplo, si Diana llegase á penetrar que tú estás en la inteligencia de que ella no te ama con la misma ternura que Serafina, concebiria celos que la harian aborrecible su hermana. No hay criatura á quien esta idea, fundada ó no, deje de producirla muchos celos, y aun los tendrian aquellos niños, que sin ser envidiosos, oyesen alabar á sus hermanos de las habilidades ó prendas de que carecen ellos. La natural equidad nos persuade á que somos pagados de los otros con el mismo grado de afecto que les tenemos, y en la edad en que no ha hecho progresos la corrupcion, se prefiere la felicidad de ser amado, al vano deleite de ser aplaudido. Ve ahí la razon por que aquel mismo niño que miraria con alegría los triunfos de su hermano, no podria tolerar la sospecha de ser menos amado que él. Estén persuadidas tus hijas á que las amas igualmente, y á que piensas que no hay la menor diferencia en el cariño que ambas te tienen. Alábalas, ó repréndelas sin parcialidad, y así no producirán tus juicios ninguna oposicion entre ellas; porque si tienes la debilidad de dar á una ú á otra la mas ligera preferencia sobre algunas ventajas personales; ó, si por ejemplo, acaricias á Diana mas que á Serafina, porque es mas bonita; ó bien prefieres la conversacion de Serafina, porque es mas decido-

ra; las harás mutuamente celosas, y destruirás en ellas todas las buenas cualidades que deben á la naturaleza y á tus cuidados.

Veo claramente por tu relacion, que Valmont llegará á enamorarse de Mad. Valcé. Segun la opinion que yo tenia de su corazon y genio, no hubiera creido nunca que se pudiera dejar engañar por una mujer tan atolondrada y hazañera. ¡Ah! ¡si es vano y débil, acabóse todo!.... Te confieso, qne, aunque con dolor, desecharé las ideas que me ocupan desde que le conozco: le observé mucho cuando era niño, ¡y prometia tanto!.... ¡Qué elogios hacen de él las cartas de su abuelo, y las del conde Roseville! ¡Qué esterior tiene tan agradable!.... Finalmente le veré, volveré á observarle, y antes de marchar á Italia, quedaré de acuerdo conmigo misma en lo que he de hacer. Te recomiendo particularmente, que no conozca Mad. Limours que miras á Valmont con distincion, pues adivinaria fácilmente el motivo, y este es un secreto que nunca se lo confiaria. Si Valmont justificase el concepto que habia formado de él, permitiéndome llevar á Italia las mismas esperanzas que habia concebido, quiero que mi hija no tenga la menor sospecha de mis designios. No solo no debe pensar una muchacha en que ha de casarse, sino que seria utilísimo disponerlo de modo, que llegase á creer muy posible el no casarse jamás: no puede tenerse ape-

go á un estado que se ha de dejar en breve. Además, dar á conocer á una muchacha el marido que la destinan, es autorizarla á que funde su felicidad en unos proyectos, que pueden trastornarse por mil acontecimientos; y aun suponiendo que lleguen á realizarse, siempre seria imprudente tal confianza; porque naturalmente inflamaria una imaginacion de pocos años, y entregaria una mujer á las seductoras ilusiones de la pasion mas peligrosa de todas. Tú conoces á Mad. Limours: es amable en la sociedad, pero no guarda fielmente sino aquellos secretos que no la interesan: su amabilidad es mucha para no conciliarse el afecto, y su imprudencia demasiada para atraer la confianza. Cuando su corazon tiene poca parte en las que se la hacen, aparenta una reserva admirable, y es en efecto muy reservada; pero cuando el secreto la causa pesar ó alegría, lo manifiesta en su semblante de un modo tan claro, que el que menos trascienda puede adivinarlo. De que resulta, que, de cuantos la tratan, ningunos deben fiarse menos de ella que sus mas íntimos amigos. ¿Ha podido callar el secreto del matrimonio proyectado entre Constanza y Teodoro? No tengo duda en que su misma hija lo sabe ya; pero gracias á mis precauciones, Teodoro lo ignora; bien que no podré tenérselo oculto tanto tiempo como quisiera: pero me consuela que este descubrimiento no tiene tantos incon-

venientes para un hombre como para una mujer. Adios, hija mia: aun te escribiré antes de mi salida:

CARTA XXII.

La baronesa á la vizcondesa.

Tengo, estimada amiga, que hacerte una confianza, que te confieso, me cuesta mucho, porque conozco que ha de serte tan sensible como á mí. Véome precisada á separarme de tí, y por mas largo tiempo. Voy á pasar el invierno á París; pero saldremos en la primavera para Italia, donde nos detendremos año y medio. Dirás que mis hijos son muy niños para viajar; pero reflexiona que tienen mas razon que la que comunmente se ve en los de su edad. No vamos á Italia á estudiar los hombres, ó las leyes, sino á que nuestros hijos se perfeccionen en el dibujo, y tomen el buen gusto de las artes. Divirtiéndose, y admirando los monumentos y ruinas de la grandeza romana, adquirirán profundo conocimiento de tan interesante historia: finalmente, guiado mi hijo por un padre tan amante como instruido, aprenderá á formar bien un diario: á no escribir sino lo que merezca retenerse, y en una palabra, á viajar con fruto. Adela volverá á los catorce años, con inteligencia en la música y dibujo: ha-

blando y cantando en italiano, como una italiana verdadera, y sin aquella delicadeza mujeril, que remedian los viajes: no tendrá miedo al mar, ni á los malos caminos: dormirá con tanto sosiego en el peor cuarto de una venta, como en su misma alcoba: sabrá contentarse con una mala cena, y tolerar la falta de mil cosas, que mira ahora como absolutamente necesarias. Hallo además en este proyecto otras ventajas, que no puedo espresar en una carta; pero que irás conociendo en lo venidero, evidenciando su importancia. No añadas, amada amiga mia, al dolor de separarme de tí, el pesar de verte injusta, ¿Acaso, piensas que no necesito de toda mi firmeza para separarme de tí, y de Mad. Ostalis? Pero, ¿hay algun género de sacrificio que no sea capaz de hacer por mis hijos?.... Adios, querida y verdadera amiga: como á tal te pido que no tomes la pluma para responderme en el primer movimiento. Guarda en tí las reprensiones que afligirian mi corazon sin consolar al tuyo. Adios: de aquí á unos dias marcharemos: te ruego que no me escribas: aguarda á que vuelva, y escúchame antes de quejarte y condenarme.

CARTA XXIII.

La baronesa á Madama Ostalis.

Esta carta, tia mia, quizá no llegará á tiempo por hallarse vd. ya en camino; pero como estoy dudosa, no puedo dejar de escribir á vd. algunas novedades que han de agradarla. Madama Valcé ha reñido enteramente con Creny: inmediatamente ha travado amistad con la tia de Valmont, Mad. Olcy: todas las semanas come tres dias en su casa, y todos malician que es por tener ocasion de hablar allí á Valmont; en fin, solo madama Limours ignora sn inclinacion. Aymeri lo ha conocido, y ha hablado sobre ello á mi marido: Valmont se porta hasta ahora maravillosamente: creo que le parece bonita Mad. Valcé; pero le disgustan las diligencias que hace para insinuarse con él. Mad. Valcé empieza á mudar de conducta y estilo para atraerle, porque ha dejado su tono chancero, se ha puesto séria y finge una especie de melancolía y distraccion. Este modo de obrar es mas peligroso, y no seria de admirar que al fin engañase á un jóven sensible, sin esperiencia. Pero, finalmente, vd. viene, y podrá mi tio dar útiles consejos á Valmont; con lo cual, espero que no será víctima de las máquinas que se disponen para quitarle su libertad.

No le encontrará vd. aquí cuando llegue; porque Aymeri le va á sacar de París, y quizá con buen fin: sale mañana, y va á pasar quince dias en una casa de campo, que no está lejos, y es de una parienta de su abuelo. No puedo callar á usted que se le nota algun sentimiento de dejar á París: ha comido hoy en casa de mi suegra: se habló de su marcha, y reparé que le desagradaba la conversacion.

Estuve anteayer por la primera vez, en casa de Mad. Clarence, á una partida de juego á la gallina ciega; porque es menester que vd. sepa, tia mia, que de seis meses á esta parte, se ha introducido esta moda. Vd. pensará que estas diversiones no son premeditadas, y que únicamente las produce la alegría que reina en una tertulia poco numerosa; pues no señora, se convida para ello quince dias antes, y muchas veces viene el convite de parte de una persona que no se conoce, como, por ejemplo, me ha sucedido con madama Clarence. Llegué á su casa á las nueve y media de la noche: encontré ocho ó diez señoras jóvenes, otros tantos hombres de su edad, y cinco ó seis suegras: todos estaban tristemente sentados, y con semblante de aguardar con impaciencia la hora señalada para el juego, que es despues de cenar. Madamas Valcé y Valmont eran de esta concurrencia: la primera estaba enteramente distraida y abismada en una profunda me-

ditacion, aunque de tanto en tanto buscaba con los ojos á Valmont, y los fijaba en él con una ternura engañosa..... En fin, dieron las once: empezaron las señoras mayores sus partidas, y los demás el juego. Entonces se hicieron patentes muchos afectos y sentimientos ocultos, ó meramente sospechados: el interés fingido ó verdadero, de una parte: el embarazo ó encogimiento de la otra: la desenvoltura, la fatuidad, y otros mil movimientos activos, descubrieron aun á los menos avisados, los secretos misterios de la sociedad. Todos estaban alegres, hablaban todos; pero la alegría inocente y verdadera es solamente la comunicativa, porque las locuras estrepitosas la contrahacen sin inspirarla. A la una y media me retiré muy fatigada del traqueo y empujones que llovieron sobre mí, dejando á madama Clarence casi ronca de gritar, hecho mil girones su vestido, lastimado un brazo, y con una contusion en la cabeza; pero aplaudiéndose de haber dado tan magnífica funcion. Me parece, amada tia mia, que ya adivinará vd. mi resolucion de no volver jamás á semejantes fiestas. Adios, señora: envie vd. delante á Brunel, para que me avise del dia de su llegada, porque quiero salir á recibir á mi amada tia.

CARTA XXIV.

La baronesa á madama Valmont.

De París.

Amiga mia: llegué antes de ayer, y no he visto al caballero Aymeri, ni á Valmont, porque todavía se mantienen en el campo; pero hoy he recibido una carta de Aymeri, que me asegura tendré el gusto de verles de aquí á cinco ó seis dias, á mas tardar.

Todos los que conocen al caballero Valmont se hacen lenguas de él. Seria muy conveniente, que su abuelo le acompañase dos ó tres años más, como lo ha hecho hasta ahora. Aymeri no gusta del trato del mundo; pero nadie debe entregarse á seguir sus gustos propios, hasta despues de haber cumplido con todas sus obligaciones; ni debe un padre pensar en vivir para sí, hasta que ya no es útil á sus hijos.

Envio á vd. los libros que deseaba, y va tambien un libro nuevo, que ha sido muy apreciado. Es obra maestra de Porfiro, aquel jóven educado por Lagaraye, de quien ha oido vd. hablar tantas veces. Me parece que es un libro digno de que vd. le lea, y juzgo que lo ha de hacer mas de una vez: su estilo es puro y natural: no se

encuentran frases oscuras, esquisitas y amfibológicas, ni aquellos disparates enfadosos, que descubren el mal gusto de un autor: no hay duda que la mejor obra tiene algunos defectos, y pedazos endebles; pero un autor que sabe escribir, tendrá siempre claridad y verdad, y el estilo correspondiente al asunto de que tratare.

CARTA XXV.

La misma á madama Ostalis.

Hija mia, sin embargo del deseo que una y otra teniamos, no has podido ser testigo de la primera vista de Adela y Valmont. Aymeri, que discurria haber salido de S... el dia 20, llegó ayer tarde, y recibí su visita esta mañana. Adela acababa de dejarme para ir á escribir. Yo estaba sola en mi gabinete, cuando entró un criado á avisarme, que Aymeri y Valmont solicitaban verme. Este último nombre me causó una especie de conmocion tan grande, que seguramente hubiera adivinado mi secreto Mad. Limours, si hubiera estado presente. No debemos hacer vanidad de nuestra prudencia, porque hay momentos en que la mujer mas firme y juiciosa es indiscreta... Volviendo á Valmont, digo que me gustan igualmente su presencia, fisonomía y modales. Al cabo de un cuarto de hora de estar hablando,

me dijo Aymeri, si podrian ver á Adela: la hice llamar inmediatamente, y, un instante despues, entró corriendo; pero, reparando en la visita, se quedó de repente como sorprendida, y les hizo una gran cortesía, poniéndosela el rostro como una escarlata... ¿Qué causa la encendería el color? Seria timidez y sorpresa, ó acaso *instinto y presentimiento*? Esto es lo que creo que nunca sabremos. Miré á Valmont, quedé satisfecha de la impresion que notó en su semblante; pues consideraba á Adela con placer y curiosidad, y me parece que quedó muy prendado. Entró mi marido y obligó á Aymeri á que comiese con nosotros. Al levantarnos de la mesa, se llegó Aymeri á Adela, y dijo que Valmont se habia acordado de lo que la gustaba, cuando era mas niña, todo lo relativo á la historia natural, y habia tenido el cuidado, en el curso de sus viajes, de juntar muchas piedras raras: «y no atreviéndose mi »nieto (continuó el caballero) á tomarse la liber»tad de presentárselas á vd. por sí mismo, me ha »rogado que yo lo haga.» Entonces Aymeri le tomó de las manos á Valmont una caja, que contenia una preciosa coleccion de piedras raras, y suplicó á Adela que la aceptase. Ella sin saber que hacerse, estaba vacilante, y me miraba, como pidiendo parecer. Yo la autoricé con una seña, y entonces recibió la caja con alguna cortedad, pero con mucha gratitud. Vuelvo á decir

que me gusta infinito el caballero Valmont. No es posible que, á diez y ocho años, se halle un jóven mas formado y amable, y al mismo tiempo con mas reserva y sencillez; pero, no obstante, me atrevo á asegurar, que no es enteramente dueño de su corazon: está melancólico, distraido, y de cuando en cuando suspira. ¿Para qué nos cansamos? Está enamorado, y con esceso: el objeto no puede ser otro que Mad. Valcé: confieso que me aflige mas que la pasion, el sujeto que la ha producido... ¡Ah! ¡si realmente está apasionado por Mad. Valcé, jamás amará á Adela! Yo estaba deseosísima de hablarle de ella, y quiso mi fortuna que se me presentase una ocasion favorable. Ya sabes que una de las mejores miniaturas que tengo, es la que representa á madama Limours con sus dos hijas. Se habló de pintura, y dije, que el retrato mas parecido que habia visto en mi vida, era el que habias hecho de madama Valcé. Al oir esta espresion Valmont se turbó conocidamente: hice como que no lo habia conocido: con esto se recuperó: envié á buscar el cuadro: Aymeri lo alabó mucho; pero Valmont estaba tan fuera de sí, que perdió hasta el temor de descubrir su secreto. Contemplaba la imajen de Mad. Valcé tan enagenado, que, te lo confieso, me causó grande enfado. ¡No alcanzo cómo puede una mujer de tan poco juicio, tan ligera, de tan corto talento, sin otro mérito que la figu-

ra, inspirar una pasion tan vehemente! Los jóvenes, en general, manifiestan su carácter y principios en la primera inclinacion. ¿Qué deberemos pues, pensar de su corazon, si hace una eleccion, á todas luces despreciable? A que debe añadirse, que un hombre juzga todas las mujeres por una sola, esto es, por aquella que mas ha querido: comunmente es el objeto de sus primeros sentimientos quien determina y fija su opinion. Yo no quiero que el marido de mi hija menosprecie á las mujeres en general; y bien ves que si está, como lo creemos, apasionado de Mad. Valcé, no pedré conseguir mi deseo. Mucho lo sentiré, á la verdad; pero en fin veremos: me duele mucho renunciar á una esperanza, que me ha lisonjeado mas, despues que he vuelto á ver á Valmont. A Dios, hija: tu marido me dijo anoche, que permanecerias en Versalles hasta el jueves: te pido me digas positivamente el dia de tu venida.

CARTA XXVI.

El caballero Aymeri á madama Valmont.

En fin, amada hija mia, conozco ya el modo de pensar de Cárlos: me ha revelado su *secreto*, y voy á causarte tanta admiracion, como me causó la inesperada confianza que me hizo. Ya sabes cual fué el verdadero motivo de mi viaje

al campo. Quise apartar á Cárlos por algun tiempo de Mad. Valcé, esperanzado en que la necesidad de hablar de ella, le obligaria en breve á abrirme su corazon; pero me engañé. Cárlos triste y pensativo, buscaba la soledad: huia de mí; y noté con asombro, por la primera vez, que temia encontrarse conmigo. Finalmente, paseándonos un dia solos, dejé caer la conversacion sobre madama Valcé, hablé de ella con desprecio, y Cárlos no manifestó la mas ligera conmocion. Disimulo tan profundo me causó tanto pesar como admiracion; pero queriendo apurar hasta que punto llegaria, no quise apretarle mas. Volvimos á París sin haber podido obtener la confianza que deseaba. A la mañana siguiente á nuestra llegada, fuimos á casa de Mad. Almane, y allí fué donde Cárlos se descubrió del todo. Nos enseñaron un retrato de Mad. Valcé, hecho por madama Ostalis; y fué tan conocida la turbacion de Cárlos al mirarle, que seguramente no se escaparia á la vista penetrante de la baronesa. Entonces ví, que era absolutamente necesario hablar del asunto con claridad. A la mañana entré en el cuarto de Cárlos cuando iba á vestirse: hice salir fuera á los criados; y sentándome sobre su cama:

—Cárlos, le dije, no puedo menos de romper un silencio, que me aflige, y aun ofende. Tu ayo y padre viene á que le reveles un secreto, que no has querido confiar á tu amigo: no es ya la

confianza lo que exijo, porque perdiste la ocasion de manifestármela: he penetrado á pesar tuyo, tu corazon; pero, á lo menos, espero sinceridad: mira que en esta ocasion, el menor fingimiento de tu parte me convencerá de que eres ingrato, y me quitará, sin recurso, la única esperanza de felicidad que me ha dejado el cielo.

Al oirme, se estremeció Cárlos en términos de no poder responderme: me tomó una mano, y la apretó entre las suyas temblando, cuya accion me conmovió... Estuvimos unos momentos sin hablar; pero, en fin, rompiendo Cárlos el silencio:

—He podido temer, dijo, confesar á vd. una locura... Pero ¿me creeria vd. capaz de usar el disimulo?

—No obstante, mas de una vez me has dado motivo, para que te acusase de ello... Pero, de cualquier modo que sea, tú amas, y te has entregado á la pasion mas peligrosa: ¿lo hiciste acaso para triunfar de ella?

—Me he violentado á no buscar jamás al objeto que la fomenta, y aun he huido de él.

—Pero le encuentras en todas partes... Verdad es, que hasta ahora has recibido sus declaraciones con bastante reserva.

—¡Sus declaraciones!... ¿Qué dice vd.? ¿De qué está vd. hablando?

—¿De qué? De Mad. Valcé.

Estas palabras sacaron al rostro de Cárlos la admiracion y el desden.

—¡Mad. Valcé! esclamó: ¡quién! ¡yo! Yo habia de amar un sujeto tan despreciable!.., No viva vd. mas tiempo engañado: el afecto que me domina es mas digno de consideracion; pero por lo mismo mas peligroso.

—¿Qué objeto, pues, le ha producido?... ¿Seria acaso, Mad. Ostalis?...

Esta pregunta le sacó los colores, y le hizo bajar los ojos: fué una tácita confesion, que me admiró, como te admirará: esperimenté al mismo tiempo una interior alegría, que me costó trabajo disimular. Despues de un largo silencio, le dije:

—Y ¿cuáles son tus esperanzas?

—Ninguna tengo.

—Si lo crees así, hijo mio, te engañas, porque no se ama sin ella. Concibo que la buena reputacion de Mad. Ostalis te contiene; pero te estás lisonjeando confusamente de que una verdadera pasion, y mucha constancia, pueden hacer menos duraderos los rigores.

—No: no: estimo demasiado á Mad. Ostalis.

—¿Con qué estás determinado á no hablarla jamás de tu pasion? ¿Has formado de buena fe el proyecto de que siempre la ignore?... Sin duda que no. Allá en lo interior de tu pecho has fijado, quizá, el momento en que has de espresarla tu

amor, y quizá piensas que ha de recibirte en cuenta la discrecion de habérsele callado tanto tiempo. Ve ahí cuales son las quimeras que te seducen. ¡Ah, Cárlos! ¿Has de ser tan desgraciado, que te separes de la virtud?

—Yo creo que la de Mad. Ostalis es tan sólida como cierta.

—Pues ¿por qué estás procurando corromperla?

—Quisiera solamente conseguir que me compadeciese.

—¡Vano error!... Pretendes disfrazar tus propias intenciones: baja con la consideracion á los mas profundos senos de tu alma: examínala bien, y te horrorizarás de la situacion en que te hallas... Una sola reflexion voy á hacerte: si Mad. Ostalis, como no lo dudo, es sólidamente virtuosa, la loca esperanza que alimentas te hará infeliz. Sí, al contrario, debe ella su reputacion á las circunstancias, y no á sí misma, conseguirás quitársela; pero, en esta suposicion, ¿puedes mirar sereno, y sin horror, el espantoso abismo en que vas á precipitarla? Reflexiona que ahora es feliz, admirada de cuantos la conocen, y amada de su marido y familia..... ¿Puedes concebir sin horror el cruelísimo designio de robarla para siempre una felicidad tan pura?... Si es verdad que con tanto estremo la amas, respeta sus obligaciones, su buena reputacion, y la tranquilidad que actualmente goza: triunfa de una pasion insensata, que

te hará ridículo con las gentes, en siendo generalmente conocida.

—¡Ridículo!.... ¿Puede un hombre ser ridículo por amar á un sugeto tan digno de ser amado?

—Atreviéndote á quererla, manifiestas una temeridad, que ninguno ha manifestado hasta ahora..... Reflexiona tambien en la desproporcion de la edad: ella tiene veinte y seis años, y tú diez y nueve: ella es madre de familia, y yo no pienso aun en casarte. Esta sola idea debe darte á conocer la estravagancia de tu inclinacion, de que te curará la razon, si sinceramente lo deseares.

Acabóse nuestra conversacion con protestas reiteradas de parte de Cárlos, de seguir todos mis consejos con escrupulosa puntualidad. Si nada he de ocultarte, amada hija mia, no puedo tener sentimiento por una inclinacion, cuyo objeto es tan estimable. Si nuestras esperanzas se realizan con el tiempo, ¡qué mudado veremos á Cárlos!.... Efectivamente, segun el conocimiento que tengo del modo de pensar de la baronesa, no dudo que mas de una vez habrá pensado en Cárlos, ni tampoco dudo que solo contribuirán á determinar su eleccion las cualidades personales, educacion y conducta. Si acaso tiene ya algunas miras, me parece que una de las cosas que mas pueden perjudicarnos, será la idea de que tu hijo haya podido aficionarse á Mad. Valcé: y sí, creo

muy esencial hablarla sobre el particular, sin que Cárlos lo sepa, y decirla la verdad. Si la preciosa Adela tuviese siquiera dos años mas, muy en breve conoceria Cárlos la inconstancia. Le han gustado mucho las gracias de Adela, y su persona, y me seria facilísimo disponer su corazon á amarla..... ¡Ah! si mis ojos antes de cerrarse para siempre, pudieran ver esta union tan deseada, bajaria contento al sepulcro, no obstante de haber sufrido tantos males! Adios, hija mia, mañana hablaré á la baronesa, y te daré noticias de lo que trataremos.

CARTA XXVII.

El conde de Roseville al baron.

Suscribiré, con gusto, querido baron, á todo cuanto decís á favor de las mujeres. Creo que pudiera citarse mas de una madre capaz de educar á su hijo tan bien, ó, por ventura, mejor que el preceptor mas instruido. ¿Quién de nosotros puede lisojearse de igualarlas en delicadeza y en finura, al mismo tiempo que pueden elevarse hasta las prendas que nos caracterizan, cuales son el valor y la grandeza de alma? Pienso, como vos, que la educacion que ellas no hubieren dirigido ó perfeccionado, no estará totalmente acabada; pero este principio solo es rigurosamente

cierto con relacion á los particulares; y ved aquí, sin duda, una de las diferencias mas notables que se encuentran entre los dos planes de educacion de un particular, (cualquiera que sea la elevacion de su clase) y de un príncipe que ha de reinar. Es importante para vuestro hijo que tenga, en general, una opinion ventajosa de las mujeres: el deseo de agradarlas, será lo que particularmente le hará amable: sus sufragios harán su existencia gustosa en la sociedad, y lo llamarán al trato decente. La mujer que le escogereis será ciertamente digna de su amor. Es, pues, necesario que la estime mucho, y que tenga en ella una confianza total. Pero un príncipe, que ha de reinar, no nació para vivir en lo que llaman *el gran mundo*. Las mujeres no pueden contribuir á los sucesos que debe desear. Su felicidad y su gloria dependen únicamente de la estimacion del guerrero, del magistrado, del ciudadano virtuoso, de los sufragios de la nacion, y del amor al pueblo. La esposa que le dieren no será elegida por su mérito personal, sino preferida por la política. No pretendo tampoco aconsejar á mi discípulo que desprecie á las mujeres en general; pero quiero que sepa desconfiar de ellas, y que viva íntimamente unido con la que el cielo le destinare para esposa.

CARTA XXVIII.

Aymeri á madama Valmont.

Al fin he tenido una conversacion particular con la baronesa: se lo he confesado todo, y me doy la enhorabuena. Me ha dicho sin rodeos, que estaba gozosa de que Cárlos se manifestase mas sensible á los atractivos de la modestia y talento, que á las seducciones del cariño falso y afectado: me ha hablado de él con tanta satisfaccion y amistad, que me ha confirmado en mis esperanzas: ha sido de parecer que exigiese yo de Cárlos el sacrificio absoluto de su pasion, esto es, que partiese inmediatamente conmigo, sin ver á Mad. Ostalis, y que, hasta dentro de un año, no volviésemos á París. Pero, habiéndome parecido demasiado rigoroso este partido, hemos quedado de acuerdo en que hablaria yo con firmeza á Cárlos para obligarle á que evitase en todo lo posible concurrir con Mad. Ostalis. El mismo dia de esta conversacion, llevé á Cárlos á un baile, donde estaba Adela, la cual bailó y cantó con muchísima gracia; y despues me dijo Cárlos, que algun dia poseeria todas las gracias y atractivos de madama Ostalis. El domingo pasado cenamos en casa de la baronesa, donde nos encontramos sin recurso con Mad. Ostalis. No pudo Cárlos disimular su

turbacion, y encontró medio de sentarse á cenar junto á ella: yo estaba demasiado distante para poderle observar; pero, acabada la cena, noté en su cara tal impresion de tristeza, que me dió cuidado. Preguntéle el motivo, me apretó la mano sin poder responderme, y ví que tenia los ojos preñados de lágrimas. Tan inquieto como sorprendido, busqué un pretesto, y me le llevé al instante. Ya solos, empezó á desahogarse, dando libre curso á sus lágrimas. Yo le insté inútilmente para que me esplicase el motivo de tan violento pesar, pues solo me respondia con palabras medias. Por fin, habiéndose calmado un poco:

—Soy, me dijo, el hombre mas desgraciado: no he podido mantener mi resolucion, y he faltado á cuantas promesas hice..... Mad. Ostalis me desprecia, y soy realmente indigno de su atencion.

—Pues ¿qué te ha sucedido?

—He hablado: he declarado, ó á lo menos he dado á entender una inclinacion, que habia prometido sofocar para siempre.

—¡Cómo! ¿Te has atrevido á declarar tu pasion á Mad. Ostalis?

—Embriagado con el placer de volverla á ver y de estar á su lado, olvidé hasta el temor de desagradarla. Yo mismo no me acuerdo de lo que la dije; pero me acuerdo mucho del modo

con que volvió á mirarme..... ¡Fué una mirada que manifestaba grandísimo desprecio, y desdeñosa altivez!..... ¡Fué una mirada que me impuso absoluto silencio!..... Mucho me afligió esta confesion de Cárlos, pues conocí que no podria la baronesa ignorar lo sucedido. A la mañana siguiente hablé con ella del asunto, y entre muchas cosas convincentes, me dijo que yo debia haber marchado sin dilacion, porque los partidos prontos son siempre los mas seguros. Nunca mas que ahora sentiria Cárlos salir de París, porque desea con ansia volver á ganar la estimacion de Mad. Ostalis, sin pensar mas en su amor. Pienso permanecer aquí hasta el mes de mayo; y si acaso mudare de designio, hija mia, te lo participaré.

CARTA XXIX.

La baronesa á Mad. Valmont.

¿Es posible, amiga mia, que pueda vd. figurarse que mi Adela ha de estar sentada melancólicamente en una silla, y en medio de una visita, escuchando una conversacion frívola y sin atadero, y haciendo tambien todos los cumplimientos que se usan?..... No, no, señora: Adela es una linda niña; pero al fin es niña, y no entrará en el mundo hasta que sea capaz de obser-

var con sus propios ojos, y de reflexionar por sí misma. Tengo, señora, otra nueva historia que contaros, la cual puede entrar en la coleccion que haceis de *todas las pruebas sufridas por Adela*. Este curso de *esperiencia artificial* no acabará hasta de aquí á dos años. Luego que Adela cumpla catorce años y medio, empezarán á nacer naturalmente los acaecimientos, y no necesitaré *crearlos*.

Pero volvamos á la narracion de mi prueba de ayer.

Es menester deciros que, de cuatro meses á esta parte, recibe Adela cada mes doscientos reales para sus *gastillos estraordinarios*, con la obligacion ó carga de proveerse de alfileres, de polvos, de pomada, de zapatos, de guantes y de papel para escribir. El primer mes se gastaron los doscientos reales en tres dias, y en superfluidades, de manera, que Adela tuvo que andar con zapatos rotos y guantes sucios. Conoció que era necesario tener mas órden y economía: ahora apunta exactamente sus gastos, y ha aprendido á medirlos con sus rentas. Antes de ayer á medio dia, iba yo á salir para ir á casa de un ebanista á comprar algunos muebles que necesitaba, cuando entró Adela en mi gabinete pidiéndome la gracia de que la llevase conmigo.

—Tengo, me dijo, algun dinero del resto del mes, y quisiera emplearlo en una mesita.

—Me conformo, la contesté, y tanto mas, cuanto que deseo que empieces á conocer los precios de las cosas que algun dia tendrás precision de comprar, y esto no puede aprenderse, sin ir algunas veces á las tiendas.

Partimos y llegamos á un bello almacen. Pidió Adela mesas, y la presentaron una muy preciosa, que tenia su atril y su escritorio; pero por desgracia, costaba nueve escudos, y Adela no tenia mas que cuatro.

—Muy desagradable es eso, la dije en voz baja: si no hubieras gastado seis escudos el mes pasado en retazos de telas, en cofrecitos de paja, en estuches de Bergamota, y en fin, en miriñaques, que ya has perdido ó roto, hubieras podido comprar esa mesa tan bonita.

Suspiró Adela, y la dejé reflexionar en aquel suceso: hice mis compras, la llamé despues y nos fuimos.

Estando ya en el coche, noté que Adela tenia debajo del brazo una caja grande de madera del águila.

—¿Has comprado eso? la pregunté.

—Sí, mamá.

—Y ¿en cuánto?

—En mis cuatro escudos.

—Pero tú deseabas una mesa.

—Sí, señora; mas no la he encontrado bonita por el dinero que yo podia dar.

—Y á causa de eso ¿compras una cosa de que nada te se da, y que para nada necesitas?... ¿No hubiera sido mas prudente guardar tus cuatro escudos para ayuda á completar la suma que necesitas á fin de comprar una mesita como la que acabas de ver?

—Verdad es eso, mamá: no hice bien.

—Fuera de esto, hija, nunca, por satisfacer un capricho, debe uno desposeerse totalmente del dinero, porque puede sobrevenir algun caso en que sea necesario.

—Pero mamá, de aquí á tres dias recibiré *mi mesada*.

—Seria muy posible que de aquí allá deseases tener dinero.

A la mañana siguiente á esta conversacion, entró un lacayo en el cuarto de Adela, y la entregó una carta dirigida á ella, diciéndola que una pobre mujer, pálida y muy mal vestida, se la habia traido.

Adela sorprendida dió la carta á Brígida, quien la abrió al instante, y leyó en alto lo siguiente:

SEÑORITA:

«Imploro la compasion de vd.: tengo siete »hijos que acabo de dejar desnudos en un des»van, y muy cercanos á espirar de hambre: sé

»cuan caritativa es su madre de vd., y venia á »pedirla algun socorro; pero habiendo sabido »que aun no estaba despierta, me dirijo á usted. »He escrito esta en la cocina, donde he visto el »fuego por primera vez en ocho dias á esta par»te. Pero ¡ay señorita! quizá perecen mis pobres »hijos en este instante de hambre y frio!..... »¡Tenga vd. lástima de ellos!»

MARIANA.

—¡Oh Dios mio! esclamó Adela inundada en lágrimas. ¿Qué podré yo hacer?.....

—¿Cómo? señorita, respondióla Brígida: ¿se detiene vd. en socorrer á esa desgraciada mujer con algun dinero del que vd. guarda para sus juegos y alfileres? ¿No contempla vd. que esa desdichada ni aun tiene pan?

—¡Dinero! respondió Adela. ¡Dinero! no me ha quedado ninguno... ¡Ah dinero mio! ¡si yo lo tuviese ahora!..... ¡Mal haya la caja y los juguetes!..... ¡Ah, Brígida!..... présteme vd. siquiera doce reales.

—No puedo hacerlo, señorita: su madre de vd. me tiene espresamente mandado que por ningun acontecimiento la dé á vd. dinero.

—¡Oh Dios! ¡Dios! ¡pobre mujer!

—Tranquilícese vd., no se irá sin socorro..... Yo nunca gasto todo mi dinero en bagatelas, ni

necesito ver materialmente á los desgraciados para acordarme de ellos.

Entonces salió Brígida muy apriesa, dejando á Adela penetrada de confusion y remordimiento.

A pocos instantes entró Victoria en el cuarto de Adela y la dijo:

—Señorita: no llore vd. mas por esa pobre mujer, pues ya es dichosa: la limosna que Brígida acaba de darla, la ha vuelto el alma al cuerpo. ¡Qué gusto hubiera vd. tenido, señorita, de haber visto su alegría!

No pudo Adela aguantar mas: se levantó con precipitacion, tomó la caja que habia comprado el dia anterior, y se fué con Victoria á la cocina.

Luego que la mujer oyó nombrar á Adela, se echó á sus pies llorando, y Adela, bañada en lágrimas tambien la levantó diciéndola:

—No he podido tener el gusto de socorrer á vd. como me pedia, pues todo se lo debe vd. á Brígida; pero tome vd. esta caja: véndala usted mañana, para que yo pueda tener la satisfaccion de haberla sido á vd. útil en algo.

Rehusaba la mujer tomarla; pero Adela la representó, que aquella caja habia sido causa de no poderla socorrer, y no queria por esta razon verla mas ante sus ojos.

Volvióse Adela á su cuarto menos descon-

tenta de sí misma; y habiendo sabido que Brígida enviaba detrás de la mujer un criado para que la observase, preguntó á Brígida el motivo, y la satisfizo diciendo: que no habia podido negar el socorro á una persona que se manifestaba tan infeliz; pero que regularmente no daba ninguna limosna hasta despues de haber tomado las informaciones que exigen la prudencia y la humanidad bien entendidas.

Cuando me desperté vinieron Adela y Brígida á contarme lo sucedido, y de resultas dije á Adela:

—Si empleas en superfluidades lo sobrante de lo que te dan tus padres, despues de satisfechas las necesidades, no disfrutarás los gustos que puede producirte la moderacion: debes, por humanidad, y por tu propio interés, no satisfacer todas tus fantasías, y destinar, á lo menos, para los desgraciados la mitad de lo supérfluo. Todo llega á disgustar en el mundo: disgusta con el tiempo una gran casa, un bello jardin, una joya de diamantes, un elevado puesto, y hasta el mismo trono; pero jamás llega á cansar ni causar tédio el deleite de hacer bien.

—Sí, madre mia: conozco, aunque niña, todo eso, y prometo á vd. que en adelante he de dar á los pobres cuanto me sea supérfluo.

—No, hija mia, no quiero tanto; antes al contrario, deseo que, por algunos años todavía,

compres cuantos juguetes quieras, y de ese modo irás tú misma conociendo con cuanta facilidad disgustan.....

Ya vd. ve, amiga y señora, si es abundante el fruto de mis cuidados.

No hablo á vd. de Valmont, porque me dijo ayer que escribiria á vd. esta mañana; por lo cual, me contentaré diciéndola, que lo mas del tiempo está en mi casa, que me parece no está disgustado en ella, y que ahora le amo, no por vd., sino puramente por él mismo.

CARTA XXX.

La baronesa á madama Valmont.

Sí, amiga mia: ha tenido consecuencias aquella aventura de la pobre mujer: hemos inquirido su historia, y sabemos que nos ha dicho puntualmente la verdad: tiene siete hijos, y está en la mayor miseria. Era modista; y lo mucho que fió á un gran número de personas, que no la pagaban, la acarreó una quiebra total. Se despojó de cuanto poseía para la correspondencia de sus negocios, y quedó enteramente pobre. Esta narracion, hecha por Brígida, que acababa de venir de la propia habitacion de la mujer, ha conmovido muchísimo á Adela, que preguntó á Brígida, si no la habian despues pagado los deudores.

Y habiéndola respondido que no, dijo: pues ¿cómo así?

—Un mercader, continuó Brígida, que vende á crédito, hace con razon pagar mas caro, porque quiere sacar el interés del dinero que se le retiene: una mujer, que compra de esta manera, no tiene derecho para regatear, y aun comunmente toma el género sin informarse de su precio, de lo que resulta que, al cabo de un año ó dos, no teniendo mas que dos mil escudos para vivir, se encuentra con seis ó siete mil de deuda..... Por consiguiente no puede pagar..... El marido de la tal mujer se ve precisado á satisfacer sus cuentas: las hace reducir, obtiene plazos largos, y mientras todo este tiempo, el pobre mercader, ejecutado por sus propios acreedores, y sin poder juntar sus fondos, se ve antes de mucho arruinado.

—A la verdad, interrumpió Adela, que es cosa horrible para una mujer ser causa de semejante ruina.

—Señorita, ¿conoceis á Mad. Germeuil?

—Sí, respondió Adela: la que está ahora en la provincia, teniendo aquí á su marido, que es cosa singularísima.

—Está reñida con él; y la tal señora ha contraido enormes deudas, de las que nada ha pagado.

—Pero ¿cómo, preguntó Adela, puede llegar á tal punto la estravagancia?

—Habiendo falta de justicia y consideracion en las mujeres: acostumbrándose á ceder locamente á todas sus fantasías: y teniendo la necia y temeraria pretension de superar á las otras en lo esquisito y costoso de los adornos: entonces se contraen en las tiendas deudas espantosas, y son por lo mismo robadas: se arruinan, se deshonran; y por algunas telas, plumas, flores, gasas y cintas, pierden la confianza de sus maridos, su quietud interior y la estimacion pública.

—¡Ah justo cielo! ¡qué pintura tan horrible! Solo el temor de contribuir á la quiebra de un pobre mercader, bastaria para no esponerme á nada de eso.

Para siempre quedan grabadas en el corazon de Adela las ideas de no endeudarse, de resistir á sus fantasías, y de ser precisa la economía para vivir.

Aymeri, señora, os ha escrito, que ya no es asunto de misterio el matrimonio tratado entre Constancita y Teodoro, y que se sabe en la tertulia de Mad. Limours. En efecto, á pesar de sus resoluciones sobre este negocio, habla abiertamente de él Mad. Limours. Por el modo con que acaricia á Teodoro, y con que lo mira, se podria fácilmente penetrar este secreto, que tanto me prometió guardar. Lo que mas siento es, que ha cometido la indiscrecion de confiarlo á su hija,

que es una niña de once años..... Avergonzada Mad. Limours de esta debilidad, pretende en vano negármelo; pero demasiado lo conozco en la estraordinaria inclinacion que Constanza muestra ya á Teodoro: nunca lo ve entrar sin que se la encienda el color: siempre le habla en voz baja, y casi temblando: si se aleja de ella ó se ausenta, se pone triste, pensativa y distraida. De manera, que aquel tierno corazoncito padece ya las agitaciones de un sentimiento peligroso, del que hasta el nombre deberia ignorar. Sí, por una imprudente confianza, no hubieran inflamado su imaginacion, disfrutaria de la amable y dulce tranquilidad, propia particularmente de su edad, y veria á Teodoro con la misma indiferencia que á otro cualquiera. ¡Ah! ¡Quién sabe lo desgraciada que puede hacerla esta indiscrecion de su madre!.... Adios, señora: de aquí á un mes tendré el gusto de veros; aunque, por desgracia mia, estaremos juntas poco tiempo, pues mi marido quiere absolutamente que estemos de vuelta en Tolon para los últimos dias de abril.

CARTA XXXI.

Lagaraye á Porfiro.

¿Qué dices, Porfiro? ¿Despues de haber cobrado fama, te admiras de tener enemigos, y de

haber perdido el amigo con quien mas contabas? Pero esta admiracion te honra mucho: conserva siempre los nobles sentimientos que la producen. ¡Oh! puedan los años, y la triste esperiencia de la edad madura, no quitarte enteramente esa admiracion profunda que te causa la envidia, la mala fé, la injusticia y la maldad!.... Sé, si es necesario, víctima del odio: ¿qué importa, si, cuando te está destruyendo, no puedes concebir los furores que lo consumen?.... Si alguna vez llegases á aborrecer á la especie humana, deja de escribir, da punto á tus tareas, porque es indispensable amar á los hombres para instruirlos y guiarlos. Este deseo sublime da á las obras que produce un derecho cierto á la inmortalidad. ¿Por qué has de despreciar á los competidores que te envidian, y á los enemigos que te persiguen? ¿Porque sean malos?.... ¡Orgulloso! acaso ¿estás seguro de ser mas virtuoso que ellos?.... Si la educacion los ha corrompido, y nunca oyeron á la persuasiva voz de la amistad fiel, dime, ¿deben ser odiados, ó compadecidos?.... ¿Juzgas que debes únicamente á la naturaleza las prendas que te ilustran?.... ¡Ingrato jóven! ¿has olvidado ya los dichosos dias de tu infancia?.... ¡Ah, hijo mio! ¡acuérdate de la escuela de Lagaraye, y serás mas modesto é indulgente! Diez papeles anónimos despedazan á tu obra, intentando ridiculizar á tu persona. Pues ¿qué? ¿Pretendes el impe-

rio universal? Es demasiado querer á la vez, agradar á los hombres de talento y á los mentecatos..... Si no disimulas todos esos pequeños atentados, los multiplicarás, manifestando una debilidad vergonzosa. Solo debes darte por entendido, cuando combatan á los principios morales de tus obras; pero has de defenderte sencillamente, con nobleza, sin ironía, ni acrimonia. Y como los hombres fácilmente se engañan en causa propia, envíame todas las críticas que han hecho de tu obra, las leeré con atencion, y te diré con sinceridad lo que juzgo de ellas. Cuando un amigo no fuese bueno sino para esto, haria muy bien un hombre literato en solicitar tenerle. ¡Dichoso aquel, á quien la soberbia nunca impidió consultar la amistad, y seguir los saludables consejos, que solo ella puede tener el valor de dar!

CARTA XXXII.

La baronesa á madama Valmont.

Mañana salgo, señora y amiga, y me detendré en D*** hasta el 7; pero tendré seguramente el gusto de dar á vd. un abrazo antes de diez dias. Mad. Limours siente mi ausencia menos de lo que vd. puede imaginarse, pues tambien se ausenta por cuatro meses con su marido, que va á hacer un viaje de unas ochenta leguas; y

como es el primero que hace, está tan ocupada con los preparativos de su marcha, que no tiene lugar para pensar en la mia. Valmont ha venido á despedirse de mí hoy despues de comer, y ha salido de mi cuarto sin poderme decir ni una palabra. ¡Qué criatura tan amable! ¡Qué lástima será que le perviertan! No sabe vd. cuanto lo sentiria yo. Adios, amiga: espero que me dé vd. de comer el catorce ó quince.

CARTA XXXIII

La misma á la vizcondesa.

Antibo, 1.º de mayo.

Ayer llegamos á Antibo, querida amiga mia, y quizás no partiremos mañana, porque los vientos son totalmente contrarios. Adela empezó ayer á acostumbrarse á los precipicios. Siete horas y media empleamos para andar las doce leguas que hay de Frejus á Antibo, porque los caminos son malos y peligrosos. La montaña Estrel, entre otras, es ciertamente espantosa por los precipicios que la circundan. Ví muchas veces á Adela sorprenderse, ponerse pálida, y mirarme de hito en hito, como para preguntarme sobre el riesgo. Hubiera ella querido que yo misma descubriese su espanto, sin tener que confesármelo.

Hice siempre como que no advertia ninguno de sus movimientos, y aun, por medio de algunos discursos indirectos, procuré (sin que ella pudiese sospecharlo) despertarle el deseo de disimular el miedo que la sobrecogia. El cuidado de ocultarlo causa una distraccion que disminuye su poder. Y así, poco á poco se fué Adela reponiendo, hasta que, por último, cobró todo su sosiego. La gusta muchísimo el viajar. Todo cuanto ve la admira y la deleita; y ninguna cosa de este mundo la agrada tanto como escribir su diario; pero, si no adquiere un poco mas de concision, llegará dicho diario á treinta ó cuarenta volúmenes. Ya ha escrito ocho páginas sobre Antibo; verdad es, que cuatro de ellas no contienen mas que una nomenclatura de las flores y plantas que se encuentran en las cercanías de Antibo, porque esta mañana hemos dado un paseo largo, y ha quedado Adela enamorada de ver campos alfombrados de flores, de romeros, de tomillos, de mayoranas, de zarzas de altea, de mirtos, de jazmines amarillos, de madreselvas, etc.

Tú quieres que te diga el método con que viajamos. Vélo aquí. Vamos en aquel cochon grande, que tú conoces, mi marido, Brígida, Dainville, mis hijos y yo: nos sigue otro coche, en que van mis mujeres y Brunel. Nos detenemos cuatro horas para comer, y dar á nuestros hijos varias lecciones. Adela escribe y dibuja.

Entretanto templo su harpa; y luego toca ella una hora. Cuando caminamos, procuramos que la conversacion no les sea infructuosa. Este método de instruir á los muchachos, sin que lo adviertan, hablando familiarmente con ellos, este gran medio, tan descuidado en las educaciones comunes, es por ventura el mas eficaz y mas útil de todos. ¿Por qué vemos tantas gentes que, habiendo nacido con buen entendimiento, ni saben hablar, ni oir á los otros? porque se presentaron temprano en el mundo. Una jóven de catorce ó quince años no oye hablar en una concurrencia sino de cosas frívolas, que nada dejan de sustancial en su imaginacion, ó que solo pueden fomentar ideas falsas y peligrosas. Si cae la conversacion sobre asuntos importantes y sólidos, se tratan de un modo incomprensible para la edad de quince años. Entonces aquella jóven se fastidiará mortalmente, tomará y conservará la costumbre de no escuchar, y toda conversacion seguida la parecerá una disertacion fria y larga; las evitará cuidadosamente, ó, por mejor decir, la distraccion é indolencia con que asistirá á ellas, bastarán para impedirla que se mezcle en ellas, ó ni aun las comprenda. Haz leer á una muchacha libros superiores á su comprension, y en toda su vida gustará de la lectura. Hazla escuchar á menudo conversaciones de gentes juiciosas que hablen para divertirse, y no para ella,

y en toda su vida gustará de la conversacion. Pues, con todo, este es el camino que siguen las madres mas instruidas, y los preceptores mas hábiles. Volviendo á nuestras ocupaciones del coche, digo: que contamos muchas historias, recitamos versos algunas veces, hacemos algunas reflexiones sobre la poesía, criticamos los versos que hemos declamado, hablamos alternativamente inglés, francés, italiano, y despues tomamos cada uno un libro: leemos en varias veces dos ó tres horas cada dia: nos damos mútuamente cuenta de lo que hemos leido, y esto produce nuevos asuntos de conversacion.

Ahora, querida mia, que he respondido á todas tus preguntas, hablemos de Mad. Valcé, y hablemos de ella por menor. Todo lo que me dices relativo á ella, me aflige y me indigna hastà no mas *Está apesadumbradísima de dejar á París por cuatro meses, porque se aparta de sus amigos y de su sociedad.* ¡Teniendo veinte años, y marchando con su marido, con su padre y madre, llora y se desespera porque deja *sus amigos y sociedad*! ¿Acaso deberia tener otra sociedad que la tuya?.... Todo el mal viene de Mad. Germeuil, de aquella primera amiga, contra quien me declaré tan vivamente desde el principio del tal enlace. Mad. Valcé no faltó á adoptar *los amigos y la sociedad* de su amiga íntima, y repentinamente se introdujeron en tu casa diez ó doce estranjeros

y te quitaron la preferencia, la confianza y el corazon de tu hija. Veo que Mad. Valcé recibe sin tí sus amigas á desayunarse, y va sola á cenar con ellas: figúrate lo que pasará en esos peligrosos conciliábulos: no pongas duda en que allí se buscan todos los medios de alejar á tu hija de sus mas importantes obligaciones, cuales son las de amar á su marido, y reverenciar á su madre: allí está contenta, porque aprueban cuanto dice, la alaban y la admiran: allí se ridiculiza otra cualquiera sociedad; y seguramente que no esceptuarán la tuya, compuesta en general de gentes de prudencia y de edad madura. Aquellas bufonadas y libertades se establecen bajo el nombre de la confianza y de la amistad, que permite decirlo todo; y de esta manera se llega fácilmente hasta el punto de tratar de preocupaciones las cosas mas respetables, y aun algunas veces las mas sagradas.

Creo que valdria mas dirigirse al entendimiento de tu hija, que á su corazon: te aconsejo que la observes con cuidado, y á la primera ocasion de disgusto que te diere, háblala con toda firmeza; y cuando partieres de*** llévala por seis meses á tu hacienda de Anjou, á donde sabes que tu marido desea mucho tiempo ha ir á pasar un otoño: además puede servir dicho viaje para unirte á tu marido, y de cierto será utilísimo para tu hija. Primero la verás triste y abatida: se

imaginará desgraciada; tratará con desden á los lugareños que se esforzaren á agradarla, y los mirará como una especie particular, indigna de juzgar de sus atractivos y apreciarlos: opinará que es dignísima de compasion, por verse obligada á vivir con mujeres mal prendidas, y con hombres que carecen *del tono y de las maneras* de la córte; pero poco á poco se irán debilitando estas ideas, se hará mas tratable, mas justa, mas agasajadora; y podrá, finalmente, conocer que el entendimiento y el buen corazon son de todos los paises, y que las formas siempre variadas, segun los lugares, son siempre frívolas é indiferentes á los ojos de la razon. Nada cansa mas á la larga que el desdeñar: pronto fatiga este defecto: el mismo orgullo que lo causa debiera corregirlo, porque ninguno se manifiesta mucho tiempo descontento, sin desagradar á los otros. Esta reflexion puede curar tan mala enfermedad. En fin, tu hija en aquella soledad, separada de todos *sus amigos*, y entregada enteramente á tí, tendria tiempo para hacer algunas reflexiones útiles, la volverias á París corregida de una parte de sus descarríos, tendria ciertamente menos caprichos, menos aspereza, se haria menos enemigos, tendria mas reserva y prudencia; y, si realmente tiene entendimiento, conoceria cuanto importaba á su felicidad conservar tu amistad, y reconquistar la de su marido. He aquí, querida

amiga, el partido que yo tomaria en tu lugar. Inmediatamente que te hubieres resuelto á algun partido sobre este punto, suplícote que me lo noticies. Adios: te escribiré desde Niza. Continúa dirigiéndome tus cartas á Génova.

CARTA XXXIV.

La misma á la misma.

De Niza.

Vamos caminando lentamente, porque desde mi última carta, solo hemos andado cuatro leguas (1). Todos hemos estado muy malos en la mar, escepto mi marido y Dainville. Adela y Teodoro padecieron infinito, pero, así como yo, vomitaron sin quejarse. Pusieron en la falúa unos colchones, para que se echaran los enfermos. Al cabo de media hora, dijo mi marido á Teodoro, que aquella delicadeza era ridícula en un hombre, y que lo mismo vomitaria sentado que tendido. Al momento se levantó Teodoro. Lo mismo hice yo, diciendo, que tan necesario era el valor para un hombre como para una mujer; y, cuando nos fuese menos útil, bastaria que fuese una virtud, para avergonzarse de carecer

(1) De Antibo á Niza.

de ella. A estas palabras, la triste Adela se arrastró como pudo hácia mí y se sentó á mi lado. Esta accion avivó la emulacion de Teodoro, quien, queriendo absolutamente sobrepujar á *unas mujeres* en valor, se puso á hablar con el aire mas suelto del mundo: de tanto en tanto se interrumpia para vomitar, y despues continuaba su conversacion, como si nada sintiera. Mi marido triunfaba: el gozo se le asomaba á los ojos, quienes parece que me decian: *no se conseguiria esto con una mujer*. Hablé con Adela al oido, y la dije: ¿Quieres probar á tu padre, que tienes tanto ánimo como Teodoro? Cantemos un duo. Adela me apretó la mano y cantamos, aunque algo en falso, pero haciendo de tripas corazon, y con gesto sumamente alegre. Mi marido abrazó á Adela, y dijo: conservad, hijos mios, esa laudable emulacion de igualaros recíprocamente en virtudes: emulacion semejante no puede escitar competencias entre vosotros, porque, perfeccionandoos mútuamente, os hace á ambos mas dignos de nuestro afecto y de la ternura con que os amais. Cuando acabó mi marido estas palabras, llegó Teodoro y se arrodilló delante de mí: me tomó una mano, despues tomó otra á su hermana, y, juntándolas, las besó con aquel modo abierto y afectuoso, que naturalmente tiene, y que hace todos sus movimientos agasajadores y gratos.

Permanecemos en la intencion de ir á Géno-

va por la *Cornisa*, esto es, por tierra, en una especie de literas llevadas por hombres. Este viajillo durará cuatro ó cinco dias. Mi marido dice, que es importantísimo, y muy poco conocido, y que en fin, acabará de acostumbrar á nuestros hijos á los precipicios y á los albergues incómodos. Pasado mañana, á las seis de ella, partiremos. Niza es una lindísima ciudad, y el aire es tan puro y tan bueno para los nervios, que vienen los enfermos de muy lejos á respirarlo, sin hacer mas remedios. Las montañas que rodean á Niza producen muchas plantas y simples. Ayer *herborizamos* todo el dia, y hoy una parte de él. Adela ha dibujado y pintado muchas plantas, entre otras el *espárrayo salvaje*, arbusto, cuyas hojas espinosas, de un verde esmeralda, son hermosas por sus formas y por su delicadeza. Ha destinado para tí este cuadrito, que te enviaré cuando estemos en Génova.

CARTA XXXV.

El baron al caballero Aymeri.

De Niza.

Sí; amigo y señor: la confianza que me manifestais, me honra y me obliga. Vuestra franqueza no puede menos de escitar la mia, y voy

por tanto á responderos sin rodeos. El matrimonio que Mad. Olcy os propone para el caballerito Valmont es demasiado ventajoso (por lo relativo á los bienes de fortuna) para dejaros la menor duda sobre mi modo de pensar. Y así, os confesaré, que no os engañábais en vuestras conjeturas, y que es ciertísimo, que si el caballero Valmont corresponde á vuestros cuidados y á las esperanzas que da, mi mujer y yo le preferimos á otro cualquiera. Pero debo al mismo tiempo preveniros, que queremos que este proyecto (todavía muy vago) sea absolutamente ignorado de mi hija. Por tanto os pido vuestra palabra de no confiar á nadie, ni aun á Mad. Valmont, la declaracion que os hago. Conozco vuestra prudencia y discrecion, y quedo sin inquietud sobre un secreto, que creo de la mayor importancia. Bien penetrais que un proyecto semejante, por mas que nos interese, depende todo de la conducta de Valmont. Adela no tiene mas que doce años y medio: mi mujer está determinada á no casarla hasta que tenga diez y ocho: de aquí allá podremos con certidumbre juzgar del carácter y de los principios del caballerito; y si, durante este tiempo, nada hiciere que destruya la opinion que de él tenemos formada, estoy cierto de que mi mujer le dará su hija con la mayor complacencia: y digo *mi mujer*, porque ella sola ha de disponer de la suerte de Adela: es un derecho que le da

mi amor y la justicia: sus procedimientos conmigo y los cuidados y vigilias que ha empleado en sus hijos, merecen por cierto esta prueba de mi estimacion y agradecimiento. Aparte de esto, ¿puedo trabajar con mejor éxito en las felicidades de mi hija, que poniendo su suerte entre las manos de una madre tan amorosa é ilustrada? Ved, pues, ahora, amigo, si este contrato condicional puede determinaros á no admitir la proposicion de Mad. Olcy. Madamisela V*** no es, á la verdad, de nacimiento distinguido, pero es mucho mas rica que Adela podrá nunca serlo. Con que así, no os negueis hasta despues de una madura reflexion, y por Dios, que no os apresureis á responderme. Conozco, como vos mismo, todas las inquietudes que ha de causaros Valmont en los dos años que van á correr, porque son los que quizá determinarán sin mas remedio lo que hubiere de ser todo lo restante de su vida. No debeis juzgar del año próximo por la esperiencia del invierno pasado. Valmont no tenia mas que diez y ocho años. Le parecia natural estar aun en entera dependencia. Empezaba á presentarse en el mundo, y su misma falta de costumbre y timidez, le evidenciaban cada instante cuanto necesitaba de un mentor y de un guia. En fin, estaba enamorado de una mujer virtuosa y atractiva; y por tanto no es de maravillar que fuese insensible al manejo que empleó la desenvoltura para

seducirlo. Pero el invierno que viene tendrá un año mas, se habrá familiarizado con el mundo, verá á todos los jóvenes de su edad andar solos, y entregados á sí mismos y se habrá curado de su pasion á Mad. Ostalis, porque el amor acaba cuando la esperanza. Entonces, ¿á cuántos peligros no se verá espuesto? Si lo abandonais, cederá: si lo acompañais contra su gusto, no lo preservareis mejor. Es necesario que él mismo sea quien os solicite, os desee y no pueda vivir sin vuestra compañía; y esto solo puede conseguirse de una ilimitada confianza, y de la costumbre de no haberse separado jamás. Vos no habeis educado á Valmont desde su tierna infancia: desde que entró en la edad de la razon habeis estado ausente de él en varias ocasiones muchos meses: solo le habeis enseñado á pensar en circunstancias estraordinarias, y nacisteis ambos para nunca separaros. No será, pues, maravilla, (por mejor natural que tenga) que desee presto una peligrosa independencia. Lo debeis esperar: se os escapará de entre las manos; pero si su corazon es bueno, volverá á buscaros, lo reconquistareis fácilmente, y por lo menos lo preservareis de aquellos estravíos, que ni puede reparar ni espiar el arrepentimiento. Disimulémosle, pues, algunas travesuras, con tal que conserve decencia, pundonor, buenas costumbres, sensibilidad y buenos principios. Me preguntais cómo lo

preservareis de la pasion del juego. El tiene conocimientos, entendimiento é instruccion. Ya con esto por lo menos el ócio ó la pereza no le aconsejarán locuras: y no será poco; pero temed siempre el ejemplo y la ocasion. Para libertarlo de tal peligro, no me atrevo á aconsejaros el medio que emplearé con mi hijo, porque puede tener graves inconvenientes, si vuestro discípulo no tiene imperio sobre sí mismo, y si no estais seguro de que es incapaz de faltar á una resolucion juiciosa seriamente tomada. Yo, cuando Teodoro se presente en el mundo, le pediré su palabra de honor de que nunca jugará á juegos de azar, y tengo certeza de que no jugará en toda su vida. Contaria menos con su juicio si exigiera menos de él, esto es, si me ciñese á solo pedirle que nunca jugase cantidades de consideracion. Es mas fácil lograr un sacrificio entero que un medio sacrificio, porque éste, ni se aparta de la tentacion ni de los peligros de las ocasiones: mas fácil es privarse de las cosas que agradan que usar moderadamente de ellas. Pero si no estais segurísimo de que Valmont tiene bastante vigor para cumplir una promesa semejante, no se la exijais: dejadle mas bien instruirse y corregirse por la esperiencia á costa suya, que esponerlo á faltar á su palabra Luego que yo vea vuestra respuesta, os participaré otro medio que podreis emplear sin riesgo, como un

preservativo escelente contra todos los peligros que van á rodear al caballerito Valmont. Adios, amigo y dueño mio, permitidme que vuelva á preveniros que no me respondais hasta haber maduramente reflexionado sobre la proposicion de Mad. Olcy.

CARTA XXXVI.

El conde de Roseville al baron.

Sí, baron mio: mi príncipe ha conservado su inclinacion al conde de Stralci, de quien ya os hablé, y aun me parece que se ha aumentado mucho la amistad despues de la partida del caballero Valmont. Ha estado malo el conde de Stralci, y le ha enviado una docena de recados cada dia, manifestando la mayor inquietud. Una tarde, que me hablaba de él con los mas afectuosos elogios, le dije:

—No creia que V. A. lo amase tanto.

—Es amable, me replicó: creo que me es afectísimo, y así es natural que yo le quiera.

—Y ¿qué pruebas, le pregunté, os ha dado de su afecto?

—Viene á verme á menudo, me respondió, y nunca me adula.

—¿Está V. A. bien seguro de eso?

—Estoy segurísimo, respondió.

—Tiene entendimiento, continué, sabe que lo teneis, que estais bien educado, y así, no os alabará abiertamente, pero tiene un modo de escucharos, y una cierta sonrisa de aprobacion, de que en vuestro lugar, desconfiaria yo algunas veces; y además, desconfiaria tambien de las alabanzas generales que da á todas las cualidades que prometeis.

—¿Conque será preciso, me preguntó, que un príncipe viva eternamente desconfiado?

—Conviene que tema, le respondí, ser engañado, porque toda una nacion puede ser víctima de su engaño. No debe, pues, dar su confianza y amistad sino al hombre cuyo carácter conozca perfectamente.

—Tengo buena opinion, me interrumpió, del conde de Stralci, y lo estimo; pero si tuviera yo secretos, no se los diria, y no tendria confianza en él hasta que el tiempo y las circunstancias me hubiesen hado á conocer que era verdaderamente digno de ella.

—Pues, ¿por qué, repuse, esperar del tiempo y de la casualidad lo que podeis descubrir por vos mismo seguramente?

—¡Cómo! replicó.

—Yo os suministraré los medios, continué, si lo deseais, yo os los circunstanciaré de aquí á algunos meses.

De mucho tiempo á esta parte he dado á co-

nocer al príncipe cuanto importaba que adquiriera puntual conocimiento del reino en general, de las provincias en particular, y aun de las personas de mérito que hubiere en ellas. He aconsejado al príncipe que envie al jóven Sulback á viajar secretamente por todas las provincias, con órden de trabajar unas memorias circunstanciadas sobre el estado de cada una de ellas. Dentro de ocho dias partirá Sulback, viajará con nombre supuesto, y dirá, al tiempo de despedirse públicamente del príncipe, que va á pasar seis meses á Francia. Luego que hubiere vuelto, propondré al príncipe que aconseje el mismo viaje al conde de Stralci, quien ciertamente aceptará la proposicion con mucho gusto, porque ignorará que Sulback ha viajado antes que él. Ya comprendereis que á la vuelta del conde confrontaremos sus memorias con las del baron de Sulback: hallaremos seguramente poca conformidad en las relaciones de ambos viajadores. Entonces, para conocer cual de los dos ha visto mejor, y cual ha dicho la verdad con mayor exactitud, haremos el príncipe y yo el mismo viaje, y verá por sus propios ojos á cual de estos dos hombres debe dar su estimacion y confianza.

No he ahorrado diligencia, amigo baron, para infundir á mi discípulo aversion á los impuestos: empecé por mover su sensibilidad á favor de los pobres, y despues de haberlo hecho humano y

compasivo, le comunico ahora aquellas luces, sin las cuales no pudieran contribuir á su gloria, ni á la felicidad de sus pueblos, unas virtudes tan preciosas. Las circunstancias presentes acaban de precisar al ministro á establecer un impuesto nuevo, pero que de manera alguna cae sobre el pueblo. Con todo, la palabra impuesto hizo una impresion desagradable sobre el príncipe. Me lo dijo; pero le probé fácilmente que el ministro no desmentia en esta ocasion su saber y moderacion ordinarias.

—En fin, señor, añadí, casos hay en que el príncipe mejor se ve forzado á establecer nuevos impuestos; pero entonces no puede hacer cosa mas equitativa que ponerlos sobre los ricos, porque vale mas tomar una ligera porcion de lo supérfluo de algunos particulares, que una parte de lo necesario de multitud de infelices..... Bien que algunas veces se ha visto el último partido preferido al primero.

—¡Oh cielo! esclamó el príncipe; y ¿por qué razon?

—Porque las murmuraciones de los ricos, continué, hacen ruido, y los gemidos del pobre no pueden ser escuchados.

—Y ¿cómo? preguntó mi discípulo, ¿puede un príncipe determinarse á privar á los vasallos de su subsistencia?

—La ignorancia sola, respondí, es causa de un

mal tan grande. Dícesele que el impuesto que se le propone, no solamente no quitará al labrador y al artesano lo absoluto necesario, si no que le dará mas anchuras: lo cree, y queda engañado.

—Fuera, pues, convenientísimo, me interrumpió, que un príncipe jóven supiese positivamente hasta que punto se puede cargar al pueblo, sin atropellarlo ni hacerlo miserable; y eso es lo que desde ahora mismo deseo ansiosamente aprender.

—No puedo enseñar á V. A. cosa que sea mas útil. Para adquirir estos conocimientos será menester que entreis en cuentas menudísimas; pero el motivo que os anima os las hará gustosas.

Dos dias despues de esta conversacion, estábamos una noche el príncipe y yo hablando sobre este asnnto, cuando de repente, poniendo los ojos sobre un relój de campana esclamó:

—Los once son: ahora mismo acabo de cumplir quince años: abrazadme, y acordaos de vuestra promesa.

—¿Qué quiere decir V. A. con eso? le pregunté.

—Siempre me habeis dicho, añadió, que cuando cumpliera quince años, si os hallábais contento de mi proceder, me daríais aquel libro que tanto tiempo ha deseo..... ¿No estais satisfecho de mí?

—Sí, señor: mucho.

—Pues bien: dadme á Telémaco.

—¡Telémaco, señor! ¡Lo quereis ya!... Si vuestra alteza quisiera esperar todavía un año mas, me daria un gran gusto.

—¡Un año! ¡Oh cielo!

—No se desazone V. A., le dije entonces, que mañana al despertaros tendreis á Telémaco.

En efecto, al dia siguiente estaba el príncipe despierto antes de las siete. Entré en su cuarto con Telémaco bajo el brazo, y, acercándome al príncipe, le dije:

—Tome V. A. el libro inmortal, en que encontrareis trazadas vuestras obligaciones por la mano de un hombre, que, viviendo en la córte, se atrevió á decir la verdad, y no temió desembozar los artificios mas profundos de la lisonja, y del manejo secreto: si V. A. lee esta obra atractiva y sublime, sin sentiros conmovido, y sin enterneceros á cada página, volvédmela entonces, señor, no la acabeis, porque es señal de que aun no sois digno de leerla.

—¡Ay! esclamó el príncipe: dádmela: ¿qué es lo que temeis, si para apreciarla, no se necesita mas que ser sensible?..... ¿No habia de conocer todo su mérito un corazon, que vos mismo habeis formado?....

Ya echareis de ver, amigo baron, que á estas palabras, le entregué el libro de Telémaco, que

fué recibido con un gozo igual al deseo que se habia tenido de leerlo.

Aguardo con impaciencia las noticias que me habeis prometido sobre vuestro viaje. Adios, amigo y señor: no olvideis el *Diarito de la Cornisa*, porque no tengo conocimiento de aquella parte de Italia.

CARTA XXXVII.

La baronesa á la vizcondesa.

De Hospitaleta.

Hemos partido de Niza esta mañana á las cinco, Adela, una de mis criadas y yo, en sillas de manos, y mi marido, mi hijo, Dainville y Brunel, en mulas. Brígida ha preferido ir á Génova por mar en las falúas con lo restante de mi familia. Al salir de Niza se encuentra el antiguo castillo de Montalvan, tomado por los franceses en 1744. A dos leguas de Niza, me dijo Dainville que parase la atencion en la torre de Eza, que domina al mar y tiene una situacion admirable. Dainville, Adela y Teodoro han dibujado este punto de vista. Entretanto, mi marido y yo hablábamos y leiamos alternativamente; y, al cabo de una hora, continuamos nuestro camino. Se le

llama muy propiamente *Cornisa*, porque casi siempre es una cornisa continuada, pero en algunos parajes tan estrecha, que apenas puede pasar una persona sola. Por otro lado se ven unas rocas enormísimas que forman una especie de muralla que parece que se levanta hasta los cielos. Por la otra se encuentran los pasajeros sobre el borde de un precipicio de quinientos pies, en cuyo fondo choca la mar contra las peñas, y produce un estruendo melancólico y horroroso. En todos los pasos de inminente peligro, nos hizo mi marido echar pié á tierra y nos dió el brazo para salir de ellos. Desde Monaco hasta Manton se respira ya, porque el camino es bellísimo. Manton es un pueblo agradable, situado á la orilla del mar, y en su territorio hay muchísimos limones y naranjos que embalsaman el aire. Pasado Manton, vuelve á ser penosísimo el camino; pero ya nos íbamos acostumbrando; y la vista de una prodigiosa cantidad de lindas cascadas naturales, tenian á Adela tan encantada, que casi se olvidaba de los precipicios. Llegamos á Boudeguierre, lugarcito donde se ven unas soberbias palmeras desparramadas entre ruinas de bellísimo efecto: fué necesario volvernos á detener para dibujar el punto de vista mas gracioso que hemos encontrado. En fin, á eso de las siete, como viniese ya la noche, nos vimos precisados á pasarla en Hospitaleta, que creo sea la peor posada

del mundo, y está á diez leguas de Niza. Las pobres gentes que nos han alojado, no alojan regularmente, por lo que ni encontramos cena ni cama. Se morian de hambre Adela y Teodoro. Despues de muchos trabajos, consiguió Brunel unos huevos y manteca, con lo que hizo una tortilla, que nos trajo con aire de triunfo á nuestro granero, donde estoy escribiendo desde que llegamos. El olor de la tortilla, que se sentia desde muy lejos, trasportó de gozo á Teodoro y Adela; pero al ver de cerca aquel manjar tan deseado, se entristecieron, no porque estuviese negro y quemado (el hambre no es delicada y las pasiones son ciegas), sino porque la tortilla no era mas que de media docena de huevos. Noté su inquietud; y aunque yo tenia alguna gana de comer tortilla, dije que no tenia gana de cenar. Mi marido, por un efecto de igual sentimiento, dijo lo mismo. Entonces, Adela y Teodoro se arrojaron á la tortilla y se la comieron con tal ansia, que me causó uno de los mayores placeres que he tenido en mi vida. Miraba yo á mis hijos con aire de hambrientos en aquel triste granero, alumbrado solamente con una lámpara y me decia yo: «¡Cuántas madres desventuradas en la superficie de la tierra, padecerán en este mismo instante el horroroso tormento, cuya sola imágen me horroriza!.... ¡Cuántas estarán mirando á sus hijos repartirse entre ellos una miserable

comida, que no puede bastar para su alimento!... ¡Es posible que existan tales calamidades, y que se miren con tanta indiferencia!....» Estas reflexiones llenaron mi alma de indecible amargura. Fijados mis ojos sobre Adela y Teodoro, sentia un enternecimiento y una lástima que me despedazaba el corazon. Corrian mis lágrimas y yo no lo echaba de ver. ¡Tan profundamente absorbida estaba en aquella meditacion triste! En fin, Adela volvió la cabeza á mirarme, se estremeció toda y corrió hácia mí. Siguióla Teodoro: los abracé estrechamente á ambos, y no conocí hasta aquel momento cuanto los amaba. Quise responder á sus preguntas: no pude: crecieron las lágrimas y lloraron ellos tambien. Confundido mi marido al ver tal escena, pidió su esplicacion, mas en vano. No estuve capaz de dársela hasta despues de un cuarto de hora. Duró la conversacion hasta las nueve. Luego se retiró mi marido con Teodoro y Dainville á un cuartito contiguo al nuestro. Trajeron paja y se formaron tres camas, para Adela, para Victoria y para mí. Se estendieron unas mantas sobre aquella paja. Adela se acostó alegrísimamente, y se durmió al instante con tanto gusto como pudiera en en una cama blandísima. Entretanto que ella duerme, escribo este diario. Son ya cerca de las once, y es tiempo de tomar algun descanso.

Continuacion del diario de la baronesa.

De San Mauricio.

Esta jornada ha sido fatigosísima, bien que no hayamos andado mas que cinco leguas y media: verdad es que hemos encontrado tan malos caminos, que casi los hemos hecho á pié, y siempre, como ayer, costeando la mar, ya por lo alto de un precipicio, ya por una orilla estrechísima, y andando sobre guijarros puntiagudos. Además, el país que hemos recorrido es árido y horrible. Los silleteros son los peores hombres del mundo: ni entienden el francés ni el italiano: hablan una gerigonza incomprensible: se emborrachan, juran y riñen sin cesar. Es difícil no tomar partido en sus disputas, siendo llevado por ellos, porque se les ve, sobre el mismo borde de un precipicio, temblar de cólera, agitarse, titubear y llevar la litera con una mano sola, para tener libertad de accionar y amenazar con la otra. Dichas literas no se parecen en nada á las sillas de manos comunes. Son unas especies de *sillas altas*, estrechas y poco largas. El asiento va cubierto de un tejadillo de encerado para preservar de la lluvia. Se llevan las piernas estendidas, sin libertad para doblarlas, y yo, como soy alta, llevo los pies fuera de la litera. Estamos

bastantemente bien alojados en San Mauricio, puertecillo de mar, y mañana iremos á dormir á Pietra.

Continuacion del diario.

De Albenga. Martes.

Ya por fin empieza á valer algo mi diario. Cuanto pudiera contarte de Venecia y de Roma, querida amiga mia, no te divertiria tanto, como la relacion que voy á hacerte. Nada quiero indicarte de ella, para que cuando la leas te sorprendas, como yo me sorprendí. El camino de San Mauricio á Albenga está lleno de malísimos pasos; pero presenta algunos puntos de vista admirables. A las diez de la mañana hicimos subir á nuestras literas sobre lo mas elevado de una montaña, desde donde descubriamos á Albenga, en medio de un delicioso llano; lo que es una notable singularidad, pues todos los demás pueblos están situados sobre rocas. Bajamos de la montaña y nos encontramos en un inmenso fertilísimo llano, circundado de rocas y montañas majestuosas, cubiertas algunas de nieve. La aridez de las rocas y el respetable aspecto de las montañas, forman admirable contraste con la hermosura risueña de la fertilidad del llano: están los prados esmaltados de flores: todos los

campos rodeados de viñas y de una infinidad de árboles, con las ramas desgajadas por el peso de las frutas. Todos los objetos que se encuentran son agradables. Figúrate, amiga mia, el gozo de Teodoro y Adela al ver unas imágenes tan magníficas y nuevas para ellos. Nos pidieron licencia para correr en el llano; y apenas la obtuvieron, cuando ya estaban á doscientos pasos de nosotros. Detúvose Teodoro á coger unas flores; y continuando su hermana en correr, se entró por una senda, y la perdí de vista: llaméla dos ó tres veces; pero no me respondió: envié á Dainville en su busca, y un momento despues volvió sin ella, diciéndome, que la habia encontrado, que volveria luego; y añadió sonriéndose, que no saldriamos de Albenga sin escribir en nuestro diario alguna señalada aventura. Pero ¿dónde está mi hija? le repliqué: á dos pasos de aquí, me dijo, con una hermosa dama..... En este instante vino Adela corriendo hácia nosotros, con tan desmedida alegría, que casi no podia articular una palabra. Cuando ya pudo hablar, nos sentamos sobre la yerba, y contó Adela, que, apenas nos habia perdido de vista, divisó á lo lejos en un bosquecillo, á la izquierda del camino por donde iba, una mujer sola recostada sobre una piedra: que la curiosidad la aproximó, y vió distintamente á una mujer hermosa, que leía con la mayor atencion: estaba vestida de blanco: ma-

Adela la hizo una cortesía, y se quedó para da sin atreverse á dar un paso mas

nifestaba mucha tristeza; pero su fisonomía era agradable y majestuosa. Como á diez pasos de ella estaba sentada otra mujer moza, que parecia su criada. Al ruido que hizo Adela, levantó los ojos la dama, y quedó sorprendida de verla. Adela la hizo una cortesía, y se quedó parada sin atreverse á dar un paso mas. La desconocida la miró atentamente, y se sonrió. Entonces, animada Adela, se acercó á la dama, quien en italiano la dijo, que era preciosa, añadiendo: *que quizá no la entenderia*. Respondióla Adela en italiano, y se sorprendió nuevamente la desconocida, quien hizo á Adela varias preguntas, y la abrazó amorosamente muchas veces. Levantóse despues, llamó á su criada y se fué. Díjonos tambien Adela, que la desconocida era muy jóven, y en estremo hermosa. Despues de esta narracion, me suplicó Adela, que fuésemos á dormir á Albenga, en lugar de ir á Pietra, como lo habiamos proyectado, en lo que consintió mi marido. Estamos alojados en una bonita casa: nos hemos informado de nuestra desconocida, y por el retrato que Adela nos ha hecho, aseguran, que no puede ser otra sino la duquesa de C.*** una señora tan distinguida por sus virtudes y desgracias, como por su nacimiento y hermosura: hace cuatro años que está en Albenga, retirada en una casa que ha labrado en lo mas solitario del llano: vive en el mayor retiro, y añaden, que su

beneficencia y piedad la han hecho objeto de la admiracion de todo el país. En cuanto á su historia, la sé; pero muy confusamente, porque las noticias que he podido recoger son tan estraordinarias, y poco verosímiles, que no pudieran escribirse. Adela desea, aun mas que nosotros, saber la historia de la duquesa de C.*** Y no sabiendo como empeñar á esta señora á que nos reciba, hemos seguido el parecer de mi marido, de que Adela la escribiese: esperamos algo del gracioso estilo con que Adela la ha escrito. Hace mas de una hora que hemos enviado el papel, y aguardamos la respuesta.

Buenas nuevas y gran gozo. Acaba de llegar en este instante la respuesta de la duquesa de C*** consintiendo en recibirnos, y convidándonos á cenar: nos advierte que suele cenar á las ocho: son cerca de la seis, y vamos ahora mismo.

Llegamos á casa de la duquesa de C.*** á las seis y cuarto: su casa está adornada sencilla y noblemente: despues de haber atravesado dos antecámaras y un corredor largo, entramos á un gabinete. Adela luego que vió á la duquesa, me dejó y corrió hácia ella: abrazóla dos ó tres veces la duquesa: se levantó y nos recibió con la mayor atencion y gracia. Nos sentamos, y mien-

tras mi marido hablaba de nuestro viaje, y respondia á las preguntas de la duquesa, la examinaba yo con tanto gusto como admiracion: su edad, es de treinta y ocho á cuarenta años; pero es muy bien parecida: tiene los ojos negros y rasgados, y se parecerian mucho á los tuyos, si el modo de mirar fuese menos dormido: su talle es muy proporcionado: nada tiene de la viveza italiana: todos sus movimientos son lentos: habla con dulzura y se esplica con alguna dificultad. A poco tiempo de tratarla, se la reconoce una suma distraccion, y se la nota que cae como de repente en una meditacion melancólica, y que, cuando vuelve de ella, mira con estúpida admiracion cuanto la rodea. Mientras cenábamos, me hizo varias preguntas sobre mi hija, diciéndome, que tenia otra en Roma, que era todo su consuelo. Acabada la cena, reparé que la casa estaba mas iluminada que alumbrada, pues todos los cuartos tenian candeleros, arañas y faroles. ¡Ah, señora! me dijo la duquesa, ¡si supiera vd. cuanto debo apreciar la claridad, y cuanto debo aborrecer las tinieblas!.... Pronunciando estas palabras se la arrasaron de lágrimas los ojos, y quedó abismada en una melancolía profunda. Nos despedimos de ella á las nueve, y al dejarla, me dijo, que sentia infinito fuese mi marcha al dia siguiente: la respondí, que, si queria volverme á recibir, me detendria:—Albenga,

replicó entonces abrazándome, atrae á pocos viajeros; y, ya que he tenido esta fortuna, ruego á vd venga á comer mañana conmigo.—Discurre, amiga, si aceptaria gustosamente el convite, y si seré puntual en ir á él. ¡Ojalá que pueda obtener algunas noticias sobre su historia!.... Lo cierto es, que no saldré de Albenga sin haber hecho para conseguirlas todas las tentativas imaginables.

CONTINUACION DEL DIARIO DE LA BARONESA.

Albenga, miércoles en la noche.

¡Ya finalmente poseo aquella historia tan deseada, lastimosa y estraordinaria!..... Se me ha confiado un manuscrito precioso de la propia mano de la duquesa, por solo veinte y cuatro horas, y con permiso de traducirle para llevarme una copia.... Le he leido, y no me apartaré sin pesar de la heroina de semejante historia: de una mujer tan virtuosa y atractiva, cuanto desgraciada..... ¡Qué destino el suyo!..... Pero anudemos el hilo de mi narracion Entretanto que mi marido y Dainville están encerrados traduciendo en francés la historia de la duquesa de C.*** voy á noticiarte el dia que nos ha proporcionado este presente inestimable. Llegamos hoy por la mañana á las once en casa de la duquesa: nos pro-

puso dar un paseo antes de comer, y nos llevó á un terradillo, desde donde se descubre un punto de vista tan delicioso, que á mis hijos y á Dainville les vino gana de dibujarlo. Hicieron un bosquejo de él; y como la duquesa desease ver alguna obrita de Adela, envió esta á buscar su cartera. Se maravilló la duquesa de que una criatura de doce años y medio supiese muchas lenguas, y dibujase tan bien al natural. Añadí, que tambien cantaba y tocaba el harpa; con que fué menester enviar por ella. Adela tenia muchas ganas de agradar: lo logró, y quedó la duquesa realmente prendada de su habilidad. Despues de comer, me convidó á otro nuevo paseo, esto es, á salir á corta distancia de su casa, porque ni puede andar mucho, ni aprisa. Nos sentamos las dos solas sobre un banco de céspedes, y volvió á hablarme de Adela.

—Me parece muy afectuosa, me dijo.

—Sí, señora, la respondí; lo es en estremo.

—¡Ay, señora! esclamó la duquesa: ¡poned todo vuestro cuidado en preservar su pecho de las funestas impresiones del amor! ¡Jamás conozca esa pasion fatal, que puede producir tantas desgracias y delitos!.....

Pronunció estas palabras en un tono que me estremeció. Conocíolo así, y, tomándome cariñosamente la mano, me dijo:

—Si por ventura os han contado mi historia...

—¡Ay! interrumpí ligeramente: ¡cuánta complaciencia tuviera yo en saberla de vuestra misma boca!

—¡De mi boca! esclamó la dama: ¡es tan terrible que no podria tener valor para contarla; pero lo he tenido para escribirla!.... He querido dejar á mis nietas, que todavía son tiernecitas, una narracion que pueda serles útil algun dia, y unas lecciones tremendas, que las enseñarán dos verdades importantes: la primera: que las pasiones pueden precipitarnos al mas hondo abismo de las miserias humanas: la segunda: que no hay males que no haga tolerables la religion.

—¡Oh cielos! interrumpí: ¡ha de existir un manuscrito tan precioso, y nunca lo ha de leer Adela!

—A una madre como vos, continuó la duquesa, no pudiera yo rehusárselo. Permaneced aquí dos dias mas, y os lo confiaré....

A estas palabras, sentí en mí tan fuerte impulso de agradecimiento y de alegría, que me fué imposible demostrarlo de otra manera que abrazando á la duquesa con tal enagenamiento, que por él debió conocer cuanto estimaba yo semejante fineza.

—No es, replicó ella, una señal de confianza la que os doy, sino una prueba de amistad. De nadie es ignorada mi historia; en Roma podrán contaros todas sus particularidades; pero yo sola

puedo instruiros de mis sentimientos y reflexiones, que creo no serán para vos las noticias menos apreciables.

Despues de esta conversacion, nos volvimos á casa. Llevóme la duquesa á su gabinete; abrió un armarito; y sacando dos cuadernos abultados, de bellísima letra, me dijo:

—Tomad, señora: llevaos este manuscrito, y, si lo juzgareis digno, hacedlo copiar, y presentadlo de parte mia á la preciosa Adela: estoy segura de que no lo leerá sin derramar algunas lágrimas. ¡Ojalá que dé á su juventud una leccion útil; y que fortifique mas, si fuere posible, todos los principios que ha adquirido de vos!

En fin, á las cinco de la tarde me separé de la duquesa, para leer el tesoro que me ha confiado. No te hablaré de la impresion que hizo en mí su lectura: tú misma la juzgarás. Desde que empecé á escribirte esta, mi marido y Dainville han traducido ya mas de la mitad de la historia de la duquesa; mañana la finalizarán; y entonces Brunel hará dos copias, una para Adela, y otra para tí; y te enviaré la tuya con mi diario de la Cornisa, luego que hubiere llegado á Génova.

Albenga, jueves.

Ayer cenamos en casa de la duquesa. ¡Con qué enternecimiento tan íntimo no volvimos á

ver aquel sugeto tan apreciable! Nos habia suplicado, que no la hablásemos de sus aventuras, porque no puede soportar conversacion semejante; pero Adela, al abrazarla, rompió en llanto, y toda la noche tuvo que hacer el gasto de la conversacion la duquesa sola, porque nosotros no podiamos mas que mirarla y pensar en sus desgracias. Nos ha hecho hoy dar la palabra de que mañana pasariamos el dia cen ella; de modo que no partiremos de aquí hasta el sábado despues de comer. La he devuelto su manuscrito; y ahora mismo me trae Brunel la copia que te destino, y que coloco en seguida de este cuaderno de mi diario.

HISTORIA DE LA DUQUESA DE C.*** ESCRITA POR ELLA MISMA (1).

¡Cómo podré acordarme por menor de las desgracias, cuya memoria ha escitado en mí, por largo tiempo, tan terribles revoluciones!.... ¡Cómo tendré constancia para escribir historia tan deplorable!.... ¡Oh, hija mia! tú la leerás, y hallarás

(1) Lo sustancial de esta historia es verdadero, los nueve años de la prision en un subterráneo; la suposicion de la muerte de la duquesa; el modo con que se alimentó y vivió; su libertad, y todas las circunstancias, son igualmente ciertas: no hay en esta historia otra cosa de invencion, que las personas.

en ella lecciones útiles y admirables: esta idea puede sola animarme.

¡Y tú, á quien un lazo funesto, aunque sagrado, hizo árbitro de mi suerte: tú, cuyas cenizas voy á remover pintando tus furores y delitos, perdona!.... Tus crueldades, y mis desgracias, son bien conocidas: si se ignorasen, respetaria tu memoria, imponiéndome un eterno silencio... Pero ya que este escrito lo renueva todo, tampoco disimularé las imprudencias y desbarros, que me precipitaron en un abismo de males.

Nací en Roma, heredera única de grandes bienes, y de una de las casas mas ilustres de Italia: me educaron con el mayor cuidado: tuve una buena madre: fuí amada con estremo de mi padre, y de toda la familia. Parece que la naturaleza y la fortuna se esmeraron en favorecerme... Cumplí los quince años sin haber, hasta aquella época, tenido pesares, ni enfermedades, y sin haber derramado otras lágrimas, que las que suele producir la ternura ó alegría: me complacia acordándome de lo pasado, gozaba con entera alegría de lo presente, y no veia otra cosa que felicidades para lo futuro.

Tuve por compañera de mi infancia á una niña, hija de una amiga de mi madre, á quien amé mucho por su honradez y sensibilidad: como carecia de esperiencia, no podia aconsejarme, ni guiarme; sin embargo, tenia en ella una con-

fianza total. Yo amaba y respetaba á mi madre; pero no la miraba como á amiga, porque habia permitido que otra lo fuese, contribuyendo á formar una peligrosa union. Su imprudencia me costó bien cara, pues fué la causa principal de todos mis infortunios. Casóse mi amiga con el marqués de Venuci, y, dos dias despues de casada, se fué á divertir al campo. Mi madre la acompañó en este viaje, y me llevó consigo. La marquesa de Venuci tenia tres años mas que yo, esto es, diez y nueve: aparentaba ser tan juiciosa y racional, que mi madre me dió entera libertad para estar con ella á solas cuando quisiese, y á cualquier hora. Una noche me pidió la marquesa, despues de cenar, que la acompañase á tomar el fresco al campo. Salimos solas, y nos entramos en una alameda, donde vimos á un jóven sentado en un poyo: levantóse cuando pasamos por delante, y manifestó una cierta conmocion, que nos puso en cuidado. Dejaba ver su cara la luna; y, como estábamos tan cerca de él, pudimos notar la gallardía de su figura, y el aire noble de toda su persona. Despues de unos instantes de silencio, le preguntó la marquesa quién era: él respondió con respeto y urbanidad; pero rehusó decir su nombre, y se alejó al momento. Maravilladas de esta aventura, nos volvimos, y se la contamos al marqués de Venuci: sonrióse dándonos á entender, que conocia á aquel jóven;

y, viendo que yo manifestaba deseo de saber mas, me dijo: que aquel jóven era soltero, de nacimiento distinguido, y que habia mucho tiempo que deseaba con ansia verme; y que, si él lo permitiese, me diria al dia siguiente su nombre. Por la mañana, en efecto, renové mis preguntas, y solo conseguí respuestas vagas. A la noche, acostada ya mi madre, bajé á ver á mi amiga, y me encerré con ella en su gabinete: empezábamos á hablar de la aventura pasada, cuando abrieron repentinamente la puerta, y vimos entrar al marqués de Venuci, con una linterna sorda en una mano, y guiando con la otra á aquel mismo jóven, que yo deseaba conocer: quedé inmóvil; y acercándose á mí el marqués:

—Presento á vd., dijo, mi prisionero, á quien ya me veo imposibilitado de dar libertad, pues ha cometido la imprudencia de ver á vd. segunda vez.

Llenáronme de rubor estas palabras, y quedé como embriagada, sin saber que hacerme. Conocí, aunque tan jóven, las consecuencias de aquel lance: estuve ya por salir para ir á buscar á mi madre, y confesárselo todo; pero me detuvo la curiosidad, y olvidé la obligacion. Formalizóse el marqués, y nos dijo con seriedad, que iba á confiarnos un secreto importante. Conozco añadió, la discrecion de una y otra, y estoy asegurado de que vds. dos justificarán mi creencia.

Hecho este preámbulo, tomó el jóven la palabra, y nos participó, que se llamaba el conde de Belmire: que su padre, el conde de Belmire, era hermano del duque de C.*** uno de los mas grandes señores de Nápoles: que este último, el mayor de su casa, enemistado con su padre, encontró medio para desacreditarle en la córte, y le persiguió con tanta crueldad, que le forzó á espatriarse, y establecerse en Francia, en donde el conde de Belmire, al cabo de cuatro años, tuvo un lance desgraciado, que le obligó á buscar otro asilo: que el marqués de Venuci, su íntimo amigo, que se hallaba entonces en Francia, y pronto á pasar á Italia, le determinó á que volviese á las cercanías de Roma, ofreciéndole seguridad en su casa de campo, á donde efectivamente se acogieron: que, habia tres meses que él estaba oculto en aquella misma casa que habitábamos: que habiendo oido hablar de mí, no pudo superar el deseo de verme: que, despues de haberlo conseguido de noche á la claridad de la luna, habia rogado al marqués de Venuci, que le proporcionase la ocasion que lograba; y que, finalmente, marchaba por la mañana con su padre á Venecia.

Oida esta narracion, me levanté, y, á pesar de las instancias del marqués, me retiré. Subí á mi cuarto acongojada y triste: no me atrevía á poner la consideracion en lo que acababa de pa-

sarme: temia preguntar al corazon, y examinar mi conducta: no podia comprender como habia sido capaz de escuchar, sin noticia de mi madre, y en medio de la noche, á un jóven desconocido, que se habia atrevido á declararme su pasion: empecé á sospechar de la relacion del marqués de Venuci, y aun de su mujer: temblada de mi peligrosa situacion. Un melancólico presentimiento me advertia, de que iba á perder sin remedio la reputacion, descanso y felicidad, que hasta entonces habia disfrutado. La marquesa de Venuci volvió, no obstante, á tomar sobre mí el ascendiente antiguo: me hablaba siempre del conde de Belmire, y estas conversaciones peligrosas debilitaron mi razon, sin poder disipar mi tristeza.

Estuvimos tres meses en el campo, y, al cabo de este tiempo, volvimos á Roma. A fines del invierno hubo muchas fiestas públicas. El marqués de Venuci dió un baile de máscara, y me hallé en él con mi madre. A eso de las dos de la madrugada me instó la marquesa para que fuésemos á su cuarto á mudar de vestido: salimos de la sala, y, al atravesar una galería oscura, reparé que una máscara nos seguia. ¡Cuánta fué mi admiracion, cuando, al acercarse la máscara, conocí que era el conde de Belmire! Aunque fué mucha mi sorpresa, y grande la interior alegría de verle, mi primer movimiento fué el de huir;

pero me agarró de la ropa, suplicándome que le oyese un momento: empeñó á la marquesa en ello: rogaron ambos, y tuve la debilidad de consentir. Me dijo el conde, que el lance de su padre se habia compuesto felizmente: que habia seis semanas que estaba en Nápoles: que habia vuelto á ver al duque de C.*** su hermano, con quien se habia reconciliado.

—Mi padre, continuó, sale de aquí á un mes para Francia: le llaman allí algunos intereses considerables; pero está absolutamente determinado á volver á su patria; y yo, antes de seguirle en este último viaje, he querido averiguar cuál sea mi suerte: me he escapado de Nápoles únicamente para saber, si pueden trastornarse los proyectos, que me he atrevido á formar... Hable usted, señora: si soy aborrecido, la libertaré á vd. de un objeto odioso: si vd. me desprecia, se acabó todo para mí, y huiré para siempre de Italia: suplico á vd. que hable, pues su respuesta me fijará en mi patria, ó me desterrará de ella.

Pronunciando el conde estas últimas palabras, no pude contener mis lágrimas: fué muy bien entendida esta respuesta: no solicitó otras el conde, y me repitió mil veces el juramento de amarme eternamente. Seguro de ser amado, y de volver á Roma dentro de seis meses, y con mérito para pretender mi mano, aunque su renta

no era tan considerable como la mia, nos despedimos por entonces. Dos dias despues de esta declaracion, que me quitó para siempre el reposo, vino á Roma el duque de C.***, y le ví en casa del embajador de Francia. Cuando me le nombraron, sentí en mí un trastorno estraordinario; pero pudo provenir de lo mal que habia oido hablar de él al marqués de Venuci, quien me pintó al duque con los mas feos colores, tachándole particularmente de vengativo y disimulado. El duque de C.*** tenia entonces treinta y seis años, y una bellísima figura: notábasele, no obstante, en los ojos, un no sé qué de ferocidad y desconfianza, que daba en cara á la primera vista, mucho mas que la nobleza y buen aire de su persona: era su modo de mirar duro y amenazador; y cuando intentaba mirar con halago, se le traslucia lo falso: sus modales eran casi siempre desdeñosos; y aunque no le faltaba atencion y urbanidad en ciertos casos, su tono era siempre repugnante, é imperioso. Ensoberbecido con su nacimiento, empleos, fortuna, favor en la córte, y general aceptacion de las damas, juzgaba, que nada debia resistirse á su voluntad y á sus deseos: era violento y corrompido por el orgullo y la prosperidad, y así no sabia vencer sus pasiones, ni superar sus resentimientos: era implacable por flaqueza y por vanidad, y así se vanagloriaba de no perdonar nunca: aborrecia con furia,

y lo sacrificaba todo al horroroso placer de vengarse. Tal era el duque de C.***, que miré con invencible antipatía desde la primera vez que se me presentó. No así él, pues desde luego me miró con amor: hizo que le presentasen en casa de mi madre, y, á los quince dias de la primera visita, me declaró mi padre que el duque le habia pedido mi mano, y que, en este supuesto, me dispusiese para la efectuacion del matrimonio de allí á un mes; añadiendo: He dado mi palabra, sin pedir tu consentimiento, porque no he dudado que aceptarias con gusto el mayor casamiento de Italia, y á un hombre de tan recomendable persona, que te adora. Recibí esta noticia (que me pareció una sentencia de muerte) sin poder proferir ni una palabra: mi padre me amaba, pero era padre absoluto; y ¿qué pudiera yo decirle? ¿Debí, acaso, recurrir á mi madre? ¿Con qué cara habia de confesarla mis faltas? ¿Cómo habia de atreverme á declararla, que habia dispuesto de mi voluntad sin su consentimiento?.... Entonces fué cuando conocí toda la estension de mi mala conducta anterior, y ví que la mayor desgracia de una hija, es no haber mirado siempre á su madre como á su mejor confidenta, y mas verdadera amiga. No pudiendo, pues, quejarme, ni hablar; y retirando á lo mas interior del alma mis pesares, empecé á separarme de la marquesa de Venuci, cuyos peligrosos consejos

temia: creí que únicamente la obediencia podia espiar mi culpa; y me sometí enteramente á sacrificar mi felicidad al respeto que debia á la voluntad de mis padres. Casé con el duque de C.***, y casi al mismo tiempo salí con él para Nápoles. Llegamos, y al entrar en el palacio, donde habia de pasar la vida separada de mi madre y amigos, se llenó mi corazon de amargura y despecho. Atribuyendo el duque mi profunda tristeza al natural sentimiento de la separacion de mis padres, no perdonaba cosa alguna para distraerme, pretestando cariños, de que su corazon no era capaz. Me presenté en la córte, y conocí al instante que era celosísimo, lo que no me dió gran cuidado, y por lo que hubiera preferido el total retiro del trato del mundo; pero la vanidad del duque queria que frecuentase la córte, á pesar de sus celos. Siete meses llevaba de casada, cuando supe que habia muerto en Francia el conde de Belmire, nombrando en su testamento al duque de C.*** por tutor de su hijo, de edad de diez y ocho años, y que éste último, viniendo á Italia, habia caido enfermo en Turin. Quince dias despues, entrando el duque en mi cuarto, me dijo, que acababa de recibir noticias de su sobrino, y que estaba ya restablecido: que no queria venir á Nápoles, y que me escribia, rogándome que intercediese con él, para que le concediese el permiso de viajar dos años: ve aquí su carta.

Entonces, me dió el duque una carta sin oblea: la tomé temblando, y leí en alto lo que sigue:

Señora:

«Aunque no he logrado la honra de que us-»ted me conozca personalmente, creo que soy »suficientemente desgraciado para poder exigir »de vd. alguna compasion. He perdido un padre »que me amaba, y me ha llevado el dolor hasta »las puertas de la muerte: tengo por inhumanos »los socorros, y por crueles los amigos, que han »contribuido á que recuperase la salud: he per-»dido lo que mas amaba: mi corazon está lleno »de amargura, y así, señora, ruego á vd. me »perdone el que la hable de una pena, que á us-»ted la es estraña. La última voluntad de mi di-»funto padre ha sido, que quede dependiente de »mi tio; pero no puedo obedecer la órden de vol-»ver á Nápoles..... Mi padre nació en esa ciudad, »y vivió en ella veinte años..... No habrá cosa »que no me presente imágenes tristísimas... No, «no puedo ir..... Estoy cierto, señora, que us-»tud aprobará mi sensibilidad, aunque parezca »escesiva, y que se empeñará con mi tio, para »que revoque una órden, que me es imposible »obedecer. Obténgame vd., señora, el permiso de »viajar..... de huir.... de alejarme de Nápoles... »y en fin, de llevar lejos de Italia unos sentimien-

»tos que conservaré hasta morir. Quedo con el »mayor respeto. etc.

»EL CONDE DE BELMIRE.»

No puedo dar una idea de la horrible turbacion y espanto, que me sobrecogió leyendo tal carta: parecíame imposible no haberse penetrado su doble sentido. Era el duque un hombre desconfiadísimo y suspicaz; pero como ignoraba que su sobrino hubiese estado en Roma, no tuvo la sospecha mas ligera de la verdad. No pudiendo contener en el fondo de mi corazon los pesares que le despedazaban, escribí al dia siguiente una carta á la marquesa de Venuci, en la que tuve atrevimiento de quejarme de mi suerte, y de llorar la funesta pasion, qne no podia vencer. Me preguntó la marquesa en su contestacion sobre la conducta del duque: la respondí con franqueza, y no la oculté que iba descubriendo cada dia nuevos defectos, nuevos vicios, y una ferocidad de genio, que justificaba demasiadamente la antipatía con que desde el principio le miré. Así iba amontonando imprudencias y resbalando hácia el abismo, cuya orilla pisaba ya... En este tiempo tuve el gusto de volver á ver á mis padres, que vinieron á Nápoles para encontrarse en mi parto. Dí á luz una niña, y alcancé el permiso de criarla. Esta dulcísima ocupacion sus-

pendió mis penas todo el tiempo que duró, y me hizo insensible á los malos tratamientos del duque, quien, habiéndose cansado de violentarse, manifestó toda la fortaleza y desigualdad de su genio. La mañana misma del dia en que desteté á mi hija, entró en mi cuarto el duque, diciéndome, que era menester salir al instante para i á ver unas haciendas, que tenia á doce leguas de Nápoles: tomé en brazos á mi hija, y, sin proferir una sola palabra, me levanté, y le seguí: tomamos el coche, senté á mi hija sobre mis rodillas, y fuí todo el camino entreteniéndome con ella de tanto en tanto: el duque guardó silencio todo el camino, sumergido como en un letargo. Llegamos al palacio, pasamos un puente levadizo, cuyas cadenas me horrorizaron con su ruido, y en aquel mismo instante miré al duque.

—¿Qué tienes? me preguntó: ¿te sorprende la antiguedad de este palacio? ¿O crees que entras en alguna prision?

Pronunció estas palabras entre una sonrisa orzada, y noté en sus ojos una alegría cruel, que me llenó de sobresalto..... Queriendo ocultar mi turbacion, incliné la cabeza sobre la de mi hija, sin poder contener el llanto: mi hija, que sintió correr mis lágrimas por su cara, echó tambien á llorar, y sus gritos me penetraron hasta el alma: la apreté contra mi pecho, enagenada por un movimiento de ternura inesplicable,

y se aumentaron mis sollozos. En tal estado bajé del coche, y arrancando el duque, así puedo decirlo, á mi hija de mis brazos, se la entregó á un criado; y, tomándome una mano, me llevó, ó por mejor decir, me arrastró hácia el palacio. Subimos una escalera, en lo alto de la cual hallamos una larga galería. Empezaba á declinar el dia: la galería, que íbamos atravesando, era muy larga y sombría: el duque andaba aceleradamente, cuando, deteniéndose de pronto:

—¿Tiemblas? me dijo, ¿de qué proviene ese espanto? ¿No estás con un esposo que amas, y que debe amarte?...

—¡Oh cielo! esclamé, ¿qué significa ese semblante enojado, y ese terrible sonido de voz?..

—Ven, ven, me respondió, que ahora trataremos de eso.

Entonces, llevándome casi en sus brazos, porque no podia seguirle, me sacó fuera de la galería, y me condujo á una sala: arrojéme sobre una silla, y dí libre curso á mis lágrimas. Salió, y volvió á entrar al instante, trayendo una luz, que puso sobre una mesa enfrente de mí, y junto á la cual se sentó. No me atrevia á mirarle, respiraba con dificultad, estaba oprimida de terror, y con los ojos bajos: aguardaba temblando que rompiese el silencio..... Todas mi faltas se me presentaban juntas á la memoria, y temia que se hubiese penetrado el fatal secreto de mi corazon:

este corazon, ocupado por una pasion delincuente, palpitaba de horror, y se estremecia delante de un juez irritado.... ¡Cuánto valor me hubiera dado la inocencia!.... Pero sabia mi culpa, y no tenia constancia para tolerar los horribles presentimientos, causados por mi conciencia. En fin, rompió el duque el silencio, diciendo:

—Bastante es la turbacion de tu conciencia; pero ya es tiempo de que llegue al colmo la secreta confusion que te oprime... Lee esas cartas, que yo mismo he copiado.... dijo, dándome un paquete de cartas.

Viendo que vacilaba en tomarlas, desdobló una, y la leyó en alto. A las primeras palabras reconocí que era una de las que yo habia escrito á la marquesa de Venuci, y en la cual la hablaba sin disfraz del sentimiento que agitaba mi alma, y de la aversion con que miraba al duque.

—¡Perdida soy! esclamé.

—¡Pérfida, replicó el duque, con que no he podido hacerte dichosa!... ¡Yo te escogí, preferí, y adoré, y me aborreces, te juzgas infeliz;... y te inspiro *una insuperable aversion*!... ¡Yo justificaré tu aborrecimiento... tú tendrás en adelante derecho y motivos de aborrecerme!... ¿Crees que puedo sufrir tantos ultrajes, vendido y deshonrado por tí?.....

—Detente, interrumpí, acúsame y castígame sin calumniarme. Soy en efecto culpada; pero,

ya que no he podido triunfar de una desgraciada pasion, están á lo menos sin tacha tu honor y el mio, y solo tengo que reprenderme las imprudentes confianzas que me arrancó la amistad.

—Perjura, respondió enfurecido el duque, tomando una de las cartas, oye tu condenacion; y entonces leyó lo que sigue:

«¡Tan digno de lástima, como yo misma, es »aquel objeto, que no puedo apartar de mi cora»zon! ¿Acaso no sabe hasta que esceso es ama»do?... ¿No sabe tampoco cuan mal hice en con»fesar, lo que hoy me constituye tan culpable y »desventurada?...»

Demasiado me acordé de haber escrito estaespresiones en una de mis cartas; pero tambien me acordaré de que en ninguna de ellas habia nombrado al conde de Belmire, ni aun habia hablado de él, sino de un modo tan vago, que era imposible averiguarse en qué tiempo, ó época, nació mi pasion; pero el duque, violentamente celoso, no dudaba que fuese el objeto de mi amor uno de dos caballeros napolitanos, que habian hecho pública la inclinacion con que me miraban. Esta suposicion me constituyó realmente delins cuente á sus ojos; pues de las espresiones que acababa de leerme, se deducia, que yo habia confesado mi afecto, despues de casada. Para justificarme, era preciso declararle, que cuando

le dí la mano, no era ya dueña de mi corazon. Conocia cuanto despreciaba á las mujeres, y cuan capaz era de concebir las mas atroces sospechas, y este conocimiento, junto con el interés de mi hija, me cerraron la boca. No salimos de Roma hasta seis semanas despues de efectuado el matrimonio; y si le hubiera dicho, que amaba antes de conocerle, no se hubiera detenido en mostrar claras desconfianzas sobre el nacimiento de su hija..... Además, confesion semejante habria, quizá, sido causa de penetrar la verdad. Tambien hubiera podido traerle á la memoria muchas circunstancias capaces de instruirle, como la carta que habia recibido de su sobrino, mi turbacion al leerla, mi color encendido cada vez que pronunciaba su nombre, y la alianza del marqués de Venuci con el padre del conde de Belmire, y en una palabra, pudiera haberse desimpresionado de la feliz preocupacion sobre uno de los dos caballeros de Nápoles; y en fin, arriesgaba un secreto, que era imposible revelar, sin esponer lo que amaba á todos los furores de su enojo, tanto mas implacable cuanto el conde de Belmire dependia enteramente de él. Agolpáronse en mi imaginacion todas estas reflexiones, y me dejaron en la mas cruel vacilacion: no me atrevia á responder, porque no podia justificarme. Tomó el duque mi silencio por una tácita confesion, que confirmaba su deshonor y mi verguenza, y

se abandonó á su genio colérico: levantóse, y acercándose á mí con rostro furioso:

—¿Conque, me dijo, nada tienes que alegar en tu defensa?....

—¡Ah! le respondí: ¿te hallas en situacion de oirme?.... Estoy inocente, y pongo al cielo por testigo.....

—¡Tú inocente! replicó: ¿te atreves á pronunciarlo?... ¿No has escrito tú misma, que tu amante *sabe hasta que punto es amado*?.....

—Pues, á pesar de eso, respondí, vertiendo un diluvio de lágrimas, estoy inocente: sí: lo estoy...

—¡Oh, mónstruo de impostura! esclamó, ¡tiembla de la venganza que tomaré luego contigo!...

Al oir estas palabras, proferidas con un tono de voz amenazador y temible, me pareció que escuchaba la sentencia irrevocable de mi muerte. Púseme de rodillas, y levantando las manos al cielo:

—¡Oh, Dios mio! esclamé, ¡único socorro de los atribulados, protegedme!

—Levántate, me dijo el duque mas sosegado, siéntate y escúchame.

Obedecíle, mirándole con timidez y humillacion. Estuvo sin hablar algunos instantes, y despues, exhalando un suspiro:

—¡Debes comprender, dijo, cuan ofendido estoy!.... Tú, que me acusabas de feroz y vengativo; tú, ingrata, á quien hasta ahora he dado

tantas pruebas de amor, tienes motivos para temer los efectos de un resentimiento tan fundado... No obstante.... aun puedo perdonarte..... con tal que tu sinceridad desarme mi cólera: mira lo que haces, porque el menor disimulo producirá tu entera ruina.... Puedo contentarme con una víctima..... pero necesito una..... Nómbrame, sin dudar, al vil seductor, que te ha hecho cometer una traicion, y olvidar los juramentos y sagradas obligaciones.....

—No, interrumpí, no: ni he violado juramentos, ni olvidado obligaciones.....

—Quiero, replicó el duque levantando la voz, saber el nombre de tu amante: te mando que me lo digas.

En aquel instante presentí cuan horrorosa seria mi futura suerte; pero se aumentó mi valor con el peligro; y, prefiriendo la muerte á la declaracion que me pedia:

—Si necesitas una víctima, le respondí, sacrifica la que tienes á tu arbitrio: satisface en mí tu sed de venganza, porque el nombre que solicitas jamás lo sabrás.

Admirado y confundido de mi osada firmeza, quedó por un rato inmóvil: no encontraba frase que pudiera espresar su rabiosa indignacion; pero, al fin, rompiendo impetuosamente:

—¡Desdichada! me dijo: ¡con que no he de saberlo!.... ¡Ya veo que no penetras el peligro á

que te espones!..... ¡Ya veo que no me conoces!

—Todo lo aguardo, añadí, y no me falta valor para arrostrar la muerte.

—¡La muerte!.... replicó el duque, no te lisonjees: no es la muerte lo que te preparo.... Ha un año que oculto en mi corazon odios y furores: ha un año que estoy meditando el castigo de tu infidelidad: ¡considera, pues, si querré reducirlo á un solo instante!..... No: no morirás..... Está preparado tu sepulcro; pero bajarás á él viva, y no hallarás la muerte que deseas....

Helóseme la sangre en las venas al oir tan espantoso discurso, y perdí todo el uso de mis sentidos. Cuando volví en mi acuerdo, me hallé en brazos de las criadas: pregunté con ansia por la que yo mas amaba, y la única que saqué de Roma, y me respondieron que se habia quedado en Nápoles: comprendí desde luego que eran órdenes del duque, que sin duda habia temido á un testigo vigilante é importuno; y esta circunstancia aumentó mi terror. Pasé la noche rodeada de mis criadas, incomodada con su presencia; y, temiendo quedarme sola, ni me atrevia á quejar delante de ellas, ni á despedirlas, y sufria interiormente todos los tormentos que ocasiona la esperanza inmediata de una espantosa catástrofe. A las seis de la mañana pedí que me llevasen al cuarto de mi hija, que aun dormia: luego que estuve en él dije á las criadas que se retirasen, y

me senté cerca de la cuna. La vista de mi amada hija, lejos de suavizar, agravó mis penas.

—¡Ay, hija mia! decia: ¡tú duermes tranquilamente! ¡tú disfrutas las dulzuras del reposo! ¡ni sientes, ni participas de las intensas angustias de tu desventurada madre!..... ¡Quizá te estoy mirando por la postrera vez!.... ¡Recibe mis tiernas bendiciones!..... ¡Oh, Dios mio! continué poniéndome de rodillas, ¡me resigno con mi desdichada suerte! ¡Pero sea feliz mi hija!..... ¡Viva inocente y pacífica!... ¡Y si es posible que se cometa la barbaridad de quitármela, protegedla, Dios poderoso!,....

Aquí llegaba cuando se abrió la puerta del cuarto con estrépito, y entró el duque. Me estremecí al verle: se me contuvieron las lágrimas: levantéme; y, no pudiendo tenerme en pié, caí sobre una silla.

—Vamos, dijo el duque, ¿te ha hecho mas juiciosa la reflexion? ¿Conoces ya lo mucho que arriesgas en resistirte á mi voluntad?...

Fué mi respuesta un profundo suspiro.

—¿Estás aun determinada, continuó, á callar el nombre que deseo saber?....

Levanté los ojos al cielo, y seguí callando.

—Quiero una respuesta positiva, dijo el duque: *¿me le nombras ó no?*.....

—No puedo, le respondí.

—¡Tu sentencia acabas de pronunciar, escla-

mó!..... Mira á esa niña, y despídete de ella para siempre.....

—No, le dije: no cometerás la barbaridad de separarme de ella.... ¡Ay! ¡déjame á mi hija!..... ¡Pueda yo á lo menos verla algunas veces, y sufriré conforme cuanto quiera imponerme tu odio!..... ¿Habia de ser tu corazon inaccesible á la piedad?.... De ningun modo lo creeré..... No: no me quitarás mi hija para siempre.....

En este momento despertó mi hija: abrió los ojos; y, mirando á su padre, se sonrió, y levantó hácia él sus dos manecitas juntas.

—¡Ay! dije, ¡parece que te ruega por mí! ¡Oh hija de mi alma! ¡que no supieses hablar! ¡Tú moverias á tu padre!.....

Entonces quise tomarla en mis brazos; pero estorbándomelo el duque:

—Tente, dijo, ya no es tuya....

—¡Ay de mí! esclamé: ¡quítame la vida, ó dame á mi hija!..... ¿Quiéres que me arroje á tus pies?.... Ya está hecho....

En efecto, los regué con lágrimas..... Nada costó á mi orgullo esta demostracion, porque pedia mi hija..... Parece que el bárbaro se gozaba de mi abatimiento: me estuvo contemplando en esta situacion, y despues me rechazó con furor, dando algunos pasos hácia la puerta. Yo anduve hácia él de rodillas, gritando:

—¡*Hija mia*! ¡*hija mia*!....

La niña, asustada, empezó á gritar, tendiendo hácia mí los brazos..... y como que me decia un doloroso adios..... ¡Triste de mí! en aquel mismo instante la perdí de vista, porque el duque salió impetuosamente, dejándome casi desesperada. Al cabo de un instante, volvió, y me obligó á que fuese á mi cuarto. Entonces, suavizando su aspecto:

—Juzgas, me dijo, que tengo un corazon desapiadado; pero sin embargo.....

Detúvose y bajó sus ojos, aquellos ojos, cuya mirada cautelosa y feroz hubiera podido descubrir su horrible artificio..... Yo estaba en su poder, ignoraba sus malévolos proyectos, no veia que pudiese tener interés en disimular conmigo: no tenia mas que diez y ocho años, y creí, en efecto, que se arrepentia de su crueldad, ó que cuando menos iba á moderar la venganza que desde luego meditó. Finalmente, animó mi corazon un rayo de esperanza: hablé de mi hija: me oyó el duque con aire melancólico, y sin manifestar cólera; y aun fingió una ternura, que pretendia ocultar: me dió á entender, que la causa de sus furores era la pasion con que me amaba, y acabó diciéndome, que, si cuidaba de mi salud, volveria á ver á mi hija. Una esperanza tan dulce contribuyó á que olvidase cuanto habia padecido. Viendo al duque menos cruel, me creí mas culpada: conocí que debia aborrecerme, y

que podia, por mis cartas, juzgarme verdaderamente culpada; en fin, disculpé sus furores: agradecí íntimamente la compasion que me mostraba; y mientras hacia correr mis lágrimas el mas sincero arrepentimiento, el cruel autor de mis males se daba en secreto la enhorabuena de lo bien que se disponian sus negros artificios para lograr su abominable deseo.

Una calentura fuerte, causada por los violentos pesares que me asaltaban, me precisó á hacer cama: manifestó el duque la mayor inquietud: despachó un correo á Nápoles, é hizo venir dos médicos. No se apartaba de mi cabecera: me dió delante de mis criadas las mayores pruebas de ternura: me dijo en particular cuanto mayor era su cariño que su resentimiento, y me aseguró positivamente, que volveria á ver á mi hija, luego que estuviese limpia de calentura. Yo le tomé una mano: se la apreté entre las mias, y regué con lágrimas de agradecimiento aquella bárbara mano, que, dentro de pocas horas, habia de arrojarme á un horrible calabozo.

Aseguraron los médicos que mi enfermedad no era peligrosa; y, como hacian falta en Nápoles, se fueron de allí á dos dias. La misma mañana que marcharon, fingió el duque mucho desasosiego sobre el estado de mi salud; y aunque libre ya de calentura, no quiso que me levantase. Como habia obligado á todas mis criadas á que

me velasen los tres dias anteriores, estaban rendidas de cansancio. Enviólas á que durmiesen todo el dia, diciéndolas, que él me guardaria con un criado y una mujer antigua de la casa. No fueron elegidos sin designio estos dos testigos: los prefirió á todos por su limitacion y credulidad. Estaban tiradas las cortinas de mi cama: pensé que cuidaban de mi asistencia las criadas, hasta que ví á medio dia, que solo habia en mi cuarto las dos mencionadas personas: manifesté alguna estrañeza: acercóse el duque á mi cama, asegurándome, que no estaria menos bien servida, y que él no se apartaria de mí.

—Y ¿por qué así? respondí sobresaltada.... Yo no estoy peor.....

La única respuesta fué, rogarme que no hablase, y que procurase tranquilizarme, sentándose al mismo tiempo á la cabecera. Sin saber por qué, me turbé, y se me saltaron las lágrimas: se inquietó el duque: se agitó, y advertí en su semblante una estraordinaria alteracion. A las tres de la tarde me pidió el brazo: se lo alargué temblando: me tomó el pulso, y dijo con apresuracion á los criados, que enviasen un lacayo á Nápoles para que á toda prisa viniese un médico: y á la mujer vieja, que fuese á llamar al instante al capellan. Dadas sus órdenes, añadió con voz dolorida:

—¡*Se muere sin remedio*! ¡*Se muere sin remedio*!

Imagínese, si es posible, cuanto seria mi sobrecogimiento y horror.... Mi primer movimiento fué levantarme y huir; pero caí sin fuerzas sobre la cama, palpitándome de tal modo el corazon, que me impedia el respirar; y con tal terror, que me dejó helada é inmóvil. Sola ya con el duque, se acercó á mí, y presentándome un vaso:

—Toma, dijo con voz ronca, bebe hasta apurarlo.....

Erizáronseme los cabellos, inundó mi rostro un sudor frio, y me figuré ya en los últimos momentos de mi vida, pues no dudé que me presentaba un veneno.....

—Bebe, pues, repitió.....

—¡Ay! le pregunté, ¿qué me das?

—Lo que es menester que tomes, respondió.

—Déjame antes, repliqué, implorar la eterna misericordia.

—¿Qué es lo que dices? repuso: ¿me supones algun delito?

—¡Ay de mí! le dije: culpo mi imprudencia.... ¡Oh, Dios mio! continué juntando las manos, perdonadme: perdonad á mi perseguidor, consolad á mis padres, y proteged á mi hija.

Hecha esta corta oracion, cobré fuerzas, y me atreví á creer, que aquella conformidad me hacia digna de comparecer delante de Dios. Miré al duque con firmeza: estaba pálido, vacilante y

trémulo: dijo algunas medias palabras mal formadas, y sosteniéndome con una mano la cabeza, y con la otra acercándome el vaso á los labios, bebí sin resistencia todo el licor que me presentaba. Creyendo haber recibido la muerte, puse la cabeza en la almohada, haciendo enteramente sacrificio de mi vida. Algunos minutos despues cerráronseme los ojos, á esfuerzos de un peso que sentí en ellos: un entorpecimiento total me quitó la facultad de hablar y pensar, y caí en un profundo letárgico sueño. Vinieron los dos criados al cabo de media hora, y encontraron al duque espeluznado, y bañada la cara de lágrimas. Corrió hácia ellos, diciéndoles, que acababa yo de espirar: los llevó á mi cuarto, á fin, dijo, de que viesen la confirmacion de su desgracia, ó que procurasen socorrerme, si tenia aun algun resto de vida. Acercóse á mi cama, y seguidamente empezó á hacer los mayores estremos de sentimiento. Llegó el capellan, y le mandó que recitase las oraciones de difuntos. En aquel instante despertaron las criadas, y juntos con ellas vinieron corriendo los criados. Estaba de rodillas el duque á la cabecera de mi cama: los dos criados, que me habian guardado, contaron á toda la casa junta cuantas diligencias se habian hecho para conservar mi vida. Hecho esto, entreabrió el duque las cortinas de la cama, y me vieron pálida y sin movimiento, de manera, que no du-

daron mi muerte. Mandó el duque á todos, que se retirasen al cuarto contiguo, y él se quedó en el mio, juntamente con el capellan, que era un anciano de mas de ochenta años: continuó rezando por mi alma hasta media noche, y entonces envió á todos á descansar, declarando, que no queria que me enterrasen hasta el dia siguiente por la noche; y que, no pudiendo separarse de mí, pasaria allí lo restante de ella. Cerró todas las puertas de mi cuarto: acomodó al capellan, y á los dos criados de guardia, en una antecámara, separada de mi cuarto por tres piezas grandes, y les dijo, que no me dejaria hasta las siete de la mañana; que el motivo de querer quedarse solo conmigo, era para no distraerse en su dolor y oraciones. Todas las gentes de la casa, rendidas de fatiga y de vigilias, aprovecharon con ánsia el permiso de irse á descansar: todo el mundo dormia profundamente á las cuatro de la mañana, hora en que volviendo poco á poco de mi letargo, volví en mí. La primera cosa que vieron mis ojos al abrirse, fué al duque, en pié, y arrimado á mi cama. Estremecióme su vista, no obstante de no acordarme de cuanto me habia sucedido. Miréle de hito en hito, y me acordé confusamente de que estaba irritado contra mí. Aparté de él la vista; y queriendo recogerme, para recopilar ideas de lo pasado, se presentaron á mi imaginacion un tropel de objetos fantásti-

cos y vagos. Levanté la cabeza: miré con admiracion á todas partes: fuéronse poco á poco desembrollando mis ideas: me acordé que habia tomado un veneno, y casi dudé de mi existencia... Pero, en fin, dije:

—¡Qué milagro me ha vuelto á la vida!

—Solo ha sido un susto infundado, respondió el duque: tranquilízate, y desecha esos injuriosos temores.

No me atreví á responder: alargué la cabeza para mirar hácia la sala; y viendo que estaba sola con el duque, volví á mis primeros miedos y horrores.

—¿Por qué, pues, le pregunté, me asistes solo?

—Lo sabrás, me respondió: sal ahora de la cama.

Entonces me presentó la ropa: me ayudó á vestir; y sosteniéndome en sus brazos, me llevó á sentar en un camapé. Luego que estuve sentada, me dijo:

—Nada te ocultaré ahora: la bebida que has tomado era un narcótico.

—Y ¿para qué? le pregunté.

—Escucha sin interrumpirme, respondió. Tú me has vendido y deshonrado: yo te ofrecia el perdon, y no lo has querido. Estás convencida de infidelidad, porque abrigas en lo interior de tu alma una pasion delincuente: mi cólera y amenazas no han podido conseguir que me nombra-

ses á tu amante. Quizás has creido que, en consideracion á tu familia, no me atreveria á quitarte á tu hija y á privarte de la libertad: pensabas tambien sin duda, (porque no hay delito de que tu aborrecimiento no me juzgue capaz) que el único medio de vengarme de tí, era quitarte la vida en secreto, para que, de este modo, cesase la *invencible aversion* con que me miras..... Pero sabe, finalmente, que vivirás, y estarás siempre separada de tus padres, amigos, criados, y de todo trato humano.....

—¡Oh, cielos! esclamé: ¿juzgas, inhumano, que no he de ser buscada por mi amado padre y por mi madre querida?

—Mañana recibirán la noticia de tu muerte, replicó.

—¡Oh, Dios!... esclamé. Y ¿cómo podrás?...

—Todos los de casa, continuó, tienen ya creida tu muerte; porque les manifesté tu cadáver cuando obraba el narcótico....

—¡Ay de mí! dije llorando amargamente: ¿con qué solo existo para tí?... Ahora si que veo todo el horror de mi suerte.....

—Aun no lo sabes todo, replicó el duque: tiene este palacio dilatadísimos subterráneos, ignorados de todos, donde nunca ha penetrado la luz.

—¡Dios mio! esclamé: ya no hay para mí remedio....

—No obstante, añadió el duque, tu suerte está

en mi mano: puedo dentro de poco llamar á todos los de casa, y decirles que tu muerte aparente no ha sido mas que un letargo: aun no he despachado la carta escrita para tu padre: aun puedo perdonarte.... No exijo de tí mas que una palabra..... Necesito una víctima: ya te lo he dicho..... Nómbrame á tu amante, recobrarás al punto tus derechos, y volverás á comparecer en el mundo.....

—¿Qué me propones? le dije... ¿Que entregue á tu resentimiento, á quien nunca te ha ofendido?..... ¡Seria indigna de vivir, si tal vileza cometiese!....

—Piensa bien en ello, dijo el duque, mirándome enfurecido, porque á la primera resistencia, he de llevarte arrastrando á la tenebrosa morada de donde ninguno en el mundo podrá sacarte. Mañana es el dia que tus padres lamentarán tu pérdida, ó se regocijarán con tu convalecencia: mañana verás á tu hija, ó será el dia en que te verás privada para siempre de la luz, y gimiendo en la concavidad de un horrendo calabozo: mañana, en fin, han de verte en este palacio disfrutando salud ó han de asistir á tus exéquias..... Reflexiónalo bien: pasado este momento se acabó la esperanza de perdon y no tendré posibilidad de concedértelo, por mas que tu arrepentimiento lo implore.

Al oir un discurso tan ejecutivo y terrible, le-

vantéme enagenada, miré espantada hácia la puerta y dando un grito lamentable dije:

—¿Con qué estoy abandonada de todos los humanos?.... ¡Hija mia! ¡he de vivir y no volver jamás á verte! ¡Padres de mi corazon! ¡mañana llorareis mi muerte!.... ¡Hija querida!.... ¡Déjame verla por la última vez!....

—Pronuncia una palabra, dijo el duque, y de aquí á un cuarto de hora tendrás en los brazos á tu hija.....

Callé por unos instantes, consideré que el conde de Belmire estaba ausente, que no podia venir hasta pasado un año, que en este espacio de tiempo, me sería fácil avisarle, y que por otra parte, una confesion sencilla haria conocer mi inocencia; pero trastornó repentinamente todas estas consideraciones la idea de la crueldad de mi perseguidor! ¿Quién me aseguraba que por tal confesion, habia de conseguir hija y libertad? ¿No debia yo, muy al contrario, creer que el duque, asegurado de mi odio, no habia de renunciar á la venganza meditada, ó que, cuando mas, se contentaria con suavizar su inhumano rigor? Y en esta duda, ¿podia yo entregar á su furor al objeto que amaba?.... Todas estas consideraciones se me representaron con la mayor rapidez. Imaginó el duque que vacilaba, y me apremió de nuevo, añadiendo:

—Ya apunta la aurora y es tiempo de determi-

narte: ¿voy á despertar á todos para decirles que vives, ó voy á llevarte al sepulcro? Habla..... ¿Quiéres nombrar al autor de tus males y de los mios?....

Levanté los ojos al cielo y juntando todas mis fuerzas: no puedo, le dije.....

—¡Qué profieres, desventurada! replicó el duque.

—Pierde, volví á decirle, pierde la esperanza, no le nombraré.

—¡Pérfida! gritó el duque, ¡prefieres el amante á la hija, á la vida, á la libertad..... y..... á todo el universo! Estremécete ahora..... Llegó en fin, el momento de la venganza.....

Quiso asirme del brazo, pero erizada de horror, me escapé corriendo á la alcoba, y me abracé con uno de los pilares de la cama. Al hacer este movimiento, se me desató el pelo, y quedaron sueltos los cabellos sobre mi espalda. El duque, que venia hácia mí, se detuvo, y como sorprendido, estuvo un rato mirándome en silencio. Despues, desasiéndome con violencia del pilar de la cama, me llevó enfrente de un espejo y dijo:

—¡Contempla bien, infeliz, por la postrera vez esa hermosura, que para siempre van á ocultar tinieblas horrorosas!.... ¡Levanta los ojos y mírate!.... No seas mas bárbara que yo..... Piensa en tu juventud y gracias, compadécete de tí misma..... Aun eres dueña de tu suerte.....

No pude contenerme: alcé la vista, pero inmediatamente la bajé y sentí correr por mis mejillas algunas lágrimas.....

—Vaya, replicó el duque, ¿estás todavía incontrastable?....

—¡Ah! respondíle: temo que no cumplirias la oferta de volverme á mi hija.....

Apenas pronuncié estas palabras, cuando trasportado de rabia el duque, me tiró del brazo y sacó fuera de la sala..... No le opuse resistencia alguna, porque el esceso de mi terror me dejó muda é inmóvil. Despues de haber atravesado dos ó tres piezas, bajamos por una escalera oculta y me encontré en un gran patio, al cabo del cual habia una puerta que el duque abrió; salimos por ella y advertí que estábamos en el jardin. Viendo que empezaba á amanecer, me dijo el duque:

—¡Esta aurora es la última que verán tus ojos!....

Púseme de rodillas, y levantando la cabeza al cielo:

—¡Oh Dios! esclamé, ¡Dios que conoceis mi inocencia! ¿tolerareis, Señor, que yo sea enterrada viva, y privada para siempre de la claridad de los cielos?....

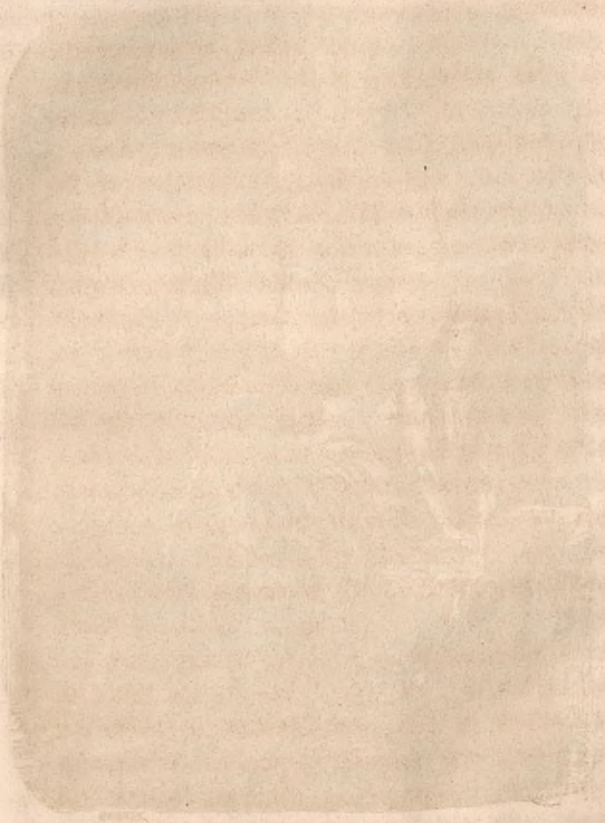
Diciendo estas palabras, me arrastró el duque hácia una roca que estaba á veinte pasos de nosotros, en la cual habia una trampa que se abrió

luego que el duque aplicó sobre ella la llave..... Detúvose el duque:

—Aun te queda este momento: me dijo: este es el sepulcro qne aun no está enteramente abierto para tí... Arrepiéntete en fin, muéstrame tus remordimientos con una confesion sincera, que yo estoy pronto á perdonarte. Quizá piensas, continuó, que en el instante de consumar mi justa venganza, temo las consecuencias que puede producirme; pero no es así: ha mucho tiempo que la medito: todo está previsto y nada es capaz de contenerme.

Entonces me contó por menor las horribles precauciones tomadas; me dijo que habia mandado hacer una figura de cera pálida y lívida que pondria en mi cama, y que bajo el pretesto de querer cumplir con un acto piadoso, la enterraria él mismo ayudado de aquella mencionada mujer anciana, sin hacerla confianza alguna sino solo espectadora y testigo de la accion. Ultimamente, añadió:

—¿Aceptas el perdon que me digno todavía ofrecerte por última vez? Habla: sacrifica tu amante á mi resentimiento: házme saber su nombre, ó renuncia enteramente á la libertad, al mundo y á la luz. Estendí los brazos hácia el sol naciente, como para despedirme de él. El cielo, sembrado de nubes brillantes y majestuosas, ofrecia una perspectiva magnífica y subli-



Y ví entrar al duque con una linterna en la mano.

me. Esta contemplacion me elevó el alma, y me volvió todo el valor. Esparcí con menosprecio algunas miradas sobre la tierra; y encarándome con el duque:

—¡Toma tu víctima! le dije con tono firme.....

Al oir aquello me empujó, palpitó mi corazon con violencia y volví la cabeza para mirar todavía la luz del dia que dejaba para siempre. Bajamos á una oscura caverna sin que mis piernas trémulas pudiesen sostenerme. Agitada de convulsiones violentas, pelee por desasirme de los brazos de mi tirano perseguidor, y al fin caí á sus pies sin movimiento ni sentido. Ignoro cuánto tiempo permanecí en aquel estado; pero volví de él solo para abominar de mi funesta existencia. ¡Cómo pudiera pintar el horror que me sobrecogió, cuando al abrir los ojos, me encontré sola en aquellos anchurosos sótanos, circundada de espesísimas tinieblas y recostada sobre unas pajas!....

Dí un grito doloroso; y repitiéndolo el eco desde el fondo de la caverna, me hizo estremecer, y redobló los terrores que me oprimian.

—¡Oh Dios! esclamé. Y ¿es esta la única voz, que me responderá en adelante?.....

¡Un diluvio de lágrimas derramé en esta idea... En el propio instante oí abrir la puerta de mi prision, y ví entrar al duque con una linterna en la mano: puso junto á mí una jarra de agua, y un pan.

—Ves aquí, dijo, cual ha de ser en adelante tu alimento: cada dia lo encontrarás en aquel agujero que miras enfrente de tí: yo mismo te lo pondré, y nunca mas volveré á entrar en este hórrido calabozo: tambien hallarás á su tiempo en el paraje señalado el necesario vestido.

Miré entonces alrededor de mí y ví una caverna inmensa, cuya total estension no podia medir la vista. La parte que ocupaba yo, estaba tapizada con gruesa paja, para preservar de la humedad y frios; pues la barbaridad, que me metió en aquella melancólica morada, habia tomado todas las precauciones para conservarme la vida... Despues de haber considerado, en medio de mil temblores, cuanto me circundaba, me volví á mi desapiadado carcelero, y exhalando, finalmente, el aborrecimiento tan largo tiempo oculto, y tan fundado, me atreví á reprenderle el esceso de su barbarie, y á pintarle todo el horror y desprecio con que le miraba. Escuchóme algun tiempo reprimiendo el furor; pero, no pudiendo contenerse mas, manifestó la cólera infernal que le devoraba, y se ausentó de repente. Desde aquel dia no volvió á entrar en mi prision. Cuando venia á traerme el alimento, hacia señas en lo superior del agujero hasta que yo respondia: me lo echaba, y se iba sin proferir palabra. Me arrepentí muy luego de haber con mis quejas aumentado, si era posible, su enojo; acordéme de

que era padre de mi hija querida, y que estaba en su poder. Fuera de esto, no estaba la esperanza totalmente perdida en mi corazon: mientras mas reflexionaba, menos verosimil me parecia, que hubiese formado el proyecto de mantenerme toda la vida en aquella fiera cautividad: tambien me lisonjeaba de que no habia hecho creer mi muerte á su casa, ni á mi familia, sino que habia encontrado otro medio de alucinarlos, reservándose la posibilidad de hacerme comparecer cuando quisiese. ¿Cómo podia figurarme, que se hubiese impuesto á sí mismo la penosa necesidad de traerme cada dos dias lo necesario para vivir, y que por consecuencia se hubiese reducido á la triste esclavitud de no ausentarse del palacio mas que dos ó tres dias, pues era mi único carcelero, sin haber confiado su secreto á ninguno?..... Pero ¡ay! no creia yo que el rencor fuese capaz, para satisfacerse, de imponerse cadenas tan duras, que aun el mas escesivo amor llevaria con disgusto..... Por estas reflexiones, llegué á persuadirme que pondria término á su venganza; y ocupada de estas ideas, cada vez que llamaba para echarme el alimento, le hablaba; y aunque no me respondia, imploraba su compasion, asegurándole mi inocencia. Como estaba absolutamente privada de luz, no puedo decir cuanto tiempo conservé la esperanza; pero al fin la perdí. Entonces, casi enteramente des-

tituida de razon, acusé á la Providencia, y murmuré de sus decretos eternos. Abatida y mortificada mi alma con las contínuas penas, perdió su vigor, y me abandoné á un funestísimo despecho. Tuve atrevimiento de creer, que mis inauditas desgracias me daban derecho para disponer de mi vida, como si nos justificase para ello el que dejare de ser agradable!.....

Determinada á morir, estuve dos dias sin alimentarme, y sin acudir al paraje ordinario. Por mas que el duque llamaba, me obstiné en no responderle; en fin, entró en mi prision.

Cuando le ví con la linterna en la mano, sin embargo del horror que me causaba su presencia, sentí un movimiento de alegría al ver la luz; pero no le hablé. Ofrecióme dulcificar mi cautividad, darme luz, libros, y mejor alimento, si queria decirle aquel nombre tantas veces preguntado. Al oir tal proposicion, le miré con el mayor desprecio.

—Ahora, le dije, que ya tú mismo has roto los funestos lazos que nos unian, está libre mi corazon, y se entrega sin remordimiento á las amorosas ideas, que tan inutilmente combatí en otro tiempo..... Amo mas que nunca aquel objeto, cuyo nombre deseas saber para saciar tu venganza; y amándole, daré el último suspiro..... ¡Imagina, pues, si te le nombraria!.....

—¿Segun eso, replicó el duque, ya está tu

alma vacía de todo sentimiento de religion?..... ¿No temes perder la vida, dando pábulo en tu corazon á una llama adúltera?.....

— Bárbaro, le repliqué, ¿acaso soy todavía tu mujer? ¿Te atreves á decirlo, siendo quien me ha precipitado en este abismo, y quien lleva luto por mi muerte?..... Verdad es que ya no tengo valor para soportar la vida; pero Dios, que nos oye, y nos juzga, castigará solamente al que me ha reducido á tal desesperacion..... Tú serás responsable de cualquier delito que cometa en el estado en que me hallo..... ¡Es posible que ningun viviente puede oir mis quejas y clamores!..... Pero ¿qué antros, ó que bóvedas, por mas profundas y espesas que fuesen, podrán ocultar al Eterno los gemidos del inocente injustamente oprimido?..... ¡Tiembla! ¡Dios nos vé, se compadece, y está pronto á perdonarme!..... ¡Ya está su brazo vengador levantado para descargarse sobre tí!.....

Al oir estas palabras, se conturbó el duque, y me miró como indeciso y temeroso. Gocé por un momento la satisfaccion de ver su alma débil y feroz llena de remordimientos y temores. Pálido, vacilante, turbado, y con los ojos bajos, guardó unos instantes silencio, y despues me dijo:

—No imputes sino á tí misma los males que padeces..... Tú has sido delincuente, tengo pruebas de ello; y sin embargo, no te he castigado,

hasta despues de haberte ofrecido mil veces el perdon, que aun ahora mismo te propongo. Sí: si hubieras querido, á pesar de tu infidelidad y aborrecimiento, todavía estarias en mi palacio, viendo á tu hija.....

—¡Oh hija de mi alma! interrumpí. ¡Ay! ¿vive aun? ¿Qué es de mi hija?

—Con tu madre está.

—¿Con qué no está en tu poder? ¿Es cierto?...

Viendo entonces el duque que esta idea me animaba, sacó de la faltriquera una carta de mi madre, y me permitió leerla. La tal carta, que regué con lágrimas, era del tenor siguiente:

«Mi nieta llegó anoche..... ¡Cómo esplicaré »los varios sentimientos, que despedazaron mi »corazon al abrazarla!..... ¿Es posible que, des- »pues de lo que he perdido, hay para mí sobre la »tierra alguna felicidad?..... El verano que viene »iré á verte, y te la llevaré. Estaremos dos me- »ses juntos, puesto que no puedes separarte del »triste lugar, que ama tanto tu dolor..... ¡Veré »ese soberbio monumento, que ha elevado tu »amor en memoria de un objeto tan digno de »nuestras lágrimas! ¡Oh desgraciada madre! ¡No »tienes hija, y con todo, el esceso de la pena no »acaba con tu vida!»

Apenas acabé de leer tal carta, cuando poniéndome de rodillas:

—Dios mio, dije, ¿con qué está mi hija en los

brazos de mi madre? Bendigo tu bondad.....

Diciendo esto, caí sobre la paja, porque estaba tan endeble, que no podia sostenerme. El duque se aprovechó de aquel instante para ofrecerme algunos alimentos, que tomé con ánsia, y me dejó. Desde aquella época nunca mas le ví. Pero, por cumplir con el voto que habia hecho, cuidé de mi conservacion. El pensamiento de que mis oraciones y conformidad podrian atraer sobre mi madre é hija las bendiciones del cielo, pudo alentarme y sostenerme: la memoria de mis faltas era mi mayor pena.

—¡Ay! decia: yo he causado todas mis infelicidades: no tuve confianza en mi madre, y me estravié por no consultarla. ¡Hija ingrata! El cielo, por castigarme, cegó á mis padres en su eleccion.

Derramaba un torrente de lágrimas entre estas reflexiones. Destituida de todo, y separada del universo, mi corazon, formado para amar, se entregó á la única sublime pasion, que podia hacerme tolerar el vivir: la religion me dió á saborear una parte de los inagotables consuelos que en sí tiene: fué insensiblemente borrando en mi alma aquel desdichado amor; y me dió, en fin, lo que la sabiduría humana, ni la filosofía hubieran podido darme; pues me infundió valor y constancia para sobrellevar conformada nueve años de cautividad en un horrendo calabozo im-

penetrable á la luz..... Confesaré, no obstante, que esperimenté en los tres primeros años penas, cuyo recuerdo todavía me horroriza. El tiempo en que supuse (por el cálculo que podia formar) que mi madre y mi hija podrian haber llegado al mismo palacio, donde estaba presa, fué para mí la época mas cruel de mi cautividad.

—Puede ser, decia yo algunas veces, que en el silencio de la nocbe, no pudiendo conciliar el sueño, estará mi madre paseándose alrededor de esta caverna. Puede ser qne en este instante mismo esté sentada mi madre cerca de la boca de esta prision, que jamás ha de abrirse para mí.....

Estas crueles imágenes y pensamientos llegaban hasta perturbarme la razon: á ellos sucedia un abatimiento estúpido, aun mas sensible que el despecho: encontraba, no obstante, en la oracion consuelos indecibles: las meditaciones, que ordinariamente melancolizan á los hombres, eran para mí muy agradables. ¡Con qué placer miraba yo la brevedad de la vida! ¡Con qué serenidad esperaba la muerte!....

—Acaso el mas dichoso, me decia yo, ¿está jamás plenamente satisfecho de la frágil felicidad, que puede disfrutarse sobre la tierra?..... ¡Olvidemos, pues, esta vida perecedera, y no veamos mas que la eternidad!

Llegué por fin á acostumbrarme á mi tene-

brosa morada. Era espaciosa mi prision, y me paseaba en ella una gran parte del dia, ó de la noche: componia algunos versos, que recitaba en alta voz, y era uno de mis mayores gustos, escuchar al eco que me respondia. Dormia pacíficamente, y me representaban sueños agradables á mis padres, y á mi hija. Algunas veces me veia trasplantada á hermosísimos palacios con deliciosos jardines: volvia á ver los cielos, árboles y flores; y finalmente todas aquellas dulces ilusiones suplian la perdida realidad. Despertaba suspirando, es verdad; pero me dormia riendo. Compadecia á mi perseguidor, me representaba el horrible estado de su alma, sus furores, miedos y remordimientos; y conocia que estaba sobradamente vengada.

En los primeros tiempos de mi cautividad no le oía nunca llegar, sin ponerme casi á punto de desmayarme: fuese poco á poco debilitando este terror; y aunque siempre me causó alguna conmocion, sin embargo llegué á desear que viniese, no solo por el interés de mi vida, sino porque con el ruido interrumpia el pavoroso profundo silencio de mi soledad. No puedo espresar cuan vivo era en mí el deseo de escuchar algun estrépito: cuando habia alguna tormenta, la oía, y tengo por imposible pintar lo que entonces pasaba por mí: parecíame que estaba menos sola. Escuchaba aquel estruendo majestuoso con

atencion y complacencia; y cuando cesaba, quedaba sumergida en un triste abatimiento. Tal fué, á poco mas ó menos, mi situacion, durante seis ó siete años. Iba llegando, en fin, á la época mas importante de mi vida: me aproximaba al momento de mi libertad, y llegaba el tiempo en que la bondad divina iba á recompensarme ámpliamente los nueve años de trabajos y dolores. Hallándome un dia necesitada de alimento (pues se me habia acabado la provision, que para cuatro dias solia dejarme el duque) le aguardaba con impaciencia; pero no vino. Pasando un cierto tiempo, tampoco llegó, como lo esperaba, y cada instante se me iba haciendo mas urgente: la inquietud, junto con el hambre y la sed, me privó del sueño. Entonces, absolutamente debilitada, juzgué tocar la última línea de mi vida: arrostré la muerte con tranquilidad, llena de la esperanza de gozar la felicidad eterna. Caí casi espirando sobre la paja, que me servia de lecho: sentia, sin embargo, en lo interior de mi alma una especie de calma, desconocida hasta entonces: me parecia que un bálsamo saludable curaba repentinamente todas las heridas de mi corazon. El estremo de la debilidad empezó luego á confundir mis ideas, y me fué dulcemente poseyendo un sueño vago y delicioso, durante el cual se presentaron sucesivamente á mi imaginacion una multitud de objetos agradables. Creía ver mi cama circun-

dada de ángeles resplandecientes, y figuras celestiales: oía de lejos armoniosas voces, y divinos conciertos: veía entreabierto el cielo, y al Eterno sobre un trono lucidísimo, que me llamaba abriéndome los brazos.... Velaba en efecto sobre mí; y sus paternales manos iban á romper mis cadenas.... Desperté azorada, juzgando haber oido llamar en el agujero: escuché... volví á llamar..... me palpitó el corazon..... Pero ¡oh sorpresa! ¡oh, novedad! ¡oh, novedad que no cabe poderse pintar con palabras!.... ¡Oí una voz, y no era la voz de mi tirano, sino otra desconocida!.... ¡Me pareció la de un ángel, que venia á libertarme!..... Fuera de mí, enagenada, esclamé:

—¡Oh, Dios mio! ¡es algun libertador que me envias!.....

En aquel momento se abrió mi puerta, y ví luz. Entraron, me sostuvieron: quise mirar, y nada distinguí: privados mis ojos tanto tiempo habia de la luz, no pudieron resistir á la débil claridad de una lámpara....

—¿Quién eres? dije con interrumpida voz.

Volví á abrir con trabajo los ojos, todavía deslumbrados, y divisé un hombre arrodillado delante de mí. Con una mano me sostuvo la cabeza, y con la otra me presentó de comer. Entonces consumida del hambre devoradora no atendí á otra cosa, que ha satisfacer aquella imperio-

sa necesidad, dejando en suspension las demás ideas y pensamientos. Empezado ya el recobro de mis fuerzas, miré á mi libertador, y como su rostro estaba en la sombra, no le pude distinguir las facciones.

—Háblame, le dije: ¿eres cómplice de mi perseguidor, ó vienes á darme libertad?....

—¡Oh, cielos! esclamó el desconocido, ¡qué voz es esta!... ¡Donde estoy, Dios mio!...

Diciendo tales palabras, se levantó precipitado; y, tomando la linterna, me miró con la mayor atencion, lleno de ternura y espanto. Fijé por un instante la vista sobre su cara iluminada ya, y me pareció que tenia los cabellos erizados, y que estaba demudado y trémulo: pero no pude dejar de conocerle.... Quise hablar, interceptóme el llanto las palabras, y solo pronuncié el nombre del conde de *Belmire*..... Era en efecto el mismo..... Se arrojó á mis pies, los regó con lágrimas, volvió á mirarme.... pronunció algunas mal formadas palabras..... bendijo al cielo..... y eran su gozo y compasion de tan rara naturaleza, que dió á todos sus movimientos la apariencia de un furioso despecho..... Hablámonos á un tiempo sin entendernos lo que hablábamos..... resonaron en la caverna nuestros gritos..... y, finalmente, levantándose el conde con ímpetu:

—¡Oh, bárbaro detestable! esclamó, ¿puede la

imaginacion forjar un suplicio, que sea proporcionado á tu culpa? Y tú, me dijo ayudándome á levantar, tú, víctima infeliz de los furores de un tigre ferocísimo, ven: ya estás libre.....

Al oir esta última palabra, fué mi primer impulso arrojarme hácia la puerta; pero me detuve, y pregunté al conde:

—¿Estos bienes, que por tí voy á lograr, podrán todavía hacerme feliz?... ¡Ay! no me atrevo á preguntarte..... Y ¿mi madre?.... Y ¿mi padre?

—Viven, me respondió el conde.

—¡Oh, cielos!..... ¿Y mi hija?

—En Roma está, y pronto la verás en tus brazos.

—¡Ay mi Dios! esclamé, arrodillándome, ¡qué gratitud ó retribucion será suficiente para tanto beneficio! ¡Este momento solo me ha recompensado de todas las fatigas!.... Y tú, generoso protector mio, proseguí, dirigiéndome al conde, ahora por recompensa, sabe que estoy inocente; pero, antes de referirte las tristes circunstancias de mi historia, permite que te haga una pregunta..... ¿Está el duque enfermo?

—Acometido de un mal violento, me respondió, que apenas le permitirá vivir dos dias..... Ven, sal de este lugar asqueroso, para que sepa el bárbaro, antes de espirar, que has conseguido libertad.....

—No, le respondí: mis padres son los que han de sacarme de esta prision.

Entonces rogué al conde, que les enviase al instante un correo. Prometiómelo así; y, dándome un lapiz y papel, escribí una esquela, que contenia estas palabras:

«¡Oh, padres de mi alma! ¡aun vivo, y estoy »inocente!.... Venid, para que, con vuestra pre»sencia recobre yo verdaderamente la vida... Ve»nid á sacarme de un horrendo subterráneo, y á »dulcificar las infinitas penas que he pasado.»

Apenas podian leerse estos renglones, que tardé en escribir mas de un cuarto de hora, porque no me acordaba de formar las letras, y habia totalmente olvidado la ortografía. Viendo el conde, que estaba irrevocablemente determinada á quedarme en la prision hasta el arribo de mis padres, me puso en la mano todas las llaves de las puertas, y me dejó con conocido sentimiento, despues de haberme dado la palabra de disimular con el duque, si vivia, y de volver al dia siguiente, luego que cerrase la noche.

Cuando me ví sola, se apoderó de mí un terror, casi igual al que esperimenté en los principios de mi cautividad. Pero, en fin, tenia luz, porque el conde me habia dejado una lámpara: le pedí tambien un relój, para poder contar todas las horas, no creyendo posible el dormir ni un instante. Inmóvil en el mismo lugar donde me

dejó el conde de Belmire, apenas respiraba, no me atrevia á levantar los ojos, y al mismo tiempo no podia dejar de dar algunas ojeadas alrededor de mí. Lejos de darme esfuerzo la luz, aumentaba mi horror, porque me hacia distinguir confusamente la tristísima lúgubre habitacion. Ultimamente, no pudiendo permanecer en aquella situacion, me levanté: tomé la linterna: abrí la primera puerta: salí, y entré en una especie de corredor largo. Sentí un grandísimo consuelo al verme ya en otro nuevo lugar, y mas próximo á la última puerta de la prision: anduve rápidamente el corredor, y abrí la puerta de su entrada. Entonces me encontré al pié de la escalera del subterráneo; y, no teniendo ya mi libertad mas impedimentos que una puerta doble, que daba al jardin, cerré con prisa la del corredor, como para separarme de la horrorosa cueva. Despues, subiendo con precipitacion la escalera, me senté en el último escalon, y empecé á respirar. El dia en que el conde de Belmire entró en mi prision, fué el 3 de junio de 17.... Se ausentó de mí á media noche, y estuve hasta las seis de la mañana en la situacion que acabo de espresar. Pensando haber oido algun ligero rumor, apliqué el oido á la puerta; y, aunque era mucho su espesor, y el de la piedra que la cubria, oí con bastante distincion el ruido, que al amanecer hacen los pájaros en las ramas de los árboles.

No puede pintarse, ni aun concebirse, la alegría que me causó aquel ruido: toda mi melancolía se desvaneció: llenóse mi corazon de esperanzas, y corrieron por mis mejillas suavísimas lágrimas: no podia separar el oido de la puerta: contenia la respiracion para escuchar mas distintamente: oía ladrar los perros, andar las gentes, hablar confusamente, y todos estos varios rumores me producian un placer indecible. Cerca de anochecer, deseaba ya con ansia ver al conde de Belmire, y hacerle mil preguntas. Vino por fin á media noche, y conocí fácilmente, en la palidez de su rostro, en su turbacion y ternura, cuan interiormente afectado estaba del suceso que variaba mi suerte. Respetando mi situacion, que me obligaba á recibirle sola en medio de la noche; y respetando el fatal nudo, ya próximo á desatarse, ni me habló de aquellos sentimientos, que en tiempos mas felices me atreví á confesarle, ni del afecto que todavía conservaba. Despues que me aseguró haber despachado un correo á mis padres, enviándoles mi billete, y que el duque estaba agonizando, le rogué que me instruyese de las razones, que habian determinado al duque á confiarle un secreto tan importante; y el conde satisfizo mi curiosidad de este modo.

«Un año habia que viajaba, cuando supe la »noticia de tu fallecimiento. Supe al mismo tiem»po que el duque estaba inconsolable, y esta cir-

»cunstancia minoró mucho la antipatía natural »con que le miraba.

»Volví á Italia: ví tu sepulcro: vi tu retrato »en todas las salas: manifestaba el duque la mas »profunda tristeza, y yo le acompañaba todos »los años cuatro ó seis meses en este palacio. »Hace mas de un año que se vió el duque aco- »metido de un accidente mortal; pero, no juz- »gándose él en tanto peligro, hacia todavía al- »gunos cortos viajes á Nápoles. El invierno pa- »sado dejó ya de ir á la córte, y me escribió á »Roma, pidiéndome que viniese á verle. Llegué »aquí á fines de enero, y le encontré moribundo, »bien que se esforzaba en no guardar cama: ob- »servaba en ciertos ratos, que el duque no es- »taba enteramente en sí. Devorado de remordi- »mientos, y siéndole la vida un peso insoporta- »ble, miraba, no obstante, con terror el término »de ella. En fin, debilitándose mas de dia en dia, »y atormentado de accidentes convulsivos, se »vió precisado á meterse en cama. A los tres »dias de estar en ella, vino un criado á las nueve »de la noche, diciéndome que su amo me llama- »ba. Díjome tambien el mismo criado, que el du- »que, así esta noche, como la antecedente, habia »intentado vestirse solo; pero que, no pudiendo »sostenerse, habia llamado á la familia, y que le »encontraron fuera de la cama, y á medio vestir. »Acudí al instante á su cuarto: despidió al médi-

»co y á los criados; y, estando solos, me hizo »jurar que habia de guardar un importantísimo »secreto que iba á confiarme. Despues, mirán»dome como despavorido..... Razones de familia, »me dijo, me han obligado á tener presa en este »palacio á una mujer delincuente, que merecia »la muerte..... Actualmente la estará haciendo »falta el alimento: ves á llevárselo tú mismo: »llama por el conducto, que á su prision guía, »y sirve para este uso; y, si no te respondiere, »entra en la prision, y socórrela; pero te preven»go, que es demente, para que no hagas caso »de cuanto diga: dála de comer, y vuélvete al »instante. Entonces me instruyó de la conduc»cion á estos subterráneos; y sacando de debajo »de la almohada un manojo de llaves, me le dió, »encargándome nuevamente que ejecutase lo di»cho sin dilacion. Creyó el bárbaro, que yo jamás »te habia visto, y que, siendo así, en ningun otro »podia depositar mejor su confianza; y de este »modo puso en mis manos una suerte, de que »siempre ha dependido la mia.»

Habiendo acabado su narracion el conde de Belmire, me rogó que le contase mi historia; pero, como no podia contársela sin hablarle de mi cariño antiguo, le dije: que no podia complacerle sino en presencia de mis padres..... Aquí llegábamos, cuando se dejó escuchar una multitud de gritos y tumultuosas voces..... Seguida-

mente entreoí un confuso ruido de carruajes, caballos y gente..... Aumentóse el ruido aproximándose, y me estremecí toda. Pero, ¡oh, Dios mio!..... ¡Oí una voz, que resonó en lo mas interior de mi alma!..... ¡Era la de mi madre, que llamaba á su hija!..... ¡Quiso salírseme el corazon para ir hácia ella!.....

En esto abrióse la puerta, y salí precipitadamente fuera de la caverna. A pesar de la brillantísima luz del dia, que hirió mis ojos deslumbrados, ví y reconocí á mi madre, y á mi padre: dí un grito tremendo: arrojéme á sus brazos, y quedé en ellos desmayada..... ¡Quién seria capaz de espresar mi gozo y enagenamiento, cuando volví en mi acuerdo!..... Me hallé en el seno de una madre querida: sentí mi cara humedecida con su llanto: ví á mi padre arrodillado delante de mí, que me apretaba las manos entre las suyas..... Ví el sol..... Estaba segura de abrazar en breve á mi hija.... Aquel instante realizaba todas mis esperanzas, y satisfacia los deseos de mi corazon. Sostúvome en sus brazos mi padre, diciendo:

—Ven, amada hija mia, deja esta horrorosa habitacion, donde por tanto tiempo oprimió el crímen á la inocencia, ven.....

Entonces miré alrededor de mí, y ví con admiracion una tropa numerosa de hombres armados, entre los cuales conocí á algunos parientes

mios, y varios antiguos amigos de mi padre, quien me dijo, que habiéndose juntado todos antes de salir de Roma, les habia llevado directamente á Nápoles, y que allí, habiéndose puesto mi padre á los pies del rey, y manifestádole mi billete, habia obtenido, no solo permiso de venir á sacarme con mano armada, si era necesario, sino tambien tropa para ejecutarlo.

—Al llegar aquí, prosiguió mi padre, supe que tu infame tirano acababa de espirar; y, así, hija mia, este dia afortunado te liberta de un execrable verdugo, asegurando tu bienestar.

Mi respuesta fué, abrazar estrechamente á mis padres. La desgraciadísima suerte del duque, no obstante, hizo en mí alguna impresion, y perturbó parte de mi alegría. Finalmente marchamos, y al dia siguiente encontré aquella hija tan tiernamente amada: ví correr sus lágrimas, y la oí llamarme madre..... Los dos primeros dias de mi llegada á Roma, me admiraba cuanto veia. La primera vez que me pasee á la claridad de la luna, me causó una estrañeza inesplicable, y no menor efecto me hizo ver los cielos sembrados de estrellas. Yo tenia veinte y seis años de edad cuando salí de la prision, y mi hija diez. Cinco años viví en el mayor retiro, ocupada únicamente en la educacion de mi hija, y sin ver mas que á mis padres, y alguna vez al conde de Belmire.

Teniendo mi hija quince años, y siendo el

mejor casamiento de Italia, fué solicitada por los mas distinguidos caballeros de Roma; pero habia tiempo que tenia hecha la eleccion: consulté á mi hija: me confesó que sus ideas estaban de acuerdo con las mias, y como mis padres aprobaban tambien aquel designio, apresuré la ejecucion. El conde de Belmire, todavía jóven, de linda persona, virtuoso y amable, poseedor de un considerable mayorazgo, habia rehusado constantemente los mas ventajosos establecimientos: á este amante fidelísimo, á este amigo estimado, á mi libertador en fin, es á quien ofrecí mi hija. En este pueblo es donde gozo salud cumplida de cuatro años á esta parte, y donde paso mis dias en una tranquilidad deliciosa. Aquí es donde he tenido valor para escribir esta historia, que dedico á mis nietos, para cuando se hallaren en estado de leerla con fruto. Aunque he abandonado el mundo, no los objetos que amo; pues, desde que estoy en Albenga, he hecho dos viajes á Roma para ver á mis padres, y cada año vienen mi hija y yerno á pasar tres meses en mi compañía. Ultimamente, vivo tan dichosa como es posible vivir. Cada dia doy nuevas gracias al cielo por la felicidad que disfruto, y por los males que he pasado: pues han contribuido á espiar mis culpas, y á purificar mi corazon, dándome á conocer tambien todo el precio de los bienes que he recobrado.

CONTINUACION DEL DIARIO DE LA BARONESA.

De Pietra. Domingo.

En habiendo leido la historia de la duquesa de C.***, comprenderás fácilmente cuanto nos habrá costado dejar á Albenga. No hemos podido salir hasta hoy despues de comer. Hemos hecho mucho camino á pié, y toda la conversacion ha sido sobre la duquesa de C.*** Notábamos que todas sus desgracias tuvieron su orígen en no haber tenido confianza en su madre; y que, sin la religion, la caverna hubiera sido su sepulcro, ó cuando menos hubiera salido de ella demente ó fatua. Adela y Teodoro tienen ahora una idea justa de la religion, y saben que no hay reveses, ni infortunios, que, con ella, no puedan tolerarse con valor y conformidad. No olvidarán que es sublime consoladora, que imprime en el corazon virtudes, que no podemos alcanzar de la naturaleza, y que, finalmente, nos inspira un ánimo, que no pudiera la razon infundir por sí sola.

De Savona. Lunes.

Para evitar el paso de una montaña, horrorosamente peligrosa, nos embarcamos esta mañana

en Pietra, hemos hecho por mar como unas tres leguas y media, y vuelto á tomar nuestras sillas en Novi. Desde lo alto de la montaña, que domina los pueblos de Anvaya y de Sabona, se descubre la mas bella perspectiva del universo: esto es lo que hemos encontrado de notable desde nuestra salida de Albenga. Sabona es un lindo pueblo, muy agradablemente situado, y á doce leguas de Génova. Ya hemos recorrido el pueblo, y aun sus cercanías: causa mucho placer, acabado el viaje de la Cornisa, verse dentro de un coche tirado por caballos. Volvemos de Abbissola, aldea á una legua corta de Sabona: allí se ven los palacios de *Rovero* y de *Durazzo*, ambos muy magníficos: los jardines son vastos, pero de mal gusto. Noté en ellos la singularidad de no haber ninguna de las flores preciosas, que naturalmente crecen en los campos, (escepto la del naranjo) pero se cultivan particularmente los bojes, que ocupan los grandes macetones, que bordan los terrados. Adela me manifestó su estrañeza sobre este punto; me dijo: que tenia poco gusto el dueño de aquel palacio.

—Sin duda, la repliqué, tiene una vanidad poco disculpable, si es que se ocupa en su jardin, y no lo abandona al cuidado de su jardinero; y cree, hija mia, que ese boj ocupa esos macetones, únicamente por ser mas caro y menos comun que el mirto, el jazmin y la adelfa.

—Pero, mamá mia, una cosa agradable ¿deja de serlo por comun?

—No, hija mia, no deja, para las gentes de juicio y de buen gusto; mas un hombre rico, vano y limitado, solo piensa en ostentar á los otros que tiene mucho dinero, y gasta, no para procurarse aquello que mas le gusta, sino aquello que mas brilla; pero no para ser estimado de las gentes honradas, sino para ser envidiado de los necios: es víctima de su absurda vanidad, y renuncia á los mas gratos placeres: de nada disfruta; y, creyendo deslumbrar á todos con su magnificencia, solo se hace visible por las locuras y ridiculeces que lo distinguen.

CARTA XXXVIII.

De la misma á la misma.

De Génova.

Antes de ayer por la mañana llegamos á Génova, querida amiga mia. Hoy mismo he encontrado una ocasion segura, que no he desaprovechado, para enviarte mi diarito de la Cornisa, y la historia de la duquesa de C.*** Ahora es cuando voy á hacer un *verdadero Diario*, que no verás hasta mi vuelta: lo escribiré con cuidado, porque debe servir de modelo, pues mi hija escribirá

uno, y yo otro, y todas las noches me comunicará sus observaciones y reflexiones, para que yo las rectifique con las mias. Como escribiremos sobre un mismo asunto, y nunca leeré mi diario hasta haber visto el suyo, deberá este método formar á un tiempo mismo su estilo, su juicio y su entendimiento. Pero, á fin de que mis cartas te parezcan menos desabridas, las adornaré de tiempo en tiempo con algunas narraciones relativas únicamente á las costumbres y á los usos. Por ejemplo, te diré ya que todo lo que se cuenta de los *chichisbeos* es ciertísimo: por precision se ha de tomar uno al cabo de un año de matrimonio: el marido y los parientes hacen la eleccion. (Ya comprenderás, que no siempre se atienen precisamente á aquél.) Ha de seguir á todas partes á su *chichisbea*, jugar con ella en las concurrencias, ir al costado de su silla de manos, abrirla, cerrarla, llevar el capoton, el abanico, &.

Esceptuando la calle Balbi, y la Nueva, que son anchísimas, todas las demás son muy estrecas: por eso casi no hay coches en Génova, y todo el mundo va en silla de manos. Todas las mujeres del pueblo parecen bonitas: llevan unos vestidos á la inglesa, con colas largas, que van arrastrando por las calles, unos delantales grandes de muselina, y unas mantas de Persia con que se envuelven la cabeza, de modo, que casi

nunca se les descubren por entero las caras: ya se les ve la boca, ya los ojos, ya la nariz; y este modo de dejarse ver sucesivamente, y de mostrarse, ocultándose, les sienta muy bien, y me ha parecido incitativo.

Ayer asistimos á una grande concurrencia, que se llama *Velada de las Cuarenta*, porque son cuarenta nobles genovesas las que dan alternativamente estas funciones, que duran tres dias. Adela fué de parecer que las nobles genovesas no se ponian bien, ni de buen gusto, é hizo á Brígida una descripcion grotesca de su modo de vestir, pero llena de bufonadas. Luego que acabó su narracion, me volví friamente hácia Brígida, y encogiéndome de hombros, la dije:

—Vaya que tenias mejor opinion del entendimiento y del carácter de Adela. ..

—Efectivamente, señora, contestó Brígida: *estoy admirada.*

—¿Cómo, mamá?

—No creia yo, Adela, que hubieses olvidado cuanto te he dicho sobre este mismo asunto, á la sazon que criticabas los adornos de las damas de Languedoc.

—Pero, mamá mia, las nobles genovesas son mil veces mas ridículas: parece imposible no admirarse de sus peinados tan bajos, tan batidos, tan empolvados, y de sus enormes tontillos.

—Tu admiracion, Adela, es disparatada, y

mejor fundada fuera, si las damas genovesas se prendiesen como las de París ó Versalles; porque seria en efecto de maravillar, que en esto hubiese un convenio general, observado puntualmente en todos los paises.....

Dada esta leccioncilla mudé de conversacion. Esta mañana salimos Adela y yo para ir á algunas tiendas; y como hablamos bien el italiano, *nos han aconsejado*, que no dijésemos que éramos estranjeras, para sacar nuestras compras mas baratas: con que hemos tomado, sobre poco mas ó menos, la costumbre matutina de las damas genovesas. Estando ya para salir de casa de un mercader de flores, nuestro lacayo alquilado nos propuso que entrásemos en la tienda de un estampero, que estaba á dos pasos de allí: puse algunas dificultades, pero, cediendo á las instancias de Adela, entré en la tienda. El mercader, hombre gordo, de bellísimo humor, nos presentó algunos grabados, y nos preguntó, si conocíamos *la bambolina francese, la muñequita francesa.*

—¿Qué cosa es? preguntó Adela.

—Un dibujo iluminado, respondió el mercader, que un pintor jóven hizo ayer en la Velada de las Cuarenta.

—Y ¿qué representa? volvió á preguntar Adela.

—Primero es menester que sepais, señoras, contestó el mercader, que han llegado á Génova dos francesas, que son madre é hija.....

Aquí nos miramos Adela y yo con alguna conmocion, y el mercader continuó su discurso, diciendo:

—La madre no tiene cosa estraordinaria: pero la muchachuela ¡es una de las buenas *caricaturas*!... Oyes, Lorenzo, ¿dónde pusistes aquellos dibujillos?....

A esto respondió Lorenzo, que todos se habian vendido, á escepcion de uno, que nos presentó.

—Pues el pintor, prosiguió el mercader, no ha perdido su trabajo. Ha pasado la noche en hacer, con ayuda de un par de amigos, cosa de treinta de esas aguadillas, y todo se lo han llevado..... Ved, señoras, ved, si no es cosa estraña.....

Entonces Adela, encendida y confusa, puso los ojos en el dibujo, y volvió al instante la cara al otro lado con una sonrisa forzada y amarga.

—Convenid conmigo, señoras, en que es una bella figura: mirad ese pescuezo largo ondeando sobre la espalda, esos enormes bucles que caen sobre el pecho, ocultando la garganta, y ese canasto de flores sobre la cabeza. ¡Bella caricatura! ¡Bella caricatura!

—Y ¿os ha dicho el pintor, le pregunté, que esta figura era parecida?

—El no se ha sujetado á la semejanza; pero con todo, dos damas de la Velada de las Cuarenta, que han venido esta mañana, conocieron el

perfil al instante, y rieron hasta mas no poder.

—Y ¿dicen que sea hermosa esa francesita?

—Asegura el pintor, que no seria maleja, sino estuviese tan estraordinariamente ataviada.

Acabando de decir esto el mercader, me levanté, compré la *muñequita francesa*, y nos fuimos. Llegadas á casa, dije á Adela:

—Con que vamos, hija mia, ¿qué piensas de esta aventura?

—Lo que pienso, mamá mia, es que, cuando nos burlamos de frioleras, nos pueden corresponder en la moneda misma: yo estaba fuera de mí; pero veo que las damas de la Velada de las Cuarenta son tan frívolas como yo, cuando se han burlado de mi modo de vestir, con la diferencia de que son menos disculpables, porque tienen mas de trece años.

—Con todo, hija mia, persuádete á que ha habido mas de una con juicio suficiente para no maravillarse de que una francesa no vista como una genovosa.

—Mamá, ¿para qué habeis comprado ese dibujo? ¿qué quereis hacer con él?

—Lo que tú quisieres.

—Eso, mamá, solo es bueno para quemarlo.

—¿Por qué, hija? la figurilla es graciosa, y además te se parece.

—Mamá mia, yo no tengo unas narices como esas, y así espero.....

—Es verdad, que no te han favorecido en el retrato, mas, no obstante, te da un cierto aire. Así es como nos pintan los que no nos aman; pero por desgracia, aunque nos afean, no nos desfiguran del todo, y nos dejan maliciosamente algun rasgo por donde seamos conocidos. Volvamos á nuestra *caricatura*: ¿por qué quieres quemarla?

—Mamá..... yo.....

—¿Sabes el verdadero modo de desvanecer una burla de este género? pues es el de no manifestarse resentida ni cortada por ella. Si la malignidad procurara ofenderte ó desacreditarte, tendrias razon para afligirte; pero esta bufonada no insulta tu pundonor; y si tienes frescura bastante para ser la primera á celebrarlo, en lugar de ridicularizarte, cederá en favor tuyo, dándote á conocer por superior á los despechillos que causa una vanidad pueril, y haciendo ver que no das importancia á las cosas que no merecen ocupar á una persona de juicio.

—Pues bien, mamá mia, ese partido tomaré.

—Esa resolucion me causa mucho gusto, y me prueba que tienes efectivamente entendimiento.

—Lo dicho, dicho, mamá: nunca mas me resentiré de las *malignidades* que no insultaren mi *pundonor*.

—¡Malignidad, hija mia! ¿Crees, acaso, que esta bufonada lo sea?

—Sí, señora, pues me ha causado algunos momentos de disgusto.

—La razon es harto buena, Adela mia; pero lo que tu llamas malignidad (porque eres el objeto) no es sustancialmente mas que una malicia, una bufonada, mucho mas ligera que la que en otro tiempo usastes con Brígida, cuando colgastes en tu cuarto el perfil del emperador Vespasiano, porque lo ridículo recaia únicamente sobre la persona de Brígida, y no sobre su adorno.

—¡Válgame Dios, mamá, y que cosas tan añejas recordais!

—Si aquello te hubiera enteramente corregido, no te lo refiriera: es verdad, que te ha enseñado á respetar á tus amigos; pero ¿te ha quitado tu humor burlon? Ayer mismo ¿no hicistes á Brígida una ridícula descripcion de las damas genovesas?

—Mamá, os aseguro que aborrezco ya las bufonadas, y que nunca mas me vereis caer en un defecto tan vil, tan necio y tan despreciable.

—Vamos, hija mia: te creo: no hablemos ya mas de este asunto. Tengo convidadas á comer algunas gentes: ven á la sala.

—Mamá, voy á llevar mi *retrato* para manifestarlo á todo el mundo.

—Harás muy bien: vamos.

En efecto, entró Adela desembarazadamente en la sala, con la *bambolina francese* en la mano,

y contó con gracia nuestra aventura de por la mañana, y nuestra conversacion con el mercader. Toda la concurrencia, prevenida ya por mi marido, la alabó mucho por el buen humor con que llevaba la bufonada; y Adela, contentísima de su buen éxito, hizo poner un marco al dibujillo para colocarlo en su sala. De manera, que ahora estoy segura de dos cosas, esto es, de que nunca llevará á mal una bufonada, y de que nunca las hará pesadas.

Adios, amiga mia: ya estoy á doscientas noventa y cuatro leguas de tí, y de Mad. Ostalis, y voy á separarme todavía mas. ¡Qué cálculo tan triste!..... Confieso que, tres meses antes de mi partida, pensaba con gusto en el viaje, pero ahora se me aprieta el corazon, cuando pienso en el espacio que nos divide. ¡Cómo nos seduce y engaña la imaginacion! ¡Ah! ¡cuán cierto es que solo del alma proceden los verdaderos y sólidos placeres, por ejemplo, los que disfrutaré á mi vuelta!

CARTA XXXIX.

El baron al caballero Aymeri.

De Génova.

En fin, amigo y señor, habeis determinadamente deshecho el matrimonio propuesto por

Mad. Olcy. No puedo decir que lo siento, porque tengo en mi corazon el proyecto que os he comunicado. Hablemos ahora circunstanciadamente del caballerito Valmont, y veamos como podremos preservarlo de una parte de los peligros á que se verá espuesto este invierno. Ya os lo tengo dicho: si os deja, se estravía: si lo seguis por fuerza, de nada lo preservareis. No podreis, pues, contenerlo sino por la confianza. Un jóven de buen natural debe sentirse inclinado á ella para con una persona, cuya prudencia y esperiencia conoce, de quien se cree amado, y con quien tiene costumbre de consultar desde la niñez. Bien es verdad, que pocos padres, y pocos maestros, saben inspirar la confianza á sus hijos y discípulos. He buscado la razon, y me parece haberla hallado. Hay dos suertes de confianza: una fundada sobre la estimacion sola, y sobre la necesidad de consultar, en negocios importantes, con persona mas ilustrada é instruida que uno mismo: la otra procede del corazon, y de la conformidad de opiniones y sentimientos: ésta se da sin interés, sin necesitar de un consejo útil, nos estimula á encontrar un placer indecible en hablar de lo que nos ocupa, de lo que nos divierte, en decir todos los secretillos del momento, y en mostrarnos tales cuales somos. La primera especie de confianza es mas lisonjera. La segunda es mas cariñosa: una sin otra deja siempre á la

amistad tibia ó imperfecta; pero juntas ambas forman aquellas estrecheces íntimas y durables, de que se ven tan pocos ejemplos, y que cosa ninguna alcanza á destruir. Ordinariamente no se gusta de hablar de los sentimientos, placeres y ocupaciones, si no con la persona que halla verdaderamente delicia en su narracion.

Si solo prestais atencion á vuestro hijo, cuando os pide algun consejo, no tendrá con vos mas confianza, que la que, sobre poco mas ó menos, tendriamos nosotros con el abogado que fuésemos á consultar. Persuadid, pues, á vuestro hijo, que su conversacion os atrae, y preferirá vuestra sociedad á cualquiera otra: la desproporcion de las edades, debe necesariamente establecer grande diferencia en los gustos, y en el modo de considerar las cosas; pero ved ahí precisamente lo que es menester disimular.

Cuando Teodoro. aun en su primera infancia, me hablaba horas enteras de su carro, de sus juguetes, ó de sus jardinillos, estaba muy persuadido á que su conversacion me era de la mayor importancia; y no hallando otro que yo, que pudiese escucharlo tanto tiempo, sin demostrar fastidio, era su mas grata recreacion, y su mayor placer, hablar conmigo á solas; y si sobrevenia alguno, quedaba al momento interrumpida aquella conversacion deliciosa; porque sabiamos ambos, que las cosas de que gustábamos de hablar,

solo á nosotros podian importarnos; y cuando venian á perturbarnos, nunca dejaba yo de dar á conocer á Teodoro, por medio de alguna seña, ó palabrita al oido, cuan importuno y desagradable era para mí aquel tercero.

Hasta ahora he seguido constantemente este método, y el fruto que de él saco, y la íntima confianza que Teodoro me acredita, me indemnizan muy bien del tedio que ha podido algunas veces causarme. Tengo certeza de que en otro ninguno tendrá Teodoro mas confianza que en mí. Como acostumbrado desde la infancia á no ocultarme nada, y á decírmelo todo, se le ha vuelto esta costumbre una necesidad verdadera. Como educado por mí desde la cuna, ni tiene mas opiniones ni principios, que los que yo le he dado: por consecuencia siempre tendremos mucha conformidad de caractéres, y un modo, á poco mas ó menos semejante, de considerar y juzgar las cosas. Solo nuestros gustos serán, pues, diferentes, pero nunca lo echará de ver Teodoro. Amo la soledad, y me verá acompañarle en el mundo, y aun aparentar que me divierto en él. Lo seguiré á las carreras de caballos, y haré como que me intereso cordialmente por *Glow-Worm*, ó por *King-Pepin*: finalmente, siempre le persuadiré á que participo de todos sus gustos, mientras fueren inocentes y juiciosos.

Ved aquí el camino que os aconsejo que sigais

con el caballero Valmont. Pensad, aparte de esto, que la austeridad aleja y espanta la juventud: y que solo la podremos atraer hácia nosotros, afectando que nos parece amable: mirad que nos volvemos para ella insoportables, cuando censuramos sus acciones inocentes.

En mi carta primera toqué el punto relativo al método, que me parece debe seguirse para preservarle de la pasion epidémica del juego: quédame que hablar de un peligro por ventura mayor que el del juego. El invierno próximo estará libre el corazon del caballero Valmont. ¿Qué hará de aquel corazon tan naturalmente sensible?..... Gusta de las habilidades, de los espectáculos, y ya conoceis hasta donde suele llevar esta aficion á la mayor parte de los jóvenes. El caballero Valmont es honrado y pundonoroso, y tal estravío seria en él muy pasajero; mas, por rápido que sea, deja siempre funestas impresiones. Fuera de esto, si vuestro hijo se liberta de dicho escollo, ¿cómo se libertará de un sentimiento, cuyas penas únicamente ha conocido, y cuyos placeres querrá conocer al fin? No veo, para preservarlo, otro medio, que el de presentar á su imaginacion un objeto, hácia el cual puede dirigir sus deseos y esperanzas. Adela le parece amable, y está persuadido á que hará dichoso al marido que la dieren: ella todavía es muy jóven para despertar una pasion, pero una imaginacion

de diez y nueve años puede fácilmente representarse lo que será dentro de dos años..... Sobre esto hay que el caballerito de Valmont quiere de veras á mi mujer, y no se manifestaria indiferente á la esperanza de pertenecerla tan de cerca, y de verse adoptado por una familia que conoce desde su niñez; y en fin, aun con relacion á los intereses, nunca haria un matrimonio mas ventajoso: queriendo casarse con mujer de nacimiento, no la encontrará que reuna en sí mas prendas: con que no dudo que este plan de establecimiento sea conforme á su inclinacion.

Ocultadle las promesas condicionales que nos hemos hecho, pero descubridle una parte de la verdad: decidle, que, segun el conocimiento que teneis de mi carácter, no dudais que, si fuera irreprensible su conducta, lo preferiria yo á otro cualquiera. Ignore todavía mucho tiempo, por su mismo interés, que allá en mi corazon le tengo destinada á mi hija; porque presto pierde los atractivos aquello que hay seguridad de poseerse. La certidumbre lo enfriaria; pero la esperanza lo impelerá á que lo emprenda todo, y á que sufra, si conviniere, las pruebas mas difíciles. Si la imaginacion se le acalora, y si tal sentimiento, alimentado por vos mismo, se vuelve pasion, no temais que Valmont se descamine, ni que se separe: sereis su amigo y confidente, y todos vuestros consejos serán escuchados y seguidos. En

fin, nada arriesgareis en despertarle un afecto apasionado á mi hija: él la ama, y él casará con ella, porque la sabrá merecer. Adios, amigo y señor: todavía permaneceré aquí seis semanas, y despues saldré para Venecia, donde cuento pasar el invierno.

CARTA XL.

La baronesa á la vizcondesa.

De Génova.

Mañana dejaremos á Génova, y nos alegramos mucho, porque todos deseamos con ánsia ir á Venecia. Es Génova una hermosa ciudad: se ve con admiracion y se deja sin pesadumbre, porque los atractivos de la sociedad no empeñan. Aquí no produce el lujo ninguna fruicion agradable: solo se ostenta por lucir: es esterior y únicamente para admirar á los estranjeros, y detener la vista de los transeuntes. Hay en Génova palacios suntuosos, soberbias columnatas de mármol y galerías inmensas de pinturas, pero estas vastísimas casas tienen una distribucion muy incómoda: es menester subir una escalera sumamente empinada y de setenta ú ochenta escalones á lo menos, para llegar á la bella habitacion. Los dias de concurrencia están dichos palacios ilumi-

nados con la mayor magnificencia. Por ejemplo, cada araña contiene regularmente ciento veinte luces: los genoveses, cuatro ó cinco veces cada año, juntan en su casa doscientas personas, dan bailes, pero nunca cenas. La curiosidad me llevó ayer á un baile de máscaras, en mi vida he visto cosa mas triste ni silenciosa, las bailadoras tienen precision de bailar alternativamente minuetes media hora de seguida; y despues otra media hora *inglesas*, y en fin, otra media hora *genovesas*, que es un baile lento y monótono: despues de las *genovesas*, se continúan los minuetes, y así se va prosiguiendo en aquel órden. Me parece que solamente los franceses saben divertirse; pero, aparte de esto, Adela y Teodoro van satisfechísimos de haber estado en Génova, porque llevan una gran cartera de dibujos y cada uno un bonito diario. Adela ha querido romper algunas páginas del suyo, por haberme yo burlado un poco de él, pero no se lo he permitido, y segun mi promesa, los verás sin correcciones ni cercenamientos. Adios, mi estimada amiga; espero encontrar carta tuya en Venecia, que, por lo que hace á mí, mi primer cuidado en llegando será escribirte.

CARTA XLI.

La vizcondesa á la baronesa.

De Paris.

¿Creerás, querida amiga mia, que no he recibido hasta antes de ayer, esto es, cuatro meses despues de escrito, tu diario de la Cornisa, y la historia de la duquesa de C.***? El hombre, á quien encargastes el paquete, cayó enfermo en el camino, y no llegó aquí hasta el jueves pasado.

Nos hemos encerrado Mad. Ostalis, el caballero Herbain y yo, en aquel gabinetito que tú sabes, y allí hemos leido con indecible gusto la terrible y dolorosa historia. Dice el caballero Herbain, que el duque de C.*** se parece mucho á la *Barba azul*, pero, no obstante la bufonada, ha llorado tanto como nosotras, y ha sido de dictámen que la duquesa pinta con una verdad muy persuasiva los diferentes movimientos que la agitaron en tan estraordinarias situaciones. ¡Qué monstruo tan horroroso aquel marido!.... ¡Quejémonos ahora nosotras de los nuestros!.... ¿Nos atreveremos á quejarnos de las contradiccioncillas que nos sobrevienen despues de tales ejemplos de paciencia, conformidad y valor? Me sien-

to humillada al ver cuán lejos estoy de aquel grado de perfeccion humana. Seguramente que me hubiera vuelto loca en el subterráneo, me hubiera muerto, ó por mejor decir, no hubiera entrado, porque lo hubiera declarado todo, á lo menos así me lo parece. No he quedado muy pagada del conde de Belmire: comprendo bien que la duquesa, cuando salió de su caverna, no podia amarlo; porque nueve años de semejante cautividad son suficientes para apagar cualquiera imaginacion; pero su amante debió quererla siempre con alma y vida, pues ni habia ayunado ni dormido sobre la paja. Hace muy mal en no continuar enamorado de ella. Es cosa rara verse tan de pronto yerno de la que tanto amaba; solo pudiera yo disculparlo, pareciéndose mucho á su madre la condesa de Belmire. Pídote que me noticies esto con la mayor menudencia en llegando á Roma. Nada de nuevo tengo que decirte sobre mi situacion. Alternativamente me fastidio, me entretengo, me aflijo, me consuelo, me quejo, me burlo y siempre lo mismo. Por pasar el tiempo en ausencia tuya, he tomado un médico: ni me cura de la jaqueca ni de mis males de nervios; pero lo quiero que es locura: cosa qne me ha parecido muy rara, y tanto, que me he tomado el trabajo de meditar sobre ello, y he descubierto, que cuando no se está enfermo y se tiene afecto á un médico, tal especie de sentimien-

to procede del mismo que comunmente estimula á tomar un amante. *La Rochefaucault*, dice: *la causa de que los amantes no se fastidien de estar juntos, es porque hablan siempre de sí mismos.* Un médico es mucho mas entretenido y amable que un amante, porque nunca habla de sí, y escucha siempre con la mayor atencion y con semblante de tomar partido en lo que oye. Vé aquí, sin ninguna especie de duda, por qué amo tanto al mio: lo mantendré hasta que vuelvas, pues entonces ya no lo necesitaré. Conozco que toda mi vida preferiré de buena fé la complacencia de escucharte, al inútil placer de ser escuchada.

Por fin, el hijo de Blezac se casa con madamisela R.***, que es la personita mas graciosa que habrás visto jamás. La ha educado una tia vieja allá en una casa de campo antiquísima de su provincia: nada sabe, ni aun hacer una cortesía. Nada ha visto; pero tiene tanto entendimiento natural, como cabe á los quince años y medio: su misma rustiquez tiene gracia, y es bonita como un sol. Desde tres meses á esta parte, que murió su tia, está aquí en un convento, y mañana saldrá para casarse. Como su suegra no va á la córte, y Limours es pariente bastante cercano de Blezac, seré yo quien la presentará. He ido á verla muchas veces, y la muchacha me encanta: su candor, su buen natural y sencillez, la hacen apreciable y atractiva: sobre todo tiene

un bellísimo corazon, y llora mucho á su anciana tia, aunque confiesa que era *algo regañona*, y siente dejar su convento, porque ha estrechado amistad con una religiosa, á quien su tutor la habia particularmente recomendado... La muchacha es sensible, ingénua, no tiene idea de cosa alguna, aun no ha cumplido diez y seis años y va á entrar en el mundo..... ¡Pobre niña!.... Ahora que hablamos de *inocencia*: el otro dia le ocurrió repentinamente á Constanza preguntarme, que cosa era un amante. La pregunta me sorprendió, y creo que respondí mal. ¿Qué conviene decir en semejante caso? ¿Una bestialidad, ó la verdad pura sobre *poco mas ó menos*? No lo sé: instrúyeme sobre este punto. Adios, querida mia. El caballero Herbain, á quien siempre doy á leer tu diario, dice, que todavía encontrarás caminos peligrosísimos desde Venecia hasta Roma. Y ahora que Adela está ya familiarizada con los precipicios, me darias mucho gusto en evitarlos, si pudieses. Imagínate, que inquietudes no causarás á la que tiene miedo de ir en coche por el camino de Versalles. Tu diario de la Cornisa me ha erizado el cabello, y tu pasaje por mar desde Antibo á Niza, y tu barbaridad de hacer cantar á Adela en el momento de su padecer....., todo, todo me ha parecido tan cruel y terrible, como la historia de la duquesa de C.***. Adios, corazon mio: siempre procuraré imitarte

en cuanto pudiere; pero te hago saber, que mi única navegacion con Constanza, será por el Sena, y que nunca la haré trepar por otra montaña, que por la de los *Buenos hombres*.

CARTA XLII.

La baronesa á la vizcondesa.

De Venecia.

¡Qué cosa tan singular y melancólica es Venecia! Cualquiera se sorprende de admiracion al entrar. No puede formarse idea de este punto de vista. Efectivamente, ¿qué cosa mas estraordinaria, que una ciudad grande en medio del mar, bañadas sus paredes de agua, y por calles unos canales? La mayor parte de ellas no tienen aceras, por ejemplo, la en que está mi casa; de que se sigue, que ni pasa gente, ni se oye hablar, ni hay el mas ligero ruido, porque los gondoleros no hacen ninguno, en términos que se cree estar en un desierto, ó en la caverna de la duquesa de C.*** El que se asoma á la ventana, no ve pasar mas que góndolas negras, que parecen sepulcros, y no se tiene á la vista otra cosa mas que agua turbia, y casas viejas de arquitectura gótica, cuyas paredes, ennegrecidas por el tiempo, presentan el aspecto mas desagradable y triste.

Añade á esto que si se sale de la ciudad para pasearse, no hay seguridad de volver á entrar en ella, porque es muy posible que lo impida una tempestad, como nos ha sucedido. Nos vimos precisados á dormir en Fusina, que es un meson malísimo á una leguecita de Venecia, porque el mal tiempo no nos permitió alejarnos mas. Con todo, este es un pueblo bien digno de escitar la curiosidad: es único en el mundo, y encierra bellísimos monumentos, y soberbias pinturas.

Me veo precisada, querida mia, á *confesarte* otra nueva obra de educacion. Es sobre la mitología, esto es, una historia poética, pero que he procurado hacer mas agradable, y particularmente mas honesta que las que corren. Adela solo tenia una idea general de la fábula, y como, para la inteligencia de las pinturas y monumentos de que abunda Italia, es necesario saberla con igual perfeccion que la historia romana, he compuesto dicha obra para ella: se la dí cuando llegamos á Génova, y aquí la está leyendo por la segunda vez.

¿Qué me dices, amiga? ¿Con qué Constanza pregunta ya qué cosa es un amante? ¡Mucho madruga! Mi parecer es, que nunca debe responderse una *bestialidad*: tú puedes, mejor que cualquiera otra, seguir este consejo; y así dí siempre, *sobre poco mas ó menos*, la verdad. *Inocencia* é *ignorancia* son dos cosas diferentísimas,

que regularmente se confunden: la una es el atractivo mas poderoso para hermosear á una jóven: la otra ni hermosea, ni puede dejar de ser perniciosa. No dejemos, pues, de la ignorancia mas que lo necesario para conservar la inocencia. Cierto es que hay tal pregunta, á que no se podria responder de un modo *sobre poco mas ó menos* verdadero, sin alterar ó aun destruir la inocencia. Ni quiero que se mienta, ni tampoco que se diga una bestialidad. ¿Cómo, pues, ha de ser? Mucho tiempo ha que pensé en esta dificultad, y encontré el modo de no embarazarme jamás. Adela no se ha acostumbrado á creer, que yo esté siempre obligada á responder á sus preguntas: al contrario, he conseguido acostumbrarla á ver su curiosidad frustrada con esta respuesta: *Lo que me preguntas no es de bastante importancia para que yo trabaje en esplicártelo*: ó bien con esta otra: *no es necesario que sepas eso: la tal esplicacion fuera fastidiosísima para tí y para mí.* Ya ves que, reusando satisfacer su curiosidad, cuido al mismo tiempo de disminuirla, cuanto es posible, asegurándola que lo que desea saber, *nada tiene de importante*: por tanto ni insiste, ni se apesadumbra de mi repulsa, y yo atiendo á dar frecuentemente igual respuesta á las preguntas mas triviales, lo cual me autoriza para colocarla con naturalidad, cuando verdaderamente no puedo darla una esplicacion. De ma-

nera, que Adela nunca estraña que yo no la responda, y cree que la ahorro una narracion fastidiosa, con lo que no piensa mas en ello. Además, que está tan ocupada, y su vida es tan activa, y sus momentos de tal modo empleados, que no tiene posibilidad de meditar sobre objetos peligrosos. Cuando la razon la ilustrará mas, conocerá sin duda, que hay cosas que para ella son misterios, pero penetrará al mismo tiempo, que debe ignorarlos, y no tendrá gana de saberlos. Bien segura estoy de que la pureza de su alma y su modestia la conservarán su inocencia. Adios, mi amiga estimada: vienen á buscarme para ir á la plaza de San Márcos. Pasado mañana volveré á escribirte, porque esta carta me parece muy corta.

CARTA XLIII.

Madama Ostalis á la baronesa.

De Paris.

Madama Limours es desgraciadísima en este instante, amada tia mia. Su hija y su yerno la dan crueles pesares. Valcé perdió ayer cuarenta mil duros. Con la novedad, sus acreedores, y los de su mujer cargaron sobre Limours, y en fin, se han descubierto cerca de un millon y seiscientos mil reales de deudas, hechas en cinco ó

seis años. Envian á Valcé á su regimiento por un año: se vende una hacienda y Limours paga totalmente las deudas de su hija, que ascienden á veinte y cuatro mil escudos. Mad. Valcé muestra la mayor gratitud á su padre: parece que lo ama apasionadísimamente; pero se porta con su madre de manera que pone en duda los honrados procedimientos que publica. Se ha separado enteramente de su madre, viviendo en su misma casa: apenas la ve medio cuarto de hora al dia. En fin, no tiene ahora otra sociedad que la de Mad. Gerville. Ya sabeis que está embarazada de cuatro meses; pero no participa de la alegría que causa un acaecimiento tan deseado á su padre y á la familia de su marido. Es menester otra alma que la suya para conocer la felicidad de tener hijos.

Aymeri no llegó aquí hasta fin del mes pasado, porque se detuvo seis meses en Languedoc. Desde la llegada del caballero Valmont, Mad. Valcé ha comido muchas veces en casa de su madre, cosa que se ha notado. Estuve convidada un dia, y observé muy á gusto mio..... Me parece que Mad. Valcé continúa en los mismos propósitos, y tanta perseverancia merece algun premio; por lo que creo que la *virtud* del caballero está bien titubeante..... Soy de opinion de que Aymeri lo sigue con demasiada afectacion, y de que usa una cierta severidad que me disgusta:

suele ser el temor un freno poderoso, pero siempre frágil: el despotismo es quien produce las revoluciones grandes, y temo mucho que alguna revolucion muy cercana quite á Aymeri (á lo menos por algun tiempo), el poder de que abusa.

Ya sabeis el casamiento del conde Anatolio, hijo de Blesac: su mujer es graciosa á todas luces. Mad. Valcé dice, que se parece á *Nineta en la Córte*, y es ocurrencia oportuna, porque tiene su ingenuidad, su ignorancia, su gracia y rustiquez; pero al mismo tiempo es imposible tener mas entendimiento á los diez y seis años, ocuparse menos de una linda persona y prometer mejor natural. Me parece que sus parientes no conocen lo que vale: su suegro se burla de ella: Mad. Blesac padece de bonísima fé por su falta de uso y la riñe sin cesar: su marido la mira como á una niña y la muestra una indiferencia que se parece mucho al desden. Todo esto parará en mal. ¡Qué lástima!

Adios, tia mia: ved aquí ya pasados ocho meses y todavía hasta diez: ¡qué largo penar!... Acordaos que me habeis prometido que no viajareis mas. ¡Ah! Sí, como decís, no necesito ya guía, ¿no he menester á lo menos una amiga, cuyo lugar no pueda reemplazarse por ninguna cosa de este mundo?

CARTA XLIV.

El caballero Aymeri al baron.

De Paris.

Os he prometido sinceridad: cumpliré mi palabra; pero acordaos de que me habeis prometido disculpar *algunos estravíos pasajeros*..... Todo lo sabreis: contad con mi franqueza, que mereceis, pues la amistad, la probidad y mi agradecimiento me imponen igualmente la obligacion de no callaros cosa alguna.

Del mismo modo que lo antevisteis, cuatro meses de ausencia han desvanecido enteramente la inclinacion de mi nieto á Mad. Ostalis: es verdad que no pudo verla sin agitarse y complacerse, pero la falta de esperanza terminó su pasion. Entonces advertí, que su atencion y sus miradas se volvieron hácia Mad. Valcé; y esta, notando, sin duda, lo mismo, puso por obra, para acabar de volcarle el juicio, todo lo mas seductivo que puede imaginar la desenvoltura. Un dia que comimos con Mad. Valcé, me dijo Valmont al entrar en casa, que tenia grandísimo deseo de ir al baile de la Opera. Respondíle que lo llevaria otra noche. No insistió en ello y me acosté. Su cuarto está contiguo al mio, separado únicamente

por una antecámara que da á la escalera. Habria, á poco mas ó menos, cosa de hora y media que estaba yo acostado, cuando oyendo pasos en su cuarto, llamé á su lacayo viejo que conoceis. Vino Plácido y le pregunté si se habia acostado su amo.

—¡Cómo acostado! respondió Plácido: ¿no está con vos? Pues ¿qué se ha hecho?

Estremeciéronme sus palabras, y Plácido me notició que mi nieto habia salido de su cuarto, diciéndole, que iba al mio, y que durmiese mientras volvia, porque tenia muchas cosas que decirme y la conversacion seria larga Entretanto que Plácido hablaba, me levanté precipitadamente y corrí á la antecámara: la puerta de la escalera estaba cerrada; pero encontré abierta la ventana y ví que, con peligro de su vida, se habia escapado mi nieto por uno de los claros de los yerros (que son estrechísimos, y las barras esquinadas), y que, de aquel modo, habia verosímilmente ganado la puerta, en la que, sin duda, tendria cómplices, y no me engañé en ninguna de mis conjeturas.

Desperté á todos mis criados, mandé recorrer la ventana, salí yo mismo á la calle; despues de haberme asegurado de que, á lo menos, se habia escapado sin desgracia, volví á mi cuarto para meditar, que partido tomaría. Despues de muchas vacilaciones, me determiné á esperarlo:

echéme sobre un camapé, y pasé de aquella manera toda una noche, que ya comprendereis, debió parecerme larga. Al apuntar el dia, abrí la ventana, y consideré temblando el riesgo que mi nieto habia corrido..... En fin, á eso de las siete me trajo un saboyardo una carta: conocí la letra de mi nieto, y leí lo que sigue:

«No me atrevo á comparecer delante de un »padre, á quien amo y venero: véome precisado »á huir y á ocultarme: temo todo el peso de su »cólera..... Pero ¿cuál es mi delito?.... Haber ido »solo (á la edad de diez y nueve años) al baile »de la Opera..... Padre mio, permitidme que lo »diga: si hubiéseis querido darme, no mas que »la mitad de aquella libertad de que veo disfru»tar á los jóvenes de mis años, nunca hubiera »inventado ocultaros ninguno de mis pasos.

»¿Me dais licencia para ir á solicitar mi per»don?.... No hay cosa que no esté yo dispuesto »á hacer para conseguirlo.»

Leido el billete, respondí en estos términos.

»Entretanto que tú estabas bailando, tu pa»dre, de edad de sesenta años se hallaba en la »calle, cubierto de nieve, medio desnudo, agi»tado de las mas horribles inquietudes: averi»guaba si su hijo, si su única esperanza, habia »perdido la vida por escaparse de la casa pater»na..... Entretanto que estabas en el baile, vela»ba tu padre solo en su cuarto, contaba todas

»las horas, gemia en el abandono, y no pensaba »mas que en el ingrato que de él huía..... Su»puesto que lo preguntas, estos son tus deli»tos..... ¡Oh Cárlos! ¡tú sabes cual es el mio, y »los remordimientos que me oprimen! ¡Tú sabes »si la desgraciada Cecilia no está presente siem»pre á mi pensamiento!.... ¿Serás para mí un »instrumento fatal de la cólera divina?.... ¡Ay, »hijo mio! ¡me sometiera á tan horroroso desti»no, como pudieras castigarme, sin perderte!»

Pasado un cuarto de hora, despues de enviada la respuesta, se abrió repentinamente la puerta de mi cuarto, y entró Cárlos pálido, sin aliento, y bañado el rostro en llanto: arrojóse á mí, y se echó á mis pies. Despues de un silencio largo causado por nuestro mútuo enternecimiento, tomó la palabra, y me hizo unas protestas muy persuasivas de arrepentimiento y ternura, pero mezcladas, sin embargo, con algunas quejas astutas y modestas sobre la poca libertad, que hasta entonces le habia yo dejado. Es verdad le repliqué; pero pude lisonjearme de que, habiéndote consagrado los restos de mi vida, te dejarias aun guiar por mí el segundo año que te presentas en el mundo. Dices que todos los jóvenes de tu edad disfrutan una total independencia; ¡pero mira lo que son!.... ¡Yo te deseaba otra existencia!.... ¡Yo te preparaba otro destino!.... ¡Ay, Cárlos! Si me hubieses creido, ¡qué

felicidad pudieras haber logrado!... Aquí me detuve; y, leyendo en los ojos de mi nieto una curiosidad vivísima, continué diciendo: he diferido participarte el proyecto que mas aprecia mi corazon: aguardaba, para noticiártelo, que deseases como en otro tiempo, hablar conmigo á solas; pero de tres meses á esta parte, huyes de todas las ocasiones: por las noches, cuando entramos en casa, parece como que vienes dormido, me escuchas con distraccion, y me hablas de cosas indiferentes.

—Y ese secreto, me interrumpió, ¿no pudiera yo saberlo ahora?.... Entonces, sin mas vacilar, entré en la conversacion, que me habeis aconsejado tuviese con él. Al solo nombre de Adela se inmutó; luego que acabé de hablar, noté en su rostro una conmocion visible: preguntóme cual era puntualmente la edad de Adela.

—Trece años tiene ahora, le respondí: en volviendo de Italia tendrá catorce, no será ya niña, se habrán perfeccionado sus habilidades, su persona oscurecerá seguramente *aquella* que te parece ahora mas sobresaliente, te trastornará entonces la cabeza....., y, por ventura, no será ya tiempo, porque, si no la mereces, será en vano que la ames. Habla: ¿cuál es tu modo de pensar sobre este punto? ¿Deseas que pueda realizarse un proyecto así?

—Lo deseo con ansia, me respondió..... Y os

confesaré que, pensando en que madamisela Almane tendria las gracias, las habilidades y las virtudes de madama Ostalis, se ha presentado mas de una vez dicha idea á mi entendimiento. Aparte de esto, aun en Languedoc, allá en mi juventud primera, tenia yo á la graciosísima Adelita una inclinacion estraordinaria, particularmente desde aquel dia que la vimos desmayarse, cuando Teodoro sin saberlo, desató la venda del brazo de su madre..... Mientras viviere, no se borrará de mi memoria aquel admirable retablo!

—Veo, pues, le interrumpí, que tus ideas se conforman puntualmente con las mias. Pero ¿crees que la baronesa elija para yerno suyo á un jóven atolondrado, inconsecuente, sin costumbres, ó bien á un mal sujeto?

—Hasta aquí, me replicó, no debe quitarme las esperanzas mi conducta.

—Escucha, Cárlos, le repuse: podemos confesar nuestras flaquezas, pero no debemos divulgar las de otro: un hombre honrado debe respetar, aun á la mujer que menos se respete á sí propia: esto supuesto, no te pido que me digas tu secreto: te he dicho el mio: reflexiona en él: un estravío, de algunas horas no mas, es disculpable; pero si renunciares enteramente á los principios que te he inspirado, si fueres capaz de estrechar amistad seguida con una mujer des-

preciable, cuya declaracion, que precedió á la tuya, debiera, por lo indecente, haberte causado náuseas, entonces, receloso de que Mad. Almane, preocupada á favor tuyo, no padezca engaño sobre tu carácter, y no persista en las intenciones que la supongo, seré el primero que la haré sabedora de tus desórdenes; pero ella es tan ilustrada y prudente, que no necesitaré acusarte yo mismo. Si tiene miras, como creo, no dudes que estará noticiosa en Italia de tu conducta, y que desde Roma y desde Nápoles tendrá puestos sobre tí los ojos. Sé consecuente, que es todo lo que te pido; y, si es cierto que conoces todas las ventajas de un establecimiento tan deseable, condúcete de manera, que puedas pretenderlo. Produjo maravillas esta conversacion. Cárlos arrepentido, agradecido y docil, se puso voluntariamente en mis manos; y aun se conformó en que partiésemos al dia siguiente para la Picardía, donde hemos pasado ocho dias; y antes de ayer volvimos. Hemos sabido que madama Valcé ha malparido, y dicen que por culpa suya, pues estuvo en el *baile de la Opera* una noche que hubo inmenso gentío. Mi nieto ha recibido dos ó tres papeles, que no me ha manifestado: creo que en ellos se me maltrata, y que Cárlos en sus respuestas me acusa sin escrúpulo de tirano, y me culpa de todo; pero en la realidad su corazon no tiene parte en ese oculto ma-

nejillo. Habla de Adela con mucha complacencia: la esperanza de ser algun dia vuestro hijo lo tiene loco de contento, y estoy seguro que esta idea producirá todos los efectos saludables que nos prometemos. Adios, amigo y señor: respondedme sobre todo esto, continuad aconsejándome, y dirigid vuestras cartas á París hasta la primavera, porque mi salida será allá para fines de mayo.

CARTA XLV.

El conde de Roseville al baron.

Vedme aquí ya llegado á la época peligrosa en que el preceptor debe aumentar su cuidado y vigilancia, si no quiere aventurar todo el fruto de sus trabajos. Mi discípulo no tiene mas de quince años y medio, y ya está enamorado. Largo tiempo hace que anteví, que sus pasiones serian vivas, y que se desarrollarian temprano. Pero se domina, me quiere mucho, y su tierno corazon ama ya la gloria.

Seguramente que no habreis olvidado á Alejo Stezen, y á su hija, aquella Stolina, aquella muchacha preciosa, á quien el príncipe dió en tiempos pasados su capote. Ha dos años que volvimos á verla, y me pareció tan linda, que hice propósito de no visitar mas á Alejo Stezen. Pero, á pe-

sar de su oscuridad y retiro, Stolina es ya conocidísima por sus prendas. Habrá como unos tres meses que su madre vino aquí para consultar á un médico, y trajo consigo á Stolina. El yerno del médico es un escelente pintor: vió la jóven, y la retrató á hurtadillas, sin que ni madre ni hija sospechasen tal superchería. Quince dias despues se vendia el retrato de Stolina en casa de todos los joyeros. Súpolo al instante el príncipe, y, desde entonces, le entró la curiosidad de registrar las cajas de cuantos venian á hacerle la córte. Encontró por fin lo que buscaba: vió el retrato de Stolina, la conoció al momento, y la examinó con turbacion y cuidado. A la mañana siguiente, pasando el príncipe por una galería, que conduce al cuarto de la princesa su madre, se detuvo en la tienda de un joyero, diciéndome, que se le habia descompuesto el relój que llevaba, y que queria tomar otro. Creí sencillamente, que deseaba ver si tenian en aquella tienda el retrato de Stolina, y le persuadí á que siguiésemos nuestro camino, presentándole mi relój; pero me replicó, que queria comprar uno; y al mismo tiempo sin mirar las cajas, pidió relojes: el mercader le presentó uno, lo tomó apresuradamente, y continuamos nuestro camino. Con todo, me mostró el relój: yo lo examiné por todos lados, y se lo volví, sin poder penetrar cual habia sido su intento; pero no dudando que aquel súbito deseo

de tener un nuevo relój procediese de alguna causa que yo ignoraba. Por la noche noté que el príncipe puso el relój comprado á la cabecera de su cama: tenia yo mucha gana de pillárselo, por un cuarto de hora, luego que se durmiese; pero el temor de despertarlo me lo estorbó.

El dia siguiente y los sucesivos llevó el príncipe el mismo relój, y me pareció haber notado entre el conde de Stralci y S. A. algunas ligeras señales de inteligencia. Queriendo cerciorarme mas, me manejé de manera, que le persuadí á que nada sospechaba yo, contando con que una seguridad de parte mia le haria mas indiscreto. En efecto, á pocos dias no dudé lo que primero habia sospechado vagamente. Deseaba con ansia esplicarme con S. A.; pero conocia cuanto arriesgaba en apresurarme eligiendo un mal momento. Si no conseguia yo una confesion sincera, y si el príncipe, disimulando ya conmigo, podia resolverse á mentirme con firmeza, todo estaba perdido. Determiné, pues, esperar una ocasion favorable, y la casualidad me la trajo pronto, tal cual yo podia desearla.

Acaba de morir uno de los mas grandes señores de esta córte. Los empleos que tenia fueron pedidos (estando aun enfermo). Todos sus despojos están ya dados y repartidos, á escepcion de una dignidad que lo condecoraba, y que ha provisto el rey en mí, aunque de modo ninguno

la he solicitado. Estábamos una mañana solos el príncipe y yo: comunicábame S. A. las reflexiones que hacia sobre Telémaco, que por segunda vez lee ahora.

—¿Por qué, le pregunté, no habla V. A. de la isla de Calipso, y de la pasion naciente de Telémaco á la ninfa Eucharis?.....

A esta pregunta, se sonroseó el príncipe, y bajó los ojos.

—Os confieso, respondió, que no es ese episodio el que mas me gusta de la obra.

—Pues con todo, repuse, á la primera lectura os causó el mayor placer, y admirásteis la penetracion y firmeza de Mentor.

—Mirado con mas reflexion, añadió, encuentro en su conducta demasiado rigor y autoridad.

—Ya lo veo, señor, no aprobais que precipitase á Telémaco en el mar.

—Me parece, continuó el príncipe, que el discípulo de la sabiduría debe ser persuadido por la razon, no subyugado por la fuerza.....

Acababa el príncipe estas palablas, cuando le entregaron un billete del rey su padre: lo abrió con apresuramiento, y, habiéndolo leido, me abrazó y me notició que el rey me concedia aquella gracia, de que ya os tengo hecha mencion. Guardé unos instantes de silencio, y, tomando la palabra, le dije:

—Me llena de gozo el que parece que causa

á V. A. esta noticia; pero yo no deseaba tal favor: puede hacer dichoso á otro, y así no lo aceptaré.

—Y ¿por qué razon? me preguntó.

—Guárdese V. A. de creer jamás, que dinero, empleos, ni honores puedan pagar los cuidados que os consagro. Ni el Estado, ni el rey vuestro padre pueden recompensarme: V. A. es el único á quien pertenece esta deuda..... Ya la habeis desempeñado en cuanto os ha sido posible: satisfecho estoy, y debo estarlo..... Si V. A. no prometiera mas que un alma comun, por ventura ambicionaria esos vanos honores que desdeño; pero ¿cómo podrá deslumbrarme una ambicion tan frívola, cuando las virtudes me prometen una gloria sólida y brillante?.....

—¡Ay, amigo mio! interrumpió el príncipe, apretándome afectuosamente una de mis manos entre las suyas: ¡ay, amigo!..... ¿Cómo agradeceré yo una inclinacion tan verdadera?....

—Manejándose V. A., le respondí, como hasta ahora os habeis manejado, amándome, y dejándome siempre leer en ese corazon noble y agradecido, que jamás tuvo cosa alguna reservada para mí... Ved aquí, señor, mi verdadera recompensa, y, me atreveré á decirlo, una de vuestras mas sagradas obligaciones.

—¡Ya no puedo mas, esclamó entonces el príncipe, ya no puedo mas resistir al remordimiento que me atormenta!.....

A estas palabras afecté hallarme sorprendido..... Arrojóse el príncipe á mis brazos, y lo estreché contra mi pecho.

--A vuestros pies deberia yo estar, me dijo.... A vos, que sois mi amigo, mi guia y mi padre, es á quien he engañado..... Soy un necio, pero no un ingrato..... Todo lo sabreis..... pronto estoy á obedeceros..... á sacrificároslo todo.

¡Poneos un instante en mi lugar, amigo baron, y figuraos los gozosos enagenamientos que debieron causarme tanto candor y generosidad!...

—¡Nada falta para complemento de mis dichas! esclamé: ¡qué mayor gusto, que ver á V. A. sentir y conocer, como yo mismo, el precio de la accion que haceis!..... ¡Os permito que os envanezcais de ella, porque colma mi felicidad, justificando el amor que os tengo!.....

Con estas palabras sucedió en el alma del príncipe la mas pura satisfaccion al dolor y á los remordimientos. Sentóse junto á mí, y, despues de un corto silencio, sacó su nuevo relój, me lo dió avergonzándose, y me dijo:

—Conoced mis faltas y mis locuras..... Ese relój contiene un retrato.

—¡Un retrato! esclamé.....

Entonces el príncipe me indicó el secreto, y abrí el relój.

—¿Conoceis, me preguntó, este sugeto?

—Es *Eucharis*, respondí.

—La comparacion no es buena, repuso, porque Telémaco no la amaba desde la niñez.

—Pero dígame V. A.: ¿cómo ha sido que habiendo tomado sin eleccion esta muestra, os ha caido cabalmente en las manos una que tenia tal retrato? Preciso es que el mercader estuviese prevenido, y, de consiguiente, que os hayais fiado de alguno.

—Verdad es eso, me contestó el príncipe: confesé *á un sugeto*, que deseaba con ansia tener ese retrato, y que no me atrevia á pedíroslo: dos dias dospues se me dijo que lo encontraria en aquella tienda donde nos paramos, y que seria el que el mercader tuviese en la mano.

—¿Qué concepto formais, le pregunté, del sugeto que os lo ha proporcionado?

—No querais saber su nombre, me respondió, que será la única cosa que no podré deciros.

—Me asegurará V. A., pues, bajo su palabra de honor, que no es ninguno de sus criados, porque supongo que ninguna de las personas destinadas á vuestra educacion habrá sido capaz de semejante bajeza.

—Es persona, me dijo S. A., que no tiene conmigo conexion alguna.

—Y que, desde ahora lo aseguro, nunca será amigo de V. A. Pero no hablemos mas de ello: no me queda inquietud sobre vuestra conducta venidera; porque no me habreis vuelto vuestra confianza para desechar mis consejos.

—Y ¿qué deberé hacer ahora? me preguntó el príncipe.

—Prometerme la renuncia, respondí, de un capricho que os deshonraria, si tuviéseis la flaqueza de entregaros á él.

—¡Qué me deshonraria!

—Sí, señor. Sé muy bien que ha habido muchos príncipes, cuyas acciones esplendorosas disculparon semejantes estravíos; pero V. A. ¿qué ha hecho, para que pueda perdonársele no tener costumbres, y ceder vilmente á la pasion de que mas debe librarse un príncipe? Además, ¿qué objeto es el que os mueve un deseo tan criminal?..... ¡Una jóven sacada por V. A. del centra de la miseria, y que os lo debe todo!... ¿Quereis descender desde bienhechor y protegedor de la inocencia, hasta ser un bajo cobarde seductor?..... ¿Quereis perder todo el mérito de la primera buena accion que hicísteis, de aquella accion, que os causó tanta complacencia, y me hizo tan dichoso?..... No, señor, no: bien cierto estoy de que la reflexion mas ligera os curará prontamente de un capricho que os envileceria.

—A lo menos, me interrumpió, os prometo no ocultaros cosa alguna.

—Nada mas pido, señor: quedo satisfecho. Pero ¿qué hará V. A. de ese relój? Imagino que no tendreis inconveniente en dármelo.

—Me conformo, dijo el príncipe, pero con la

condicion de que dejareis á Alejo Stezen y á su familia en la casa que viven á las orillas del Lago ***.

—Y eso ¿qué os importa? pregunté.

—Viven contentos, respondió, en aquella habitacion, y no quisiera que por causa mia se perturbase su sosiego. Aparte de esto, Stolina ignora mi inclinacion hácia ella. Repito, que os empeño mi palabra de honor de no dar un paso sin comunicároslo; y así.....

—Basta, señor: Alejo Stezen quedará á las orillas del Lago ***.

Fácilmente conocí, que el verdadero temor del príncipe era que no se desterrase á Stolina á alguna provincia distante; pero, con todo, despues de la sencilla confesion que acababa de hacerme, no podia rehusarle lo que solicitaba. No quise manifestarle mis recelos, porque todo cuanto tiene visos de desconfianza ofende mortalmente á un corazon generoso. Pero bien penetrareis que antes de un año, quedará Stolina dotada y casada ventajosamente. He hallado modo de separar al conde de Stralci, á lo menos por algun tiempo. El jóven Sulback ha vuelto del viaje que ha hecho secretamente por órden del príncipe á todas las provincias de este país: nos ha traido unas memorias bien trabajadas, y que creo tambien muy fieles. El príncipe, por consejo mio, acaba de dar la misma comision al con-

de Stralci, quien, imaginándose primer comisionado, la ha aceptado con mucho gusto. Partió ayer, y volverá de aquí á seis meses: y para entonces os noticiaré el partido que pienso sacar de todo esto. Adios, baron mio: idme comunicando puntualmente vuestro camino; ya que las cosas de mi príncipe os son de tanta importancia, que deseais ansiosamente instruiros de cuanto es relativo á su persona.

CARTA XLVI.

La baronesa á la vizcondesa.

¡De Roma!..... Tú, que me suponias tan *orgullosa* por poner la fecha de *Venecia*, imagínate cuanto mas lo estaré ahora por ponerla *de Roma*. Pero ¡dichosos los que, como tú, amiga mia, la ponen siempre de *Auteuil* y de *Pantin*! No creerás cuanto se ama la patria, en estando de ella á la distancia que yo estoy de la mia. No encuentro un francés que no me parezca amable. En Venecia me visitaban dos, cuya compañía llegó á serme necesaria, y verosimilmente me cansarian mucho en París.

Por fin, cuanto tiene relacion con la Francia, es para mí de suma importancia y aprecio. Pero volvamos á Roma, donde llegué ayer tarde. Ya comprenderás que mi primer cuidado fué avi-

sar á la hija de la duquesa de C.***, aquella condesa de Belmire, que tanta gana tenia yo de conocer. Prevenida ya por su madre, se presentó en mi casa aquella misma tarde, con su marido, y encontré en ella la urbanidad y las gracias de la duquesa su madre: se parece á ella tanto como puedes desear, aunque no sea tan hermosa. Siento decirte que el conde de Belmire parece que la ama de manera, que da que sospechar que las memorias de Albenga no lo ocupan mucho; pero sin embargo tiene el aire melancólico, y cuando se habla de la duquesa C.*** suspira y se pone pensativo. Bien que yo estaba tan cansada, que no he podido examinarlo con la atencion necesaria, para poder hacerte una relacion muy circunstanciada; pero hoy cómo en su casa, y en la primera que te escribiré satisfaré plenamente tu curiosidad.

Es ciertísimo que el viaje desde Venecia á Roma, por Bolonia y Loreto, es muy fatigoso. El *Colfiorito* es una cornisa sumamente peligrosa, siendo tan estrecha para una berlina, como la Cornisa de Génova lo es para una litera. La montaña, conocida por el nombre de *Cartera de Foligno*, es tambien un paso horroroso por los precipicios á pico, de quinientos pies de profundidad, que la bordean continuadamente en su larga estension. Nos hemos visto precisados á pasar sin nuestras mujeres casi todo el camino,

y á contentarnos muy á menudo con no tener, para comer y cenar, sino pan y algunos malos huevos. Por tanto Adela se felicitaba á cada momento de ser sóbria, de no tener delicadeza, de no asustarse, y de haberse acostumbrado, desde un año á esta parte, á desnudarse y acostarse sola, sin el auxilio de ninguna criada.

No creas, amiga, que haya entrado *friamente y sin conmocion* en Roma, en aquella ciudad tan famosa, patria de tan ilustres personajes, y por tanto tiempo soberana del universo. Pero me ocupan ideas profundísimas, y pensamiento muy habituales, para poder recibir de otra parte impresiones fuertes. Como no pienso mas que en penetrar y en leer en lo íntimo de los corazones de Adela y de Teodoro, me absorbe totalmente esta ocupacion, de manera, que solo me queda una idea vaga y confusa de mis sensaciones propias; pero podré decir circunstanciadamente todo cuanto Adela ha sentido al entrar en Génova, en Venecia y en Roma, y todo cuanto ha pensado, admirando los diferentes cuadros que hasta aquí hemos visto.

No acabaré esta carta, sin participarte una idea que te debo. Sabes que, hablando de educacion, hemos, convenido, mucho tiempo ha, en que la esperiencia es precisamente necesaria al preceptor, y á la madre de familia; y en que es menester estudiar á los niños para educarlos bien,

y por consiguiente haber hecho mas de una educacion. Tengo una carta tuya, de fecha muy antigua, en que me decias, con este motivo, que segun el principio sentado, las hijas segundas debian ser, en general, las mejor educadas: añadias *que era cosa muy triste para las primogénitas*, y me exhortabas á que buscase un medio de remediar este inconveniente. Mucho tiempo lo he buscado en vano; (porque regularmente las ideas mas sencillas, casi siempre las mejores, son las últimas que se ocurren, porque se desdeñan y se huye el pararse en ellas) pero al fin ha sido necesario volver á la carga, y por último, he encontrado lo que deseabas. Entonces ordené el plan en mi cabeza, y voy á ponerlo en ejecucion ahora.

Esta mañana, delante de Adela, he pedido á Dainville (que se encuentra aquí en su patria) que me buscase una familia muy pobre, añadiéndole, que me encargaria de alguno de sus hijos, á quien haria enseñar un oficio. De aquí á quince dias me volverá Dainville la respuesta. Tendrás á bien de esperar hasta entonces, querida amiga mia, la esplicacion entera de mi proyecto. Para aquel tiempo podré darte perfectamente á conocer las ventajas que de él espero sacar. Adios, estimada amiga: me dice madama Ostalis, que estás flaquísima. Háblame de tu salud. ¿Qué cosa puedes decirme, que sea para mí de mayor importancia?

CARTA XLVII.

La baronesa á la vizcondesa.

De Roma.

Dos dias ha, que, estando sola en mi cuarto con Adela, entró Brígida muy acelerada, gritándome desde la puerta, «que quedaría sin duda »muy satisfecha del modo con que Dainville ha»bia desempeñado mi comision.» A este tiempo llegó Dainville, trayendo de la mano una niña muy graciosa y linda, de edad de seis años y medio; la cual, apenas me vió, se vino á mí con los brazos abiertos. Yo la cogí, y la senté en mis faldas, preguntando al mismo tiempo á Dainville quien era. Me respondió que una huérfana, cuyo padre habia muerto pocos años antes, y su madre acababa de morir. ¡Ah, madre mia! esclamó Adela, vd. mirará por ella. Será una buena obra, replicó Dainville, porque está con una mujer muy anciana, que no puede educarla. Desde luego, respondí, me encargaría de ella con grandísimo gusto..... Pero ¿dónde la pondrémos, mientras encontramos casa en que colocarla?

—Madre mia, quedémonos con ella. ¡Es tan bonita! ¡Tiene un aire tan agradable!

—¡Quedarnos con ella, no es posible!

—Pero á lo menos algunos dias.

—Bien está: convengo en ello, y te encargo, Adela, que seas tú quien la cuides, pues yo no puedo por mis ocupaciones.

—Con mucho gusto, madre mia: la haré poner su cama en mi cuarto.

—Sea enhorabuena.

—¡Qué gusto! Yo seré su aya..... pero es menester que se lo diga en italiano.

Efectivamente, como todo el diálogo fué en francés, la muchacha no habia entendido una palabra. Adela la abrazó tiernamente, y la dijo:

—Voy á ser tu madre: ¿estás contenta?.... A esta voz de madre empezó la niña á llorar amargamente, diciendo:

—¡No tengo madre!.... Adela tambien enternecida, la volvió á abrazar estrechamente.

—Mi madre será la tuya, hija mia. Entonces la muchacha llorosa y afligida, me dijo:

—¿Es cierto que he de estar siempre con vd?.. Hizo esta pregunta con tal ingenuidad, ternura y gracia, que me conmovió hasta lo íntimo del corazon.....

—Sí, le respondí: no te separarás jamás de nosotros. Estas palabras causaron tanto gozo á Adela, como á la huerfanita; y mas habiendo añadido, que me determinaba á tenerla conmigo siempre, pues me parecia, que habia de ser tan reconocida, como bonita.

—Pero, madre, dijo Adela, vd. me ha prometido, que he de ser su aya.

—Eso lo veremos, respondí, y hablaremos de ello esta noche. En efecto, á las ocho y media, cuando ya dormia la muchacha, tuve con Adela una larga conversacion.

—¿Hablabas con seriedad, la dije, cuando me pediste ser aya de la chica?

—Sí, señora, madre mia.... Yo gusto mucho de los niños, y.....

—¡Pero si tú misma apenas acabas de salir de la infancia! Aun no has cumplido los catorce años.

—Madre mia, vd. me ha dicho alguna vez, que tengo bastante razon para mi edad.

—Así es; pero, sin embargo, ¿crees Adela, que eres ya capaz de poder gobernar una niña?

—No, madre mia, no tengo tal presuncion; pero con los consejos de vd. me parece que nada me será dificultoso..... Si tuviera una hermanita de esta edad, seguramente podria servirla de alguna utilidad. Cuando jugásemos, me divertiría en enseñarla diferentes cosillas, la haria leer, la contaría algunos cuentecillos, y despues la reprendería con suavidad, si no se aplicaba.

—¿Cómo harias, por ejemplo, si era curiosa y burlona?

—De memoria sé lo que convendria decirla: la contaría lo que me ha sucedido, así en la ter-

tulia de las Cuarenta, como con la bambolina francesa.

—De nada serviria todo eso, si no la dabas buenos ejemplos..... ¿Cómo la convencerías de que es preciso ser aplicada, si te ve dibujar sin atencion, y tocar el clave sin mirar el papel?

—Madre mia, en general ya me aplico.

—Sí: en general convengo en ello; pero los buenos ejemplos no son útiles, sino cuando se dan constantemente.

—Comprendo que el temor de echar á perder una criatura dándola malos ejemplos sería para mí una razon mas para proceder y portarme bien.

—Puede ser, y te confieso, que estoy tentada de hacer la prueba.

—Sí, madre mia, se lo ruego á vd.

—Es verosímil que algun dia te cases, y por consecuencia podrás ser madre de familia. Si este caso llegase, te encontrarias entonces con una esperiencia, que sería muy util á tus hijos. Tienes buen corazon y generosidad, y creo que conoces perfectamente la importancia de las obligaciones de una aya. Vuélvotelo á decir: todas se reducen á un solo punto, que es, *dar siempre el ejemplo de las virtudes que se exigen.*

—¡Tendré tanto cuidado conmigo misma!

—Y con razon hija: ¿hay cosa mas horrible que corromper á una criatura, que nació con buen natural?

—Solamente la idea me horroriza.

—Dios te pediría cuenta algun dia de aquella criatura desgraciada. Te diria: *La crié buena, y la hiciste mala: has desfigurado mi obra, siendo á un propio tiempo bárbara, sacrílega, é impía..... no hay castigo proporcionado para tí.*

—¡Dios mio! Segun eso, no hay recompensa que mi madre no deba esperar.

Diciendo esto, arrimó Adela su cara á la mia y sentí correr sus lágrimas por mis mejillas.....

—Vd. me asusta, madre mia. Ya no me atrevo á emprender la educacion de esta criatura.....

—Bien conoces cuán sagrada es esta obligacion para no cumplirla.

—Madre mia, ¿con qué vd. cree?.... ¡qué alegría me causa vd!

—¿Y si llegas á querer mucho á esa pobre niña?

—¡Ay, madre, la amaré con estremo!

—Pues bien: nada te será violento con la esperanza de corregir sus defectos.....

—Y con el deseo de justificar la confianza de usted y de procurarla esta satisfaccion.

—Está bien, no prosigas: observaré tu conducta, y te daré mis consejos, consintiendo desde ahora en que te encargues enteramente del cuidado de la huérfana.

—¡Enteramente!

—Sí; esto es, dormirá siempre en tu mismo cuarto, no se apartará de tí nunca, jugará en el

mismo cuarto donde estudias; y en tus horas de recreacion la enseñarás aquellas cosas, que pueda ser capaz de aprender en su edad: mas adelante la proporcionarás los maestros que juzgares necesarios, y serás finalmente su maestra, aya y madre.

—¡Su madre! ¡pobre niña!... ¿Podré hacerme llamar madre por ella?

—Sí, sin duda, pues harás oficio de tal.

—¡Con que ha de llamarme *madre*!.... ¡Quisiera que hubiera llegado mañana para decírselo!... Madre mia, vd. la dirá que debe obedecerme..... que debe llamarme madre, pues quizá no me creerá..... Siento ser tan pequeñita para mi edad. Si me permitiera vd. llevar tacones, apuesto á que me respetaria mas.

—Verdad es, que tu figura no es muy respetable; pero la razon, aplicacion y suavidad, te harán respetar como si llevases los tacones.

Acabada esta conversacion, se fué á acostar Adela. Su primer cuidado así que entró en el cuarto, fué ir á mirar á *su hija* que dormia profundamente. Con riesgo de despertarla, la abrazó muchas veces, y seguramente no vió en sueños otra cosa que la muchacha. Por la mañana, luego que desperté, entró en mi cuarto Adela, trayendo á su hija de la mano, y diciéndome que la habia puesto un nombre nuevo porque el suyo no la gustaba. La llama *Hermina*, porque es

muy blanca y tiene mucha dulzura. Hermina está ya acostumbrada á su *madre* y la obedece con puntualidad. Adela, por su parte, no piensa en mas que en darla *buenos ejemplos*. La hace leer: ha traducido mis cuentos en italiano para enseñárselos; y ha suplicado á Dainville que la enseñe á dibujar. De esta manera, querida amiga, voy poniendo á Adela en estado de que sepa criar sus hijos, si algun dia los tuviere. Hará á mi vista este importante ensayo, que no la distraerá de sus ocupaciones, pues se reduce á tener á su lado una niña, cuya edad no pide otro cuidado que el de corregirla si habla mal ó si no tiene buen modo y docilidad, etc. Hermina dibujará al lado de Adela, quien no tolerará que deje de aplicarse y se esforzará á darla ejemplo. Hemos convenido en que Hermina no aprenderá la música: queremos que sepa hacer todas las labores de mujer: que escriba y cuente bien: que sepa igualmente el italiano y el francés, y con perfeccion la historia. No tocando instrumento alguno, puede estudiar siempre en el cuarto de Adela, sin perturbarla ni distraerla. Adela, observando con atencion, aprenderá á conocer á los niños, sus inclinaciones y estratagemas: presidiendo sus estudios, se acostumbrará á la vigilancia, se irá haciendo mas reflexiva, penetrante y paciente; y en fin, el deseo de obtener la consideracion, el cariño y ternura de su discípula la

corregirá de muchos defectillos y adelantará el despejo total de su razon.

No, amiga mia: las damas romanas, en general, ni son bonitas ni petimetras; no se pintan ni se ponen, como me lo habian asegurado, polvos amarillos: aborrecen singularmenle los olores y nunca los llevan. y como saben que las francesas se perfuman tanto, cuando piensan que han de encontrarnos, se rellenan la nariz de unas hojitas para no oler nada. Te confieso, que me sorprendí, cuando ví por la primera vez asomar por sus narices aquellas hojas. Adela no ha mostrado estrañeza de este estilo, porque desde la concurrencia de las Cuarenta nada la sorprende.

El mayor agasajo consiste en poner á la persona que se obsequia á la derecha de la testera del coche. Te encontrarias aquí muy mal, porque no es permitido andar de prisa. Creen que esto es faltar á la dignidad y jamás se paran en las calles; de modo, que si se envia á un lacayo con algun recado no se le aguarda, y lo mas que se hace, es andar algo mas lentamente. Cuando están corrompidas las costumbres, el lenguaje tambien se resiente. No te puedo dar una idea, ni de lo que aquí se llama *galantería*, ni del modo general de esplicarse. Por ejemplo, el hombre mas bien educado, cuando habla de una mujer. la nombra por su solo apellido y dice, la Marescoti, la Palestrina, la Barberini, etc. El talento

quizá es aquí mas comun que en Francia; pero en ningun país civilizado está mas descuidada la educacion ni es mas profunda la ignorancia. Además, así como en lo restante de Italia, todos los grandes señores, cuyos palacios son tan suntuosos, viven como ciudadanos pobres; verdad es, que en ciertas ocasiones gastan ostentacion, y presentan una gran magnificencia; pero en el resto del año ni dan de comer ni de cenar, su interior es mezquino, y para lo diario se creen perfectamente iluminados con una vela de sebo, y muy bien alimentados con doce reales al dia.

En cuanto á celos, quieren decir, que solo los hay en el bajo pueblo, el cual es de una ferocidad temible, pues da las puñaladas con la misma facilidad, que en París se dan empujones. No puede imaginarse cuán comunes son en Roma los asesinatos. Cuando uno mata á otro, está seguro el matador de ser favorecido por el pueblo: todas las tiendas y casas están para él abiertas; y desde ellas se pone en salvo en una iglesia, donde halla asilo seguro y sagrado. ¿Es este aquel pueblo romano tan célebre en la historia?

Adios, estimada amiga: da un abrazo á Constanza de mi parte; y dila, que el correo inmediato responderé sin falta á su preciosa carta.

FIN DEL TOMO II.